
VICIOS
Esmeralda
LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA KUZNETSOV
NICOLE FOX

VICIOS ESMERALDA

LA BRATVA KUZNETSOV
LIBRO 2

NICOLE FOX

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Vicios Esmeralda

1. Natalia
2. Andrey
3. Natalia
4. Andrey
5. Andrey
6. Andrey
7. Natalia
8. Natalia
9. Natalia
10. Natalia
11. Andrey
12. Andrey
13. Andrey
14. Natalia
15. Andrey
16. Andrey
17. Natalia
18. Natalia
19. Andrey
20. Natalia
21. Natalia
22. Andrey
23. Natalia
24. Andrey
25. Natalia
26. Natalia
27. Andrey
28. Natalia
29. Natalia
30. Andrey
31. Andrey
32. Andrey
33. Natalia
34. Andrey
35. Andrey
36. Andrey
37. Andrey
38. Andrey
39. Natalia
40. Andrey

41. Andrey
42. Natalia
43. Andrey
44. Natalia
45. Andrey
46. Natalia
47. Andrey
48. Andrey
49. Natalia
50. Natalia
51. Andrey
52. Andrey
53. Natalia
54. Natalia
55. Andrey
56. Natalia
57. Natalia
58. Andrey
59. Natalia
60. Andrey
61. Andrey

Epílogo: Andrey

Copyright © 2024 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

La Bratva Egorov

Inocencia enredada

Decadencia enredada

La Bratva Novikov

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

La Bratva Zakrevsky

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

La Bratva Oryolov

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

La Bratva Bugrov

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

La Bratva Stepanov

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

La Bratva Pushkin

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

La Bratva Orlov

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

Herederos del imperio Bratva

Kostya

Maksim

Andrei

La Bratva Viktorov

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

La Bratva Uvarov

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

la Mafia Mazzeo

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

la Bratva Volkov

Promesa Rota

Esperanza Rota

la Bratva Vlasov

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

la Bratva Zhukova

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

la Bratva Makarova

Altar Destruido

Cuna Destruida

Dúo Rasgado

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

la Mafia Belluci

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

la Bratva Kovalyov

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

la Bratva Solovev

Corona Destruída

Trono Destruído

la Bratva Vorobev

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

la Bratva Romanoff

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

VICIOS ESMERALDA

Hice algo malo...

Y el hombre que amo está aquí para hacerme pagar.

—Vendrás conmigo —gruñe.

—Hay cero por ciento de posibilidad de que ESO suceda —respondo.

Pero solo me alejo dos pasos antes de que Andrey decida tomar el asunto en sus propias manos.

Literalmente.

Y soy yo.

Yo soy el “asunto”.

Así que ahora estoy de nuevo donde empecé.

Atrapada en un lugar al que no pertenezco, con un hombre peligroso que me odia.

¿Cuál es la diferencia entre ahora y entonces?

Esta vez…

Estoy embarazada de sus bebés gemelos.

VICIOS ESMERALDA es el Libro 2 del dueto de la Bratva Kuznetsov. La historia comienza en el Libro 1, MALICIA ESMERALDA.

NATALIA

Todo el mundo me mira.

La gente que me cruza me mira como si pudiera ver cada cosa que he hecho. Como si mis pecados estuvieran esparcidos por mi cara y escritos con sangre en mis manos para que todo el mundo los vea.

¿Qué? Quiero gritarles. *¿Nunca han visto a una mujer desesperada? ¿Nunca han visto a una asesina embarazada?*

Pero no he matado a nadie. Al menos, rezo por no haberlo hecho.

Él no puede estar muerto.

En el momento en que pienso en cómo Andrey se desplomó de rodillas, el olor a humo de pólvora sigue siendo tan fuerte y acre que me hace llorar los ojos, se me revuelve el estómago y se me aprieta el pecho hasta que tengo que parar de caminar.

Pero no puedo parar. Si me detengo, me matarán.

Si no es Slavik, entonces Viktor.

Si no es Viktor, entonces Nikolai.

Si no es Nikolai, entonces… bueno, demonios, si Andrey está vivo, probablemente también quiera matarme.

De la misma forma que yo quise matarlo. Porque esa es la única razón por la que habría cogido ese horrible, terrible instrumento que detiene la vida y trae la muerte, ¿no? Esa es la única razón por la que habría apuntado a otro ser humano, ¿verdad?

Todo lo que veo cuando cierro los ojos es al criminal sin nombre con su arma apuntando a mi madre y luego a mi padre. Todo lo que puedo pensar es en la facilidad y el descuido con que apretó el gatillo.

Ahora no soy mejor que él.

Tambaleándome fuera de curso, extiendo mi mano y agarro el objeto más cercano a mi alcance. Me dejo caer contra un poste de señalización, lo único que me impide derrumbarme en un charco de lágrimas.

La gente sigue pasando a mi lado sin molestarse en detenerse y comprobar cómo estoy. No me importa. Nadie necesita una audiencia cuando está cayendo en una espiral de locura.

Hasta que un hombre reduce la velocidad y se detiene. —Disculpe… ¿señora?

Me estremezco al oír la voz, por amable y preocupada que sea.

El hombre que se dirige a mí tiene un rostro joven, pero arrugas profundas alrededor de los ojos. Lleva una chaqueta azul marino y un sombrero de pescador de lana que le llega hasta las cejas.

—¿Estás bien?

Parpadeo y parece pensar que no lo entiendo, porque repite la pregunta de nuevo.

—Estoy bien —murmuro—. Estoy esperando a alguien —la mentira fluye de mi lengua con tanta facilidad, tan fluida, que me impresiona mi propia presencia de ánimo.

Pero no conozco a este hombre. No sé para quién trabaja, ni qué quiere de mí.

No puedo quedarme aquí. No puedo parar.

Levanto los pies y me obligo a alejarme, avanzando por un camino que no conozco.

Ni siquiera sé cómo salí de la mansión en primer lugar. Todo mi ancho de banda mental y emocional está concentrado en mantenerme en pie, en mantenerme funcionando el tiempo suficiente para llegar a un lugar "seguro".

Por otra parte, ahora que le he disparado al hombre que prácticamente dirige esta ciudad… ¿*existe* algo así como un lugar seguro?

Finalmente encuentro un banco y me dejo caer en él. La gente sigue pasando a toda velocidad en todas direcciones, sus rasgos se difuminan, se transforman en uno, y otro, y otro.

Creo que veo gente que reconozco entre la multitud. Katya, Mila, Misha, Shura… pero nada de eso es real. Estoy rodeada de extraños. Uno tras otro tras otro.

Mientras estoy sentada allí, entumecida, algo frío me pesa en el pecho. Lo agarro y siento el colgante que me dio Andrey.

Enrosco los dedos sobre las cerezas entrelazadas y contengo las lágrimas hasta que siento el sabor de la sangre.

Por favor, no lo dejes morir.

Desearía poder preguntarle a alguien cómo está. Pero no tengo teléfono ni cartera ni dinero ni esperanza. Soy un blanco fácil. Esperando la retribución. A la caballería. A las consecuencias que sé que debo afrontar.

Doblo las rodillas contra el pecho.

Por un momento, cierro los ojos, pero luego veo la boca abierta de Yelena mientras Andrey le abre la garganta. Me estremezco y abro los ojos de golpe.

Cuando me canso de estar sentada, me levanto y entro al restaurante más cercano. Es una tienda

pequeña, con fotos descoloridas de pizzas en su escaparate grasiento.

Ignorando el hambre que me corroe el estómago, me acerco a la mujer mayor y corpulenta que está detrás del mostrador. Me recuerda a Yelena. Me estremezco de nuevo.

—¿Puedo ayudarte, cariño?

—Eh… Lo siento… —me avergüenzo de mi propia ineptitud. Pero tal vez pueda funcionar a mi favor—. Ne-necesito ayuda…

La sonrisa de la mujer vacila.

—Iba de camino a encontrarme con mi esposo —coloco mis manos sobre mi vientre embarazado y me alejo del mostrador para que pueda apreciar realmente mi situación—. Cuando me asaltaron…

La mujer jadea. —¡Pobrecita!

No lucho contra mis lágrimas. Son reales, aunque no exactamente por las razones que esta mujer podría sospechar. —S-se llevó todo… —balbuceo—. Mi bolso, mi teléfono. Si pudieras dejarme… d-dejarme llamar a mi esposo…

—Por supuesto, *cara mia*. Hay un teléfono en la parte de atrás. Ponte detrás del mostrador —me hace un gesto con el brazo levantado—. Eso es, ven, ven —me muestra un teléfono en la cocina, y luego se aleja en una esquina para darme privacidad.

Solo hay dos números que sé de memoria, pero no puedo llamar a la tía Annie. Especialmente, no en su estado. Así que llamo a Katya.

Cuando estábamos borrachas y tambaleándonos de regreso a casa, juramos que siempre seríamos la llamada de emergencia de la otra. Si ella necesitaba una fianza, si yo necesitaba enterrar un cuerpo… somos la persona de la otra.

El problema es que eso fue antes de que Katya se involucrara con el mejor amigo de Andrey.

Es curioso cómo sus decisiones románticas siempre me muerden el trasero. Aunque precisamente por eso me debe una.

Me odio a mí misma por siquiera pensarlo. Pero soy una mujer desesperada sin más opciones. Marco el número de Katya y le rezo a Dios que no esté con Shura cuando atienda.

—¿Hola?

—Kat… —suspiro, presionando mis labios contra el auricular mientras otro camarero pasa corriendo—. Soy yo.

—¡Nat! —prácticamente grita—. ¡Ay, gracias a *Dios*! ¿Dónde…?

—¿Estás sola?

La urgencia en mi voz la silencia. —Yo… Sí, estoy sola.

—Shura no puede saber que estoy llamando. Nadie puede saberlo, ¿de acuerdo?

—Nat, no suenas bien —puedo notar que se esfuerza por escucharme. Diablos, yo me esfuerzo por escucharme a mí misma—. ¿Qué es todo ese ruido? ¿Dónde estás?

—Estoy en… —levanto la vista y veo un letrero de neón—. Pizzería Francesca's. Necesito tu ayuda, Kat. Si puedes traerme mi teléfono y mi billetera aquí, te juro que no te pediré nada más durante toda mi vida.

—¿Todavía estás planeando irte? ¿*Ahora*?

No tengo tiempo para su sorpresa o sus reservas. —Kat, por favor. Estoy desesperada y eres la única en la que confío.

Hay unos segundos de silencio. —Vale, Pizzería Francesca's. Te enviaré lo que necesitas. No te muevas, ¿me escuchas?

Apretando aún más el teléfono, hago la única pregunta que hace que mi corazón quiera salirse de mi pecho. —Kat… —respiro hondo, las palabras todavía salen entrecortadas—. ¿E-está bien?

Ella no finge no entender. —Shura está con él ahora. Él estará bien.

Solo con esa seguridad cuelgo.

ANDREY

—Tranquilo.

Misha me mira con los ojos entrecerrados, todavía pálido como un fantasma. Intenta levantar el brazo para protegerse los ojos de la lámpara justo encima de nosotros, pero apenas llega a la mitad antes de que un siseo de dolor escape de entre sus dientes.

—Ella… —no me atrevo a decir el nombre de Yelena—, realmente te hizo una mella en el hombro.

Agarro el antebrazo de Misha y lo tiro hacia adelante para que pueda sentarse un poco mejor. Mira a su alrededor y ve a Remi al otro lado de la habitación. Todavía inconsciente, todavía recuperándose.

—¿Qu… qué pasó?

Apoyo una almohada detrás de él y me siento de nuevo. —Te desmayaste. Elegiste un lugar inconveniente para caer, también. Te golpeaste la cabeza contra el borde del aparador. El Dr. Abdulov dijo que podrías tener una conmoción cerebral leve.

Misha se frota la nuca con el brazo sano y siento la urgencia de darle una palmadita en la rodilla o agarrarle el hombro. Quiero hacer algo, cualquier cosa para borrar esa mirada asustada y preocupada de su rostro.

Pero no sé qué diablos estoy haciendo.

Esta es el área de especialización de Natalia. Ella era la que sabía cómo consolar, mimar y tranquilizar. Era la que sabía qué decir y cuándo decirlo.

Pero Natalia no está aquí.

Mi pequeño pájaro emprendió el vuelo, dejando atrás un perro roto, un niño traumatizado y una bala manchada de sangre que tuve que sacar de mi brazo.

—Estarás bien. El hombro tardará algunas semanas en sanar, así que tómatelo con calma.

Misha mira alrededor de la habitación. Sé lo que dirá antes de que abra la boca. —¿Dónde está Natalia?

Esquivo la pregunta porque todavía no tengo una respuesta. —Lo hiciste muy bien, Misha. Si no

fuera por ti, nunca habríamos sabido lo que tramaba Yelena en realidad.

Sus mejillas se iluminan de placer.

—Te debo mi gratitud. Como todos mis hombres. Tú solo encontraste al topo entre nosotros.

—No fue solo —la frente de Misha se arruga. Sus labios se curvan hacia abajo—. No fui yo quien la mató.

No se puede negar la sed de sangre en su voz. Puedo identificarme íntimamente. Y, sin embargo, escucharla en la voz de mi pupilo de catorce años es inquietante.

Sé exactamente lo que Natalia diría si estuviera aquí: *Él es demasiado joven para sentirse tan responsable por nosotros.*

Por otra parte, quizá me engaño a mí mismo. Quizá no tengo ni puta idea de lo que diría Natalia si estuviera aquí. Ella ya me sorprendió dos veces hoy.

—¿Andrey? —su voz es apenas un susurro—. ¿P-por qué me desmayé? —la vergüenza impulsa la pregunta.

—Estabas gravemente herido. La adrenalina era lo único que te mantenía en pie. Eso y el deseo de proteger a Natalia.

—Pero Natalia… —sacude la cabeza como si estuviera tratando de desalojar un recuerdo—. Todo es confuso… No lo recuerdo todo. Pero sí recuerdo a Yelena tratando de atacar a Natalia.

—Lo intentó —reconozco—. Pero no lo logró.

—Tenía un arma —continúa Misha—. Pero la dejó caer, y luego… ¿Natalia… la cogió?

No digo una palabra. Solo pasan unos segundos más antes de que el recuerdo encaje en su lugar. Los ojos de Misha brillan mientras recuerda.

Él mira mi brazo. El vendaje similar que envuelve mi torso. Tengo un par a juego.

—Tú mataste a Yelena —resuella—. Y Natalia… ella te *disparó*.

—Estaba asustada, Misha. Acababa de matar a una anciana, una que conocíamos y amábamos, a sangre fría. No creo que pudiera procesar la brutalidad de eso.

He tenido noventa minutos para aceptar lo que sucedió en la sala de estar, incluido mi papel en eso. Debería haberlo hecho de otra manera. Debería haber dejado inconsciente a Yelena y matarla más tarde, en algún lugar lejos de Natalia. Fui un tonto al pensar que cualquier sentimiento que ella tuviera por mí anularía su trauma.

Por otra parte, no pensaba en absoluto cuando puse ese cuchillo en la garganta de Yelena. Mis instintos eran simples: *matar a la perra antes de que lastime a mi mujer*.

Misha sacude la cabeza. —Pero para dispararte…

—No creo que ella haya querido disparar en absoluto —vi su rostro justo antes de que apretara el gatillo. Quería que me mantuviera alejado de ella. Cuando no lo hice, entró en pánico—. Fue un accidente.

Una lágrima solitaria se desliza por la mejilla de Misha. —¿Dónde está ahora?

Buena jodida pregunta. En el caos del momento, se deslizó a través de las grietas y salió a la ciudad. Podría estar en cualquier lugar, por lo que sé.

Me decido por lo único que sé con certeza. —La encontraremos.

Misha parece escéptico, pero traga saliva y asiente. Le doy una palmadita en el hombro sano. —El Dr. Abdulov vendrá a verte pronto. Hasta entonces, descansa un poco. Es una orden, soldado.

Los ojos de Misha brillan con vida. —¿Soldado?

—Hoy demostraste tu valía, Misha. Si eso no te convierte en parte de la Bratva, no sé qué lo hará.

Cuando salgo de la enfermería, me encuentro cara a cara con Shura. Su rostro está marcado por líneas duras y sombrías. —¿Ya te encargaste de su cuerpo?

—Ya nos ocupamos de esa vieja perra —gruñe—. La sala de estar ha sido desmantelada y limpiada. No hay señales de que haya estado allí.

—Bien. Ahora tenemos que purgar toda la maldita mansión de ella.

Puedo notar por la mirada oscura en los ojos de Shura que se ha tomado la traición de Yelena tan personalmente como yo. —Voy de camino a su habitación ahora.

—No —digo—. Quiero revisarla yo mismo antes.

—Lo haremos juntos. Por cierto, yo… —hace una pausa por una fracción de segundo—. Sé que no es un buen momento, pero hay algo más que deberías saber.

Joder. Esta nueva información ya huele a Slavik. —¿Qué es?

—Vaska y Yuri enviaron su informe diario. El viejo acaba de ser visto reuniéndose con los Halcones.

—¿Los putos Halcones? Debe estar desesperado.

—Puede que sea un movimiento desesperado —concuerda Shura—. Pero también podría resultar efectivo. Los Halcones no tienen un código de honor. Eso los hace letales.

—Guárdatelo. Sé el tipo de escoria que son. Déjalos venir.

Paso a su lado. Cualquier otro día, esta información habría exigido toda mi atención. Ahora mismo, se siente como una mosca zumbando obstinadamente alrededor de mi oído.

Cuando paso por la sala de estar, el olor a pólvora y lejía me pica las fosas nasales, pero sigo avanzando.

—¡Andrey! —gruñe Shura, apresurándose para seguir mi ritmo—. Sé que tienes mucho en la cabeza ahora mismo, pero no podemos ignorar esto. Los Halcones son una nueva pieza peligrosa en el tablero.

Tengo a la vista la casa de la piscina cuando me detengo en seco. —¿Necesito recordarte que soy

la razón por la que esa escoria se retiró a sus agujeros en primer lugar?

Shura aprieta la mandíbula. —No tenían el respaldo de Slavik Kuznetsov en ese entonces.

Bzz-bzz, hace la mosca. La espanto. —¿Has tenido noticias de Katya?

Suspira. —Hablé con ella hace media hora. No ha oído nada.

Las maletas de Natalia siguen en la sala de estar. No lleva nada encima… ni documento de identidad, ni dinero, ni teléfono. Es imposible rastrearla. Parece una aguja en un pajar del tamaño de una ciudad.

Pero al menos no puede ir muy lejos.

—Volverá a casa, 'Drey —promete con voz mesurada—. No tiene otro lugar a donde ir.

Justo lo que quiero ser: un último recurso.

Antes de poder decirle a Shura que se guarde sus promesas donde no brilla el sol, suena mi teléfono. Solo se me ocurre una razón por la que Katya se pondría en contacto conmigo en lugar de con Shura. Cuando atiendo, le doy la espalda a Shura.

—¿Se comunicó contigo? —exijo.

La respiración de Katya es pesada al otro lado de la línea. —Sí. Sonaba extraña… No era ella misma.

La mujer me hizo un agujero en el brazo hace menos de dos horas. No es información nueva. —¿Dónde está?

—En Pizzería Francesca's. Está esperando que yo aparezca con su teléfono y su bolso.

No está tan mal como para haber desechado por completo su plan de escape. Desafortunadamente para ella, *yo* sí lo he hecho.

Si las últimas horas me han enseñado algo, es que no puedo perder de vista a Natalia.

No ahora.

Tal vez nunca.

NATALIA

Resulta que un palito de mozzarella es todo lo que necesito para calmar mi hambre. O eso, o estoy completamente atiborrada de ansiedad.

En cuanto le colgué a Katya, sentí náuseas. *¿Vendrá de verdad? ¿Traerá a Shura con ella? O peor aún: ¿Andrey? ¿Me ayudará a irme o intentará convencerme de quedarme?*

A medida que pasan los minutos, el restaurante se vacía. Aparte de mí, hay un anciano junto al bar y una pareja joven besuqueándose en una mesa junto a la ventana. Hay un millón de parejas así en un millón de restaurantes en todo el mundo, pero no puedo dejar de mirar a esta.

Es fácil. Es normal. Es parte de la naturaleza humana tocar, reír y mirar con nostalgia.

Y nunca será mío.

La punzada de ver lo que nunca tendré es suficiente para distraerme de las náuseas, así que al menos eso tengo a mi favor. Pero estoy tan perdida en la vida de otra persona que apenas noto el elegante Escalade negro que se detiene frente al restaurante hasta que suena la campana sobre la puerta.

Es hermoso cuando entra, iluminado por la luz del día y resaltado por el letrero de neón rojo que cuelga en la pared.

Digan lo que quieran sobre Andrey Kuznetsov, pero siempre ha sido agradable de ver.

Una parte de mí debe haber sabido que vendría por mí, porque estoy tranquila. Sea lo que sea que esté aquí para hacer, me lo merezco.

Me ve y se detiene. Respira. Esos ojos gris plateado son tan fríos como el viento de afuera.

Voy a matar a Katya.

Pero, un segundo después, cuando Andrey se sienta a mi lado, todos los pensamientos sobre mi mejor amiga que pronto estará muerta se desvanecen. Sus ojos plateados se ondulan con algo… ¿ira? ¿Traición? ¿Dolor?

—¿Estás conmigo, *lastochka*?

Parpadeo un par de veces antes de chillar un dócil—: Sí.

Sus ojos vuelven a brillar y finalmente entiendo lo que vi la primera vez: *alivio.*

A pesar de que… hice lo que hice. Y luego escapé en lugar de quedarme ahí para ver si estaba bien.

Me cubro de vergüenza. —¿Vas a castigarme? —digo de golpe antes de que me falte el coraje.

—No.

Respiro hondo. —¿Matarme?

—Jesús, pajarito —suspira—. ¿De verdad crees que te haría daño?

—*Yo* te hice daño *a ti*.

—¿Planeas dispararme de nuevo?

Sobresaltada, mis ojos se lanzan a su rostro. —Por supuesto que no.

—Entonces no hay razón para mencionar lo que pasó, en lo que a mí respecta —mi mirada se dirige rápidamente a su brazo, pero no puedo decir qué tan gravemente está herido mientras usa una gabardina.

—Te disparé, Andrey. Como mínimo, deberías estar enfadado conmigo.

Creo ver un destello de ira en sus ojos, pero parpadeo una vez y desaparece. Parece tranquilo como un glaciar. —No estoy enfadado.

Frunciendo el ceño, me aparto de él. —Entonces, hay una trampa.

Se inclina hacia delante de golpe y toma mi rostro entre sus manos. Me quedo congelada, incapaz de apartar la mirada de la suya. Siento que su pulgar dibuja un arco de media luna contra mi mejilla mientras sus ojos dicen algo que no entiendo, pero que siento en mi alma.

Luego, baja ambas manos y se pone de pie lentamente. —Vamos, es hora de llevarte a casa.

Me quedo sentada. —Nada ha cambiado, Andrey.

Responde extendiéndome la mano.

Me duele el cuerpo. También la cabeza. Cada parte de mí está agotada. Así que cuando no dice nada y esa mano permanece extendida, hago lo único que puedo hacer: la tomo.

~

CONDUCIMOS de regreso a la mansión en silencio. Él no menciona a Yelena y yo tampoco. Pero su fantasma acecha entre nosotros, ocupando espacio y oxígeno, recordándome que no se irá pronto.

Unas pocas estrellas solitarias titilan sobre mí mientras salgo del Escalade y entro a la mansión junto a Andrey.

—Sé que estás cansada, pero tenemos que asegurarnos de que el bebé esté bien.

Con una mano en la parte baja de mi espalda, me conduce escaleras arriba a un hermoso dormitorio de invitados en el segundo piso. No cruzamos a nadie y estoy agradecida por eso. La idea de ver incluso a Mila o Katya me resulta abrumadora.

—El Dr. Abdulov subirá pronto —me informa Andrey—. Primero se ocupará de Misha.

Eso llama mi atención. —Misha —susurro, empapada de una nueva vergüenza.

Pasé corriendo junto a él. Recuerdo su rostro pálido y sorprendido. La forma en que su cuerpo se tambaleaba hacia un lado, como si ya no tuviera control sobre él.

—También debe odiarme.

—Quiere saber que estás a salvo. Igual que yo.

Mi pecho se oprime tan fuerte que tengo que luchar para respirar. Por suerte, me ahorro tener que responder cuando se abre la puerta y entra el doctor.

—¿Cómo está Misha? —interrumpo antes de que Andrey pueda preguntar.

Si el Dr. Abdulov se sorprende de verme, no da muestras. —Bien. El hombro se curará con el tiempo y la conmoción cerebral desaparecerá en unos días.

—¿Conmoción cerebral? —repito ansiosamente—. Pero…

—Gracias, doctor —interrumpe Andrey—. Limitémonos a un examen rápido, ¿de acuerdo? Como puede ver, Natalia está muy cansada —el tono de su voz indica que debe callarse y no darme más información.

Abdulov se toma con calma la sutil reprimenda. —Por supuesto, señor.

Dirijo mi atención a Andrey. —Quiero verlo.

—Podrás verlo por la mañana, cuando hayas descansado.

—No hay trato.

Me mira con el ceño fruncido y yo le devuelvo el ceño fruncido mientras el Dr. Abdulov comienza su examen.

—Srta. Boone —observa después de unos minutos tensos y silenciosos—, parece que todo está bien. Su presión arterial es un poco más alta de lo que me gustaría… —nos mira como si la respuesta a por qué fuera obvia—, pero la controlaremos de cerca y veremos si podemos bajarla en los próximos días —su sonrisa vacila, incluso cuando intenta animar su tono—. En cuanto a las bebés, están perfectamente sanas.

Andrey todavía me mira con dagas en los ojos cuando, de repente, su boca se abre. Se gira hacia el médico. — ¿Qué dijo?

Cierro los ojos con fuerza y *sí* estoy cansada. Podría irme a dormir ahora mismo. Tal vez debería.

—Las bebés están sanas —repite el Dr. Abdulov con cautela.

El silencio se prolonga. Espero que Andrey dirija su ira contra mí. Está claro que yo sabía lo de

las gemelas y no se lo dije. ¿Cuántos errores puedo cometer en un día antes de volverme imperdonable?

—Gracias, doctor —dice finalmente Andrey—. Eso es todo.

Abro los ojos mientras un inmensamente aliviado Dr. Abdulov recoge su equipo y se retira.

En el momento en que la puerta se cierra con un clic, Andrey vuelve su mirada ardiente hacia mí. —Lo sabías.

—Me enteré durante mi revisión esta mañana —técnicamente, fue ayer por la mañana. Pero, como no he dormido, parece que todavía estamos viviendo el mismo día imposiblemente largo.

—Gemelas —susurra como si estuviera probando la palabra—. ¿Y las dos son…?

—Niñas —confirmo. Me pongo de pie con dificultad—. Andrey, sé que estás enojado…

—¿Por qué asumes que estoy enojado? —hay un destello de impaciencia en su voz—. No lo estoy.

—¿No lo estás?

—Ninguno de los dos estaba en el estado mental adecuado para tener cualquier tipo de conversación seria —camina hacia la cama y dobla las sábanas. No voy a mentir… las hermosas plumas se ven extremadamente tentadoras—. Y aún no lo estamos. Es hora de que descanses un poco.

Me levanto. —No hasta que vea a Misha.

—¡Jesucristo, Natalia! —gruñe.

Suavizo mi tono y decido pedir en lugar de exigir. —¿Por favor?

Con un suspiro cansado, hace un gesto hacia la puerta.

Solo queda una luz encendida en la enfermería. Ilumina a Remi, que sigue tumbado en la mesa de reconocimiento. Sin embargo, su respiración se ha estabilizado desde la última vez que lo vi.

Le doy una palmadita cariñosa al perro fiel antes de seguir a Andrey al otro extremo de la habitación. Misha está tumbado en una cama individual, con el brazo vendado rígido a un lado mientras el otro descansa sobre su cara. Parece incluso más joven cuando duerme. No puedo resistir la tentación de agacharme y darle un beso en la mejilla expuesta.

No puedo ver a Andrey, pero puedo sentirlo en mi hombro. —Gracias por cuidarlo por mí.

—No lo hice solo por ti —dice con voz áspera—. Es tan mi chico como lo es tuyo.

Al girarme, capto su mirada. La mitad de su rostro está bañado en sombras. Solo puedo ver un ojo plateado brillando hacia mí.

—Tienes razón —reconozco, colocando una mano sobre mi estómago—. Es nuestro. Igual que estas bebés.

ANDREY

—¡Nat! —protesta Misha mientras intenta apartarle el flequillo de los ojos.

—Necesitas un corte de cabello —lo regaña cariñosamente. Remi gimotea como si estuviera de acuerdo. El perro se despertó hace unas horas, y desde entonces se ha quedado entre Misha y Natalia.

—Me gusta mi cabello así.

—Se te mete en los ojos.

—Ese es el punto.

Ella se ríe. —A quién intentas impresionar, ¿eh?

Mientras Misha se pone a la defensiva, sigo caminando por el pasillo antes de que ninguno de los dos se dé cuenta de que los he estado observando. Es bueno verlos sonreír. Esa es una de las razones por las que he decidido pasarme por allí cada hora más o menos para ver cómo están.

La otra razón es que Natalia parece estar mejor… pero ¿por cuánto tiempo? Todo acabará pasándole factura y quiero estar cerca cuando eso pase.

Continúo por el pasillo hasta mi oficina improvisada, que, hasta hace unas horas, era un dormitorio de invitados. Shura está de pie frente a la cama tamaño queen esperándome cuando entro.

—¿Qué sucede?

—Los Halcones están dando vueltas —dice siniestramente.

Me pongo rígido. —¿Han hecho un movimiento?

—Están tratando de infiltrarse en tus clubes para impulsar su propio suministro.

—Tiene que ser una puta broma.

—Ya quisiera. La seguridad de Silver Moon y María llamó esta mañana. Dos grupos diferentes de hombres levantaron sospechas en cada uno, pero solo lograron retener a un tío. Los otros escaparon.

Soy dueño de un montón de propiedades en esta ciudad, y los clubes que Shura acaba de

nombrar están lejos de ser los más glamorosos. Solo una persona viva iniciaría una guerra de guerrillas contra mí colándose en María.

Desafortunadamente para mí, esa persona es mi hermano.

—Ese *mudak* —gruño. Ya estoy imaginando todas las formas en que voy a torturar a Viktor antes de terminar con su miserable existencia.

Quizá él también me estaba delatando. Igual que Yelena. O tal vez la deserción es reciente. Un acto mezquino de venganza.

—Necesitamos actuar, 'Drey —insta Shura.

Cuadrando mi mandíbula, asiento. —Es hora de traer refuerzos. Si Slavik tiene éxito, entonces Bujar, Cevdet y Luca tienen tanto que perder como nosotros. Necesitamos apuntalar las cosas antes de que haya algún riesgo de que alguno de ellos se vuelva contra mí. Programa una reunión lo antes posible.

Mi segundo asiente y se va. Mientras se desliza por la puerta, veo al Dr. Abdulov rondando en el pasillo. Le hago un gesto para que entre.

He colocado al buen doctor, con bastante fuerza, en una habitación de invitados de la propiedad. Hasta que esté seguro de que Misha y Natalia están bien, quiero que estén bajo atención médica casi constante.

El hecho de que el Dr. Abdulov esté agarrando su portapapeles contra su pecho como una manta de seguridad me hace pensar que mis instintos estaban en lo cierto.

—¿Qué pasa?

—Las bebés están bien…

—Eso ya lo sé —espeto—. No estoy preguntando por las bebés ahora mismo. Quiero saber cómo está ella.

Se mueve de un pie al otro, negándose a bajar el portapapeles. —Natalia fue muy clara en que no quería que yo transmitiera su información personal a nadie más.

Casi sonrío. —¿Te refieres a mí?

—Ella… eh, mencionó de pasada que… ejem… que no eres su pariente más cercano. Ni tampoco eres su esposo —el hombre suda y tira de su cuello—. Ella quería que los detalles de su condición, no relacionados con las bebés, se mantuvieran privados.

Doy un paso hacia el asustadizo doctor y él se encoge. —Esas bebés dentro de ella son mías, Abdulov —gruño—. Ella también es mía… esposa o no. No voy a dejar que un trozo de metal en su dedo determine lo que puedo y no puedo saber sobre ella.

Traga saliva bajo mi mirada firme. —Sospecho que está experimentando alguna depresión prenatal.

—¿Además del TEPT?

Abdulov consulta su portapapeles nuevamente. —En mi opinión profesional, creo que quizá la

combinación de ambos está creando un entorno psicológico inestable. Hablé con la Srta. Boone extensamente. Las hormonas del embarazo podrían estar interfiriendo con su TEPT existente. Sus miedos y pánico podrían aumentar.

Tal vez lo suficiente como para tomar un arma y apretar el gatillo.

—Entonces, arréglalo.

El doctor frunce el ceño. —Esta no es una condición con una solución rápida y fácil, señor. La Srta. Boone tiene antecedentes de depresión y ansiedad —se aclara la garganta—. Su estado mental actual habla de un problema más profundo. Debería estar en terapia. Una terapia intensiva que la ayudará a superar algunos de sus traumas pasados para que pueda lidiar con sus respuestas actuales.

Aunque su respuesta es predecible, no tengo tiempo para eso. Hay tantas amenazas externas que no puedo dedicar tiempo a las que están dentro de la cabeza de Natalia.

—¿Qué pasa con las pastillas? ¿Antidepresivos?

—Hay medicamentos que puedo recetar —admite—. Pero lo dudo, considerando su avanzada etapa de embarazo. De todos modos, las pastillas por sí solas no ayudarán. Lo ideal es que la terapia y la medicación se usen de la mano. Ninguna cantidad de drogas la hará sentir segura si no está en un ambiente tranquilo y acogedor.

Acogedor. Qué maldito chiste. ¿Cómo diablos se supone que voy a cuidarla cuando mi sola presencia es un detonante?

—Gracias, doctor —le digo, despidiéndolo con un gesto de la mano.

Abdulov pasa de nuevo junto a Shura al salir de la habitación.

—La reunión está fijada —me informa mientras cierra la puerta—. Los tres hombres están dentro. A las diez de la noche en María.

—¿Qué pasa con el espía de los Halcones?

—Te estará esperando en una celda debajo del club —dice Shura con sombría satisfacción—. Junto con algunos juguetes para animarlo a hablar.

ANDREY

—¿Jefe?

Me aparto de la pared de golpe, como si hubiera alguna manera de ocultarle a Leonty que he estado parado afuera de la habitación de Natalia como un adolescente enamorado.

—¿Qué pasa?

—Mino acaba de llegar —cuando no muestro ninguna señal de reconocer quién demonios es, Leonty se apresura a explicar—. Es el fisioterapeuta que me pediste que contratara para ayudar a Misha con su hombro.

—Cierto —asiento, vergonzosamente agradecido por la excusa para tocar a la puerta—. Se lo haré saber.

Natalia, Misha y Remi han pasado todo el día encerrados en su habitación. Incluso les están llevando sus comidas, incluida la de Remi.

Al principio, estaba agradecido de que Natalia estuviera contenta de quedarse en la casa principal en lugar de en la casa de la piscina. Ahora, la proximidad no es suficiente. Quiero verla.

Con un golpe brusco, entro antes de que alguien pueda responder. Natalia, Misha y Mila están tumbados en la cama, comiendo de la misma tabla de embutidos.

—Oye, grandulón —saluda Mila con un tono burlón—. ¿Vienes a unirte a la fiesta?

A juzgar por la forma en que Misha no levanta la vista y Natalia frunce el ceño, no estoy seguro de que me hayan invitado.

—Misha, Mino está aquí para tu cita de fisioterapia.

Remi se anima desde donde está durmiendo la siesta en el suelo cuando Misha se baja de la cama con cautela. Le da una palmadita suave al perro y se escabulle de la habitación sin saludarme.

Mila duda solo por un segundo antes de levantarse también de un salto, agarrando la bandeja de comida mientras se va. —Acabo de recordar que tengo algo de… ropa que lavar.

—¿Desde cuándo? —sisea Natalia.

Mila le hace un gesto tímido con la mano antes de desaparecer por la puerta. Remi ocupa su

lugar y acurruca su cabeza en el regazo de Natalia.

Ella evita mi mirada mientras yo rodeo la cama y me siento en el borde, lejos de ella. —¿Cómo te sientes hoy?

—Misha actúa como si todo estuviera bien, pero sé que no es así.

—¿Por qué dices eso?

—Intuición.

—Ayer tuvo un gran susto —digo, recordándome una vez más que necesito brindarle un entorno tranquilo y acogedor—. Solo dale tiempo.

Sacude la cabeza. —Está enojado conmigo. Solo no lo admite.

—Deja al niño en paz, Natalia…

—¡Está sufriendo, Andrey! —espeta—. Tal vez tú puedas ignorarlo, pero yo no.

Hago una mueca. *Gran comienzo.*

—Tal vez debería hablar con él.

Ella me mira con sospecha. —Sin ofender, pero no eres muy bueno con las emociones. Ni con otros humanos.

Me echo hacia atrás, reprimiendo cada chasquido y réplica que circula en mi cabeza. Es increíble cómo, incluso ahora, puede hacerme enojar.

—¿Dónde está Katya?

Pulsa el edredón y hace una mueca. —Evitándome, obviamente.

—No te enojes con ella. Hizo lo correcto al decirme dónde estabas.

—Debió haber hecho lo que le pedí sin involucrarte.

—¿Para que pudieras irte? ¿Otra vez?

Remi la mira con esos brillantes ojos marrones. Casi como si supiera de qué estamos hablando.

—Ay, no me mires así. Me romperás el corazón —suspira y vuelve a mirarme a los ojos. Cualquier rastro de afecto que tenía por Remi desaparece cuando me mira—. Era la única manera, Andrey. La única manera.

—¿Para hacer qué, exactamente?

Levanta una mano. —Para protegerme a mí y a mis hijas. Y sí, entiendo por qué Misha se molestaría por eso… pero no lo dejé atrás porque quisiera. *Tenía* que hacerlo.

—¿Y qué hay de mí?

Se detiene en seco. —¿Eh?

—También me dejabas atrás. ¿Alguna vez te detuviste a pensar en eso? —es difícil evitar el tono

de amargura en mi voz.

Aprieta los labios. —No me disculparé por intentar darles a nuestras bebés una vida mejor. Una vida más segura.

—No te lo estoy pidiendo. Puedo ver por qué pensaste que tenías que irte. No es como si te hiciera sentir muy segura al final, ¿verdad?

Su boca se abre y se cierra, sin saber si estoy siendo sincero o si la estoy llevando a una trampa. Incluso esa incertidumbre demuestra lo mucho que le he fallado.

Me levanto. —Tengo que salir un rato. Si necesitas algo, avísale a Leonty. Estará apostado afuera de tu puerta en todo momento.

Sus ojos se abren de par en par. —Eso no es necesario…

—Tampoco es negociable.

—Andrey…

La discusión se congela en su lengua cuando me inclino y le beso la frente. —Si me necesitas, llámame. Yo *sí* responderé.



—ENTONCES, ¿el viejo *pakhan* ha vuelto? —pregunta Luca, deslizando una mano por las solapas de su traje cruzado.

—Con ganas —confirmo.

El club en el que estamos, María, está repleto de jóvenes modernos, con la piel salpicada de sudor, y el humo saliendo en rizos de las puntas de sus finos cigarrillos franceses. La música electrónica suena débilmente a través de las paredes, como si el propio lugar tuviera un latido. La energía frenética nos contagia a todos, incluido yo.

Luca asiente al ritmo del bajo mientras Cevdet me mira con un brillo de emoción en los ojos. Bujar es el único que parece aprensivo.

Tengo la sensación de que sé por qué. Es el eslabón más vulnerable de nuestra cadena. No tiene la mano de obra para proteger sus intereses comerciales como el resto de nosotros.

—No se preocupen —les aseguro—. Planeo acabar con la amenaza lo suficientemente pronto.

—Eso espero —advierte Luca. —Cuanto más tarde, más dinero perderemos.

Cevdet pone los ojos en blanco. —En serio, Luca, ¿hablando de dinero en un momento como este? Es de mala educación. Es una ofensa contra nuestro joven *pakhan* y no puede ser así.

—Dos cosas pueden ser igualmente ciertas e igualmente importantes al mismo tiempo —bromea Luca con un gesto de la mano.

Es una de las cosas que más aprecio de Luca: el hombre es directo.

—Tenemos que cerrar filas —brama Cevdet, mientras toma otro puro—. Estrangular a esos molestos pájaros antes de que emprendan el vuelo.

—¿Quién es exactamente este nuevo enemigo al que nos enfrentamos? —pregunta Luca.

—Nadie del que hayas oído hablar. Solo un pequeño cártel que empezó a ganar algo de fuerza en la época en que asumí el cargo de *pakhan* —respondo—. Se hacen llamar Los Halcones.

Luca arruga la nariz. —¿Y son peligrosos?

—Una vez me costaron caro.

Los tres hombres me observan atentamente, esperando que voluntariamente ofrezca más. Pero no estoy aquí para sacar a la luz pérdidas pasadas.

—Mi padre es más capaz de lo que imaginaba —digo—. Puede ser muy persuasivo cuando quiere.

—¿Estás inseguro de la lealtad de tu Bratva? —pregunta Bujar.

Aprieto la mandíbula. —De mi círculo íntimo… para nada. Pero hay muchos hombres bajo mi mando, y muchos de ellos juraron lealtad a mi padre primero.

El estado de ánimo de nuestra reunión vacila bajo el pulso de las luces estroboscópicas. Cevdet se inclina hacia delante. —Si queremos ganar, tenemos que actuar rápido.

—Mientras hablamos, hay un hombre retenido en el sótano de este club —les informo—. Shura no pudo sacarle mucha información. Pero veré si tengo más suerte.

Bujar mantiene sus ojos fijos en mí. —¿Crees que podría ser útil?

—Es nuestra única pista —digo, poniéndome de pie—. Tengo la intención de hacerlo útil. Le guste o no.

Los labios de Cevdet se curvan en una sonrisa siniestra. —Cuéntanos cómo va.

—Ustedes tres siéntense. Disfruten de mi bebida y mis puros. Volveré pronto.

Levantan sus copas mientras salgo de la sala VIP a través de una puerta de panel oculto empotrada en la pared. En el momento en que entro en el estrecho pasillo, las luces del sensor de movimiento parpadean y se encienden, iluminando el camino en espiral que baja hacia el sótano de María.

La temperatura baja mientras desciendo. Mis zapatos resuenan en los pisos de concreto toscamente tallados.

Shura está apoyado contra una pared a un lado, con un palillo colgando entre sus dientes. El hombre frente a él está suspendido del techo por los brazos. La sangre cubre su pecho desnudo y el sudor pega sus calzoncillos grises a sus piernas. Si los moretones en su torso son un indicio, sus entrañas están tan feas y golpeadas como el resto de él.

—¿A quién tenemos aquí?

—Este es Diego —explica Shura.

El hombre, balanceándose precariamente sobre las puntas de los pies, se retuerce tan fuerte como puede. Es lamentable. —P-por favor. Déjame ir —la sangre gotea de una grieta en su labio inferior. Ahora que tiene la cabeza levantada, puedo ver sus ojos negros y la sangre que se forma en su barbilla.

—No nos has dicho nada interesante, Diego —digo con un chasquido de lengua—. ¿Qué te hace pensar que mereces que te dejen ir?

—¡Por favor! —suplica—. Soy inocente.

—Te colaste en mi club, atacaste a una de mis camareras e intentaste vender un producto de baja calidad en mis instalaciones —le dedico una sonrisa tranquila y misteriosa—. Eso no me suena a "inocencia".

—Por favor —intenta de nuevo—. Haré lo que sea.

Ladeo el cuello. —¿"Lo que sea"?

—Sí, solo… déjame ir.

—Puede que te deje ir, Diego… *si* me das algo útil. Si tu información resulta precisa, recuperarás tu libertad.

—¡No sé nada! —se lamenta Diego—. Nos enviaron aquí para vender el producto. Esas fueron las órdenes, así que eso fue lo que hice.

Shura parece incrédulo, pero no me cuestiona. En cambio, camina a mi lado y susurra—: ¿No crees que ya lo intenté? Es un títere. No es mejor que Misha con Nikolai. No sabe una mierda.

Decidido, camino hacia Diego. El sudor fresco se abre paso a través de la sangre seca que le cubre la boca. —Dame algo, Diego. Tu vida depende de ello.

Su rostro se arruga. —Solo estaba… siguiendo órdenes. P-por favor…

—¿Órdenes de quién?

—El hombre con el que estaba, Edgar Vargas, era el que me decía qué hacer.

—¿Quién es él?

Sus ojos se dirigen a Shura. Luego, a mí. —Es primo de uno de los Halcones. Eso es todo lo que sé. Me dijeron que siguiera sus órdenes.

A juzgar por la forma en que tiembla, Diego está dispuesto a cantar como un canario si eso significa que puede vivir. El problema es que no sabe la canción que necesito escuchar. Supongo que tendré que conformarme con unas pocas notas miserables.

—Si esta noche hubiera sido un éxito, ¿a dónde habrías ido? —presiono—. Debe haber habido un punto de encuentro.

Entrecierra los ojos y parpadea furioso mientras una gota de sudor le gotea en el ojo. —Estábamos alojándonos en un motel en el centro de la ciudad. Last Resort Inn.

Golpeando mi mano contra su rostro ensangrentado, asiento en señal de aprobación. —Acabas

de ganarte unas horas extra, Diego. Úsalas con sabiduría.

ANDREY

Luca mira con enojo las paredes descascaradas del Last Resort Inn, con la nariz arrugada en señal de disgusto. —Este establecimiento está por debajo de nosotros.

Bujar pone los ojos en blanco. —No estamos aquí para una fiesta de pijamas, Luca. ¿O tú y tus mocasines de piel de cocodrilo son demasiado buenos para poner un pie en un sitio como este?

—Deberíamos haber enviado a nuestros hombres para que se encargaran de esto, es lo que estoy diciendo.

—¿Dónde está la diversión en eso? —pregunta Cevdet.

Miro con enojo a los tres hombres hasta que se quedan en silencio. Luego, doy un paso delante de ellos, mi sombra cae sobre el oscuro estacionamiento, distorsionada en algo monstruoso por la luz de bajo ángulo a mi espalda.

—Acordamos nuestro propósito esta noche, caballeros —gruño—. Estamos aquí para hacer una declaración y mostrar un frente unido. Los Halcones aún no saben a qué se enfrentan. Tal vez, si lo saben, serán más cautelosos a la hora de iniciar una guerra que no pueden ganar.

—Eso, eso —Cevdet aplaude. Sus suaves palmadas son el único sonido en la noche inquietantemente silenciosa.

Ya no está acostumbrado a hacer el trabajo pesado. Probablemente esta sea la primera misión en la que participa en más de una década, así que entiendo su emoción. Prácticamente echa espuma por la boca cada vez que mira hacia la unidad de la esquina donde Edgar Vargas supuestamente se está refugiando para pasar la noche.

Luca saca un elegante cuchillo, la hoja brilla a la luz de la luna. —Bueno, entonces podemos terminar con esto de una vez.

Los cuatro subimos las escaleras del motel, después de haber obtenido una segunda tarjeta de acceso del escritorio del recepcionista. Shura tiene su arma apuntando al pobre idiota para que no pueda alertar a Vargas sobre nuestra visita inminente.

—¿Quién va a entrar primero? —pregunta Luca.

—Creo que nuestro intrépido líder debería hacer los honores —sugiere Cevdet.

Ese hilo sutil de sarcasmo que recorre todo lo que hace y dice me irrita, pero lo dejo de lado. No

es momento de sermonearlo por su tono. En lugar de eso, tomo la tarjeta de Bujar y la sostengo contra el punto de acceso hasta que la luz parpadea en verde. Me abro paso hacia adentro, solo para escuchar el ritmo febril de gruñidos y respiración pesada.

La mujer debajo de Vargas mira con indiferencia el techo, mordiéndose el labio inferior como si estuviera mirando un reloj, esperando que suene la campana.

Vargas está demasiado ocupado con su trasero pálido y flacucho en el aire, bombeando hacia su poco entusiasta "cita" de la noche, como para darse cuenta de la audiencia parada en su habitación.

Es la mujer quien se da cuenta de que no están solos. Frunce el ceño ante las nuevas sombras proyectadas en el techo, y luego su mirada se dirige hacia la puerta.

Me mira y grita directamente en el oído de Vargas, lo que hace que ruja como una rana toro. —¡¿Qué *demonios*, mujer?!

Él le da una bofetada en la cara, todavía decidido a follarla mientras lucha por salir de debajo de él. Solo cuando se niega a volver a acostarse, él sigue su mirada hacia la puerta.

—¡Mierda! —se sobresalta, casi rodando fuera de la cama.

La mujer se arroja al sucio piso alfombrado y se arrastra hacia atrás hasta un asiento en la pared del fondo, desnuda y temblorosa. Vargas intenta abalanzarse sobre su arma en la mesa auxiliar, pero Bujar lo hace antes.

De repente, Vargas se encuentra mirando fijamente la punta de su propia pistola, completamente desnudo y completamente desprevenido.

—¿Quién diablos son? —croa.

Cevdet parece ofendido por la pregunta. —¿Quiénes somos? Solo tu peor pesadilla.

Me resisto a la tentación de poner los ojos en blanco ante el cliché machista mientras avanzo a grandes zancadas hacia la habitación donde la prostituta está presionada contra la pared, con el rímel corriendo en chorros negros por sus mejillas hundidas.

Me arrodillo frente a ella. —¿Cómo te llamas?

Le castañetean tanto los dientes que apenas logra pronunciar las palabras. —I-I-Ivy.

—¿Hace mucho que conoces a este inútil, Ivy?

—N-no. Me recogió en la esquina… Dijo que me quería por una hora.

—¿Te ha pagado?

Sus ojos se agrandan nerviosamente. —No.

Saco un par de cientos de mi billetera y se los entrego. —Un pequeño consejo amistoso: siempre acepta el pago por adelantado. Ahora, vete.

Me mira incrédula solo por un segundo. Luego, agarra el dinero que le ofrezco, se pone la ropa a la velocidad de la luz y se va de este maldito agujero de mierda.

Una parte de mí desearía poder hacer lo mismo.

—Hemos tenido un comienzo emocionante —dice Cevdet riéndose entre dientes, tomando una de las dos sillas de retazos junto a la cama con un gruñido de alivio.

Vargas mira más allá de Bujar y la pistola que le apunta a la cabeza para encontrarse con mis ojos. —Eres él, ¿no?

Está tratando de sonar confiado y despreocupado, pero no me creo su fanfarronería ni por un segundo. El hombre está desarmado y desnudo, rodeado de enemigos y luce un par de bolas frustradas arrugadas.

No es exactamente su noche de suerte.

—Mi reputación me precede.

Me mira con el ceño fruncido. —Tu reputación es exagerada. ¿Qué pasa, Kuznetsov? ¿Eres demasiado débil para matarme por tu cuenta?

Cevdet se burla. —Todos estamos aquí para proteger nuestras propias inversiones, no porque Andrey necesite nuestra ayuda.

Vargas me mira a mí y a cada uno de mis aliados. Es un tonto por no haber hecho los deberes antes de patear este avispero. Está a punto de costarle la vida.

—No pensarías que me estaba expandiendo por mi cuenta, ¿verdad? —pregunto mientras me acerco tranquilamente—. A diferencia de mi padre, aprendí a jugar bien con los demás. De esta manera, todos obtenemos lo que queremos. Y ahora mismo, tú y tu pequeña pandilla están amenazando eso.

—No sabes a qué te enfrentas —gruñe.

Saco mi arma y la agito descuidadamente en el aire—. Entonces, dímelo. Me muero por saberlo.

Sus ojos siguen mi arma. —No quieres matarme. Mi primo es un teniente… Está en un alto puesto en los Halcones. Matarme solo lo enojará.

—Asumes que me importa si lo enojo o no.

Las manos de Vargas tiemblan. Las cierra en puños, pero no puede ocultar su miedo.

—También asumes que eres importante para tu primo —continúo. —Pero seamos realistas, Vargas: te envió en una misión suicida cuando te apuntó a uno de mis clubes. No eres tan importante como crees.

Cevdet se ríe entre dientes, pero mantengo mi rostro inmóvil y sombrío.

—¿Vas a matar a un hombre indefenso y desarmado? —pregunta.

—¿Qué te hace pensar que te voy a matar, Vargas? Tal vez solo quiero tener una pequeña charla.

—No vas a sacarme nada, así que más vale que termines con esto y me mates, ¡joder! No voy a hablar.

—Entonces, morirás —interviene Cevdet alegremente.

Le doy a Cevdet una mirada de advertencia. Necesito respuestas antes de que este *mudak* se dé cuenta de que estará mucho peor si lo dejo volver con sus amos que si lo ejecuto yo mismo.

—Realmente no quieres que te mate, ¿verdad, Vargas? Será mucho más fácil si haces lo que te pido y aceptas llevar un pequeño mensaje mío.

Al percibir una oportunidad, Vargas agranda los ojos. —¿Un mensaje?

—Para tus jefes.

Se vuelve pálido. —¿C-cuál es el mensaje?

—Basta.

Su mirada se dirige a Bujar, luego a Luca, luego a Cevdet, esperando un indulto o un chiste o tal vez solo un maldito milagro.

No obtiene nada.

Cuando nadie dice una palabra, traga saliva y una gota de sudor le resbala por el costado de la cara. —No puedo decirles eso.

—¿Por qué no? —ladra Luca.

—Porque lo matarán —supongo.

—Entonces, el hombre es inútil —decide Cevdet—. Solo mátenlo ahora y acaben con esto.

—¡No! —grita Vargas, girándose en mi dirección—. No, no me maten. Lo haré. Llevaré el mensaje a los Halcones principales.

Pero siento la mentira escondida detrás de esas palabras seguras. Tiene la palabra “corredor” escrita en la cara con letras grandes y en negrita. Es exactamente como lo llamó Cevdet: inútil.

Suspirando, levanto mi arma y disparo.

Vargas cae al suelo, con los ojos vidriosos por la incredulidad.

Luca da un paso adelante y mira con desagrado el cuerpo. —¿Pensé que lo íbamos a mantener con vida?

—Me harté de oírlo hablar tonterías —respondo—. Y además, su cuerpo transmitirá el mensaje tan bien como lo harían sus labios. Tal vez mejor.

NATALIA

—No me mires así. Estoy bien.

Remi ladea la cabeza y me da un pequeño ladrido que traduzco más o menos como: *"Te he descubierto, mujer"*.

Lo ignoro, retiro las sábanas y arrastro mi triste trasero hasta el baño. Él entra atrás de mí, observándome con una mirada fría que parece demasiado humana para pertenecer a un perro.

Me cepillo los dientes, me lavo la cara y me doy la vuelta para encontrarlo todavía en la misma posición, mirándome con expresión escéptica. *Necesitas ayuda de verdad.*

—Solo fueron sueños, ¿vale? —insisto—. Todo el mundo los tiene.

Aunque no todo el mundo empapa la cama de sudor por ellos. No todo el mundo se despierta temblando y gritando por ellos. No todo el mundo tiene que agarrarse a su animal de apoyo como si fuera su vida solo para robar un par de horas más de sueño perturbado.

Me arrodillo y presiono mi frente contra la nariz de Remi. —Sé que anoche estuve loca, pero… pasará.

Ajá. Convincente.

—Basta —lo regaño—. No necesito terapia.

Me lame los dedos y vuelvo al dormitorio. Mi inquietud alcanza un punto máximo.

No es solo mi fallido plan de escape lo que me molesta. Son todas las relaciones que logré cortar al irme de la manera en que lo hice. Se agitan a mi alrededor como hilos cortados, inútiles y muertos.

Katya y yo todavía no hablamos. Misha y yo parecemos bien en la superficie, pero sé que él no está tan indiferente como pretende. Hasta el perro piensa que soy una mentirosa.

Después de cambiarme a unos pantalones elásticos y un suéter ligero, abro la puerta de mi dormitorio y encuentro a Leonty sentado en el pasillo en una silla de aspecto incómodo, con el teléfono en la mano.

Tiene ojeras y arrugas en los costados de la cara. —Buenos días —bosteza.

—¿De verdad te quedaste aquí toda la noche?

Se encoge de hombros. —Órdenes.

No es difícil adivinar de quién eran las órdenes. —¿Dónde está Andrey?

—No está aquí.

—Entonces, tendré que encontrar otro momento para gritarle —murmuro—. Avísame en cuanto vuelva.

A juzgar por la expresión de Leonty, no me dirá nada. Pero estoy demasiado cansada de anoche como para insistir. En cambio, bajo las escaleras hacia la habitación de Misha.

—¿Ahora me sigues? —pregunto, cuando me doy cuenta de que Leonty me sigue.

—Solo voy en la misma dirección —responde inocentemente.

Intercambio una mirada con Remi. —Cree que nací ayer.

Leonty reprime una sonrisa. —¿Cómo dormiste? —lo pregunta con una inflexión engañosamente inocua que me hace girar y clavarle un dedo en el pecho—. Ay —se queja.

—No te atrevas a contarle nada a Andrey sobre lo de anoche.

—Nat, estás pasando apuros…

—Tú eres el que pasará apuros si le cuentas a Andrey. Eran solo sueños, Leonty.

Parece incluso menos convencido que Remi. —¿Quizás ayudaría hablar de ellos…?

—Preferiría no revivirlos, gracias —me dirijo a la puerta de Misha, lista para terminar esta conversación—. Ahora, si me disculpas, tengo que ver cómo está Misha.

Entro y cierro la puerta en su boca abierta, cortando cualquier otra cosa que fuera a decirme.

Cuando me doy vuelta, Misha está sentado en el diván frente a su cama, con un libro de texto abierto sobre su regazo. Lo guarda cuando me ve, despejando el espacio para que Remi salte a su lado.

—¿Cómo estás? —le digo con voz alegre y falsa.

—Bien.

Misha le sonríe a Remi, así que no noto inmediatamente las ojeras debajo de sus ojos, que son incluso peores que las de Leonty. O la hinchazón a su alrededor.

¿Ha estado llorando…?

Todo mi cuerpo se pone rígido de inquietud. Pero no puedo culparlo exactamente por mantener sus sentimientos cerca de su pecho cuando yo soy culpable de lo mismo.

Decido probar un enfoque diferente. —¿Qué te parece si salimos hoy? ¿Cogemos un auto y comemos en algún lado?

Misha parece menos que entusiasmado. —Tengo terapia física en un par de horas. Y la conmoción cerebral me cansa.

—Está bien. Podemos hablar aquí.

Parece alarmado, como si le hiciera un examen sorpresa. —¿Hablar de qué?

—Sobre el hecho de que estás enfadado conmigo, pero intentas ocultarlo.

—No estoy enfadado contigo —protesta, pero mira a Remi cuando lo dice.

Me acerco lo suficiente para poner la mano en su rodilla. —Misha, tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo. Sé que te lastimé cuando intenté irme.

—¿Cuál vez?

Levanto las cejas.

Su boca se curva hacia abajo con culpa. —Lo siento…

—No tienes nada de qué disculparte, Misha. Soy yo quien debería disculparse. —aprieto su rodilla—. No me fui porque quisiera. Simplemente sentí que era la única forma de proteger a las bebés.

—¿Bebés? —jadea Misha.

—Niñas gemelas —asiento y le dedico una sonrisa estimulante, que desaparece con la misma rapidez—. Dejar a todos fue más difícil de lo que podría haber imaginado. Especialmente, porque significaba dejarte a ti también.

Se mueve en el lugar y se ruboriza. —No tienes que decir eso.

—Lo digo porque es verdad. No mentí antes cuando dije que pensaba que eras mío, Misha. Es solo que… Estás en camino de convertirte en un hombre, y no pensé que quisieras aceptar el tipo de vida que yo planeaba vivir.

Sus ojos se arrugan en los bordes mientras frunce el ceño.

—Pensé que estarías mejor con Andrey. Esperaba que tú y Remi se cuidaran el uno al otro.

Remi se anima un poco cuando escucha su nombre. Misha le acaricia la cabeza, pensativo. —¿Todavía crees que irte es una buena idea?

Esperaba evitar esta línea de conversación, pero ahora que me lo pregunta…

—A veces.

Alza su mirada hacia la mía. —Entonces, ¿todavía piensas en irte?

Me encantaría decirle lo que quiere oír. Pero tampoco quiero mentir. —Todavía no me he decidido… pero me inclino por esa dirección —admito.

Suspira, su barbilla cayendo hacia su pecho. —Eso temía.

Fuerzo su mirada hacia la mía otra vez. —Pero Misha, esta vez, puedo darte la opción. No tienes

ninguna obligación, pero si realmente quieres… puedes venir conmigo.

Una oleada de placer revolotea por su rostro. Pero, casi de inmediato, se apaga. —¿Tengo que decidir ahora mismo?

—No, no ahora mismo.

Asiente, claramente aliviado. Luego, como si no pudiera evitarlo, agrega—: Te extrañaré.

Me inclino y lo envuelvo con mis brazos. —No tienes idea de cuánto *yo* te extrañaré *a ti*.

Remi se queja para que le presten un poco de atención. Nos separamos y ambos consolamos al perro. Es más fácil que consolarnos el uno al otro.

NATALIA

—Katya está aquí.

—¿Lo está? —me encojo de hombros como si no me importara—. Deberías avisarle a Shura.

Mila suspira. —Está aquí para verte a ti, Nat.

Mi instinto me dice que me ponga como una perra arrogante, pero la agitación emocional de los últimos días modera mi naturaleza poco amable. —Ay, vale—concedo—. Déjala entrar.

Katya entra en mi habitación unos minutos después, con una sonrisa nerviosa. —Me alegro mucho de que estés bien, Nat.

No gracias a ti. Pero a esta altura, ni siquiera estoy segura de que eso sea cierto.

¿Qué clase de vida estaría viviendo ahora si Katya me hubiera hecho caso? Claro, tendría algo de dinero y un boleto para salir de esta ciudad. Pero ¿a dónde habría ido? ¿En quién podría haber confiado? Estoy embarazada de siete meses de gemelas y, por mucho que quisiera negarlo, siento cada vez más que Katya es la sensata entre nosotras.

Me gustaría decir que he evolucionado lo suficiente como para dejarla salir del apuro inmediatamente. Pero no lo hago. Echemos la culpa a las hormonas del embarazo.

—Define “bien”.

Suspira, intercambiando una mirada con Mila que claramente dice: *Se está comportando exactamente como pensábamos que lo haría.*

No hace falta decir que su charla telepática no mejora mi humor.

—Sé que estás enojada.

—¿Porque, cada vez que conoces a un hombre, tus lealtades cambian?

La mandíbula de Katya cae. Hay un silencio sepulcral en la habitación antes de que se recomponga. Cuando lo hace, parece tan enojada como yo. —Esto no tiene nada que ver con Shura. ¡Mi lealtad ha sido y siempre será hacia ti!

—¿Sí? Sí que tienes una forma extraña de demostrarlo.

Mila se mueve entre nosotras como si estuviera preocupada de que alguien lance un puñetazo.

Resulta que sé que Katya tiene un gancho de derecha muy bueno, cortesía de años de práctica saliendo con gilipollas.

Yo, por otro lado… bueno, hay una primera vez para todo, ¿no?

—¡Me asustaste cuando llamaste, Nat! —grita Katya, pasando junto a Mila con fuego en los ojos —. Sonabas mal por teléfono. Me recordó a… a… —suspira profundamente antes de continuar con el final de su oración—. La primera vez que me dijiste lo que les pasó a tus padres.

Eso me calla de inmediato.

—Pensé que estabas en estado de shock y, demándame, pero no pensé que fuera una buena idea que estuvieras vagando por la ciudad de Nueva York, embarazada y sola. ¡En particular no cuando acabas de *dispararle al hombre que amas*!

Mi corazón golpea contra mi pecho y mis brazos están encendidos con piel de gallina.

—Así que sí —continúa—, llamé a Andrey. No por lealtad a Shura ni a Andrey ni a nadie más, sino porque mi mejor amiga estaba teniendo un colapso mental y necesitaba ayuda.

Todavía no sé qué decir. Cómo respirar. Qué hacer con mis manos.

—Si buscas una disculpa, espera sentada —dice Katya, todavía de pie sobre su pedestal—. Porque no me arrepiento de haber llamado a Andrey. Lo haría de nuevo si tuviera que hacerlo.

Mila la alcanza con cautela. —Kat…

—¡No! —aparta la mano de Mila de un manotazo—. Entiendo que ahora está frágil, pero no puede culparme solo para tener una salida para su ira. Soy su mejor amiga, no un saco de boxeo.

La verdad me golpea como si yo fuera su saco de boxeo.

—Tienes razón —grazno.

Se siente bien canalizar mi impotencia en ira. Se siente bien culpar a alguien más, incluso si esa persona no lo merece. Quizá incluso especialmente cuando esa persona no lo merece.

—¿La tengo? —Kat tose y lo intenta de nuevo—. Eh, quiero decir… Sí, sé que la tengo.

Me trago mi orgullo. —No me debes una disculpa, Kat. Soy yo quien lo siente.

—Ay, *graciasaDios* —se abalanza sobre mí, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros y apretando como una pitón—. Estás perdonada.

No puedo evitar reírme. —No me hiciste sudar mucho.

Katya me suelta con una risa llorosa. —Guardaré el sudor para cuando hayas dado a luz a esas bebés sanas y salvas.

—Eso es generoso de tu parte.

Me guiña el ojo. —Soy muy generosa.

Justo así, la tensión se rompe. Pero no la culpa. Esas cosas tienen una forma de quedarse en mi mente.

Katya aplaude con decisión. —Vale, ahora que ya no quieres patearme el trasero, ¿qué hacemos hoy?

—Realmente me gustaría salir de la mansión por un rato. Aunque sea solo para ir a tu casa.

Mila abre la boca como si fuera a discutir, pero Katya pone sus manos en sus caderas. —Lo haré posible. Déjamelo a mí.

Sale de mi habitación y luego regresa con una gran sonrisa en su rostro.

—Todo listo. Nos dirigimos a mi departamento para pasar el día. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Misha estará ocupado con fisioterapia durante las próximas horas y Remi está con él, así que me asomo para despedirme.

Y, más que todo, para asegurarle a Misha que no me voy a ir a ninguna parte. Todavía no, de todos modos.

Luego Mila, Kat y yo nos apiñamos en la parte trasera de un Escalade azul conducido por Leonty y salimos de la parte bonita de Manhattan en dirección a Hell's Kitchen, que es… bueno, un poco menos bonita.

A medida que nos acercamos a la casa de Kat, recuerdo los días en que éramos solo nosotras dos, sentadas en el suelo de su sala de estar, bebiendo vino en caja y dulces baratos. Solo nosotras. Sin distracciones. Sin miedos.

Volverá a ser así, aunque sea solo por unas horas.

O unos segundos, pues en el momento en que entro en la sala de estar de Kat, me encuentro cara a cara con Shura. Kat lo saluda con un rápido beso en la mejilla, negándose a mirarme.

—Hola, señoritas —dice Shura con indiferencia—. Me retiraré al dormitorio y les daré algo de privacidad.

Miro a los dos. —¿Están viviendo juntos?

Katya se sonroja y sacude la cabeza. —No, no, por supuesto que no. Es demasiado pronto.

Entonces, me doy cuenta. —Estás aquí por órdenes de Andrey, ¿no?

Katya le da un manotazo al brazo de Shura. —¡Se suponía que debías permanecer fuera de la vista!

—Es un apartamento pequeño —se encoge de hombros sin disculpas—. Mis únicas órdenes fueron que me quedara adentro contigo.

—Mis órdenes son más importantes que las de Andrey —argumenta Kat.

—Leonty está aparcado al frente en el Escalade —digo—. ¿Qué podría pasar?

—Nada —anuncia Shura—. Tus dos sombras se encargarán de eso.

Kat se encoge y empuja a Shura en el pecho. —Dios mío, Shura. ¿No podrías haberlo dicho

mejor?

—Más vale que se acostumbre. Andrey no la va a perder de vista hasta que… —su voz se apaga cuando entro furiosa en el dormitorio de Katya y saco mi teléfono.

Cierro la puerta de golpe, me acomodo en su cama y me concentro en marcar el número de Andrey. —Hola, *lastochka*. ¿Qué puedo hacer por ti? —su voz es profunda y suave como la seda.

Mi corazón hace un pequeño y extraño temblor que me hace querer abofetearme. —Puedes decirme por qué tus pequeños matones raros siguen cada paso que doy.

—Shura se mantendrá al margen. Aún puedes tener tu día de chicas.

—No es el punto.

—El punto, Natalia, siempre ha sido mantenerte a salvo. Ahora más que nunca.

—Estoy a salvo —replico—. Ahora, dile a Shura que se vaya.

—No voy a hacer eso. Si eso es todo…

—¡No, eso definitivamente *no* es todo! Necesitamos hablar de esto. Tiene que haber algún tipo de acuerdo.

A pesar de mi enojo, su risa profunda y oscura envía una ola de emoción y anhelo a través de mi interior.

—No soy del tipo que hace acuerdos, *lastochka*. Ya deberías saberlo.

NATALIA

Me dejo caer en mi asiento después de visitar la fotocopiadora, con el escritorio dando vueltas en mi visión. Tengo que agarrarme a los brazos de mi silla para intentar poner el mundo en orden antes de desmayarme y/o vomitar mi almuerzo por todas partes.

Esto me ha estado sucediendo cada vez más últimamente, desde que me mudé de la mansión… extraoficialmente hablando… al pequeño y estrecho apartamento de una habitación de Katya.

Podría sentarme y preguntarme por qué está sucediendo, pero sería una pérdida de tiempo. O sea, elijan: estoy embarazada, no he estado durmiendo, toda mi vida está en el filo de una navaja y no sé hacia dónde va a caer. No hay respuestas incorrectas.

Es una receta para otro colapso inminente.

¿La parte más confusa?

La razón principal de mis problemas también podría ser mi antídoto. En otras palabras: el tío guapo con una sonrisa, aunque esquiva, asesina.

No he sabido nada de Andrey desde que hace tres días decidí que no iba a volver a la mansión. Decidí defenderme.

Y él decidió castigarme con indiferencia.

Además, más seguridad.

Mindy aparece en mi escritorio con una pila de archivos. —Estos deben ser entregados al Sr. Ewes. ¿Puedes manejarlo o debo hacerlo yo?

He estado recibiendo muchas de esas preguntas últimamente. *¿Puedes manejarlo? ¿Estás bien? Te ves mareada… ¿necesitas sentarte?* Un resultado del accesorio poniendo toda mi ropa de maternidad a prueba. —Todo bien, Mindy. Se los llevaré ahora.

Pero, incluso cuando me levanto, mi cabeza da vueltas y mis rodillas amenazan con doblarse.

Solo me lastimé un músculo durante el yoga prenatal esta mañana. Eso es todo.

Kat y yo despejamos su sala de estar para poder hacer una sesión de yoga antes del trabajo todas las mañanas. Es lo único que me relaja estos días. Y, teniendo en cuenta la cantidad de preocupaciones que rondan mi cabeza… Misha, Remi, Andrey, esto, aquello y lo otro… necesito

toda la ayuda que pueda conseguir.

Un paso delante del otro, Nat. Sigue caminando.

Consigo llegar hasta la oficina de Richard antes de que el mareo se imponga a mi determinación. Me tambaleo hacia un lado, agarrándome de su escritorio y enviando la mitad de los archivos al suelo.

—Ay, Dios —jadeo, mortificada—. Lo siento mucho.

Richard se dobla en dos tratando de ayudarme a recoger los papeles esparcidos. Ha sido extraordinariamente amable conmigo desde la "renuncia" de Byron y mi "ascenso". Cada vez que me mira, aparece una arruga entre sus cejas. Una arruga que bien podría decir: ***Andrey Kuznetsov estuvo aquí.***

—¿Por qué no te sientas, Natalia?

El plan era disculparme para salir de la oficina y regresar a mi escritorio para desplomarme, pero otro ataque de mareo me golpea y me encuentro hundiéndome en una silla mientras Richard me trae un vaso de agua.

—No te ves muy bien —observa.

—Justo lo que toda mujer embarazada quiere oír.

De hecho, palidece. —No quise ofenderte…

—No me ofendiste —le aseguro—. Solo estaba bromeando. Gracias por el agua.

Exhala un suspiro de alivio. Casi como si tuviera miedo de que informe a Andrey y se le arme un lío enorme. Ay, ¿a quién engaño? Eso es exactamente lo que lo asusta.

Se apoya contra el escritorio. —¿Estás bien?

Bueno, veamos: estoy teniendo las bebés de un señor del crimen, soy básicamente su rehén a todos los efectos, y puede que le haya disparado accidentalmente a propósito o no…

Ah, y está ese otro pequeño detalle sin importancia…

Puede que esté perdidamente enamorada de ese tío.

—En este momento están pasando muchas cosas en mi vida —admito—. Solo estoy… asimilando todo.

Él asiente y se aclara la garganta. —Creo que sería una buena idea que te tomaras un tiempo libre. Te daría la oportunidad de poner tus ideas en orden.

Es una buena sugerencia. Entonces, ¿por qué la idea de tomarme un sabático me llena de tanto miedo?

Porque entonces estarás completamente sola con tus pensamientos. Duh.

—No —insisto—. Necesito trabajar.

Él no insiste, pero la arruga está de nuevo entre sus cejas. —¿Por qué no terminas ese vaso de

agua y te vas a casa temprano? Descansa un poco.

Esta vez, no es una sugerencia.

Con un gesto de agradecimiento a regañadientes, vuelvo a mi escritorio, temiendo la idea de volver al departamento de Kat. Sé que soy yo quien eligió vivir allí, pero eso no alivia la soledad que me desgarra el pecho.

La soledad que solo una persona puede aliviar.

Suena mi teléfono con un mensaje entrante y, si su nombre que aparece en la pantalla de bloqueo es una señal del universo, decido ignorarlo.

ANDREY: ***Ven a cenar esta noche. Podemos hablar.***

Solo Andrey puede convertir lo que debería ser una pregunta romántica en una orden. ¿Qué es aún más molesto? En realidad, me excita.

Las cosas son sencillas cuando le dejo tomar decisiones. Él no tiene miedo. No cuestiona ni duda. Simplemente *actúa*.

Qué forma de vivir debe ser esa.

Pero si quiero estar a cargo de mi propia vida, de la vida de mis hijas, no puedo sucumbir a esa tentación fácil de dejar que Andrey me controle. Tengo que defenderme a mí misma. A las *tres*.

Aunque una parte de mí *quiera* que le den órdenes.

NATALIA: ***No creo que sea una buena idea ahora. Pero iré a buscar a Remi.***

ANDREY: ***De todas formas, la cena estará en la mesa. Te dará la oportunidad de pasar un rato con Misha. ¿O debería decirle que estás ocupada?***

Aparentemente, no dejaré que me dé órdenes. Pero sí dejaré que me manipule.

Maldito sea.

NATALIA: ***No, haré el tiempo.***

ANDREY: ***Se lo haré saber.***

El "jaque mate" está muy implícito.

~

VALE, lo admito: como Andrey fue quien hizo la invitación a cenar y sugirió que "habláramos", esperaba que realmente *apareciera* a cenar.

En cambio, estamos Misha y yo uno al lado del otro en una esquina de la enorme mesa del comedor, sufriendo en el más denso de los silencios.

Estuvo claro en el momento en que llegué que Misha no estaba de muy buen humor. Él ha dicho que tiene que ver con muchas cosas diferentes… su conmoción cerebral, fisioterapia, clases

particulares… pero se queda corto de decir: *“En realidad, todo esto es culpa tuya, Natalia”*.

No necesita decirlo. Ya lo sé.

—Puedo dejar a Remi, ¿sabes? —le ofrezco por tercera vez desde que llegué.

Él niega con la cabeza. —No. Remi es tuyo. No mío.

—No es para siempre —le digo con suavidad, dándole una palmadita en la muñeca—. Solo necesito un poco de espacio de este lugar. Y de Andrey.

—¿O qué? ¿Le dispararás de nuevo? —levanto las cejas y él se sonroja con arrepentimiento instantáneo—. Lo siento.

—Un golpe bajo, pero me lo merezco.

—No… no, no lo mereces. Lo siento, no debería haber dicho eso —picotea el orzo de su plato, empujándolo con el tenedor—. Odio estar encerrado aquí todo el tiempo.

—Es solo hasta que se te pase la conmoción cerebral.

Hace una mueca y su tenedor repiquetea contra el plato. —Estoy harto de ser inútil.

—¡Misha! No eres inútil.

Evita mi mirada y se gira hacia Remi, que tiene la cabeza apoyada en el muslo de Misha. —No olvides llevarte su hueso de juguete. Es su favorito.

—La casa de Kat es muy pequeña. De lo contrario, podría haberte arreglado…

Se levanta de la mesa y hace que su silla se deslice hacia atrás con un chirrido de enojo. —Me voy a la cama. Estoy cansado.

No tengo más opción que verlo salir del comedor arrastrando los pies, con los hombros encorvados.

Remi se queja, pero no sigue a Misha. Es como si entendiera que vendrá a casa conmigo hoy.

—Vale, amigo —suspiro, rascando a Remi detrás de las orejas—. Vamos a buscar tus cosas y nos vamos, ¿eh?

Excepto que sus cosas parecen haber desaparecido en los tres días que he estado fuera. No hay nada en la casa de la piscina, ni en el cobertizo del jardín.

Aún más sospechoso: ni Mila ni Leonty parecen estar cerca.

De hecho, no hay nadie.

Sin otro recurso, hago con resignación el largo viaje a la oficina de Andrey. Realmente no espero que esté dentro. Quiero decir, si lo estuviera, ¿por qué no se uniría a nosotros para cenar? Pero, cuando abro la puerta, Andrey está despatarrado en el sofá, con sus largas piernas colgando por el borde.

Una parte lastimosa de mí salta al verlo, desesperada por acercarse.

No hay sorpresa en su rostro cuando entro, así que hago mi mejor esfuerzo para ocultar el mío.

—¿Dónde están las cosas de Remi?

Remi huele la mesa de café entre nosotros, mirando el vaso de whisky que está sobre un posavasos como si quisiera lamerlo.

—Buenas noches, Natalia. Me alegra verte también.

Frunciendo el ceño, cruzo los brazos sobre el pecho. —Escondiste sus cosas a propósito para que tuviera que entrar aquí y hablar contigo.

No lo niega mientras se levanta y hace un gesto hacia la silla detrás de mí. —¿Por qué no te sientas?

—Prefiero quedarme de pie, gracias. ¿Las cosas de Remi?

—Aquí. Que es donde se quedarán.

Mi ceño se profundiza justo cuando mi ritmo cardíaco se acelera. —Escucha, lo traeré de vuelta regularmente para su entrenamiento, pero necesito sus cosas.

—No necesitas nada —dice, poniéndose de pie—. Porque Remi se quedará aquí. Igual que tú.

Busco en su rostro alguna señal de que es un chiste. No encuentro ninguna. —¿Qué quieres decir? Me estoy quedando con Katya.

—Ya no. Ha surgido una situación y es mejor que te quedes en la mansión a partir de ahora.

Lo miro boquiabierta, como una idiota. —¿Qué tipo de situación?

—Se vieron algunos hombres fuera de la casa de Kat esta mañana —aporta—. También se vio a otro grupo de hombres fuera de Sunshield. Todos a sueldo de Nikolai.

No puedo fingir que esa noticia no me afecta. Pero una parte de mí la cuestiona. Suena como algo que diría alguien que quisiera que me mude de nuevo bajo su atenta mirada.

—¿Importa? Tienes un ejército entero siguiendo cada uno de mis movimientos.

—Me temo que eso no será suficiente. Hasta que pase la amenaza, *esta* es tu casa.

—Pero me fui porque necesitaba… quiero… —dejo escapar un suspiro áspero—. Necesito espacio.

Espacio que no puedo conseguir cuando Andrey exige tanta de mi atención. Estar tan cerca de él se siente más peligroso que nunca.

—Lo sé, *lastochka* —dice—. Desafortunadamente, vas a tener que encontrar espacio bajo este techo.

A lo que yo digo—: A. La. Mierda. Eso.

Llego hasta el vestíbulo antes de que me detengan. Leif se eleva sobre mí, sus anchos hombros bloqueando la puerta principal en directo contraste con la mueca de disculpa en su rostro. —Lo siento, Nat, pero no puedo dejar que te vayas. Órdenes del *pakhan*.

Hay un billón de respuestas diferentes ardiendo en la punta de mi lengua, tal vez incluso un gancho de derecha e izquierda… pero Leif no las merece. Solo está siguiendo órdenes, igual que el resto de nosotros.

Así que me trago mis malos pensamientos, me doy la vuelta y me dirijo directamente hacia el hijo de puta que *sí* merece escucharlos.

Cuando vuelvo a su oficina, Andrey no se molesta en levantar la vista de sus papeles. —¿Has vuelto tan pronto? ¿Qué pasó con necesitar espacio?

—Ya me tienes como rehén aquí. No hay necesidad de menospreciarme además.

Su expresión impasible no cambia, pero rodea la mesa y camina hacia mí. —No te estoy menospreciando, pajarito. Estoy tratando de mantenerte a salvo.

Esos ojos plateados me tienen cautiva mientras roza mis mejillas con sus nudillos. El calor me recorre, y de alguna manera encuentro la fuerza de voluntad para alejarme.

—Ven —dice, tomando mi mano—. Déjame mostrarte tu habitación.

Hay algo tan reconfortante en dejar que mis dedos se entrelacen con los suyos. En dejar que me guíe. Él podría estar guiándome directo al infierno, y yo solo lo seguiría ciegamente, feliz de estar sosteniendo su mano.

Recuperándome, aparto mi mano de la suya. —Conozco el camino a la casa de la piscina.

—No te estoy llevando a la casa de la piscina.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no vamos afuera, sino a las escaleras.

La pura curiosidad es lo único que me impulsa a seguirlo.

Eso y la vista perfecta que tengo de su trasero. Parece que está peleando sucio.

Me lleva de regreso al gigantesco dormitorio de invitados donde pasé los primeros días después de escapar, excepto que… es diferente.

Hay nuevos estantes en las paredes y cuadros con los que recuerdo haber decorado la casa de la piscina. El piano de media cola está escondido en el rincón de la ventana.

—¿Qué es esto? —exijo mientras Remi corre hacia el asiento de la ventana y se acurruca entre los cojines.

—Es tu habitación.

Mi mirada se vuelve sospechosa. —La casa de la piscina me queda bien.

—Te dije que tendrías que quedarte bajo mi techo por el momento. *Mi* techo, específicamente —hace un gesto con la mano para abarcar toda la habitación—. Todas tus cosas han sido traídas aquí desde la casa de la piscina. Incluso las cosas que dejaste en casa de Kat. Encontrarás todo lo que necesitas.

En realidad, tiene la audacia de moverse hacia la puerta, como si la conversación hubiera terminado.

—Todo lo que necesito *excepto* paz mental —digo bruscamente.

Hace una pausa. Se demora. —Estoy trabajando para lograrlo.

Un temblor inexplicable recorre mi columna vertebral. No es lo que dice ni cómo lo dice… Andrey Kuznetsov tiene demasiada práctica en contener sus emociones como para revelar algo tan fácilmente. Pero, si miro de cerca, si entrecierro los ojos e inclino la cabeza… podría jurar que veo miedo genuino en sus ojos. Solo un atisbo de él. Pero es suficiente.

—¿Qué tan grave es esta situación? —grazno.

Andrey deja que el silencio se asiente por un momento. —No voy a dejar que nada te lastime, *lastochka* —dice por fin, con un fuego en sus ojos que parece que podría quemarme si me acerco demasiado—. Le fallé a María. No te fallaré a ti.

Las líneas de su rostro podrían estar talladas en piedra. Pero, por más hermoso que sea, también se siente intocable. Se siente lejano, alejado de mí por el peso de una responsabilidad tácita que ha asumido.

El abismo entre nosotros se ondula y se curva. Hay momentos en los que parece insuperable y momentos en los que parece que se está reduciendo y que podría saltar para cruzarlo, si tan solo fuera lo suficientemente valiente.

En este momento, estoy atrapada en el medio, a horcajadas sobre una delgada línea entre lo que quiero y lo que necesito.

—Realmente la amabas, ¿no?

No sé por qué pregunto. Una parte de mí sabe que escucharlo confirmarlo me pondrá amargamente celosa. Otra parte de mí tiene esperanzas… si ha amado a una mujer antes, entonces tal vez, solo tal vez, pueda amar a otra.

No deberías querer su amor. Su amor es peligroso.

—Ella era mía para protegerla —es todo lo que dice.

Da un paso vacilante hacia mí de modo que prácticamente estamos nariz con nariz. O pecho con nariz, según sea el caso. Una mano acaricia mi vientre y la otra se enrosca alrededor de mi barbilla, levantando mi rostro para encontrarme con el suyo.

Su aliento a whisky calienta mi rostro. Podría disfrutar del brillo plateado de sus ojos para siempre. Me ayuda a aclarar el ruido blanco, las imágenes aterradoras en mi cabeza.

—Sé que quieres mantenerme a salvo —susurro—. Solo no sé si puedes hacerlo.

Agacha la cabeza. Por un momento, creo que me va a besar. ¿Qué haré si lo intenta? ¿Abofetearlo? ¿Retirarme? ¿Ceder?

—Mis enemigos no saben de lo que soy capaz, *lastochka*. Y tú tampoco.

Luego, sin más, se va.

NATALIA

Si contratar a una nueva ama de llaves y chef tenía como objetivo hacernos olvidar a Yelena, Andrey debería intentarlo de nuevo.

Pilav es la antítesis exacta de Yelena… joven, eficiente y profesional hasta el extremo. Aun así, es imposible no ver a Yelena entre las grietas.

Es cierto que cocina mucho mejor, pero, de alguna manera, sus deliciosos pierogis no compensan del todo su cara amarga cada vez que Misha o yo entramos en la cocina a robar algo del frigorífico.

En mi defensa, estoy embarazada. En defensa de Misha, es un niño en crecimiento que no tiene nada que hacer en todo el día.

Al menos a Remi parece no caerle mal. Y por el momento, eso me basta.

Misha y yo estamos sentados en el jardín con una bandeja llena entre los dos. Hay sol y el reflejo del agua es particularmente brutal, pero es mejor que el calor que tenemos que soportar en la cocina bajo la mirada hosca de Pilav.

—No veo la hora de empezar a entrenar —suspira Misha, entrecerrando los ojos hacia la piscina —. Estoy harto de estar en la cama todo el tiempo.

—Acabas de recuperarte de una conmoción cerebral —le recuerdo—. Tómatelo con calma.

—Andrey dice que básicamente estoy como en la Bratva. Pero quiero ganarme la marca de verdad.

Puedo notar que ha querido compartir esto conmigo desde hace un tiempo. Su pecho se infla con orgullo mientras se gira hacia mí, esperando algún tipo de felicitación.

Pero siento que mi lengua se convierte en arena. —¿No crees que deberías esperar un poco más?

—No, estoy listo.

—Misha…

—Ni se te ocurra empezar —la indignación se refleja en su rostro—. Crees que soy un niño estúpido que no puede cuidar de sí mismo.

—No es eso lo que estoy diciendo…

—He pasado por muchas cosas que tú no sabes —resopla ante mis protestas—. Yo cuidé a mi madre de hombres cinco veces más grandes que yo. Limpié las heridas de las chicas cuando un cliente las golpeaba estúpidamente. Cuidé a los niños cuando llegaron al complejo, aterrorizados y presas del pánico.

En cuanto termina de hablar, su tez palidece. Como si acabara de darse cuenta de que dijo demasiado.

O quizá tenga más que ver con la mirada boquiabierta y atónita en mi rostro. Esta es la primera vez que habla realmente de su vida en las garras de Nikolai.

—Suena terrible —reconozco en voz baja.

Se encoge de hombros y mira a lo lejos, donde Remi está ocupado cavando un túnel entre los arbustos.

—Hubo momentos en los que todo estaba en silencio —admite—. Pero, cuando sucedían cosas, *sucedían* de verdad.

No tengo ni idea de lo que significa eso. No estoy segura de querer saberlo. Pero, por horrible que pueda ser para mí escucharlo, él realmente pasó por eso. Lo menos que puedo hacer es escuchar.

Siempre que esté dispuesto a abrirse conmigo, claro está.

Decido hacer la pregunta menos comprometedora. —¿Cómo era tu madre?

Traga saliva. —No éramos muy cercanos. Ella estaba cerca, pero… no realmente. Sin embargo, era muy hermosa. Los hombres solían decir que era "popular" —se estremece cuando el significado completo de esa palabra lo golpea, quizá por primera vez—. Se parecía a mí. O yo me parezco a ella, supongo. Pero solía decirme que tenía la nariz de mi papi y una marca de nacimiento en el hombro en la misma forma y posición que él.

Se baja el escote de la camiseta y muestra una marca de nacimiento en forma de hoz, justo debajo de la clavícula.

—¿Nunca conociste a tu padre?

—No. Pero… no lo sé —Misha se encoge de hombros torpemente—. No creo que fuera tan malo. Ella dijo que le traía dulces. Reese's Cups, porque eran sus favoritos.

Quienquiera que fuera el padre de Misha, puede que no fuera del todo malo, pero tampoco puede que fuera tan bueno. En el mejor de los casos, pagaba para tener sexo con la madre de Misha. En el peor, era responsable de poseerla y venderla.

—Y ese complejo en el que vivías… ¿Era agradable?

Se retuerce las manos. —Era solo una larga extensión de casas que parecían cobertizos de granja. Pero en lugar de pasto, teníamos arena. Y había un pozo donde recolectábamos el agua para beber y bañarnos. Teníamos que tener cuidado, porque en cada cobertizo solo se permitía un balde al día. A nosotros nos permitían dos, porque Mamá era una yegua.

Casi me atraganto con un bocado. —¿Una *qué*?

Se encoge de vergüenza. —Es solo la forma en que nos diferenciaban. Los sementales eran los hombres mayores de dieciocho años. Las yeguas eran las mujeres mayores de dieciocho años. Las potrancas eran las niñas. Y yo… era un potro.

Dejo el sándwich que sostengo en la mano. De repente, perdí el apetito.

Se retuerce en su lugar. —Yo era el niño mayor, así que supongo que me pusieron a cargo de los demás.

—¿Sabes de dónde venían? Los demás, quiero decir.

—La mayoría de sus madres eran yeguas. Yo los cuidaba mientras las mujeres iban a trabajar por la noche.

—¿Había muchos niños?

Sus ojos se vuelven distantes. —Por lo general, solo tres o cuatro como máximo. Pero, durante un tiempo, Olivia me ayudó con los niños más pequeños.

—¿Olivia?

Sus nudillos son blancos. Se muerde el labio como si se arrepintiera de haber mencionado el nombre. —Era mi… amiga —admite por fin—. Era un año más joven. Su madre también era una yegua. También tenía una hermana que acababa de convertirse en potra…

Se queda en silencio y no tengo que preguntar para saber qué pasó con Olivia. Si su madre y su hermana ya estaban reclutadas en el reprensible comercio de pieles de Nikolai, entonces ella no tenía ninguna oportunidad.

—Solíamos hablar de escaparnos a veces —confiesa Misha en voz baja—. Olivia solía idear planes para escapar.

—¿Alguna vez lo intentaste?

Misha niega con la cabeza. —Teníamos demasiado miedo. Habíamos visto a demasiadas potrancas intentar escapar. Siempre las atrapaban y las castigaban. Nuestros planes de escape eran solo sueños.

Sin palabras, extiendo la mano y tomo la suya. Hace una mueca, pero yo solo agarro su mano un poco más fuerte. —Me alegro de que tuvieras a alguien.

Se encoge de hombros, sacudiéndome como si el contacto físico fuera más de lo que puede manejar en este momento. —Por un tiempo. Luego, Olivia también desapareció.

Aunque lo esperaba, mi corazón se hunde como una piedra.

—Sucede —hay una amargura en su voz que desearía poder anular. Años de dolor y angustia que desearía poder eliminar—. Todos van y vienen. Incluso los niños. Olivia y yo éramos los únicos niños que habíamos estado durante más de un año. Tal vez por eso no esperaba que pasara. Pero… solo tienes que seguir adelante.

—Pero no lo hiciste, ¿verdad?

Ya sé la respuesta. Es ridículo que alguien haya pensado que Misha podría ser un espía. Es leal de pies a cabeza. Por supuesto que buscó a Olivia.

Su barbilla se hunde hasta el pecho. —Le pregunté a su madre y a su hermana, pero ninguna sabía qué le había pasado. Dijeron que probablemente la habían comprado.

—Lo siento mucho, Misha.

—Estoy acostumbrado. La gente siempre desaparece —sus ojos se fijan en los míos cuando lo dice, y la culpa me azota.

Le dije que era básicamente como mi hijo.

Y luego traté de irme.

—Lo siento, Misha. Lo siento muchísimo.

Él no dice nada y yo no me explico. Realmente no necesito hacerlo.

Ambos sabemos por qué me estoy disculpando.

ANDREY

—¿La Brigada Negra? —casi me ahogo en mi propia incredulidad—. Tienes que estar bromeando.

—Si tuviera que bromear, contaría uno mejor que este.

Shura no se equivoca. Nada de esto es gracioso.

—La Brigada Negra no ha estado activa desde los años 60 —digo—. E incluso entonces, no causaron problemas.

—Tal vez Slavik les hizo una oferta que no pudieron rechazar.

—¡*Joder*! —golpeo mi puño contra mi escritorio y me pongo de pie—. Ya es bastante malo que trajeran a los Halcones. Ahora, ¿también a la puta Brigada Negra? ¿Qué sigue?

—Godzilla destruyendo el centro, probablemente —lo miro de reojo y se encoge de hombros—. Tal vez las bromas no sean lo mío. ¿Debería informar a los aliados o…?

—Una banda de mercenarios que intenta inmiscuirse en mi territorio es una cosa. Pero ¿dos? —me dejo caer en el borde de mi escritorio, con los brazos cruzados—. Si no contenemos esta situación pronto pareceremos incompetentes.

Shura está a punto de decir algo cuando Efrem irrumpe en mi oficina sin tocar. Nunca es una buena señal.

Sus ojos desorbitados se posan en mí. —Tenemos un problema.

—Por supuesto que sí. ¿Quién se está moviendo en mi contra ahora? —levanto una mano—. Y, si dices Godzilla, estás despedido.

Mira confundido a Shura, que le hace un gesto para que siga.

—Bogdan y Artyom… —dice entre dientes, como si las palabras fueran veneno en su lengua—. Han desertado.

La columna vertebral de Shura se endereza.

Mis manos se cierran en puños. —Déjame aclarar esto: Bogdan Dimitriev y Artyom Balakin, dos hombres que llevan mi marca y me juraron lealtad hace más de una década, *¿desertaron?*

Efrem mira sus pies. —Sí, *pakhan*.

Pasándome una mano por el cabello, me vuelvo hacia la ventana mientras el peso de este último golpe se hace notar. —Han sido miembros leales de la Bratva Kuznetsov desde que cualquiera puede recordar.

—Creo que ese es el punto —sugiere Shura en voz baja—. Eran los hombres de tu padre antes de ser los tuyos. Claramente, creen que su regreso cambia algo.

—Entonces están jodidamente equivocados, ¿no?

Ambos hombres dan un paso atrás y yo reprimo la furia salvaje en mi pecho. No tiene sentido alienar a los hombres que me son genuinamente leales.

—Quiero que esta información quede contenida —ordeno una vez que estoy bajo control—. Solo nuestro círculo íntimo puede saber sobre la deserción.

—Pero…

—Hazlo —digo con voz áspera, interrumpiendo a ambos hombres sin siquiera levantar la voz—. Anda. Ahora.

Efrem sale de la habitación mientras Shura me mira con cautela. —Se está moviendo más rápido de lo que esperábamos.

Una vez más, mi segundo tiene más razón de la que me gustaría admitir. Esperaba evitar este tipo de lío, pero Slavik no tiene miedo de jugar sucio, lo que significa que una guerra interna es casi una garantía. Y más traiciones son inminentes. Mi alianza con los socios de expansión sigue siendo fuerte… pero ni por un segundo creo que su lealtad sea absoluta. Se extiende solo hasta donde pueda garantizar que nuestra empresa conjunta sea segura. Tan pronto como aparezca otra oferta más lucrativa, se aliarán con los mismos hombres que intentan destruirme desde adentro hacia afuera.

Mi mirada se dirige rápidamente al cajón inferior derecho de mi escritorio. Hay un paquete de cigarrillos escondido allí. Por primera vez en años, estoy peligrosamente cerca de abrirlo.

—Lo tengo bajo control —le digo.

Shura se detiene en el borde de mi escritorio, con la mano sobre el cajón como si lo estuviera manteniendo cerrado. —Olvidas con quién estás hablando, ‘Drey. Puedo notar que estás preocupado.

—Lo único que me preocupa ahora es Natalia.

Shura frunce el ceño. —Natalia está bien. Está a salvo.

—Físicamente, tal vez —acepto—. Pero mentalmente, emocionalmente, no estoy tan seguro.

Cuando me desperté en medio de la noche, podría haber bajado por las escaleras traseras a la cocina, pero caminé por los pasillos hasta que pasé por la habitación de Natalia. Leonty estaba de guardia, de pie junto a la puerta en modo centinela… mientras Natalia gritaba adentro.

—¿Qué diablos estás esperando? —gruñí.

Justo antes de que pudiera atravesar la puerta, Leonty se movió frente a mí. —Es una pesadilla. Ella está bien. Está soñando.

El grito de Natalia se fue apagando hasta convertirse en un gemido antes de… el silencio.

Me dejé caer contra la pared, con el corazón acelerado. —¿Ha estado teniendo pesadillas?

Leonty no podía mirarme a los ojos. —Ella no quería que lo supieras.

—¿Cuál es el maldito punto de tenerte aquí? —lo empujé lejos de la puerta justo cuando otro grito rompió el silencio.

Todo en mí quería entrar en esa habitación, abrazarla. Salvarla de los monstruos en su propia cabeza.

El problema era que yo podría haber sido uno de los monstruos.

En cambio, arrastré a Leonty más allá del pasillo y lo interrogué sobre los secretos que aparentemente había considerado conveniente guardar. Había mucho que contar.

Natalia había estado teniendo pesadillas todas las noches. Se despertaba gritando y solo Remi parecía ser capaz de calmarla para volver a dormir. En las noches en las que ni siquiera eso funcionaba, encendía todas las luces y se sentaba en su habitación durante horas hasta que se desmayaba al amanecer.

¿Cómo diablos se supone que voy a manejar los ataques a mi casa cuando ni siquiera sé qué está pasando dentro de los muros?

—Deja que Mila y Katya se preocupen por Natalia —dice Shura en respuesta a la pregunta que no hice—. Misha también está aquí para ella.

—Soy su esposo. *Yo* debería estar allí para ella.

Shura arquea una ceja. —Entiendo que estés preocupado, pero tenemos problemas más grandes.

—Nada es más importante que ella. ¿Lo entiendes? —estamos tan cerca ahora que nuestras narices prácticamente se tocan.

Sus ojos brillan violentamente, pero, al final, la jerarquía gana. Shura da un paso atrás. —Lo entiendo.

—Hablando de eso: ¿te pusiste en contacto con…?

—Hecho —me asegura—. No suele hacer visitas a domicilio, pero hará una excepción contigo.

Asiento, razonablemente satisfecho. No estaré completamente satisfecho hasta que Natalia simplemente acepte que sé lo que es mejor para ella.

—¿Cuándo se lo vas a decir? —pregunta Shura, mirándome con escepticismo.

Aparentemente, no soy el único que predice que Natalia no lo pondrá fácil. —Esta noche —decidí en el momento—. Pero primero tendré que ponerla de buen humor.

—Entonces, te sugiero que te esfumes —murmura.

Le hago un gesto obsceno y me siento detrás de mi escritorio. —Invita a Mila y Katya a cenar. Y haz que la tía Annie le dé una sorpresa. Vamos a tener una cena.

Shura reacciona como si le hubiera dicho que me voy a escapar para unirme al circo. —¿Una cena? *¿Ahora?*

Me digo a mí mismo que esto tiene sentido. Una manzana se pudre de adentro hacia afuera. Si quiero controlar las cosas, necesito empezar con Natalia.

Asiento. —Es más feliz y obediente cuando está rodeada de sus amigos y familiares.

Shura suspira. —Ah, el sutil arte de la manipulación.

Hasta ahora, la honestidad y la franqueza no me han funcionado.

Mejor podríamos intentar esto.

ANDREY

La noche transcurre a la perfección. Natalia no estaba segura de la cena, pero Mila y Katya estaban tan emocionadas que no pudo negarse. Fueron ellas las que convencieron a Natalia para que se pusiera el vestido dorado cruzado del que no he podido apartar la vista en toda la noche.

El cabello oscuro cae sobre sus hombros y el cuello cae sobre su pecho, dejando ver una cantidad provocativa de escote.

Podría haber intentado parecer despreocupado, pero jugué mi mano en el momento en que Natalia entró en la habitación, así que ni siquiera me molesté. Llamó mi atención una y otra vez durante la cena, pero parece complacida por la atención, sonriendo tranquilamente para sí misma desde el otro lado de la mesa.

Bien.

Reservó todo el poder de su sonrisa para la mayor sorpresa de la noche: la llegada de la tía Annie. La mujer prácticamente derribó la puerta principal con su bastón, contoneándose en mi casa con el vestido que le envié para ponerse.

Pensé que Natalia se derrumbaría de la sorpresa, pero, cuando la sorpresa se desvaneció, una gran sonrisa que estaba empezando a temer no volver a ver se extendió por el rostro de Natalia, y no ha desaparecido desde entonces.

No mientras ella y Annie se ponían al día en la sala de estar.

Ni mientras Annie, figurativa y literalmente, le retorcía el brazo a Natalia para que tocara algo para nosotros en el piano.

De todas las canciones posibles, Natalia eligió “Celebration” de Kool & The Gang. El hecho de que tanto ella como Annie estuvieran con lágrimas en los ojos al final me resultó desconcertante, pero lo archivé como una pregunta para más tarde.

Mientras me relajo después de una cena exitosa… Pilav hizo exactamente lo que le pedí, cocinó todos los platos favoritos de Natalia en una extraña alineación que iba desde langosta y ensalada César hasta espaguetis con albóndigas… decido que Natalia podría estar lo suficientemente maleable como para llevar a cabo la parte final de mi plan.

Traen de la cocina una tarta de cerezas con helado de vainilla casero y abro la boca para hablar, pero la tía Annie se me adelanta.

—Cariño —dice con ternura desde el otro lado de la mesa—, ¿cómo has estado? Digo *de verdad*.

Una sombra se dibuja en el rostro de Natalia, seguida rápidamente por una sonrisa forzada. —Estoy mejor.

Es una mentira aceptable. Algunas personas incluso podrían creerla.

Pero esas personas no oyeron a Natalia gritar mientras dormía.

—¿Lo estás? —insiste la tía Annie—. Porque, por más hermosa que te veas ahora, también pareces cansada.

Tiene ojeras. Estaba distraído por mi propia artimaña… el vestido y la buena cena… pero ahora también las veo.

—No creo que haya estado durmiendo muy bien —interrumpe Mila.

Natalia no parece poder decidir si está enojada con Mila o con Leonty por hablar. La fuente de ese pequeño fragmento de información privilegiada fue definitivamente una charla de almohada. —Eso no es verdad. Duermo bien.

Mila come un bocado de pastel antes de decir algo más incriminatorio, pero la tía Annie no se deja convencer tan fácilmente. Le frunce el ceño a Natalia. —Tienes que cuidarte, cariño. Tienes que pensar en tus bebés.

—Estoy pensando en las bebés —insiste, mirando a Misha de reojo—. El Dr. Abdulov sugirió algunos medicamentos, pero me hacen sentir mareada. Si voy a estar aquí, quiero *estar* aquí.

Sin siquiera darme cuenta, mis puños se cierran debajo de la mesa.

—¿Qué tal terapia? —sugiere Mila alegremente. Lo dice como si fuera un día divertido en el parque… una estrategia obvia para convencer a Natalia, aunque no necesariamente mala.

Pero Natalia no muerde el anzuelo. —No necesito terapia.

—Sí la necesitas.

La mesa se queda en silencio. Solo entonces me doy cuenta de que expresé en voz alta el pensamiento enfático que tenía en la cabeza. Se siente tan bien al fin poder decirlo en voz alta que ni siquiera puedo lamentar el fin de mi noche perfectamente ejecutada.

—¿Disculpa? —las mejillas de Natalia están rojas.

—Estás luchando, Natalia. Necesitas ayuda —puedo sentir los ojos de Shura sobre mí, advirtiéndome, pero avanzo de todos modos—. Por eso programé una cita para ti la próxima semana con una terapeuta. Viene muy recomendada, y creo que puede ayudarte.

Sé que tengo que contenerme, mostrar cierto nivel de sensibilidad. Pero la terquedad de la mujer me irrita como uñas en una pizarra. ¿Por qué no se cuida, maldita sea? ¿Por qué no me deja hacerlo por ella?

Mi anuncio es seguido por unos segundos de silencio prolongado. Todos miran entre Natalia y yo, esperando que uno de nosotros rompa la tensión.

Natalia hace los honores. —Debí haberlo sabido. Debí haber sabido que esta cena tenía una trampa —mira alrededor de la mesa, como si considerara a todos a su alrededor igualmente responsables de la emboscada—. ¿Quién más votó por este plan? ¿Tú, Kat?

Kat se levanta de su silla, sacudiendo la cabeza. —No, Nat. No tenía idea…

—Pero estás de acuerdo con él, ¿no?

Katya duda. —Nat…

—¡Se supone que eres *mi* amiga!

—¡Lo soy! —llora Katya—. Todos lo somos. Te amamos, Nat, y todos podemos ver que estás luchando. ¿Verdad, Mila?

Mila se encoge en su asiento como si pudiera pasar desapercibida, pero suspira cuando todos se dan vuelta para mirarla. —Kat tiene razón: te amamos. Solo queremos que llegues a un lugar donde puedas enfrentar a tus demonios de frente.

—Yo no tengo demonios —escupe furiosa, ahogada por un sollozo apenas disimulado—. Lo que tengo es un montón de amigos que no me respaldan.

—Natalia —la voz de Annie es tranquila y calmada, pero los ojos de Natalia se fijan en ella como si hubiera gritado—. Eso no es justo.

—¿Qué sabrían ustedes al respecto? —exige, mientras una lágrima se desliza por su mejilla—. ¡Ninguno de ustedes entiende por lo que he pasado!

—¡Porque no quieres hablarlo! —interviene Katya, un poco más enérgicamente que la última vez—. Por eso la terapia podría ayudar.

Natalia ignora a Katya y me dirige su mirada acusadora. —No sé cómo lograste engañarlos a todos, pero no funcionará conmigo. Ya te has entrometido en mi vida lo suficiente. No voy a permitir que hagas más daño.

Ahí está. *Daño*. El quid de todos nuestros problemas.

—Solo intento ayudar a reparar el daño que causé, *lastochka* —intento de nuevo.

Sacude la cabeza. Remi salta hacia ella y le lame la mano para consolarla. —Solo aléjense de mí, ¿vale? —su mirada recorre toda la habitación—. Todos ustedes.

Luego, sale corriendo al jardín oscuro, con Remi justo detrás de ella.

ANDREY

Apenas puedo distinguir sus siluetas desde la ventana de mi oficina.

La tía Annie desafió la hierba mojada con su bastón para seguir a Natalia hasta el patio trasero, y creo que la culpa por sí sola obligó a Natalia a quedarse quieta y escucharla.

Al menos, espero que esté escuchando. No se quedó al alcance del oído de ninguno de nosotros, y solo el diablo sabe qué piensa hacer a continuación.

Remi está sentado entre ellas, ladrando de vez en cuando a los murciélagos que emprenden el vuelo sobre nuestras cabezas.

Me siento impotente. Inútil. Abandonado a la distancia, incapaz de adentrarme en los pensamientos de Natalia y golpear los putos frenos de los demonios que la acechan.

Algo tiene que atravesar ese cráneo grueso suyo. Pero mi fuerza bruta habitual no está llegando ni de lejos.

—Toc, toc —Mila asoma la cabeza por mi puerta—. ¿Puedo entrar?

—Solo si tienes algo importante que decir.

Alza las cejas. —Todo lo que digo es importante, Andrey. De lo contrario, no lo diría.

Reprimiendo un suspiro, le hago un gesto para que entre. —¿Qué pasa, Mila?

—Sé que es frustrante, pero tienes que tener paciencia con ella —me aconseja Mila—. No está pensando con claridad en este momento.

—¿Alguna vez lo hace? —pregunto con amargura.

Mila ignora mi mal humor y mira por la ventana. —Ah, estás espiando.

—Es solo una noche agradable, eso es todo. Estoy inspeccionando cómo está creciendo el césped nuevo —meto mis manos en los bolsillos—. ¿Cómo te fue cuando trataste de hablar con ella? ¿Te escuchó o te disparó?

—Disparo en la cabeza, muerte inmediata. Me retiré antes de poder decir una palabra.

—Cobarde.

Frunce el ceño. —Me llamó tu espía. Y, teniendo en cuenta dónde estoy ahora mismo, no tengo nada que me defienda.

—No estás aquí por mí, Mila. Estás aquí por ella.

—Ella no lo ve así.

—Porque no está en sus cabales —gruño—. Por eso necesita a la maldita terapeuta.

—Oye, yo ya estoy convencida —dice Mila, levantando las manos—. Solo tenemos que esperar que Annie pueda hacer lo que todos nosotros no pudimos.

Se une a mí en la ventana y los dos observamos las siluetas distantes sin vergüenza. —Podría obligarla a entrar en la habitación. Atarla al maldito sofá de cuero.

—¿Y cómo esperas abrirle la mente? ¿Existe algún arte marcial que pueda derribar los muros que la gente ha construido alrededor de sus corazones? —Mila frunce los labios—. Tiene que querer ayudarse a sí misma antes de que tenga alguna posibilidad de funcionar.

Me distraigo de discutir con su buen punto cuando Natalia se pone de pie. Le ofrece una mano a Annie y las dos regresan juntas a la mansión.

No me doy cuenta de que se va, pero, cuando miro hacia ella, Mila ya no está.

Todavía estoy reflexionando sobre el fracaso de esta noche cuando la puerta se abre de golpe de nuevo. Esta vez, es Annie, cojeando inestablemente sobre el bastón de teca especial que le hice fabricar a medida. No dice nada hasta que está sentada frente a mí, con su bastón apoyado en el brazo de la silla.

—Amo a mi Nic-Nat. Pero hay algunos días en los que solo quiero sacudir a la chica.

La risa que se me escapa está teñida de decepción. —Supongo que tampoco pudiste llegar a ella.

—No puedo decir qué está pensando, para ser honesta —admite Annie—. Estaba muy callada, y dudo que siquiera estuviera escuchando. Solo no pudo decirme que me fuera a la mierda como a los demás.

—Te dije que el bastón tendría beneficios.

Hace una mueca al ver el objeto. —Con compasión o sin ella, todavía lo odio.

Sonriendo, nos sirvo a los dos un poco de whisky de mi colección privada. —Veo de dónde saca Natalia su terquedad.

Annie acepta el vaso con una sonrisa. —La próxima vez que me invites a cenar, avísame que habrá una emboscada.

Me tenso. —¿Crees que lo manejé mal?

—Creo que has manejado mal muchas cosas en lo que respecta a Natalia.

Ella es, a todos los efectos, la madre de Natalia. Debí haber esperado esta conversación tarde o temprano. Personalmente, había esperado un “más tarde”. Parece que ninguno de nosotros está consiguiendo lo que quiere esta noche.

—Sé que probablemente soy lo último que querías para ella.

Ladea la cabeza y agarra el gancho de su bastón. Me pregunto si intentará golpearme con él.

Luego, toma un sorbo abundante de su whisky y chasquea los labios. —Hm, me recuerda a un antiguo novio. Terrible en la cama, pero sabía de alcohol —tiene un brillo en los ojos cuando me mira de nuevo—. Natalia necesita un hombre fuerte, Andrey. Alguien que pueda igualar su espíritu y su terquedad.

—Igualar la terquedad no me ha hecho ningún bien hasta ahora —murmuro.

Deja su vaso y se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas. —La terquedad no es solo ser testarudo y salirse con la tuya. Es negarse a dejar de intentar conectar con alguien. Es amar a alguien incluso cuando te lo pone difícil. Necesitas tener la terquedad de escuchar lo que realmente está diciendo, no solo los sonidos que hacen sus labios cuando se mueven. Sigue presionando y ella te rechazará de inmediato. O peor: se replegara en sí misma y cerrará todas las puertas.

Hago una mueca. —Estoy tan preocupado por eso como tú.

—Entonces, confía en mí y sigue mi consejo. El mayor miedo de Natalia es perder a las personas que ama. Le cuesta mucho abrirse a los demás. Le resulta más fácil cerrarse en banda que enfrentarse a sus sentimientos.

—¿Cómo se supone que voy a ayudarla en ese aspecto?

—Siendo lo suficientemente terco como para quedarte aunque te grite que te vayas.

Giro el cuello, intentando, sin éxito, aliviar la tensión de mis hombros. —Soy la última persona con la que quiere estar ahora mismo.

—Solo está aterrorizada de que la vuelvan a lastimar, Andrey. En este momento, se siente como una yegua de cría para tu legado.

—Eso no es lo que ella es para mí.

Annie sonríe. —¿Crees que yo estaría aquí si pensara que tiene razón?

—Entonces, ¿por qué Natalia no puede verlo también? —gruño.

—Porque, cuando se trata de ti, ella no puede ver con claridad.

Me levanto de mi asiento y empiezo a caminar de un lado a otro. —¿Qué tal si le construyo a Natalia la habitación perfecta para las bebés? —sugiero—. Hizo un tablero de visión hace un tiempo. Podría usarlo para darle vida a su visión. Para mostrarle cómo me siento, lo que ella significa para mí, lo que nuestra familia…

Annie parece decepcionada mientras golpea con un dedo la cabeza de su bastón. —¿No lo entiendes, Andrey? Ella no necesita tu dinero. Necesita tu tiempo. Tu atención.

—Yo…

—Encuentra una manera de llegar a ella como *ella* lo necesita, Andrey —interrumpe Annie, poniéndose de pie y agarrando de nuevo su bastón—. O acabarás perdiéndola para siempre.

NATALIA

Misha se arrodilla frente a Remi y ambos comparten una despedida demasiado cinematográfica, como si no fueran a estar conectados por la cadera dentro de ocho horas.

Despeino a Misha mientras él presiona su nariz contra la de Remi. —¿Qué tal si jugamos un poco de ajedrez cuando regrese a casa después del trabajo?

—Solo si estás preparada para perder otra vez.

—¡Pequeño mocoso! —le doy un manotazo y él se aleja corriendo, riendo.

Sus extremidades se ven largas y desgarbadas. Juro que ha crecido visiblemente en solo las últimas dos semanas.

De repente, soy yo la que necesita una despedida exagerada. Puede que crezca otro centímetro en las ocho horas que estoy fuera por trabajo. Para cuando llegue a casa, tendrá perilla y un historial crediticio.

Entro en el vestíbulo, sin siquiera mirar de pasada a la figura alta apoyada contra la puerta principal. Me he resignado a la presencia dominante de mis guardaespaldas.

—¿Estás listo? —pregunto, esperando que Leif, Leonty u Olaf me abran la puerta… Si tengo que estar bajo llave, al menos son caballeros.

Pero el hombre que me mira con sus ojos plateados y melancólicos no es para nada un caballero.

—Buenos días, *lastochka*.

Evité con éxito a Andrey todo el fin de semana. Le doy el crédito, me lo hizo fácil. Me dio un amplio margen. Aun así, esta enorme mansión se siente demasiado pequeña para los dos. Es por eso que necesito salir ahora.

—No tengo tiempo para esto. Voy a trabajar.

Pasa un brazo por encima de la puerta, silueteada por el amanecer. —Creo que es mejor que te quedes en casa hoy.

—Tendrás que programar tu próxima intervención de mierda fuera del horario de trabajo si quieres engañarme para que asista.

Andrey no se mueve. Solo baja la barbilla y sus ojos plateados me perforan el alma.

—Ya me has dado un equipo de seguridad a gran escala —argumento, aunque Andrey no me responde—. Sin mencionar un perro guardián personal. ¿Qué sentido tiene cualquiera de ellos, si no puedo salir y vivir mi vida?

Su ceño se frunce. Parece buscar algo en mi rostro, pero no tengo idea de qué es.

Grito de frustración. —Has secuestrado cada aspecto de mi vida y estoy harta de esto. Si tú…

—Vale.

Me quedo en silencio. —¿Qué?

Baja el brazo y da un paso atrás, haciéndome señas para que pase por la puerta. —Si significa tanto para ti, ve a trabajar.

Lo dice como si me hiciera un favor. Como si debiera agradecer que me deje salir de casa. Pero no estoy tan enojada como para darle una patada en la boca a un caballo regalado… sin importar lo satisfactorio que sería.

—Vale. Me, eh… me… me voy, entonces —me muevo de costado, manteniéndome cuidadosamente fuera de su alcance mientras lo esquivo hacia la entrada.

Andrey se queda de guardia en la puerta mientras subo al auto y empiezo a cruzar la entrada.

Por un segundo, siento un poco de vergüenza. Después de todo, solo *está* tratando de protegerme a mí y a las bebés.

Pero la sensación dura solo hasta que desaparece de la vista.



—¿HAS escuchado?

—Lo sé, ¡es simplemente horrible!

Me agacho más en el cuello de mi camisa, tratando de fingir que no escucho los susurros que flotan por la oficina y, lo más importante, que no me arrepiento de haber venido a la oficina hoy.

Andrey no puede tener razón en esto también. Me niego a permitirlo.

La coronilla de Abby pasa por mi cubículo antes de que sus uñas golpeen contra el revestimiento laminado del cubículo del otro lado del pasillo. Es su tarjeta de presentación… de la misma manera que Freddy Krueger se ríe mientras corta el abdomen de los adolescentes, Abby Whitshaw golpea las paredes con las uñas justo antes de venir a fastidiar.

—Me lo pregunté cuando nunca respondió mis mensajes —susurra Abby—. No es propio de él…

¿Con qué frecuencia le enviaba mensajes a Byron? ¿También estaba tratando de acostarse con ella? No es que realmente tuviera que intentarlo.

—¿Qué crees que pasó? ¿Crees que tuvo algo que ver con *ella*?

Miro fijo la pantalla de mi laptop, pero puedo sentir el calor de sus miradas quemando mi cubículo. No están ocultando quién es "ella" en este escenario. ¿Cómo diablos me las arreglé para convertirme en el chiste y la sospechosa en un solo año?

La amargura me invade cuando relaciono los últimos meses caóticos con lo único que ha cambiado en mi vida recientemente: Andrey.

Me levanto de mi escritorio lentamente, calmada… como alguien que necesita un café rancio de la sala de descanso y no como alguien que puede o no haber asesinado a su jefe.

Desafortunadamente, mi intento de no llamar la atención se hace añicos cuando mi sombra del tamaño de Schwarzenegger me sigue a la sala de descanso.

—¿Estás bien? —pregunta Leonty, cerrando la puerta detrás de él.

—Déjala abierta —ordeno—. O pensarán que nos estamos enrollando.

Leonty se sonroja. —Eso es ridículo.

—¿Qué? ¿No soy tu tipo?

Su sonrojo solo se profundiza. —Sabes que eso no es…

Le hago un gesto con la mano en su cara. —Solo estoy bromeando —agarro un paquete de jugo y me dejo caer en una de las sillas de plástico—. Supongo que también has escuchado los rumores, ¿no?

—No presto atención —se pone un dedo en la sien—. Aquí la mayor parte del tiempo solo se oye música de ascensor.

Resoplo. —Eres mi guardaespaldas. Tu trabajo… y, conociendo a Andrey, tu vida… dependen de prestar atención. Dime lo que has oído.

Leonty también se sirve un jugo. —Los rumores no te conciernen, Nat. No dejes que te molesten.

—¡Byron ha desaparecido! —mi voz suena aún más aguda que de costumbre—. Todo el mundo piensa que tengo algo que ver con esto. Y, honestamente, puede que sí.

—No lo es.

—Por favor. ¿Esperas que pretenda que esto no tiene escrito "Andrey Kuznetsov" por todas partes? Byron solo dejó su trabajo y desapareció sin dejar rastro justo después de que tuvieran un enfrentamiento de golpes de pecho, balanceos de pollas y testosterona.

—La gente desaparece todo el tiempo.

Gruño, hundiendo mi cara en mis manos. —Como si no tuviera suficientes cosas de las que preocuparme.

—Exactamente. No pongas esto en tu plato junto con el resto. Deja que esas perras hablen todo lo que quieran. Nadie puede acusarte de lastimar a otro ser humano.

Lo miro con el ceño fruncido. —Esto lo dice el hombre que literalmente me vio dispararle a un ser humano a quemarropa.

—Ay, mierda —se ríe entre dientes con una mueca—. Me había olvidado.

—Qué suerte tienes. Yo no lo he hecho.

Leonty me da una sonrisa comprensiva. —Salgamos temprano hoy. Así, no tendrás que lidiar con los rumores.

—Solo lo estás sugiriendo porque quieres volver a casa con Mila.

—Ella me envió esta foto por mensaje de texto antes…

—Ay, no, suficiente. Detente ahí mismo —digo con un escalofrío—. No necesito detalles. Me has convencido. Vámonos.

~

LO ÚNICO PEOR que acercarme a la mansión a media tarde y saber que Andrey me espera dentro es darme cuenta de que tenía razón acerca de que hoy me saltara el trabajo.

Espero que me reciba en la puerta con un terapeuta en una mano y el tipo de cartel que verías en la zona de llegadas del aeropuerto que dice: *"Te lo dije"*.

Pero la entrada está vacía y no veo a nadie mientras atravieso la casa y subo a mi habitación.

Cierro la puerta y me quito los zapatos. Me daré una buena y larga ducha y luego iré a buscar a Misha y le diré que le dejaré ganar todos los juegos de mesa que juguemos, pero ambos sabremos que es mentira. Es absurdamente bueno en todos los juegos que jugamos y no tengo ninguna posibilidad ni esforzándome al máximo.

Pero, justo cuando estoy a punto de desvestirme, veo una tarjeta blanca doblada sobre mi edredón.

Con el corazón palpitando en mi pecho… aunque no estoy segura de si es por miedo o por emoción… la abro.

Ve a la siguiente habitación.

Le muestro la tarjeta a Remi. —¿Sabes algo sobre esto, Sr. Perro Guardián?

Saca la lengua de la boca. Lo tomo como un "no".

Dejando que mi curiosidad gane, dejo caer la nota y me dirijo al pasillo. La puerta de al lado está entreabierta, y Remi la empuja como si no pudiera esperar más.

Lo sigo y me quedo boquiabierta.

Es una guardería de bebés.

Y no una guardería cualquiera, sino la guardería de mis sueños de los tableros de visión. Todo es exactamente igual, desde la alfombra de piel de oveja nevada hasta la canasta de bebé Egg Dodo

que prendí en mi tablero más como una broma que otra cosa.

Me deslizo más adentro de la habitación, pasando mis manos sobre todo para asegurarme de que no estoy en un sueño extrañamente realista. Una parte de mí quiere quitarme toda la ropa y revolcarme en esa alfombra de piel de oveja solo para estar realmente segura.

Pero Remi me roba el protagonismo y se lanza en picada sobre la alfombra, frotándose por todas partes. Parece tan feliz que no tengo el corazón para detenerlo.

—¿Nat?

Reconozco la voz de Mila al instante y me doy vuelta hacia la puerta. —¡Aquí!

Entra en la habitación, le echa un vistazo y también se queda boquiabierta. —Ay, no. No lo hizo.

Me doy vuelta y veo mi expresión reflejada en su rostro. —¿Andrey hizo esto?

—¿Quién más? —pregunta—. Hay que reconocer que el hombre tiene buen gusto.

No me molesto en decirle que fui yo quien eligió la mitad de las cosas de esta guardería. Puede que sea cierto, pero él es quien la ha elevado de maneras que ni siquiera podría haber imaginado. Hay arte en las paredes y libros en los estantes. Alguien debe haber elegido todo eso, y tengo la sensación de que Andrey es demasiado maniático del control como para delegar esa responsabilidad en otra persona.

—Oye, hay una nota —Mila levanta un trozo de papel doblado, igual al que me trajo hasta aquí.

Lo tomo con cuidado de la mano extendida de Mila y lo abro.

Querida Natalia,

Quería hacer realidad tu sueño. Me he tomado algunas libertades al completar los espacios en blanco, pero puedes cambiar todo lo que no te guste. Considéralo mi regalo para ti. Lo único que te pido a cambio es que reconsideres la terapia.

Tuyo, Andrey

Leo la nota una y otra vez.

—¿Nat? ¿Está todo bien?

—"Considéralo mi regalo para ti" —digo entre dientes—. "Lo único que te pido a cambio es que reconsideres la terapia."

Mila se está mordiendo el interior de la mejilla cuando vuelvo a establecer contacto visual. —Annie le advirtió que no era una buena idea.

Tiro la nota al suelo. —Por supuesto que sí. Y por supuesto que él no escuchó. Porque Andrey Kuznetsov no escucha a nadie más que a sí mismo.

Le echo otro vistazo a la habitación. Ya no veo un gesto dulce y sincero. Veo un soborno. Otra forma de controlarme con su dinero.

Mila hace una mueca. —¿Qué vas a hacer?

—Voy a donar todo a la caridad —decido, contenta con mi decisión en el momento en que las palabras salen de mis labios.

Ni siquiera la cara horrorizada de Mila puede disuadirme. —Donarlo a… ¡Nat! Estas cosas son muy caras. Y todo es tan hermoso. Sé que estás enojada, pero esta habitación es perfecta. No puedes deshacerte de todo así como así.

La miro a los ojos, firme y decidida. —Solo mírame.

ANDREY

Está sentada en el asiento de la ventana, mirándome con ojos que se iluminan por el sol que se cuela a través del vidrio. Respira con regularidad. No dice nada. Espera mi reacción.

Hasta que, finalmente, admite que tendrá que empezar si quiere hablar sobre lo que acaba de pasar aquí.

—¿Por qué tan callado? ¿No te gusta lo que he hecho con el lugar?

La cuidadosa planificación, sin mencionar las decenas de miles de dólares que gasté, parece haberse desvanecido en la nada.

Literalmente.

Estoy parado en una maldita habitación vacía.

—¿Dónde está todo?

—Se ha ido —se encoge de hombros, como si fuera una chica tranquila y alegre, pero veo el fuego detrás de sus ojos. La *furia*—. Lo doné todo a la caridad.

—Tú fuiste quien soñó con este lugar. Lo diseñaste. ¿Por qué lo regalarías todo?

—Porque no voy a dejar que me sobornen, Andrey —se inclina hacia delante y me doy cuenta de que el colgante de cereza que normalmente cuelga de su cuello no está.

Por alguna razón, eso me cabrea más que cualquier otra cosa.

Me paso una mano por el cabello, evitando su mirada para no explotar. —No puedo seguir teniendo la misma maldita pelea contigo una y otra vez, Natalia.

—Y, sin embargo, cuando te digo que quiero más libertad, más autonomía… cuando te digo que quiero irme… aumentas mi seguridad, vigilas cada uno de mis movimientos y me obligas a vivir bajo tu techo —se levanta y se desliza hacia delante hasta que sus pies tocan el suelo desnudo—. Si quieres dejar de pelear, tienes una forma extraña de demostrarlo.

—Quizá no hubiera tomado todas esas precauciones si no fueran necesarias.

—Entonces, ¿se supone que debo confiar en ti? Aquí tienes una noticia para ti, Andrey: no he confiado en ti desde el maldito día que nos conocimos.

Me escupe las palabras, su respiración entrecortada, sus ojos entrecerrados. Pero su ira flaquea por un segundo cuando me acerco más. Se aparta como si pensara que podría lastimarla, y joder, tal vez habla en serio. Tal vez realmente no confía en mí.

—Sé exactamente lo que está en juego aquí, *lastochka*. Considerando que recientemente fuiste prisionera de Nikolai, tú también deberías saberlo.

Espero que mi punto se filtre en su linda cabecita y haga alguna diferencia, que se dé cuenta de lo mucho que no quiero que termine como María, pero es como si hubiera una pared invisible entre nosotros. No importa lo que diga, nada hace ninguna diferencia.

Ella levanta la barbilla. —Solo estás tratando de atraparme aquí.

—Jesucristo, mujer, ¡estaba preparado para dejarte ir!

Las palabras furiosas estallan fuera de mí, pero, cuando Natalia responde, no responde al fuego con fuego. Es desdén. Un desdén venenoso y seco como el desierto.

—¿De verdad esperas que crea eso?

—¿De verdad crees que no sabía de tu "plan" de escapar? —siseo, acercándome más.

Se le corta la respiración en la garganta. Sus ojos se agrandan.

Le sostengo la mirada por un segundo antes de continuar—. Mila y Katya no tuvieron que decir una palabra, porque Shura estaba parado justo afuera de la puerta. Sabía desde el principio que querías irte. Y, si no crees nada más de lo que te he dicho, cree esto: estaba listo para dejarte ir.

Su respiración se convierte en dos palabras. —¿Por qué?

Una carcajada cruel se escapa de mis labios. —Porque no supe protegerte. Te decepcioné y sentiste que dejarme era la única manera de darles a nuestras hijas algún tipo de futuro. Lo entendí.

—¿Me habrías dejado ir sin más? —susurra, frunciendo el ceño—. ¿Así de fácil?

—No. No "así de fácil" —paso los dedos por un mechón de cabello suelto que cae despreocupadamente sobre su hombro—. ¿Cómo podría vivir conmigo mismo sin asegurarme de que tú estarías bien?

—Ibas a vigilarme —no es una pregunta, sino una revelación. Ronca y temblorosa, parece que le cuesta hablar. —Eso no es dejarme ir, Andrey.

Sacudo la cabeza. —Nunca habrías sabido que te estábamos vigilando. Podrías haber vivido la tranquila vida suburbana que querías… pero, desde las sombras, me aseguraría de que estuvieras siempre, siempre a salvo.

Escruta mi rostro, buscando la mentira, pero la miro fijamente, esperando a que la verdad se asimile.

—Estaba completamente preparado para dejarte ir, pajarito. Pero Yelena… —Se estremece ante el nombre. Si yo fuera un hombre más débil y menos entrenado, probablemente haría lo mismo —. Yelena me obligó a darme cuenta de algo: el hecho de que yo estuviera dispuesto a dejarte ir

no significa que todos los demás lo harían. Nikolai, Viktor, Slavik… todos están sedientos de sangre. Y la mejor manera de sacarme sangre es ir a por la tuya.

Mis dedos se enroscan alrededor de su garganta exasperantemente desnuda y la atraigo hacia mí hasta que estamos al ras. Hasta que sus suaves curvas se funden con mis líneas duras. Ella tiembla, pero no se resiste. En todo caso, se arquea hacia mí muy levemente.

—Eres terca y estás desesperada por la independencia, pero tu vida está atada a la mía ahora, *lastochka*. Para bien o para mal.

Sacude la cabeza. —Tiene que haber otra manera.

—No hay otra manera —le advierto—. ¿No lo ves?

—No. De hecho, no lo veo.

—Como dije: terca —frunciendo el ceño, paso mi pulgar sobre su labio inferior lleno. Estoy tan duro que duele—. Parece que no quieres creer que me preocupo por tus intereses.

Traga saliva. El aire entre nosotros se tensa.

—Así que tendré que demostrártelo.

Sus ojos se agrandan con alarma, pero antes de que pueda decir su réplica, la hago callar con mis labios.

Ella levanta los brazos… no tengo ni puta idea de si es para agarrarme o para empujarme… pero los sujeto a sus costados. Le separo las piernas con la rodilla y la aprieto contra mi muslo hasta que tiembla. Siento su calor a través de mis pantalones y ha pasado tanto tiempo que corro el peligro de correrme solo de pensar en estar dentro suyo.

Ella gime y separo sus labios con la lengua, para saborear su respiración desesperada. Diga lo que diga, ha estado esperando este momento tanto como yo.

Sus dientes muerden mi lengua, pero la sujeto contra la pared y dejo que descargue su ira en mí. Ni siquiera hago una mueca cuando deja sus marcas por todo mi cuerpo con mordiscos y garras.

Tengo dos puñados de su blusa, lista para rasgarla en pedazos, cuando de pronto Natalia planta sus manos en mi pecho y me arranca un trozo del hombro.

—¿Qué demonios? —miro hacia mi hombro, donde las huellas sangrientas de sus dientes brillan a la luz del sol.

Una parte de mí está aturdida.

Otra parte, una por debajo del cinturón, lo adoró.

—No soy una pusilánime, Andrey —me mira como una presa acorralada—. No puedes simplemente besarme y obligarme a olvidar.

—Eso no es lo que estoy tratando de…

—Estás tratando de follarme hasta someterme. Si no es dinero, es sexo. Así es como operas, ¿no?

Estoy sobre ella otra vez con un gruñido. Le bajo los pantalones alrededor de los muslos y no hay un susurro de espacio entre nosotros ahora. Estamos sellados de pies a cabeza. Mi aliento se mezcla con el suyo mientras paso un dedo entre sus piernas. —Como siempre, no entiendes el panorama general. Estoy tratando de salvarte… de mis enemigos. De mis pecados. De *ti*.

—Entonces, ¿quién…? —gime mientras le meto un dedo y luego otro. Se deja caer sobre mi pecho, indefensa—. Entonces, ¿quién me salvará de ti?

Retiro mi mano, amando la decepción que se refleja en su rostro cuando me mira. —Nadie, *lastochka*.

Luego, libero mi polla de mis pantalones y la embisto en su calor.

Cualquiera que sea la protesta que había planeado, ya se ha ido. La saco con embestidas lentas y profundas, que me hacen sentir como si volviera a casa. La follo contra la pared, arañando sus caderas y su cintura, tratando de reclamar todo lo que puedo.

Quiero hacerla sentir bien.

Quiero asegurarme de que tenga lo que necesita.

Con cada embestida, la necesidad de ser todo para esta mujer me consume.

Mientras ella está atrapada en un gemido, acerco mis labios a su oído. —No voy a dejar que te lastimes más, Natalia. Si no te cuidas, lo haré por ti.

Chupo su lóbulo de la oreja y saboreo la suave piel de su cuello mientras nos acercamos una y otra vez. Su cabeza cae hacia atrás contra la pared, su boca se abre en un suspiro y puedo ver mi sangre en el interior de su labio.

La follo más fuerte hasta que su rostro arde de deseo y sus ojos están nublados. Entonces, enrosco mis dedos alrededor de su garganta.

—Vas a hablar con alguien —le digo—. *Tomarás* tus medicamentos. Vas a empezar a tomarte en serio tu salud mental.

—Andrey…

—Te voy a enseñar a pelear y a disparar —continúo, embistiendo más fuerte, con más urgencia, mis manos rozando sus senos—. Te voy a enseñar a defenderte.

La agarro del culo y la levanto, entrelazando sus piernas alrededor de mi cintura mientras profundizo aún más en su interior. —No eres una víctima, Natalia. Eres una maldita luchadora. Es hora de que el mundo lo sepa.

Ella jadea. —¡Andrey…!

El sonido de mi nombre en sus labios es lo que lo hace. Mi control se debilita y la embisto hasta que el resto del mundo se derrumba. Nada importa excepto la forma en que encajamos juntos, la forma en que ella se estremece a mi alrededor.

Con un grito, se corre, estrangulando el orgasmo de mi polla.

Justo cuando pensé que lo había experimentado todo.

El subidón dura una eternidad. Cuando finalmente nos deja ir, le tiemblan las rodillas. Tengo que dejarla en el asiento de la ventana. Su ropa está hecha jirones, pero intenta ponérsela alrededor del pecho y la barriga.

Cada segundo que pasa, ella se vuelve más y más distante. Lo veo suceder.

Esto no resolvió nada.

—Esta guardería no fue pensada como una manipulación, Natalia.

Se obliga a mirarme a los ojos. —No, fue un regalo. Un gesto. Pero eso no es lo que quiero. Nunca es lo que quise —un sollozo brota de entre sus labios hinchados—. Quería tu tiempo. Te quería *a ti*.

¿Debería molestarme que esté hablando en tiempo pasado?

Antes de que pueda decidir, me deja con un golpe de despedida. —Quizá no soy la única que necesita a alguien con quien hablar.

ANDREY

Teniendo en cuenta que acabo de liberar semanas de deseo reprimido, me siento extrañamente insatisfecho.

Shura intenta esconder un cigarrillo detrás de su espalda, pero lo tomo de entre sus dedos y le doy una larga calada. —Somos una pareja lamentable —suspira mientras fumo—. ¿Cuánto tiempo ha pasado para ti?

—Casi un año.

—Joder, duraste más que yo.

—¿Por qué estás tú estresado? Tu mujer no está decidida a volverte loco.

Shura se ríe miserablemente. —Supongo que la guardería no funcionó.

Tiro el cigarrillo usado al suelo y lo aplasto contra la grava. —Nada funciona con esa mujer. Pero ese es el problema de mañana.

Shura se pone firme. —Tenemos nueva información de Yorick.

—¿Podemos actuar en consecuencia?

—La Brigada Negra se reunirá esta noche para discutir los términos de la alianza de Slavik —Shura mira con nostalgia el cigarrillo destrozado—. Yorick estará en la reunión.

Mi espía, Yorick, ha pasado semanas abriéndose paso entre las filas de la Brigada. El acceso a una reunión clave es una pequeña victoria en sí misma. Viendo lo poco común que se ha vuelto en estos días, lo acepto.

—Nosotros también.

Los ojos de Shura se fijan en los míos. —No estás… No podemos… Mierda, ¿hablas en serio?

—No es momento de ir a lo seguro. Necesito hacer una declaración.

—La noticia de nuestros asesinatos dobles será una gran declaración —dice con sarcasmo—. La Brigada Negra puede haber estado fuera de servicio durante décadas, pero eso no significa que no sean peligrosos.

—Relájate, Shura. No planeo subestimar a nadie.

Se pasa una mano por la cara mientras camino hacia el Escalade. El hombre parece necesitar un cigarrillo, un Xanax, o ambos. Con una mueca y una maldición murmurada, me sigue.

Me siento en el asiento del conductor y salgo disparado por la carretera. Puede que mi plan esté solo a medias, pero avanzar es mejor que quedarse parado. No se me ocurre mejor forma de canalizar toda mi frustración que estrangularla y pisar el acelerador a fondo.

La adrenalina me da una sensación de propósito. Mientras voy a toda velocidad a ciento cincuenta millas por hora, es casi posible bloquear la imagen de esos ojos brillantes mirándome con anhelo y decepción en partes iguales.

Es casi posible olvidarla.

Casi.



ES CASI MEDIANOCHE cuando mis hombres se reúnen a mi alrededor. Estamos a solo una calle del lugar de reunión, esperando a que Yorick nos asegure una entrada al motel de mala muerte donde se están reuniendo los tenientes de la Brigada.

—Solo un hombre puede estar en la sala de reuniones cuando todo se lleve a cabo —informo a mis hombres—. Si hay más, nos notarán.

Shura aprieta la mandíbula, pero no expresa sus reservas. —¿Qué pasa con el resto de nosotros?

—Habrá brigadistas apostados fuera de la sala de reuniones. Yorick nos informará el número exacto pronto. Quiero que los elimines… *silenciosamente* —enfatizo—. Luego, espera mi señal antes de asaltar el lugar.

—¿Y realmente crees que es una buena idea que tú, nuestro *pakhan*, seas el que esté en esa sala cuando se lleve a cabo la reunión? —pregunta Shura, incapaz de contener la lengua por más tiempo.

—No sigo adelante con malas ideas —se estremece ante mi tono, pero se queda en silencio. Con un suspiro, le tiro un hueso—. No planeo diezmar sus filas esta noche, pero sí quiero que se derrame suficiente sangre para forzar un cambio de lealtad.

Esa es la esencia de mi plan: que, a falta de lealtad, el miedo será la solución.

Justo a tiempo, mi teléfono suena con un mensaje entrante.

YORICK*: Entrada de personal en la parte trasera del edificio. Toma la segunda escalera hasta el cuarto piso. Usa la Puerta del Oso. Reunión en diez minutos.*

YORICK: *Cinco guardias.*

Está claro que está escribiendo rápido. Tan rápido como necesito moverme si solo tengo diez minutos para entrar a la habitación antes de que lleguen los Brigadieres.

Rápidamente, comparto la información con mis hombres. —Una vez que esté dentro, esperen veinte minutos. Usen la misma entrada. Debería estar adentro a esa hora y la reunión debería

estar en marcha.

Me vuelvo hacia Shura, apretando su mano como lo hacemos antes de cada operación de alto riesgo. —Deberías poder manejar a cinco guardias sin problemas, ¿no?

—Déjamelo a mí —dice con confianza—. Solo asegúrate de que no te maten antes de que podamos entrar.

Sonriendo, recupero mi ingenio y corro hacia el edificio decrépito.

Los minutos vuelan mientras sigo las instrucciones de Yorick a través del edificio. Diez se convierte en nueve, ocho, siete antes de llegar a la Puerta del Oso, que resulta ser exactamente lo que parece… una vieja puerta de madera con la cara de un oso rugiente tallada en la superficie. No hay ni una sola alma alrededor cuando fuerzo la cerradura y me cuelo dentro.

En cuanto entro, empiezan a oírse voces desde la escalera a mi izquierda.

Cierro la puerta con cuidado y me vuelvo hacia la habitación. Columnas y arcos rodean el perímetro y hay un estrado elevado en el centro. Cortinas rojas desaliñadas cubren tramos rotos y sin ventanas de la pared, dejándome un montón de nichos oscuros detrás de los cuales esconderme. Pero encuentro una puerta que conduce a un baño y me refugio allí justo antes de que los hombres empiecen a entrar en la habitación.

Con la puerta entreabierta, veo a los hombres entrar uno por uno. Entre los hombres canosos y llenos de cicatrices, veo a Yorick.

Lleva una camisa blanca abotonada, el cabello peinado hacia atrás con una cantidad innecesaria de gel. Solo puedo imaginarme que está intentando encajar con el resto de estos gilipollas engreídos.

Cuando la puerta se cierra con un clic, un parloteo incesante llena la habitación como un enjambre de langostas… hasta que un hombre mayor sube al estrado y el grupo reunido cae en un silencio preñado.

—Mis hermanos —grita Dario Krueger. Su bigote blanco y espeso se mueve con cada palabra—. Ha pasado mucho tiempo desde que cerramos filas de esta manera. Les agradezco por estar aquí hoy.

Hubo una época en la que el nombre de Dario Krueger tenía peso en esta ciudad. Pero en las últimas décadas, se ha convertido en otro nombre olvidado en una larga lista de gánsteres caídos.

—Nos hemos contentado con negociar en las sombras, beneficiándonos de pequeños negocios y escasas alianzas. Pero se ha presentado una oportunidad.

Un murmullo bajo surge del fondo de la sala… silbidos de apoyo, murmullos emocionados.

Krueger sonríe. —Slavik Kuznetsov se me acercó con una oferta muy tentadora.

Hay otro aumento de volumen, que Krueger rechaza con evidente diversión. Es casi paternal con sus hombres, como un padre que se dirige a sus hijos bulliciosos e imprudentes.

—No nos ofrece solo ganancias… nos ofrece territorio. Prestigio. Tendremos una mayor distribución de drogas para expandir nuestro mercado. Además —dice—, Slavik nos dará

licencia para recuperar los burdeles de carne que nos llevaron al poder en primer lugar.

¿Burdeles de carne? Tengo que apretar los dientes para mantener a raya el gruñido enojado.

—Es una oferta generosa —afirma Krueger, como si el asunto ya estuviera decidido.

Me inclino un poco más cerca, tratando de leer la atmósfera en la habitación. Al principio, había un aire de emoción e interés. ¿Pero ahora?

Puedo oler la duda en el aire. Cuanto más se prolonga el silencio, más rápido se convierte en miedo.

—¿Qué dicen, hermanos míos? —pregunta Kruger, levantando los brazos hacia la multitud de hombres.

Por un momento, nadie dice una palabra. Entonces, un hombre se pone de pie. Es más joven que Krueger, pero lo suficientemente mayor como para que una oleada de silencio acompañe su ascenso.

No se molesta en subir al estrado. En cambio, se queda dónde está, de espaldas a mí, rígido y brusco. —No es una buena idea ir en contra de la Bratva Kuznetsov. *Pakhan* Andrey no estará contento.

Por fin, un hombre con algo de sentido común.

Los ojos entrecerrados de Krueger se tensan con desagrado, pero mantiene su sonrisa agradable. —Pareces estar un poco confundido, Benioff. Nuestra alianza será *con* la Bratva Kuznetsov.

—No se ha visto ni oído hablar de Slavik en más de una década. Ya no es el verdadero líder del clan Kuznetsov, sin importar lo que él diga.

La sonrisa de Krueger se desliza de su rostro. —Es el mayor.

—La antigüedad no significa nada —replica Benioff—. Es el poder lo que importa, y Andrey Kuznetsov no es un hombre con el que se pueda jugar.

Estoy listo para darle al hombre una ovación de pie. Pero, a juzgar por la expresión de Krueger, no está tan dispuesto a aceptar.

—Andrey Kuznetsov está a punto de ser destituido.

—¡Lo dice el hombre que intenta destituirlo! —Benioff se resiste—. ¿Qué más diría Slavik? Especialmente, porque está tratando de convencerte. Lo ha logrado, por lo que parece. Estás listo para firmar nuestras vidas por un capricho a medias.

Krueger frunce el ceño mientras los hombres se mueven torpemente.

Disidencia dentro de las filas. Puedo usar eso.

Mi plan se está formando rápidamente. Krueger es una causa perdida. Pero tengo una oportunidad de convencer a Benioff. Si puedo hacer eso, entonces…

Antes de que pueda formular el pensamiento, Krueger está hablando de nuevo. —Tienes toda la razón, Benioff. No deberíamos formar una alianza con Slavik Kuznetsov. Especialmente, cuando

hay desacuerdo entre nosotros.

Sin previo aviso, Krueger saca una pistola y dispara una vez. La bala se incrusta en la frente de Benioff, y el hombre se desmorona como yeso barato.

Krueger sonríe satisfecho. El aire está impregnado de olor a sangre. —¿Alguien más tiene una opinión que le gustaría compartir?

No hay ni un murmullo. Cualquiera que simpatizara con la posición de Benioff ha cambiado repentinamente de alianza.

—¡Maravilloso! —Krueger vuelve a guardar su arma en la funda—. Entonces estamos de acuerdo. Tenientes, únanse a mí aquí arriba mientras brindamos por nuestra fructífera nueva aventura.

Cuatro hombres se unen a él en el estrado. El champán se materializa desde algún armario oculto. Kruger levanta su copa con aplomo. —Por la destrucción de un indigno *pakhan*. Y por la reinstauración de un nuevo amanecer para el…

Pero he llegado a mi límite para la teatralidad de mierda.

Salgo de mi escondite, camino con valentía entre la multitud de hombres, avanzando a grandes zancadas por el pasillo central que conduce al estrado.

—Yo en tu lugar volvería a poner el champán en hielo, Krueger.

El hombre se queda paralizado, con los ojos encendidos por el pánico. Al parecer, todavía alberga algunas dudas sobre quién es el verdadero *pakhan* de la Bratva Kuznetsov. Porque parece que ha visto un fantasma.

Yorick está a solo unos metros de mí, pero está haciendo su papel, lanzándome miradas asesinas como todos los demás.

—Lamento arruinar la fiesta, muchachos, pero no podía soportar escuchar más tonterías de su intrépido líder.

El bigote de Krueger tiembla. —¿Cómo te atreves…?

No ve venir la bala más de lo que Benioff lo vio. En un segundo, está de pie en su plataforma, elevado por encima de todos sus hombres. Al siguiente, está cayendo al suelo, con la sangre esparciéndose por su pecho.

Mis hombres entran por las puertas justo cuando la cabeza de Krueger se estrella contra el escenario. Con la Bratva a mi espalda, desato el caos sobre el grupo desdichado, seguro ya de mi victoria inminente.

Todo esto… el derramamiento de sangre, los juegos de poder, las escaramuzas que viven y mueren en las sombras… siempre me ha resultado fácil. Sé cómo actuar, cómo ser, qué decir, dónde y cuándo moverme.

Pero mi vida se ha expandido. Ha *salido* de las sombras, me guste o no.

Y Natalia sigue siendo un problema que no se puede solucionar con la fuerza bruta.

Por mucho que me gustaría intentarlo.

NATALIA

—Buen intento, Natalia, has sido pillada.

Me dirigía de nuevo a mi habitación, pero entonces oí una llave en la puerta principal. Pensé que tal vez podría escabullirme de nuevo a la cocina, esperar a que se fuera y luego correr a esconderme en mi habitación sin que me vieran. Pero esos sueños se han ido al infierno.

Lo que me deja sin otra opción que dar la vuelta a la esquina y enfrentarlo.

—Hola.

Su mirada se posa en las bolsas de patatas fritas, galletas, ositos de goma y pretzels cubiertos de chocolate que acuno en mis brazos. —¿Tienes hambre?

—Cállate.

Supongo que no puedo evitarlo para siempre. Aunque lo intenté, con éxito, durante la última semana.

Evitando su mirada como la peste, me aclaro la garganta. —Si me disculpas…

—¿Has pensado en… —siento que se me erizan los pelos de la nuca en anticipación de la pregunta que ha sido la razón por la que lo he estado evitando tan completamente. Bueno, eso y todo el asunto de que *tuvimos sexo furioso que nunca debimos haber tenido*. Pero se salva de mi ira al terminar con una pregunta totalmente diferente—, visitar a tu tía?

—Ah.

Levanta las cejas, probablemente preguntándose por qué lo miro boquiabierta sin responder. En mi defensa, se ve increíble en azul. El estiramiento de la tela en su pecho tampoco duele.

También en mi defensa, evitarlo tiene el molesto efecto secundario de hacerme olvidar su increíble atractivo. Lo que significa que, cada vez que me encuentro cara a cara con él después de una prolongada abstinencia de Andrey, es como si me golpeara una luz cegadora después de días en la oscuridad.

—Solo pensé que podría apreciar una visita tuya. No la has visto desde la cena.

¡La Cena. No necesita decir nada más. Todos sabemos a qué desastre se refiere. Lo felicito por mencionarlo sin pestañear.

Pero esa es la diferencia entre Andrey y yo. *No tiene ningún problema en ser un idiota*, pienso con amargura.

—No sabía que se me permitía salir de la casa —le recuerdo con un tono cortante en mi voz.

—Mientras estés debidamente acompañada, no tengo ningún problema.

Estoy a punto de decirle que se meta su sugerencia donde no llega el sol. Pero no puedo dejar pasar la oportunidad de visitar a la tía Annie. Mucho menos la oportunidad de salir de la mansión por un rato.

—Vale. Llevaré a Misha conmigo.

Una parte de mí casi desea que Andrey se resista, solo para tener una excusa para discutir con él. Diablos, quizá solo quiero sentir que me salgo con la mía de vez en cuando.

Pero, como siempre, Andrey me detiene en el paso con un encogimiento de hombros. —Puedo tener un auto listo para ustedes en media hora. Prepararé un segundo auto para tus bocadillos.

Mi ceño fruncido no tiene efecto en él mientras desaparece por la esquina, riéndose suavemente. Abandono mis bocadillos… de todos modos, perdí mi ánimo de comer… subo las escaleras para cambiarme rápidamente antes de volver a bajar para animar a Remi y Misha.

No hace falta animar mucho. Misha está entusiasmado con la idea de una excursión de un día, y eso me hace darme cuenta de que no soy la única que ha estado encerrada. No ha salido mucho desde su conmoción cerebral.

Remi, por otro lado, no es aficionado al viaje y se lo pasa quejándose. Pero, en el momento en que nos detenemos frente a una hermosa cabaña ubicada en medio de un enclave frondoso, sale del auto más rápido de lo que puedo ordenarle que se quede.

—¡Vaya! —Misha sigue el rastro de hiedra por los enrejados—. Esto es genial.

Entramos en la casa, que es más pequeña y acogedora de lo que hubiera esperado de una propiedad de Andrey Kuznetsov, pero sigue siendo más grande que cualquier otro lugar en el que haya vivido la tía Annie antes.

Su ama de llaves/cuidadora personal nos señala la dirección del salón, pero antes de que pueda sorprender a la tía Annie, me doy cuenta de que Remi ya se nos adelantó. Está babeando sobre mi tía, besándole las manos y los brazos.

Cuando la tía Annie me ve, se levanta de un salto. —¡Vaya, es mi hija favorita!

—Quería sorprenderte, pero Remi lo arruinó un poco.

Annie se burla. —Cariño, lamento decírtelo, pero, cuando el equipo de seguridad apareció quince minutos antes que tú e hizo una evaluación completa del lugar, tuve el presentimiento de que podrías pasar por aquí.

Frunzo el ceño y me dejo caer en el cómodo sillón junto al suyo. —Por supuesto. ¿Por qué pensé que él sería sutil al respecto?

La tía Annie se ríe y se gira hacia Misha, que esboza una sonrisa tímida que me hace

preguntarme si tal vez, solo tal vez, fui la última persona en enterarse de la pequeña excursión de hoy.

Y yo creyendo que recupero mi independencia.



EN EL MOMENTO en que el suave ronquido de Misha alcanza un crescendo, la tía Annie me guiña un ojo y me hace un gesto para que la siga afuera.

Fue una hora de bocadillos y conversación, lo cual es genial para mí y para la tía Annie, pero los chicos no aguantaron. Remi nos abandonó para ir al patio trasero hace un tiempo, y Misha se quedó dormitando de vez en cuando durante quince minutos antes de finalmente rendirse y acurrucarse en el sofá.

La tía Annie apoya su bastón contra la pared y nos acomodamos en el sofá del patio, desde donde podemos ver a Remi hacer círculos amplios en el patio, con una rama de árbol caída en equilibrio en su mandíbula.

—Es un buen chico, ese Misha —comenta la tía Annie con cariño.

—Lo es, ¿no? —no puedo evitar sonreír—. Sé que suena loco, pero realmente se siente como si fuera mío. Como si estuviera destinado para mí.

—No suena loco en absoluto. Eso es exactamente lo que sentí por ti.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero parpadeo para quitarlas. —¿En serio? ¿A pesar de las circunstancias?

Los ojos de la tía Annie también están inundados de lágrimas. ¿Cuándo fue la última vez que la vi llorar? Probablemente cuando era niña… e incluso entonces, no era a menudo.

—Las circunstancias estaban fuera de nuestro control, Nat. Ocurrió. Pero como consecuencia, terminaste conmigo —toma mi mano, estrechándola con fuerza entre las suyas—. A veces solía pensar que te enviaron para salvarme de mi propio dolor.

—Yo pensaba lo mismo de ti.

—Entonces, supongo que estábamos destinadas una para la otra, igual que tú y Misha —aprieta mi mano suavemente—. Algunas personas realmente son almas gemelas.

El rostro de Andrey aparece en mi cabeza, a pesar de mis mejores esfuerzos por mantenerlo fuera. Suspiro. —Y otras personas son solo lecciones.

La tía Annie me mira, y tengo la misma sensación que solía tener cuando era niña… como si todo lo que hiciera falta para abrir todos mis pensamientos como un huevo fuera su mirada abrasadora.

—Eso no es algo malo, ¿sabes? —dice con dulzura—. Necesitamos lecciones que nos ayuden a crecer. A evolucionar.

Mordiéndome el labio inferior, miro nuestras manos entrelazadas. Las de la tía Annie están

llenas de venas, marcadas con pequeñas manchas de la edad que sé que no tenía hace unos años. —Lo siento, tía Annie.

Me mira con los ojos entrecerrados. —¿Por qué, cariño?

—Por todo lo que ha pasado. Por… el ataque a tu vida, por el hecho de que tienes que vivir fuera de tu casa. Ya ni siquiera puedes ir a trabajar.

—En realidad, no extraño el trabajo, para ser sincera —admite—. Es agradable quedarse quieta un momento, ¿sabes?

—Mientras seas feliz…

—Seré feliz cuando sepa que tú estás en paz.

La miro de reojo, con cuidado de no mirarla directamente a los ojos. —Estoy… llegando a eso.

Sonríe. —Siempre me daba cuenta cuando mentías. Es bueno saber que no he perdido mi toque.

Me rodeo el cuerpo con los brazos a pesar de lo cálida que es la brisa. —Es… complicado. Pero estoy bien. De verdad.

—Andrey me dice que, cuando no estás peleando con él, lo estás evitando.

A pesar de mí misma, mis ojos se fijan en los de ella. —¿Cuándo hablaste con él?

—La semana pasada. Y la semana anterior —sus ojos saltan de un lado a otro mientras cuenta mentalmente hacia atrás—. Ha estado viniendo todas las semanas desde hace bastante tiempo.

¡¿Una vez a la semana?!

—Nunca me dijo eso —tampoco lo hizo la tía Annie, pero sé que no llegaré a ninguna parte sermoneándola.

—Por lo que puedo decir, ustedes dos realmente no hablan mucho.

—Porque, cuando hablamos, discutimos —espeto—. Y luego tomo decisiones cuestionables de las que desearía poder retroceder después. No es saludable.

—Yo diría que es más sano que reprimir tus sentimientos y pretender que no existen.

Miro a mi tía con incredulidad. —No puedo creer que estés de su lado.

Cierra los ojos por un momento y la culpa me pica la piel. No debería hacerla pasar un mal rato. Puede parecer dura como una roca, pero todavía se está recuperando.

—Cariño —dice con paciencia—, ¿no lo entiendes? No hay bandos cuando se trata de tu bienestar. Solo estás tú y la gente que te ama.

—Andrey no me ama.

La tía Annie me mira fijo con esa mirada penetrante. —¿En serio crees eso?

Debí saber cuando Andrey sugirió que fuera a visitar a la tía Annie que él también la tenía en su bolsillo. Por molesto que sea, tengo que admitir que el hombre es bueno.

—Sí —repito, obstinada—. Él no me quiere. No me ama.

La tía Annie me da una palmadita en la rodilla. —Él no sabe *cómo* amarte, cariño. Hay una diferencia.

Genial. Entramos en la parte de la noche en la que justificaremos el mal comportamiento de Andrey. Si hubiera sabido que tendríamos esta conversación, tal vez hubiera estado dispuesta a tomar un poco de Prozac de antemano.

—No a todo el mundo le enseñaron a demostrar amor, cariño. Andrey cree que puede comprarlo, como hace con todo lo demás.

—Ya le dije que no es lo que quiero. No quiero sus regalos ni su maldito dinero. —suspiro—. Es su forma de mantener la distancia entre nosotros. Solo está… asustado.

La tía Annie asiente. —Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

Respiro hondo. —¿Qué quieres decir?

Sus ojos brillan bajo la luz del sol que se desvanece. —¿Dejarás que su miedo gane? ¿O vas a luchar por lo que quieres? —abro la boca para discutir, pero ella levanta una mano fibrosa—. Y ni niegues que lo quieres, porque, recuerda: puedo saber cuándo mientes. Lo quieres, cariño. Lo quieres a él, a la familia que podrían tener, al futuro que podrían crear los dos. Puedo verlo en tus ojos.

—No lo negaré —digo al fin, con los hombros hundidos—. Pero tampoco sé qué más hacer al respecto.

La tía Annie tararea mientras vuelve su mirada hacia Remi. —Entonces, tal vez sea hora de hacer una reflexión interior —sugiere—. Trabajar en ti misma para no estar tan confundida.

—Ahora sé con certeza que Andrey me envió aquí con un propósito. No estoy deprimida, ¿sabes?

—No me importa, de ninguna manera. La depresión no es una mala palabra. Y tus padres vieron a un terapeuta de parejas.

—¿Mamá y Papá tenían problemas?

Por más que lo intento, no puedo conciliar la idea de que se peleen con la imagen que tengo de ellos en mi cabeza… felices, enamorados, besándose por encima de mi cabeza mientras tocábamos el piano juntos.

—Se encontraron con un problema unos cuatro o cinco años después de casarse. Ambos trabajaban mucho y no tenían tiempo para estar juntos. Eso generó mucha frustración acumulada.

Parpadeo y respiro, porque eso es todo lo que puedo hacer. Es como descubrir que Papá Noel no existe.

—No puedo imaginarlos no felices.

—Porque todavía los ves como cuando tenías siete años, cuando la vida era sencilla y el amor tenía sentido. Pero luego creces y aprendes que las cosas son más complicadas. Tus padres *eran*

padres maravillosos y *tuvieron* un gran matrimonio. Pero no sucedió por sí solo. Trabajaron en su matrimonio. Más importante aún, trabajaron en sí mismos.

Me quedo sentada allí en silencio mientras Remi ladra a las ardillas que lo molestan desde las copas de los árboles. Es una noche tranquila, pero, poco a poco, la tía Annie va tocando las cuerdas deshilachadas de todo lo que creía recordar.

—¿Sabes por qué se metieron en terapia? —pregunta Annie después de unos momentos de silencio pensativo.

Otra pregunta capciosa, pero muerdo el anzuelo de todos modos. —¿Por qué?

—Por *ti*, cariño. Querían que tuvieras padres sanos y felices. Padres que fueran un equipo, padres que se cuidaran mutuamente tanto como a ti.

Su mirada se desliza hacia mi vientre y luego hacia la casa donde Misha sigue roncando suavemente en el salón.

—Tienes que mostrarles a tus hijos que está bien trabajar en ti misma. Que puede haber un final para el trauma. Tal vez algún día eso los inspire a hacer lo mismo con sus propios demonios. El amor no siempre es lo que haces por otro, Nic-Nat. A veces, es lo que haces por ti misma.



ESA NOCHE, después de que volvemos a la mansión y Misha se ha ido a su habitación, agarro el brazo de Shura antes de que pueda escabullirse para ver a Katya.

—Necesito tu ayuda con algo.

Sus cejas se juntan. —Por supuesto. ¿Qué necesitas?

—Antes de decírtelo, viene con una advertencia.

Sus hombros caen como si lo esperara. —¿No puedo decírselo a Andrey?

Sonrío. —Me quitaste las palabras de la boca.

NATALIA

Cada segundo que pasa sin coger el arma, el *tic, tic, tic* en mi cabeza se hace más fuerte. Siento que una bomba está a punto de detonar. No ayuda que Shura no me haya quitado los ojos de encima desde que me acerqué a la mesa.

—¡Deja de mirarme! —le espeto cuando ya no puedo soportarlo más.

Levanta las manos. —¿Qué quieres que haga?

—Solo… no sé. Date la vuelta o algo así.

Con un suspiro cansado, hace lo que le pido y se gira para mirar hacia la casa de la piscina. Me vuelvo hacia la mesa… y hacia el arma… pero sigo sin poder mover la mano.

¿En qué estaba pensando Evangeline?

Evangeline, también conocida como la Dra. Smirnov, también conocida como mi nueva terapeuta. Fui lo suficientemente tonta como para pensar que podría ayudarme.

La terapia de exposición es medieval. ¿Qué hay de sostener un arma que sirva para aliviar el pánico que siento en el estómago cada vez que siquiera *veo* una?

Me dijo que podía empezar con una dosis baja de algún medicamento para la ansiedad, pero necesitaría un dardo tranquilizante antes de poder acercarme a un pie de esta pistola.

—Vamos, Nat —me digo a mí misma entre dientes—. Ni siquiera está cargada.

¿O sí?, reflexiona la voz ansiosa en el fondo de mi cabeza. Cargada o no, la horrible pistola de metal parece lejos de ser inocente. Casi creo que se burla de mí.

Levántame, Natalia. Sabes cómo funciono, ¿no? Me has utilizado antes.

Temblando, doy un paso atrás. Luego, me giro hacia Shura. —Lo dejo. ¡Esto es inútil!

—No digas eso. Estás empezando.

—No, ha pasado media hora y estoy más lejos de la pistola que cuando empezamos —me hundo —. Pensé que al menos la dispararía antes de asustarme.

Se da la vuelta desde la caseta de la piscina por primera vez desde que le prohibí mirarme. —Deja de ver la pistola como un arma…

—*Es* un arma.

—Es una herramienta —argumenta—. Lo que marca la diferencia es quién la sostiene.

De repente, veo mis propias manos alzarse frente a mí, con una pistola doblada entre ellas… apuntando al pecho de Andrey.

—¡Exactamente! Mírame… soy un desastre —doy otro paso atrás—. No deberían permitirme estar cerca de un arma.

Shura parece querer estar de acuerdo. Pero, en lugar de eso, se acerca y toma el arma. Sin dudarlo, la levanta y apunta a un árbol en la distancia. Hace el gesto de apretar el gatillo. —Solo necesitas tener confianza.

—Lo que me descalifica automáticamente.

Baja el arma, apuntando el cañón al suelo y activando el seguro antes de volverse hacia mí. —La confianza se puede aprender. Pero, si no quieres hacer esto, Natalia, no tienes que hacerlo.

Considero volver a mi terapeuta de cabello brillante y sin poros y decirle que reprobé mi primera tarea, y mi estómago se revuelve de vergüenza. —No, quiero hacer esto. Solo estoy… asustada.

—Vale. Dime de qué tienes miedo.

Miro la pistola en su mano como si fuera una serpiente venenosa que podría atacar en cualquier momento. —Todo.

—¿Quieres ser más específica?

—Tengo miedo de mirarla, tocarla… básicamente, los cinco sentidos están fuera de los límites —divago—. También de morir.

Shura parece no estar seguro de qué hacer conmigo, y me identifico con el sentimiento. Yo tampoco sé qué hacer conmigo.

Me cubro la cara con las manos. —Lo siento, lo siento. Sé que esto no ayuda. Pero, cada vez que veo un arma, veo a mis padres siendo asesinados.

Shura baja el arma y se acerca. —Te estás imaginando en el lado equivocado del arma. Intenta imaginarte sosteniéndola. Si te amenazaran y la única forma de salvarte fuera tomar esta arma y disparar, ¿lo harías?

De nuevo, me veo apuntando el arma a Andrey, con la mente en blanco mientras aprieto el gatillo.

Sacudo la cabeza. Mi barbilla se tambalea. —No… no puedo…

—Misha —dice de repente—. Piensa en Misha. ¿Tomarías esta arma para salvar a Misha?

La escena se desarrolla ante mis ojos… Misha y yo atrapados en una habitación con Nikolai o Slavik. Si uno de ellos fuera a lastimar a Misha, con el asesinato en sus ojos, ¿sería capaz de tomar un arma con la intención de usarla contra otro ser humano?

—Dispararía —las palabras salen de mi lengua sin problemas.

Shura asiente. —Exactamente. Ahora, tómala.

Doy unos pasos tentativamente hacia adelante, mi mano alcanzando el revólver. *Respira*, me digo. *Solo respira.*

Entonces mi mano, sudorosa y resbaladiza, aprieta el mango, y respirar ya no es parte de la ecuación. Mis pulmones están sellados y aparto mi mano con tanta violencia que el arma cae de la mesa.

Shura la atrapa antes de que pueda caer al suelo.

—La tocaste —ofrece generosamente—. Eso es un comienzo.

Estoy temblando por todas partes. —¿Tengo que intentarlo de nuevo?

El arma desaparece en la funda que lleva en la cadera. —Creo que es suficiente por hoy. Lo intentaremos de nuevo mañana. Si estás dispuesta.

Eso me suena bien. De todos modos, estoy mucho más interesada en la segunda tarea que me dio Evangeline.

Pero, cuando llego a la puerta de Misha para comenzar a "alimentar mi alma" con cosas que amo, como pasar tiempo en familia y tocar el piano, el timbre profundo de la voz de Andrey es inconfundible. No puedo evitar inclinarme y escuchar a escondidas.

—…Un progreso real aquí. Deberías estar orgulloso.

—Me equivoqué en cinco respuestas —argumenta Misha.

—Y, la última vez, ese número fue ocho. Estás mejorando.

—Apenas —murmura Misha.

—El progreso es progreso, no importa lo lento que sea.

Tomo ese pequeño consejo y lo guardo en mi corazón. Toqué una pistola durante medio segundo y casi me da un ataque al corazón, pero eso sigue siendo progreso.

—*Odio* las matemáticas.

—Solo las odias porque te resulta difícil comprenderlas. Y, ahora que sabemos por qué, tenemos formas de contrarrestarlas.

No tenía idea de que Andrey estaba ayudando a Misha con su tarea. *Quédate quieto, corazón.*

—No hay forma de contrarrestar la dislexia —se queja Misha—. Solo tengo que lidiar con mi estupidez.

Tampoco tenía idea de que Misha tenía dislexia. ¿Desde cuándo?

Estoy a punto de atravesar la puerta y revelar que soy una fisgona solo para poder decirle a Misha que no es estúpido en absoluto. Pero Andrey se me adelanta.

—No eres estúpido, Misha —insiste con calma—. Solo aprendes diferente. Y entre el Sr. Akayev y yo podemos ayudarte. Apuesto a que Natalia también podría ayudar, si…

—¡No! —interrumpe Misha. Me estremezco—. No, no quiero que Natalia lo sepa.

—No tienes nada de qué avergonzarte, Misha.

En el espacio de una única conversación robada, he pasado de querer evitar a Andrey a querer saltar sobre sus huesos. Tal vez sea un simple caso de estar en la misma página por una vez.

—No me avergüenzo. Solo no quiero que ella lo sepa, ¿vale?

Andrey suspira. —Si insistes.

Oigo el ruido de sillas antes de que Misha vuelva a hablar. —¿Ya te habla?

Espero una respuesta genérica y evasiva. El tipo de respuesta que le das a tus hijos para que no se preocupen. *Todo está bien. Estamos bien. No hay nada de qué preocuparse.*

—No está contenta conmigo y no puedo culparla, pero… no sé cómo llegar a ella.

—Pero ¿quieres hacerlo?

¿Es esperanza lo que escucho en la voz de Misha?

—Sí, quiero. Ella es importante para mí.

Mi corazón da un vuelco, como cuando vi el arma antes. Como si, de alguna manera, estas palabras fueran igual de peligrosas. *No te dejes engañar. Solo terminarás lastimada.*

—¿Por las bebés? —pregunta Misha.

—Porque… —hay una pausa mientras Andrey piensa, y daría todo lo que tengo por ver la expresión de su rostro en este momento—. Porque, de todas las personas en este mundo, ella es la que más me importa.

Boom. Las palabras me golpean como un disparo. Me tapo la boca con una mano mientras las lágrimas nublan mi visión.

Me obligo a alejarme de la puerta y voy a mi habitación a trompicones. Andrey nunca me había dicho eso antes, y ahora me doy cuenta de por qué.

Porque en realidad no cambia nada.

Ambos tenemos nuestros problemas que resolver y, hasta que lo hagamos, solo seremos dos personas escuchándose mutuamente desde lados opuestos de una puerta de madera.

ANDREY

—¿Cuántas rutas hemos asegurado?

—Catorce —prácticamente puedo ver los símbolos de los billetes de dólar reflejados en los ojos de Luca cada vez que mira el mapa de rutas que hemos pasado las últimas dos semanas perfeccionando—. Tengo hombres apostados en las catorce, listos para facilitar los envíos de drogas cuando lleguen. Estamos más preparados que nunca.

Tomo el mapa de la mesa y lo estudio de cerca. Catorce líneas gruesas y rojas serpentean por la ciudad.

Catorce formas de que entren las drogas y salga el dinero.

Catorce formas de que mi Bratva consolide nuestro futuro.

Dejo el mapa de nuevo sobre la mesa pegajosa, y señalo la ruta número siete. —Necesito que me quiten esta.

Luca se inclina para escucharme por encima de la música estridente del club. —La ruta número siete es un punto de encuentro estratégico para entrar y salir del Upper West Side.

—También lo son las rutas dos, cinco y once. Podemos prescindir de la siete.

Luca me mira con atención. —¿Puedo preguntar por qué?

—Por razones personales. Quiero que no haya interferencias. Eso significa que no haya drogas ni amenazas de la policía.

Los ojos de Luca brillan de curiosidad, pero tiene la sensatez de no insistir. —¿Lo has consultado con Bujar y Cevdet?

—Teniendo en cuenta que soy yo quien dirige esta operación, por no hablar de que asumo la mayor parte del riesgo, no veo por qué alguno de los socios tendría problemas.

Luca levanta las manos. —No, no hay ningún problema. Solo intereses.

—Lo único que debería interesarte son las ganancias que vamos a obtener.

Es una zanahoria de éxito colgando frente a él. —Oh, créeme, Andrey, todo lo que he estado soñando durante semanas son las ganancias —se ríe entre dientes mientras se sirve otro cigarro

—. Déjamelo a mí. Haré que despejen la ruta para ti sin hacer preguntas. Hablaremos de nuevo pronto.

Después de que Luca se va, Shura se une a mí para coger un puro y un vaso de whisky. —¿Husmeó?

—Por supuesto, es Luca. Pero logré desviarlo. Despejará la ruta siete.

Decidí desde el principio que necesitábamos un plan de contingencia en caso de que las cosas salieran mal y estallara una guerra total de la Bratva. Es la primera vez que tengo que tener uno.

Por otra parte, salvo por María, esta es la primera vez que he tenido algo que perder.

—¿Alguna noticia de los Brigadieres?

—Silenciosos como la noche —confirma Shura—. Yorick me dijo que han cortado los lazos con Slavik. No se presentaron a la última reunión programada, y sus llamadas no han sido respondidas.

Me sirvo un poco más de whisky. Noticias como esa merecen un brindis.

—Una vez que esta expansión esté en marcha, le resultará difícil encontrar a alguien dispuesto a aliarse con él.

—No nos olvidemos de Nikolai.

Frunzo el ceño. —Créeme, no me olvidé de ese bastardo. Pero primero lo primero: tengo que ocuparme de Slavik y su oferta de adquisición antes de poder concentrarme en acabar con la amenaza de Rostov. Hablando de eso…

Shura sacude la cabeza. —Sin novedades en ese frente. El hombre se ha retirado a las sombras.

—Lo que significa que está planeando algo.

El teléfono de Shura suena y no me pierdo la forma en que se tensa antes de rechazar la llamada y colocar el teléfono sobre la mesa, con la pantalla hacia abajo.

—¿Quién era?

—Nadie —responde rápidamente. Arqueo una ceja y él hace una mueca—. Katya.

Conozco al hombre desde hace tanto tiempo que sé cuándo me oculta algo. —¿Todo bien entre ustedes?

—Claro, claro. Solo me estuvo molestando últimamente. No quiero lidiar con eso.

Él toma su vaso de whisky vacío y se lo lleva a los labios. Entonces, se da cuenta de que no hay nada dentro y coge la botella.

Me adelanto y saco la botella de su alcance. —Ahora que dejamos de lado las mentiras, puedes decirme qué está pasando en realidad.

Shura traga saliva. Deja caer el brazo y se recuesta contra el asiento. —He jurado guardar el secreto —admite—. Todo lo que necesitas saber es que no tienes por qué preocuparte.

De nuevo suena el teléfono de Shura y él lo da vuelta con un gruñido. El nombre de Natalia se ve claramente en la pantalla.

—Vamos —gruño—. Contesta.

Shura me mira con cautela, pero responde. —Nat, no es un buen momento.

No puedo entender bien lo que está diciendo. El club en el que estamos es demasiado ruidoso y ella habla rápido.

—No sé sobre mañana —le dice Shura—. Quizá el martes —después de un momento, suspira—. Ay, vale. Mañana tendré tiempo —cuelga y me mira con enojo—. No oíste nada de eso.

Cruzo mi corazón con un dedo y una sonrisa sardónica y le entrego la botella. —Ni una palabra.

Shura llena su vaso y toma otro trago, mirándome por encima del borde.

—Tenía trabajo para ti mañana, pero odiaría tener que darte doble trabajo —digo con indiferencia—. ¿Cuándo estarás ocupado?

Se toma el resto de su vaso y se hunde en su silla. —No estaré disponible mañana a las cuatro de la tarde.

Perfecto.



PUEDE que sepa a qué hora está ocupado Shura, pero eso no me impide tener que deambular de una habitación a otra para localizarlos.

Estoy en el segundo piso cuando por casualidad miro por la ventana y los veo en el rincón más alejado del jardín trasero.

Atravieso la casa a toda velocidad y me acerco a ellos pegado a la pared, esperando que no me vean. Sin embargo, dudo que estén buscando espías. Eligieron la zona más apartada del jardín, y está tan llena de plantas y árboles que proporciona la cobertura perfecta, a menos que mires por una ventana en particular del segundo piso.

—Tranquila, Nat —advierte Shura—. Recuerda, si entras en pánico, el arma se convierte en un riesgo.

Usando los árboles como cobertura, me arrastro lo más cerca que puedo de su lugar de encuentro sin que me vean. Todavía hay unos tres metros entre nosotros cuando me acomodo para ver el espectáculo.

En este momento, el espectáculo es Natalia con sus manos envolviendo una pistola, su ceño fruncido en concentración.

La última vez que la vi con una pistola, estaba apuntando a mi pecho. Esta vez, apunta a un objetivo situado a unos cuatro metros de distancia. Un agujero de bala ya ondea al viento.

—¿Lista? —pregunta Shura.

—Creo que sí —chilla.

—Mantén los dos ojos abiertos. Y recuerda: respira, apunta, dispara.

Sus hombros suben y bajan en consecuencia. Un segundo después, aprieta el gatillo. El silenciador de su arma hace que el disparo sea poco más que un estallido sordo. El objetivo permanece intacto.

—¡Maldita sea! —grita.

—¡Eso estuvo bien! —aplaude Shura—. Muy bien.

—No me trates con condescendencia —espeta Natalia—. Eres el único que realmente ha dado en el blanco hoy.

—Eso es porque he tenido toda una vida de práctica, mientras que tú recién te acostumbraste a sostener un arma la semana pasada. Date un respiro.

—Apártate. Quiero intentarlo de nuevo —ordena, como si no hubiera escuchado una palabra de lo que acaba de decir Shura.

Con un suspiro de resignación, se aparta y Natalia vuelve a apuntar.

Se ve magnífica. Más aún cuando esta bala roza el borde exterior del objetivo.

—¡Sí! —grita, saltando de arriba abajo—. ¡Lo hice! ¡Realmente lo hice!

—Vaya, cuidado —advierte Shura, arrebatándole el arma de la mano y poniendo el seguro—. Esta cosa todavía está cargada.

—¿Viste eso? —exige, volviéndose hacia Shura con ojos llameantes—. Le di al objetivo.

Él se ríe. —Lo vi. Bien hecho.

Con un chillido de alegría, se lanza hacia Shura y lo envuelve con sus brazos. Él se tambalea hacia atrás unos pocos pies antes de devolverle el abrazo.

Algo duro se retuerce en mi estómago. Antes de que pueda descifrar qué es, salgo a grandes zancadas de mi escondite y me dirijo hacia ellos con una sola intención en mi cabeza.

Quitarle las manos de Shura de encima de mi maldita mujer.

Tan pronto como me ve, la sonrisa se borra del rostro de Natalia. Baja los brazos y se aleja de Shura, mirándome boquiabierta como si yo fuera el que sostiene un arma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dice Natalia con voz ahogada.

—Estaba caminando y escuché voces —miento suavemente—. ¿Cuánto tiempo llevas practicando?

Mira a Shura con culpabilidad. —Em… unas semanas.

Inclino la cabeza hacia el objetivo. —Eso es impresionante para solo unas semanas. Estoy orgulloso de ti.

Raspa la punta de su zapato en la tierra, negándose a mirarme a los ojos. —Gracias.

Shura se aclara la garganta. —Voy a guardar el arma. Disculpen.

Nos deja a los dos en el pequeño claro, y Natalia lo observa irse como si nada le encantara más que seguirlo.

—¿Cómo te sentiste?

Se gira hacia mí, resignada a una conversación. —Aterrador al principio. La primera semana fue un poco triste. Apenas lo toqué. Pero luego… —no puede contener la sonrisa que se dibuja en las comisuras de su boca—. Luego me sentí increíble.

—Me alegro de que hayas seguido intentándolo.

Asiente. —Es importante respetar mis límites, igual que superarlos —levanto las cejas y sus mejillas se sonrojan—. Eh… también estoy en terapia. De ahí la jerga.

¿Cómo diablos me he perdido tanto?

—Y —añade—, antes de que pienses que tu intervención fue una gran idea y que eres un maestro de la manipulación, debes saber que tu ataque sorpresa fue una porquería.

—Lamento haberte presionado —me oigo decir—. Tendría que haberlo abordado de otro modo.

Se inclina hacia atrás, con los ojos muy abiertos por la sorpresa por un instante, antes de poder poner su rostro en neutralidad. —Bueno, de todos modos… fue una buena idea. No debí haber rechazado tu ayuda.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—En realidad, fue algo que me dijo la tía Annie —me da una sonrisa tensa y acusadora—. Cuando ustedes dos orquestaron esa pequeña visita para mí.

—No fue orquesta…

Me hace un gesto para que no hable. —Ahórrate tus mentiras. He decidido no enfadarme. Igual que he decidido no enfadarme por todos esos encuentros clandestinos que han estado teniendo.

Sonrío. —¿Qué puedo decir? Tu tía es una mujer fascinante.

—De verdad pensé que ella sería inmune a tus encantos —sonríe, mirándome como si estuviera apreciando mis *encantos* mientras hablamos.

—De hecho, creo que fue mi sinceridad la que funcionó con ella.

—Bueno, de cualquier manera… gracias —dice suavemente, mirando hacia el césped—. Por esforzarte tanto para llegar a mí.

Solo asiento y no digo nada. No quiero arruinarlo.

Por primera vez en mucho tiempo, siento que estamos dando un paso en la dirección correcta.

NATALIA

—Va a mudar a la tía Annie a la mansión con nosotros.

Evangeline agranda los ojos cuando le digo la bomba. —Llevamos casi quince minutos aquí sentadas y ¿me lo dices ahora?

Solo porque yo misma todavía no puedo creerlo. Andrey me lo dijo ayer y todavía no lo he asimilado.

Tiro del dobladillo de mi vestido mientras Remi hunde la cabeza más profundamente en mi regazo. —Dijo que cree que sería bueno que Annie tuviera algo de compañía, pues está atrapada en la casa todo el día. Misha también.

—¿Y *tú* crees que esa es la razón por la que va a mudar a Annie a la mansión?

—En realidad no —me muerdo el labio—. Creo que lo está haciendo por mí.

Por eso, cuando Andrey me lo dijo, ni siquiera pude hablar. Mi garganta se atascó por la emoción y todo lo que pude hacer fue ponerme de puntillas y darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo te hace sentir eso? —Evangeline recurre a su pregunta predeterminada.

—Confundida, en su mayoría.

—¿No conmovida? ¿O agradecida? ¿O feliz?

Frunzo los labios. —Qué manera de hacerme parecer una perra desagradecida.

—No quise decir nada de eso —Evangeline se ríe—. Solo quiero que me expliques por qué un gesto tan considerado como ese te haría sentir confundida.

—Porque solo lo complica todo —como si todo no hubiera sido complicado desde el momento en que entré en ese ascensor con Andrey—. A veces es más fácil odiarlo.

Evangeline garabatea en sus notas. Solo he estado en terapia unas pocas semanas y ella va casi por la mitad de su cuaderno.

—*"Tengo que aumentar su medicación"* —digo, fingiendo que escribo—. *"La paciente tiene serios problemas graves"*.

Cubre su cuaderno. —No deberías espiar los diarios de otras personas. No sabía que estaba

escribiendo tan en grande.

—¡Oye!

Evangeline me guiña el ojo y se ríe. —Natalia, es perfectamente normal que estés confundida sobre tu relación con Andrey. Después de todo, ustedes dos nunca han tenido una conversación sobre lo que quieren.

—Sexo, principalmente —arquea las cejas y, de inmediato, me sonrojo—. Fue una broma.

—Las bromas se pueden usar para desviar temas serios —se ajusta las gafas en el puente de la nariz—. También pueden ser un mecanismo de defensa muy eficaz. Una forma de autopreservación.

—¿Y qué crees que estoy tratando de preservar, en tu opinión profesional?

—Tu corazón, por ejemplo —sugiere.

Me estremezco. *Bueno, eso es lo que obtengo por preguntar*.

Espero a que Evangeline ofrezca más observaciones profesionales, pero solo se inclina hacia el silencio, dejando que la sala se vuelva realmente extraña e incómoda.

—Realmente no tengo nada que decir —murmuro finalmente.

Ella inclina la cabeza hacia un lado. —¿Nada en absoluto?

—Tengo algunos chistes más, pero me temo que me acusarás de usar el humor para desviar mi dolor interno nuevamente.

Más silencio.

Más incomodidad.

—No estoy desconsolada por Andrey, ¿vale? Solo estoy frustrada.

—¿Y por qué crees que estás tan frustrada con él?

—Em, ¿hola? —señalo mi vientre—. Me dejó embarazada, para empezar. Luego me obligó a mudarme a su casa de la piscina. Ahora ni siquiera puedo estornudar sin que cuatro enormes guardaespaldas se levanten. ¡No puedo respirar! Siento que me asfixia.

—¿*Él* te está asfixiando? —pregunta Evangeline—. ¿O la *situación*?

—¿Existe alguna diferencia?

—Tal vez sí, tal vez no. Dímelo tú.

Hago una mueca. Sinceramente, ¿qué sentido tiene un maldito psiquiatra si tengo que hacer todo el trabajo yo sola? —No lo sé, ¿vale? Quizá estoy demasiado rota para darme cuenta.

Evangeline cierra de golpe su cuaderno y lo deja. —Vale. Empecemos con una pregunta sencilla. ¿Sientes algo por Andrey?

Lo triste es que ni siquiera tengo que pensar en mi respuesta. —Sí.

—¿Estás enamorada de él?

Sí. Obvio. —No lo sé.

Evangeline asiente. —¿Es posible que tengas miedo de amarlo?

—¿Puedes culparme? —exploto—. ¡El hombre no tiene ni idea de quién soy ni de lo que quiero! Y eso después de haberle dicho exactamente lo que quiero.

—Tal vez lo esté intentando.

No puedo evitar poner los ojos en blanco. —¿Te pagó para que dijeras eso? El hombre tiene a todos bajo su control, lo juro.

—No, tú me lo dijiste, cuando mencionaste que iba a mudar a tu tía a la mansión. Me suena a que lo está intentando.

Tiene razón. Claramente, está haciendo un mejor trabajo que yo al seguir esta conversación.

—Está bien —acepto—. Está bien, entonces tal vez está intentándolo a su manera —extiendo mis manos y me limpio las palmas sudorosas contra mi falda—. Es un lindo gesto. Un gesto dulce, considerado y conmovedor. Pero quiero *más*.

Dios, ella realmente sabe cómo manejar estos silencios.

Me hundo en el sofá. —Y no puedo evitar preguntarme, ¿qué pasa si quiero más de lo que él está dispuesto a darme? ¿Qué pasa si quiero más de lo que es capaz de darme?

—Exponerte siempre va a ser un riesgo, Natalia —dice Evangeline—. La pregunta es, ¿lo amas lo suficiente como para asumirlo?

Exhalo bruscamente. Es una muy buena pregunta. —Estoy empezando a entender por qué te pagan tanto dinero, doctora.

Evangeline sonríe. —Has vivido muchas cosas con Andrey en un corto espacio de tiempo. Los dos han estado en una montaña rusa muy intensa desde que se conocieron. Antes de poder llegar a conocerse realmente, o incluso entenderse, tuvieron otras cosas muy serias de las que ocuparse.

Embarazo. Secuestro. Trastorno de estrés postraumático… La lista sigue y sigue.

—Tal vez necesites volver a lo básico —sugiere—. No estás segura de lo que quieres ahora ni de cómo conseguirlo. Así que tal vez, en lugar de preocuparte por intentar que funcione toda una relación, necesites centrarte en existir juntos sin las presiones de un enredo romántico.

—Esa es una forma muy elegante de decir que deberíamos intentar ser amigos.

Evangeline se ríe entre dientes. —Tengo que hacer gala de mi costosa educación de alguna manera.

Me tomo un segundo para meditar sobre la idea. —En tu opinión profesional, ¿pueden los amigos tener sexo? Y, antes de que respondas, debes saber que el sexo hipotético sería realmente, *realmente* bueno.

Hay muchas cosas sobre Andrey que me confunden, pero ese es un punto en el que nunca hemos

estado en desacuerdo.

—Si fuera sexo mediocre, entonces tal vez. Pero ¿buen sexo? Definitivamente no.

¿Quién hace bromas ahora?

—Amistad con Andrey —pruebo la idea—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Qué tal con un poco de honestidad?

Bajo la barbilla y la miro con las cejas fruncidas. —Sin ofender, Evangeline, pero, si supiera cómo hacer eso, no te necesitaría.

NATALIA

Evangeline es como el aleteo de una mariposa en algún lugar del mundo que desencadena un huracán. Una pequeña sugerencia y han sido días de pensamientos que se arremolinan y se arremolinan en mi cabeza durante días y días. Y cada vez que las nubes se despejan, solo queda un camino a seguir:

Tengo que arreglar las cosas con Andrey.

—Si no es por mí, entonces por ustedes —le digo a mi barriga.

Quiero retrasarlo. En realidad, olvida eso… quiero correr gritando hacia las colinas en lugar de sumergirme en el espinoso lío que es mi bagaje emocional.

Pero mis bebés merecen algo mejor.

Así es como me encuentro buscando a Andrey por primera vez en meses. Un movimiento que viene acompañado de palpitaciones, dudas severas y lo que estoy segura de que se leerá como un aumento errático en mi presión arterial en mi informe médico semanal del Dr. Abdulov.

Cuando Shura y yo chocamos cuando doy vuelta hacia la cocina, él me agarra de los hombros y me sostiene a la distancia de los brazos. —Uf. ¿Estás bien, Nat?

—Deberías trabajar en tu charla dulce —murmuro. Luego trago saliva—. En realidad, estoy buscando a Andrey.

Sus cejas desaparecen en la línea de su cabello. —Eso lo explica. Está en su habitación, creo. Acabamos de terminar una reunión.

Subo las escaleras con toda la intención de detenerme afuera de la habitación de Andrey, pero luego la paso de largo y tengo que volver. Curiosamente, lo hago una segunda vez. Y una tercera.

—¡Deja de ser cobarde! —me regaño a mí misma—. Es hora de ser una niña grande.

Finalmente, en el cuarto intento, logro detener mis pies y tocar una vez.

Tal vez no esté aquí. Tal vez esté en la ducha. Tal vez solo tenga que regresar y…

—Entra —llama antes de que pueda correr por el pasillo como la asustadiza que soy.

Me costó tanta energía llegar hasta aquí que no tengo ni idea de lo que voy a decir, pero dudo que toda la planificación del mundo cambie eso, así que respiro profundamente y abro la puerta.

Entonces, ese aliento sale de mí en un estallido violento cuando me enfrento a los músculos ondulantes de la espalda desnuda de Andrey.

Se está sacando la camisa por la cabeza con una mano como si estuviéramos en medio de un comercial de fragancias sexuales, mostrando su espectacular fuerza y el lienzo de cicatrices que debilitan mis rodillas.

Tal vez debería hablar de eso *en terapia.*

—Hola —saludo torpemente.

Se da vuelta al oír mi voz. —¿Natalia?

—Hola —repito de nuevo. *Qué torpe*—. Eh, perdón por molestarte…

—No me estás molestando —asegura—. Estaba a punto de entrar en la ducha.

Mi cara se calienta, igual que otra parte de mi cuerpo, que intento ignorar. —Puedo volver más tarde.

Algún momento en el que lleves una camiseta y no estés a punto de estar empapado sería preferible.

—No hace falta. Soy todo tuyo.

Si tan solo eso fuera cierto.

Reprimo el diálogo interno en mi cabeza. No me ayuda en absoluto.

—¿Puedo hablar contigo de algo?

—Por supuesto.

Como no parece tener prisa por cubrir todos esos abdominales, mantengo la mirada al norte de su cuello. —Quiero aclarar las cosas.

Arquea una ceja con intriga. —Vale. Aclara.

Mi corazón late sin parar contra mi pecho. Ahora me arrepiento de mi decisión de entrar aquí sin estar preparada. Tal vez tener una idea aproximada de lo que quería decir hubiera sido la decisión más inteligente. Tarjetas de notas. Unas cuantas viñetas con rotulador permanente en la palma de mi mano, tal vez.

—Me dijiste que podía confiar en ti y me decepcionaste.

Me acerco a la ventana y me siento en uno de los dos sillones. Andrey, todavía sin camiseta, se hunde en el sillón que queda frente a mí.

—El caso es que *pedí* ayuda. Te dije lo que necesitaba y no me escuchaste. O tal vez no quisiste. De cualquier manera, sentí como si me estuvieran abandonando.

Maldigo las lágrimas que me pican en las comisuras de los ojos. Tenía tantas ganas de hacer esto

sin llorar. Pero subestimé la intensidad de hablar abierta y honestamente sobre mis sentimientos.

Especialmente, con la persona que parece tener más influencia sobre ellos.

—Y la terapia me ayudó a descubrir que tengo problemas de abandono. Odio acercarme a alguien porque me aterra que me abandone. Y tú… me abandonaste aun estando cerca.

Sus ojos brillan al sol que entra por la ventana. Aun así, no dice nada.

—Me diste espacio cuando lo que realmente necesitaba era que te inclinaras hacia mí. Y… —retorciéndome las manos, me animo a seguir—. Y, peor aún, pensaste que podrías resolverlo todo teniendo sexo conmigo. Como si el sexo fuera una curita para que todo mejorara.

Hago una pausa, dándole una pequeña ventana para intervenir, decir algo, disculparse, tal vez incluso defenderse.

Pero sigue sin decir nada.

—Y no te culpo por completo. Dejé que sucediera. No te detuve. Yo… lo deseaba tanto como tú —trago saliva, ignorando exactamente cuánto mi cuerpo todavía lo desea en este momento—. Pero no importa lo bien que se sienta en el momento, esa sensación no dura mucho —se me escapa un sollozo entrecortado—. Y me deja sintiéndome usada e incluso más invisible que antes.

Abro la boca, pero luego me doy cuenta de que no necesito hacerlo. He dicho todo lo que quería. Por ahora, al menos.

—*Lastochka*…

A pesar de la frialdad en sus ojos, a pesar de la dureza en su rostro, su voz es suave y está mezclada con ternura. Toma un mechón de mi cabello entre sus dedos, de la misma manera que lo hizo el día que me dijo que iba a mudar a la tía Annie a la mansión. Vacilante, lo miro a los ojos.

Están ardiendo… es como si alguien los hubiera prendido fuego.

Tal vez ese alguien fui yo.

—Nunca quise hacerte sentir así.

—No dejaré que nadie me trate así otra vez, Andrey. Incluso si ese alguien eres tú —él asiente y se me pone la piel de gallina rápidamente—. Si voy a estar con alguien, tendrá que ser una verdadera relación. Si voy a tener sexo con alguien, será con alguien que realmente me ame.

Las sombras revolotean sobre sus ojos como un velo. A medida que mi ritmo cardíaco aumenta, me obligo a no perder de vista por qué vine aquí en primer lugar.

—No habrá más sexo casual entre nosotros, Andrey. Quiero una relación real o nada. Si te corres por mí, tendrá que significar algo.

Exhalando profundamente, se recuesta contra el sillón. —Te escucho.

Nos sentamos en silencio durante unos minutos más. No tengo idea de lo que está pensando, y supongo que tendré que hacer las paces con eso.

—Gracias por escuchar —digo bruscamente, levantándome de mi asiento.

Su mano se contrae de repente, como si quisiera agarrar mi brazo y evitar que me vaya. Pero luego, la misma mano se cierra en un puño.

—De nada.

Me doy media vuelta hacia la puerta antes de detenerme y mirarlo de frente nuevamente. —Hay algo más por lo que quiero agradecerte.

Se pone de pie y camina hacia mí. Estoy lo suficientemente cerca como para percibir el profundo almizcle amaderado. Es como mi propia versión personal de la hierba gatera. Excepto que esta gata está dejando de tomarlo de golpe.

Me guste o no.

—Viste que necesitaba ayuda y no aceptaste un no por respuesta. Nadie había luchado tanto por mi salud mental antes.

—Quiero que seas feliz, Natalia. Tanto como quiero que estés a salvo.

Maldita sea… estas molestas lágrimas no parecen dejarme en paz. —No soy la única que necesita hablar con alguien, Andrey.

Supongo que es mi forma de decir: *también quiero que seas feliz.*

No estoy segura de si se entiende, porque se tensa de inmediato. —Hay muchas cosas que no podré decirle a un terapeuta.

—Evangeline conoce nuestra historia —señalo—. Y es discreta. Puedes confiar en ella.

—Ese es el problema, *lastochka*: no confío en nadie.

—Tienes que intentarlo —me acerco a él sin siquiera darme cuenta—. No tienes que hablar necesariamente con un terapeuta. Encuentra a alguien en quien confíes y habla con esa persona.

Esos ojos plateados se clavan en los míos. Tan intensos, tan directos… tan llenos de promesas. —¿Puedo hablar contigo?

El hecho de que mi mandíbula no se desencaje y caiga al suelo es un pequeño milagro por el que estoy agradecida mientras trago saliva y asiento. —¿Quieres hablar… conmigo? ¿Con la chica que te disparó?

Él sonríe. —Sí. Tú, la chica que me disparó.

Escondo mi sorpresa detrás de la sonrisa más tranquila que puedo lograr dadas las circunstancias. —Siempre puedes hablar conmigo, Andrey. De cualquier cosa.

Él asiente, sus labios se levantan en las comisuras. —Puede que acepte tu oferta.

ANDREY

Los restos de la fiesta están dispersos bajo una enorme pancarta que dice ***"¡Bienvenida a Casa, Tía Annie!"***. Globos medio desinflados flotan en la barandilla de la escalera y platos y vasos de papel cubren cada superficie plana.

—Te perdiste toda la diversión.

Me doy vuelta y veo a Leonty apoyado contra el arco, con una sonrisa achispada en su rostro. —Parece que fue un éxito.

—No estuvo mal —admite encogiéndose de hombros. Hace seis meses, Leonty habría considerado la idea de cualquier fiesta fuera de una discoteca como la definición misma de patético. Los tiempos cambiaron, aparentemente—. Las chicas fueron con todo.

Golpeo uno de los globos cuando se acerca a mi cabeza. —Apuesto a que Annie estaba emocionada.

—Lo estaba. Pero preguntó dónde estabas.

Aflojo la corbata alrededor de mi cuello y la tiro sobre el sofá. —No puedo relajarme como el resto de ustedes.

La verdad es que quería estar en la fiesta. Pero, desde que Natalia y yo tuvimos nuestra pequeña charla, he estado deseando evitarla. No porque no haya querido decir lo que dije… sino porque quiero controlar sus expectativas. Quiero darle lo que quiere.

La pregunta sigue siendo si puedo o no.

—¿Todos en cama? —pregunto.

—Más o menos. Excepto Annie —inclina la cabeza hacia el pasillo detrás de él—. Pasé por su habitación hace un momento, y su luz todavía estaba encendida.

Le doy una palmada en la espalda a Leonty cuando paso por su lado de camino a la habitación de Annie. Toco dos veces y escucho un suave—: Pasa.

—Vaya, vaya, es mi amable anfitrión —está en una silla junto a la ventana abierta, una brisa fría filtrándose.

—No te estoy hospedando. Ahora vives aquí.

—Si no empiezas a cobrarme el alquiler, voy a pensar que hay una trampa —sacude la cabeza como si no pudiera creerlo—. Tráeme esa bufanda que cuelga detrás de la puerta, ¿quieres? Hace frío aquí.

Una vez que está envuelta en una estola de cachemira que reconozco como uno de mis primeros regalos para Natalia, me mira fijamente con su mirada de águila. —Será mejor que tengas una buena razón para faltar a mi fiesta de bienvenida, o de lo contrario podría tomarme la ofensa como algo personal.

—Esa franqueza tuya siempre es refrescante —me dejo caer en la silla frente a ella—. Estoy seguro de que no me extrañaste. Por lo que parece, fue una gran fiesta.

—¿Estás evitando a mi hija? —insiste.

—¿Dije que tu franqueza era refrescante? —bromeo. —Quise decir “molesta”.

—Lo tomaré como un sí.

Paso mi dedo por el brazo de la silla. —¿Te ha dicho algo Natalia?

—Si estás intentando sacarme información, te has equivocado de lugar, jovencito —se ajusta la bufanda sobre los hombros—. Por lo que he oído, ya se mostró lo suficientemente vulnerable contigo. Deberías saber lo que piensa. Lo que yo quiero saber es lo que piensas tú.

—Creo que Natalia fue muy valiente.

—Estás evitando mi pregunta.

—Porque todavía no tengo una respuesta —admito—. Ella quiere todo o nada, Annie. No estoy seguro de poder darle eso.

—Tienes miedo.

A pesar de la verdad de su afirmación, la miro con enojo. —No es miedo…

—Bueno, algo te frena. Y no es nada que Natalia haya hecho.

—Ella me disparó —arrastro las palabras—. Algunos hombres podrían tener problemas con eso.

—Y, si eso te hubiera molestado, no habrías ido a perseguirla para traerla a casa. No la tendrías en tu jardín trasero haciendo entrenamiento de armas —sus ojos se iluminan mientras se inclina hacia delante y me mira fijamente con una mirada penetrante—. No nací ayer, Andrey. Conozco las señales.

—¿Señales de qué?

—Señales de alguien que está demasiado perdido en su pasado para ver su futuro.

Desvío mi mirada hacia la ventana. Igual que su sobrina, esta mujer ve demasiado. —No sabía que te había contratado como mi terapeuta.

Annie se ríe. —Tengo que ganarme el sustento de alguna manera, ¿no?

—Preferiría que te acomodaras y te relajaras. Que disfrutes de tus años dorados.

—No podré disfrutar de nada hasta que sepa que mi Nat es feliz. Esa es mi única prioridad. Lo entenderás en unos meses, en el momento en que veas a esas niñas.

Hago los cálculos mentales en mi cabeza. Tiene razón: en solo un par de meses, seré padre. Se me erizan los pelos de la nuca.

—¿Alguna vez consideraste que tal vez Natalia esté mejor sin mí en su vida?

Annie resopla. —Cariño, ella está embarazada de tus hijas. Ese barco ya zarpó y ustedes dos están a la deriva en el mar —levanta los pies, pero la mirada en sus ojos me dice que no está ni cerca de relajarse—. Consideraría tratar de salvarla, pero no es lo que ella quiere.

Aprieto la mandíbula. —¿Qué quiere?

—A ti —lo dice simplemente, sin dudarlo—. Y tú también la quieres a ella. Si me preguntas, parece una maldita vergüenza privar a tus bebés de dos padres felices sin una buena razón. Ahora, vete. Soy una vieja y ya pasó mi hora de dormir.

Cuando salgo de la habitación de Annie, me encuentro caminando por el pasillo hacia la de Natalia.

Annie hizo que todo pareciera tan simple. Tan fácil. Podría tocar a su puerta, poner mi mano de mierda de cartas sobre la mesa como ella lo hizo y ver si Natalia quiere jugar.

Pero, cuando me acerco a su habitación, Leonty sale de las sombras. Casi olvidé que lo habían apostado aquí afuera.

—No habrá pesadillas esta noche —ofrece antes de que yo siquiera pregunte—. En realidad, no ha tenido ninguna desde hace unos días. Las cosas han estado tranquilas.

Desde que empecé a mantener la distancia.

—Bien —murmuro asintiendo. Luego, sigo caminando hacia mi habitación.

Natalia está bien sin mí… incluso mejor. Le he dado suficientes pesadillas para toda una vida.

~

ESTÁ NUBLADO mientras camino por el cementerio. Sin embargo, no puedo quejarme: la brisa fría hace juego con mi interior. Agarro el gran ramo de flores que traje conmigo y me preparo para el fuerte viento.

Elegí un lugar tranquilo y sombreado para el lugar de descanso final de María. No mucha gente llega por aquí a menos que sepa a quién está buscando. Sé exactamente quién dejó las petunias moradas marchitas en su tumba.

Me siento con las piernas cruzadas frente a la lápida oscura, leyendo las palabras instintivamente, aunque están grabadas en mi cabeza de forma tan permanente como lo están en el granito.

Aquí descansa María Balakirev, amada hija, hermana, amiga.

No hay señales de mí en esa lápida.

Ella no era mi esposa; no tuvo la oportunidad de tener un hijo mío. Cada vez más en estos días, nuestra relación se siente como un producto de mi imaginación. Mi culpa es el único recordatorio constante de que éramos algo el uno para el otro.

En su funeral, su madre sollozó, desconsolada. Intenté consolarla, pero era culpa mía. Yo era la razón por la que su hija estaba muerta. ¿Qué clase de consuelo podía ofrecerle?

La hermana mayor de María, Raisa, me llevó a un lado más tarde y dijo lo que sabía que todos los demás estaban pensando—: *Esto fue tu culpa, Andrey.*

Ni siquiera pude discutir. No lo intenté.

—*Le dije que te dejara, ¿sabes?* —Raisa miró hacia el ataúd cerrado como si pudiera ver a María debajo de la madera brillante—. *Le rogué que te dejara cien veces. No me escuchó.*

—*Ojalá te hubiera escuchado.*

Los ojos de Raisa brillaron de ira. —*Ella no lo sabía mejor, pero* tú *sí.* Tú *debiste haber hecho lo correcto y dejarla. Le habría roto el corazón, pero al menos estaría viva.*

Esa fue la última vez que vi a alguno de ellos.

Nunca dejé de enviarle dinero a la Sra. Balakirev. Ella recibe un cheque mensual mío, y lo seguirá haciendo mientras yo esté vivo para asegurarme de que así sea. Pero me mantuve alejado de ellos, como quería Raisa.

Es por eso que no he estado en la tumba de María desde el entierro.

Coloco el ramo de lirios de agua junto a la corona y paso los dedos sobre su nombre grabado en el mármol. Parpadeo una vez y las palabras comienzan a transformarse. En lugar del nombre de María, veo: ***Aquí descansa Natalia Boone…***

Retiro mi mano de un tirón y la cierro en un puño.

—Joder —gruño, dejando caer la cabeza entre mis manos.

El viento sopla más fuerte. Los árboles sobre mi cabeza pierden sus hojas quebradizas, cada una raspando contra mi mejilla mientras se deslizan hacia abajo como dedos podridos hasta el hueso. Está haciendo más frío, pero me niego a moverme.

Vine aquí por una razón.

Extiendo la mano y toco su nombre con mis dedos nuevamente. La roca fría. Los surcos duros.

—No pensé que fuera capaz de amar antes de ti —le susurro a su lápida—. De alguna manera, me mostraste de lo que era capaz. Lo siento, María. Pensé que podía volver a encerrarme en mí mismo. Pensé que podía cerrar la parte de mí que tú abriste. Pero supongo que no funciona así. Alguien más entró por las grietas que dejaste abiertas. Y… —me quedo en silencio, mi pecho se aprieta dolorosamente. *Por eso vine aquí*—. Ella es importante para mí, María. Podría ser mi redención. Mi última oportunidad.

El viento se calma. El mundo entero contiene la respiración.

—Pero para eso… —me pongo de pie—. Tengo que dejarte ir.

Me quedo allí unos segundos más. Las nubes sobre mi cabeza se abren lo suficiente para dejar pasar un rayo de sol. El calor me baña.

No volveré aquí de nuevo. Pero es suficiente saber que la persona que trajo esas petunias rosas y moradas sí lo hará.

Saber que no estará sola hace que sea más fácil alejarse.

NATALIA

Cuando Andrey entra por la puerta principal, casi espero que esté lloviendo. Que haya relámpagos detrás de él y que se apague la luz.

Parece un fantasma.

Sus ojos están demacrados y su rostro está más pálido de lo que lo había visto antes. Sus dedos se mueven y manotean el aire vacío a sus costados como si estuviera buscando desesperadamente algo a lo que aferrarse, pero no encuentra nada.

Hace un segundo, Misha le estaba contando a la tía Annie sobre el nuevo truco que le enseñó a Remi, pero ahora, la mesa está en silencio mientras todos miramos hacia la puerta.

Es la tía Annie quien rompe el silencio. —Andrey, llegas justo a tiempo. Pilav nos preparó un filete y verduras asadas. Únete a nosotros.

Mi mandíbula cae cuando asiente y toma asiento en la cabecera de la mesa. Remi se escabulle entre las patas de la mesa para oler rápidamente las manos de Andrey y lamerlas tímidamente antes de escabullirse y recostarse sobre los pies de Misha.

—¿Cómo estuvo tu día? —pregunta Annie.

Yo diría algo, pero estoy demasiado ocupada mirando las ojeras bajo sus ojos. Parece como la muerte.

Andrey dobla su servilleta en su regazo. —Bien.

—¿Quieres papas? —digo bruscamente. No es mi forma más elegante de iniciar una conversación, pero Andrey asiente, así que no debe ser tan malo.

Cargo su plato y se lo paso. Sus labios se mueven como para decir “Gracias”, pero no sale ningún sonido.

La tía Annie me mira interrogativa, con una ceja levantada.

Me encojo de hombros. No tengo más respuestas que ella. Con un suspiro, ella lo olvida y dirige su atención a Misha. —¿Cómo estuvieron tus lecciones hoy, jovencito?

—Ay, ¿podemos hablar de otra cosa?

No me he olvidado del fragmento de lo que escuché que él y Andrey discutían, pero no lo avergonzaré insistiendo si no está listo para que lo sepa. Quiero que *quiera* hablar conmigo al respecto.

—Escuché la última parte de tu lección —le digo—. ¡Lo hiciste genial!

Misha frunce el ceño. —¿Desde cuándo una C- es genial?

—Desde que no es una F —le tiro mi servilleta—. Y deja de alimentar a Remi debajo de la mesa. Ya cenó.

Misha me sonríe tímidamente. —No pensé que pudieras ver eso.

—Lo veo todo —con una risa nerviosa, agrego—: Así que no tiene sentido ocultarme cosas.

Si entiende lo que intento decir, no da señales. Simplemente se agacha debajo de la mesa para acariciar al perro quejumbroso.

Miro a Andrey. En algún momento de los últimos minutos, su rostro se suavizó. Sigue pálido, sigue cansado, pero parece más vivo con cada segundo que pasa.

No dice mucho, pero se queda con nosotros para el postre. Cuando se retiran los platos de postre, casi me resisto a levantarme. No tengo idea de qué magia lo trajo y mantuvo en esta mesa, pero me preocupa que no la encontremos de nuevo durante mucho tiempo.

Por una vez no se siente difícil estar cerca de él. Quiero aferrarme a eso tanto como pueda.

Pero entonces, Misha bosteza. —Vale, hora de dormir —anuncio—. Tienes una lección temprano mañana por la mañana.

—¿Puedo saltármela? —gruñe.

—Solo si quieres despedirte de esas C-.

—Escuché que una C- es "genial" —dice con descaro—. A nadie le importará si soy solo *bueno* mañana. ¿Qué tal suenan las D?

—Como si estuviera demasiado cansada para lidiar contigo esta noche —le revuelvo el cabello y los empujo a él y a Remi hacia las escaleras—. Buenas noches, chicos.

Observo a Misha pasarle otra papa a Remi antes de que suban las escaleras juntos. Luego, la tía Annie me abraza antes de irse a la cama también.

Cuando me doy vuelta y encuentra a Andrey parado en la puerta detrás de mí, me sobresalto.

—Em, bueno… —cada pensamiento que me viene a la cabeza hace que "*¿Quieres papas?*" suene como Shakespeare, así que levanto la mano en un saludo. —. Buenas noches.

Subo las escaleras, consciente del sonido de sus pasos detrás de mí. Por otra parte, su habitación está a solo unas puertas de la mía. No es como si me estuviera siguiendo.

—Natalia.

Mi respiración se atasca en mi garganta al mismo tiempo que siento a Andrey en mi cuello. Está

de pie justo detrás de mí, a solo unos centímetros de distancia, luciendo ese almizcle de roble como una armadura.

Trago saliva. —Fue lindo tenerte con nosotros para cenar.

—Fue una velada agradable.

"Agradable" no es exactamente "sexualmente cargado" o "dos pulgares entusiastas hacia arriba", pero es mejor que nada. Y nada es a lo que estoy acostumbrada.

—¿Dónde estabas? Cuando entraste, te veías… —dejo que esa frase se desvanezca, porque insultarlo no cambiará la noche.

Duda, y nadie se sorprende tanto como yo cuando realmente responde. —Fui a visitar la tumba de María.

La verdad. Qué extraño.

—No he vuelto allí desde el funeral.

Mi corazón late errático contra mi pecho. Estoy dividida entre querer saber todo y querer olvidar que pregunté. Pero él está aquí, me está hablando… y no quiero que pare.

—¿Estás… cómo te sentiste allí?

Está desconsolado, idiota. La amaba y ahora está muerta y tú lo estás haciendo hablar de eso. Bien hecho.

Extiende la mano y enrosca un mechón de mi cabello entre sus dedos, congelando mis pulmones. —Fue… necesario.

Los amigos pueden tocarse. Eso es normal. Al igual que el aleteo en mi estómago y el chisporroteo en el aire entre nosotros: perfectamente normal.

Considerando lo cerca que estamos, es muy difícil evitar sus ojos. Puedo verme reflejada en ellos. Obligarme a bajar la mirada tampoco ayuda. Me pone a la altura de sus labios.

Acaba de visitar a su primer amor muerto. Dale espacio. Necesita espacio.

Diablos, *yo* necesito espacio.

Pongo mi mano sobre su pecho y lo empujo suavemente para alejarlo. O tal vez soy yo quien me aparta a mí misma, no puedo decidirme. —Lo siento. Has tenido un día largo, así que debería…

—Me estaba despidiendo. Es hora de dejarla ir.

Me siento como una caja de yesca a punto de explotar. Es difícil pensar cuando está tan cerca. —¿Estás bien?

—¿No debería estarlo?

—No sé cómo deberías o no deberías estar, Andrey. Dejé de saberlo hace mucho tiempo, si es que alguna vez lo supe. Solo pregunto como, ya sabes… como tu amiga.

Sonríe. Es más triste que lo normal, pero sigue haciendo lo que siempre ha hecho: revuelve mis

pensamientos en un ruido blanco incoherente. No puedo pensar cuando sonríe así. Solo puedo *ser*.

—¿Somos solo amigos, *lastochka*?

Mis ojos se cierran y en el espacio de esa pequeña ventana de dos segundos. Sus labios rozan los míos, más suaves que un susurro.

Aprieto mis manos contra su pecho, tratando de encontrar la fuerza para alejarlo. —Por supuesto que lo somos. Yo…

Pero, antes de que pueda definir esta nueva amistad nuestra, su mano se enrosca alrededor de mi cuello. Soy absorbida por su éter, atraída hacia su abrazo. Sus labios caen sobre los míos y no hay nada suave o susurrante en este beso. Es fuerte e inquebrantable.

El tipo de beso que te saca de tu cuerpo.

El tipo que convierte los pensamientos en ruido blanco, y el ruido blanco en nada en absoluto. Silencio dichoso, fácil.

Cuando finalmente me suelta, estoy sin aliento y completamente confundida.

Egoístamente deseo que el beso hubiera dejado a Andrey tan desaliñado como yo me siento. Pero él solo me sonríe, sin siquiera un pelo fuera de lugar.

—¿Eso se sintió como un beso de alguien que solo quiere ser tu amigo?

—No —admito—. Pero me he equivocado antes.

Él pone su mano sobre mi corazón. —Creo que puedes confiar en este sentimiento, pajarito.

Quiero hacerlo. Tan desesperadamente.

—¿De verdad ibas a dejarme ir? —espeto mientras mi espalda choca contra la pared—. Antes, quiero decir.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenías razón: esta vida, este mundo… No es para alguien como tú. No pude evitar pensar que, si hubiera dejado ir a María antes, todavía estaría allí en algún lugar, viva.

Las lágrimas me pinchan el fondo de los ojos, pero las reprimo, decidida a verlo con claridad. —Es por eso que seguiste alejándome.

—Estás mejor sin mí.

Le clavo el dedo en el pecho. —No es tu decisión.

Asiente con tristeza. —Lo sé. En cualquier caso, ya no intentaré alejarte. En realidad, no te voy a dejar ir.

Respiro, pero mi pulso nunca se calma. —Dime por qué.

—Porque, mientras estaba sentado allí, Natalia, recordé lo que soy: un maldito bastardo egoísta. Y tú eres mía —gruñe, hundiendo la mano en la parte delantera de su camisa y sacando el colgante de oro que solía pertenecer a mi madre.

—¿Todavía lo llevas puesto?

—No me lo he quitado desde que me lo diste, *lastochka* —sus dedos se deslizan por mi mandíbula—. Es parte de ti. Y yo también.

Una lágrima recorre mi mejilla. —Te dije lo que necesito.

—Todo o nada.

—Todo o nada —repito—. ¿Puedes dármelo?

—Lo haré —su mandíbula se aprieta. Sus ojos brillan—. O moriré en el intento.

Él me levanta la barbilla y nuestros labios chocan. Estoy perdida en su sabor, vagamente consciente de que nos estamos moviendo, de que la puerta se está cerrando de golpe y de que mi ropa se está cayendo pieza por pieza.

Para cuando me extiende sobre la cama, no llevo nada más que mis bragas.

Va bajando por mi cuerpo con sus manos y sus labios hasta que quita el último trozo de tela. Su aliento se extiende sobre mi piel desnuda, calentándome al principio y luego dejándome la piel de gallina.

Estoy demasiado excitada para preocuparme por mi estómago. ¿Cómo podría una mujer sentirse cohibida cuando un hombre como este la mira así?

Sus ojos arden, hirviendo a fuego lento con el calor que va en aumento. Se quita la ropa, lentamente, casi jugando conmigo, y se acomoda a mi lado, besando mis orejas, mi cuello, mis senos, mi estómago.

Espero que se rompa la marea. Que la bestia levante la cabeza y me tome con rudeza, como estoy acostumbrada.

Pero Andrey no parece tener ninguna prisa. Mientras su boca explora más abajo, más allá de mi vientre, la hendidura de mi cadera, un gemido se eleva en mi garganta. Para cuando Andrey se acomoda entre mis muslos, estoy temblando. Me saborea con la misma paciencia infinita, lamiendo y besando hasta que estoy luchando contra dos deseos… el impulso de alejarlo contra la desesperación de acercarlo.

La ola se rompe y es difícil saber cuándo se detiene un orgasmo y comienza otro. Siento que son todas variaciones de la misma melodía, subiendo y bajando mientras sus dedos y su lengua se agitan y me provocan. Me ha exprimido antes de que apenas hayamos comenzado.

Los labios de Andrey brillan con mi deseo cuando me mira de nuevo.

—Andrey… —suspiro—. No creo que pueda soportar más…

—Entrégate a mí, Natalia. Solo ríndete.

Se inclina sobre mí y el colgante cuelga en el aire entre nosotros. Nunca las joyas habían sido tan

sexys en un hombre. Envuelvo mi puño alrededor de la cadena y lo uso para atraerlo hacia mí.

Ceder nunca había sido tan fácil.

Abro mis piernas, abrazando sus caderas con mis muslos mientras él se desliza dentro de mí. Nos balanceamos juntos y yo estaba equivocada. Puedo soportar más.

Y más.

Y *más*.

Para cuando llega al orgasmo, nuestros cuerpos están cubiertos de sudor. Hay marcas de rasguños en su pecho. Moretones en mis caderas.

Solo cuando colapsamos juntos las dudas comienzan a aparecer. *¿Y si esta vez no es diferente a todas las demás? ¿Y si cambia de opinión?*

Como si pudiera oírme pensar, Andrey desliza sus dedos entre los míos.

Los pensamientos se convierten en ruido blanco.

El ruido blanco se convierte en quietud.

Y en esa quietud, un pensamiento late como un latido del corazón.

Esta vez es diferente.

Tiene que serlo.

ANDREY

—Es la primera vez en mucho tiempo que no tengo ganas de fumar.

Se gira de lado, apoyándose en un codo para mirarme. —¿Fumas?

—Todos tenemos nuestros vicios.

Resopla. —¿El tráfico de drogas encubierto no es suficiente? —me hundo en su costado y, riendo, aparta mi mano—. Nunca te he visto fumar.

—Eso es porque dejé de fumar hace un año. Pero, cuando las cosas se ponen estresantes, las ganas vuelven a surgir.

—¿Y ahora?

—No tengo ganas.

Su sonrisa ilumina su rostro. Sonrojándose, pasa un dedo arriba y abajo por mi pecho. —Esto es lindo.

—¿Todos esos orgasmos y lo mejor que se te ocurre es “lindo”?

Me da una palmada en el brazo. —Estaba hablando en sentido general. La cena de esta noche, tener a la tía Annie aquí… todo —sigue trazando círculos a lo largo de mi piel—. Gracias por traerla a vivir con nosotros. Le gustas mucho, ¿sabes?

—A mí también me gusta. Me recuerda a la madre que ya no tengo —la sonrisa de Natalia se congela en su rostro. Presiono un dedo en la comisura de su boca, tratando de que vuelva a sonreír—. Lo siento. Mal chiste.

—Quiero conocerla —susurra.

¿Por qué tuve que ir allí?

—Está en una institución, Natalia. La mayoría de los días ni siquiera sabe quién soy. Y su memoria está llena de agujeros. Es imposible tener una conversación con ella.

—Sigue siendo tu madre. Y la abuela de las gemelas —Natalia se presiona una mano en el estómago—. Importa.

—Si esperas que ella esté feliz por eso…

—No espero nada, Andrey —interrumpe Natalia—. Solo quiero saber de dónde vienes.

—De señores del crimen y bastardos fríos, más que todo.

Frunce las cejas. —¿Te ayuda el autodesprecio? ¿O es solo otro muro para mantenerme afuera?

Intenta desenredarse de mí, pero la agarro y la atraigo hacia mi pecho. —Vamos, basta…

—No, tú basta —replica—. Estoy tratando de tener una conversación real contigo.

Con una respiración profunda, ahueco su rostro. —Yo también lo estoy intentando, ¿vale? Vas a tener que ser paciente conmigo.

Suspira ante mi toque. —Puedo ser paciente.

—Eso requiere que te quedes en mi cama incluso cuando te estoy cabreando.

Eso casi le arranca una sonrisa. —No tienes que presentármela de inmediato. No quiero presionarte. Solo digo que me gustaría conocerla algún día.

Asiento. —Algún día.

—Pero, preferiblemente, antes de que las gemelas vayan a la universidad.

Le doy un beso en la mejilla. —Haré lo que pueda —abre la boca y la cierra de golpe casi de inmediato—. ¿Qué?

—Nada.

Pongo los ojos en blanco. —Vamos, *lastochka*. Todo o nada, ¿recuerdas?

—Me preguntaba… ¿alguna vez le presentaste a María a tu madre?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no tenía ningún deseo de mostrarle mi pasado a María.

Natalia se sienta a horcajadas sobre mí. La pequeña tentadora sabe exactamente lo que está haciendo mientras se hunde contra mí. —Tu pasado es parte de quién eres.

La agarro de las caderas. —No quería mirar atrás. Ciertamente, no quería que María mirara atrás conmigo.

—¿Por qué?

—¿Siempre hablas tanto así después del sexo?

Me da una palmada en el pecho con las palmas. —Responde la pregunta.

—Porque mi padre es Slavik. Y porque mi madre es una mujer mentalmente frágil que quedó completamente destruida por él. No quería darle una razón para que huyera.

—No lo habría hecho —me asegura.

—Es muy dulce de tu parte. Pero te recuerdo que no conocías a María.

—Sí, pero sé lo que es… —se detiene en seco, se sonroja intensamente, se aclara la garganta y vuelve a intentarlo—. Eh, sé lo que es preocuparse por alguien. Profundamente.

Me incorporo y la acomodo en mi regazo. Se sonroja y sé que está sintiendo el mismo calor entre nosotros que yo.

—Soy el hijo de Slavik, Natalia. ¿No te preocupa un poco que pueda parecerme más a él de lo que ninguno de los dos cree? Puedo ser tan despiadado —le digo en voz baja—. Puedo ser tan exigente, tan controlador, tan intransigente como él.

—Pero tú nunca podrías lastimar a una mujer.

Su indignación me hace tirar de ella hacia mí, lo más cerca que puedo. Por una vez, estoy realmente agradecido por su dulce ingenuidad. Le pongo un mechón de cabello detrás de la oreja. —Ya te he lastimado. Más veces de las que puedo contar.

Se muerde el labio inferior. —Eso es diferente.

—Al final del día, el dolor es dolor. Y no quiero romperte.

Sus dedos se clavan en mis hombros. —Sé que no he sido yo misma últimamente. Pero tienes que confiar en mí para establecer mis propios límites contigo, para decirte cuándo dar marcha atrás o ir más despacio. No he hecho un buen trabajo demostrándolo, pero no soy tan frágil como parezco.

—Solo si confías en mí a cambio. Habrá momentos en que superaré tus límites. ¿Me lo permitirás, Natalia?

—Solo si prometes atraparme antes de que las cosas vayan demasiado lejos.

Ha vuelto a trazar líneas de arriba a abajo en mi pecho. Mi piel se eriza bajo su suave roce. También mi polla, que ya está dura debajo de ella.

—Lo prometo. Siempre —la agarro fuerte y me dejo caer hacia atrás sobre las almohadas—. Aunque creo que debemos sellar esta promesa a la antigua usanza.

En cuestión de segundos, las risas y el parloteo abren paso a gemidos bajos y respiración febril.

Solo estamos ella y yo y el calor de nuestros cuerpos mientras nos fundimos el uno en el otro de nuevo.

~

—ANDREY, ¿estás dormido?

No. Pero hasta hace un segundo, estaba seguro de que *ella* lo estaba.

No la culparía por quedarse dormida sobre mí… tantos orgasmos estando embarazada no pueden ser fáciles para su cuerpo.

—Duerme, Natalia. Podemos hablar más mañana.

Sonríe con los ojos cerrados y se acerca un poco más a mí. —Estaba pensando…

—Deja de pensar. Es más de medianoche. Necesitas descansar.

Esconde su rostro en mi pecho. —Lo haré. Solo tengo una pregunta más. Ha estado en mi mente por un tiempo.

Suspirando, la complazco. —Adelante, entonces.

—Nuestras niñas… ¿Serán parte de la Bratva?

Justo cuando pensé que ya había terminado de estar rígido por el día, mi cuerpo se tensa de nuevo. Pero le prometí honestidad. —Como mis herederas, tendrán un papel que desempeñar.

Abre los ojos de golpe. Me mira con los ojos entrecerrados, a pesar de la luz tenue que sale de la lámpara de noche. —Ah.

Espero que añada algo, pero se queda en silencio durante un largo rato. Sus ojos permanecen abiertos.

—¿Qué pasa por esa linda cabecita tuya? —insisto.

—Nada —susurra—. Buenas noches —se da vuelta, con las mantas hasta la barbilla. No dice ni una palabra más.

Con un suspiro de cansancio, apago la lámpara e intento dormirme, pero el sueño no llega hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

NATALIA

Mientras me relajo bajo una sombrilla que Andrey pasó veinte minutos acomodando con Remi ladrando a los cangrejos en la arena mientras Misha lo perseguía, riéndose, sé que apretar mi cuerpo embarazado en este traje de baño valió cada gruñido, gemido y maldición.

Los gruñidos, gemidos y maldiciones eran de Andrey, obviamente, ya que no puedo tocarme los dedos de los pies, y mucho menos estirarme para atarme un bikini.

—Esto es genial —Misha agita una concha sobre su cabeza para que la vea. Luego la presiona contra su oreja.

Sí, perfecto.

Lo único que lo haría mejor es…

Entrecierro los ojos hacia el paseo marítimo, buscando a Andrey, pero no está a la vista. Su búsqueda de perros calientes debe haberlo llevado más lejos por el paseo.

Es mi culpa. Le dije que estaba hambrienta y que necesitaba desesperadamente un bocadillo. Pero eso fue hace diez minutos, y ahora un perro caliente suena repugnante. Quiero una piña.

Me recuesto en mi silla plegable, con los dedos de los pies enroscados en la manta de playa mientras aspiro otra bocanada grande y ávida de aire salado. —¿Por qué no te metes en el agua, Misha? Se ve increíble.

Misha dobla la concha con ambas manos. —No. Está bien.

—¡Ay, vamos! Yo estaría ahí si fuera tú. Pero soy yo, y probablemente flotaría en el mar con este dispositivo de flotación gigante que llevo conmigo —me doy una palmadita en el estómago.

Misha se arrodilla para ayudar a Remi a cavar un hoyo. Un cangrejo desapareció en la arena y luego apareció a unos pocos pies de distancia, pero Remi no lo sabe, o de lo contrario se volvería loco ladrando.

Agarro la bolsa de playa abarrotada y la atraigo hacia mí. —Estoy segura de que hay un bañador adicional aquí para ti. Andrey pensó en todo… ¡Ajá!

Levanto un bañador azul, pero la sonrisa de Misha se marchita al verlo. —No quiero meterme en el agua, ¿vale? Déjalo en paz.

Abro la boca para discutir cuando caigo en la cuenta. —Misha, ¿sabes nadar?

Nunca se me había ocurrido hasta ahora, pero ¿cuándo habría tenido la oportunidad de aprender? ¿Y quién le habría enseñado?

Hemos estado en la piscina incontables veces, pero nunca ha nadado un largo. Siempre era yo la que nadaba mientras él se relajaba a un lado, chapoteando con los pies.

Se deja caer en la arena, con las mejillas sonrojadas.

—Lo siento mucho. No me había dado cuenta.

—Es fácil fingir en una piscina —suspira—. Pero el mar es diferente. Da miedo.

—Puedo enseñarte.

Se calla. —Ya me estás enseñando suficiente.

—Ay, Misha, la vida se trata de aprender. ¿Crees que alguna vez se detiene? Estoy cerca de cumplir treinta y todavía estoy aprendiendo todo tipo de cosas.

—¿Como cómo llevarse bien con Andrey? —me incita con picardía.

Usando mis dedos de los pies, le lanzo una pequeña nube de arena. —Ahora estamos aprendiendo a ser comediantes, ¿no?

—Bueno, es difícil no notar que ustedes dos se están… "llevando bien".

Frunzo el ceño. —Em, ¿por qué "llevarse bien" estaba entre comillas?

Se sonroja. —No importa.

—No, no, adelante. Dime qué me estoy perdiendo.

Misha se estira para acariciar a Remi como si el perro pudiera salvarlo, pero Remi se agacha. Claramente, es lo suficientemente inteligente como para saber que no quiere ser parte de esto. —Ha habido muchos… besos últimamente.

Ahora, es mi turno de sonrojarme. *Y yo que pensé que estábamos siendo sutiles.* —Eso es solo que… No estamos…

—Está bien. Es bueno ver que se llevan bien por una vez —le quita una concha de la boca a Remi antes de que el perro pueda tragársela—. Cuando ustedes dos se pelean, no es fácil para nadie. —Hace una mueca como si quisiera decir algo más, pero antes de que pueda, su mirada se desplaza por encima de mi hombro—. Andrey ha vuelto.

—Por favor, dime que trae perros calientes —de repente, suenan increíbles de nuevo.

Misha se ríe y trota para ayudar a Andrey con todas las delicias que trajo para nosotros.

Como el hombre inteligente que es, Andrey me compró un perro caliente y luego caminó otros cinco minutos por el paseo marítimo para traerme una taza de fruta, un balde de palomitas de maíz acarameladas y una bolsa de cecina de res con sabor a pepinillos.

—En caso de que tus antojos del embarazo se hayan vuelto locos y tus papilas gustativas estén

rotas —explica.

Quince minutos después, mi estómago está más grande que nunca y mi corazón está lleno mientras Misha se dirige hacia la orilla. Remi ya está saltando en la marea, moviendo la cola mientras chapotea. Andrey está desparramado a mi lado en la manta de playa, con los brazos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Gracias por hoy —rompo el silencio pacífico—. Un viaje sorpresa a la playa es algo que no sabía que necesitaba.

Me mira con los ojos entrecerrados. —Creo que todos lo necesitábamos.

Misha está en cuclillas frente al agua, sumergiendo la mano cada vez que las olas se acercan lo suficiente para tocarlo.

—Él no sabe nadar.

—Lo sé.

Me vuelvo hacia él. —¿Lo sabías? ¿Desde cuándo?

—Hace unos meses.

—*¡¿Meses?!* —jadeo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No pensé que él apreciaría que te lo dijera. Y no pensé que tú apreciarías que estuviera lo suficientemente cerca como para decírtelo. No estábamos precisamente en un buen momento.

Oigo la voz de Misha en mi cabeza. *No es fácil para nadie*. Dios, fue egoísta de mi parte asumir que yo era la única que sufría en ese entonces.

—Ya no podemos hacer eso, Andrey. No importa lo que esté sucediendo entre nosotros, tenemos que poder hablar el uno con el otro. Cuando se trata de nuestros hijos, estamos en el mismo equipo, ¿vale? Siempre.

Él asiente. —Siempre.

La opresión en mi pecho se alivia. Bueno, marginalmente. Pero sé por experiencia que hacer pactos está muy bien… cumplirlos es el desafío. Especialmente, cuando estás hundido hasta las rodillas en la ira y la amargura.

Sin embargo, por ahora, el sol está brillando y los pactos sobre el amor y la lealtad parecen resistir la prueba del tiempo.

Sonriendo, me deslizo hacia abajo sobre la toalla de Andrey, al menos, en la medida en que una ballena terrestre como yo puede “deslizarse” en cualquier lugar en estos días, y le doy un beso en la mejilla calentada por el sol.

“Siempre” suena bien.



LA EUFORIA del viaje a la playa se traslada al lunes por la mañana.

Salgo de la cama con una canción alegre en mi corazón y un paso animado. Me ha costado ponerme en marcha y ponerme a trabajar últimamente, pero estoy entusiasmada por eso hoy.

—¿Quién habría pensado que ir a trabajar en una compañía de seguros podría poner esa sonrisa en el rostro de una chica? —bromea la tía Annie desde la cama cuando paso a verla por la mañana.

Creo que lo que Andrey y yo nos hicimos el uno al otro en la cama después de la playa tiene mucho más que ver con la sonrisa en mi rostro, pero eso está archivado firmemente en "Cosas Que Nunca Le Diré A Mi Tía".

—Acabo de tener una nueva oportunidad de vida.

—¿Y esa nueva oportunidad de vida tiene algo que ver con el hombre guapo que tienes en tu cama todas las noches?

Casi me atraganto con mi lengua mientras me doy vuelta. —¿Cómo sabes que nos acostamos… que compartimos una cama?

—Tus guardaespaldas hablan demasiado.

—¿Leif o Leonty? —exijo—. El secreto es parte de su trabajo. Voy a hacer que Andrey los despida.

La tía Annie se ríe. —Ay, sé buena con los chicos. Se pasan el día siguiéndote a todas partes, asegurándose de que estás a salvo. Lo mínimo que puedes hacer es proporcionar un poco de intriga palaciega de vez en cuando. Ahora, vete. Ve a recordarle al mundo que eres una mujer independiente y trabajadora que no necesita un hombre.

Riendo, le beso la frente y camino hacia el porche… y casi choco con Andrey. Él me agarra antes de que pueda tropezar con mis tacones.

—¿Estás bien?

Me aferro a su bíceps. —Ahora estoy mejor. ¿A dónde vas?

—A ninguna parte —Remi me muerde los talones y le da una lamida a Andrey en la mano. Ha estado mucho más tiempo en la casa en los últimos días. Cada hora, parece que estamos dando un paso más en la dirección correcta.

—Quería darte esto —levanto las cejas y él se acerca y me besa los labios—. Que tengas un buen día, *lastochka*.

Prácticamente floto hacia el jeep blindado. Ni siquiera me importa que Leonty, Olaf y Leif se estén mirando con complicidad.

Tarareo en voz baja mientras avanzamos por el interminable tráfico de Midtown. Llegaré unos minutos tarde, pero ese beso definitivamente valió la pena.

Cuando doblamos la esquina hacia el edificio, estoy recogiendo mi bolso cuando los chicos comienzan a hablar en ruso.

Eso rara vez es una buena señal.

—¿Qué sucede?

Antes de que puedan responder, veo el auto de policía estacionado junto a la acera. A juzgar por las miradas en las caras de los hombres, esto no les gusta más que a mí.

Leif se da la vuelta en el asiento del conductor. —No te preocupes. Lo más probable es que esto no tenga nada que ver contigo. Solo sigue con tu día como si todo fuera normal. Investigaremos.



HAGO dos pasos en la oficina antes de que se demuestre que está equivocado.

Marge grita mi nombre. —Natalia —dice mientras la puerta se abre—. Hay oficiales aquí que quieren verte.

Me doy la vuelta y trato de sonreír, trato de captar algo sobre los hombres en caso de que se vuelva importante más adelante, pero mis ojos siguen cayendo sobre las armas brillantes en sus caderas.

Uno lleva un uniforme de policía de Nueva York, una pistola reluciente en la funda a su lado. El segundo lleva un traje marrón desaliñado, una corbata a cuadros y una sonrisa curvada.

—Buenos días, Srta. Boone —dice el del traje marrón—. Soy el detective George Harris. Estamos aquí para hacerle algunas preguntas.

Obligo mi mirada a permanecer en él, en lugar de mirar a mis guardaespaldas. —Lo siento… ¿de qué se trata, detective?

—La desaparición de su colega —dice, esa sonrisa no se mueve ni un poco—. El Sr. Byron Wells.

NATALIA

Estamos en problemas.

El apuesto detective se acerca a mí mientras mis guardaespaldas se acercan.

—No hay necesidad de mostrar fuerza aquí, muchachos. Solo quiero tener una pequeña charla con usted, Srta. Boone —el detective Harris me da una mirada amistosa y cómplice, como si hubiera alguna posibilidad de que me pusiera de su lado—. ¿Puede controlar a sus secuaces?

—¿De qué se trata esto? —ladra Leif.

—Eso es entre la Srta. Boone y la ciudad de Nueva York —señala la placa en su abrigo—. Y esto significa que no estoy obligado a responder a tus preguntas, Cujo. Pero tú estás obligado a responder a las mías.

—Muéstrame una orden judicial y yo…

Me interpongo entre ellos antes de que la situación se agrave. —Está bien, Leif. Puedo hablar con el detective.

El detective le muestra una sonrisa con los dientes grandes a Leif. —Abajo, muchacho. Todo está bien.

Leif no parece nada feliz cuando le pongo una mano en el pecho y lo fuerzo a retroceder unos pasos. No me mira, ni siquiera cuando le murmuro en la cara—: Son solo un par de preguntas. Estoy segura de que es rutina. No te estreses.

—No me gusta el aspecto de ese *mudak* —susurra Leif en voz baja.

Leonty se acerca más. —A mí tampoco.

Remi también está nervioso. No deja de gruñirles al detective y al policía.

Detrás de la pared de vidrio que divide el vestíbulo de nuestra oficina, puedo ver a Abby y al resto de la oficina apareciendo en sus cubículos como suricatas.

—Basta —ordeno—. No quiero darles más motivos para sospechar, ¿de acuerdo? Déjame hablar con ellos. Si coopero, estoy segura de que podemos demostrarles que no está pasando nada sospechoso.

Leif y Leonty intercambian una mirada escéptica. Ignorándolos a ambos, fuerzo la correa de Remi en la mano de Leonty.

Intenta rechazarlo. —¡Llévalo contigo! Para eso está.

—Su trabajo no es que le apliquen una descarga eléctrica por morder detectives. Solo manténgalo tranquilo y manténgalo con ustedes.

—Vale, pero informaré a Andrey —gruñe Leif.

Ni siquiera me molesto en tratar de disuadirlo. Si le cuentan a la tía Annie sobre mi arreglo para dormir, no hay forma de que se lo oculten a Andrey.

Vuelvo con el detective Harris y su músculo de respaldo con cara amarga. —Disculpen eso. Estaré encantada de responder cualquier pregunta que tengan para mí.

Harris asiente. Con una última mirada penetrante a Leif y Leonty, nos arrastramos hacia una sala de conferencias cercana.

La puerta se cierra con un estruendo extraño y desproporcionado detrás de nosotros, como el mazo de un juez. Adentro apesta a polvo, moho y café rancio.

Harris me indica que me siente en una silla destartalada mientras el oficial se esconde en un rincón. Una vez que estoy sentada, el detective se apoya en la mesa, con los brazos cruzados sobre el pecho con la suficiente fuerza como para que los pliegues de grasa de su cuello se desborden por el cuello. Me dedica otra sonrisa deslumbrante. Instintivamente, me inclino hacia atrás tanto como me lo permite mi asiento.

—Srta. Boone, dígame por qué viaja con un equipo de seguridad completo.

Cruzo las piernas y me encojo de hombros. —Mi pareja se pone un poco paranoico con respecto a mi seguridad. A veces tiende a exagerar —fuerzo una risa falsa—. Sabes lo excéntricos que pueden llegar a ser estos empresarios ricos.

—Y el rico empresario en cuestión es… —hace el gran espectáculo de hojear el pequeño bloc de notas amarillo que tiene en la mano, como si no supiera ya exactamente lo que está a punto de decir—. Andrey Kuznetsov, ¿es así?

Me aferro a mi colgante de cereza para evitar que mis manos se muevan nerviosamente. Empecé a usarlo después de nuestra gran charla y ahora estoy agradecida por ello.

—Es él.

—Tengo curiosidad, Srta. Boone: ¿por qué una mujer con un hombre como Andrey Kuznetsov querría trabajar en un lugar como este?

Descruzo las piernas y las cruzo en la dirección opuesta. —¿Está aquí para interrogarme sobre mi vida personal, detective, o planea hablar de Byron Wells pronto?

Silba y mira al policía en la esquina. —Tenemos una con vida, Hernández.

—Tienes una muy *ocupada* —corrijo con acritud—. Tengo trabajo por hacer.

—Claro. No quieres que te hagamos perder el tiempo —dice educadamente—. Vayamos al

grano, entonces. ¿Cuándo fue la última vez que supiste algo del Sr. Wells?

—Habría sido la última vez que estuvimos juntos en la oficina. Hace meses ya.

—¿Y cuál fue la naturaleza de su contacto?

Amarga, en su mayoría.

—Profesional —respondo en cambio.

Harris sonríe. Deja que el silencio se alargue, lo suficiente para dejar en claro que sospecha, como mínimo. —Profesional, ¿eh? —se frota la barbilla peluda—. Entonces, ¿no pasó nada entre usted y el Sr. Wells?

Apretando los dientes, me encojo de hombros con toda la indiferencia que puedo lograr dadas las circunstancias. —El Sr. Wells estaba enamorado de mí de forma unilateral.

—Hm. ¿Y…?

—Y nada —espeto—. Me hizo una insinuación en el lugar de trabajo. Se lo negué. Fin de la historia.

—Excepto que no fue el fin de la historia, ¿verdad, Srta. Boone?

Lo miro a los ojos solo porque no hacerlo sería muy sospechoso. —No estoy segura de qué quiere que diga, detective. En lo que a mí respecta, no pasó nada después de eso.

—Según varios de sus compañeros de trabajo, el Sr. Wells tuvo una especie de altercado con su novio "rico empresario", el Sr. Kuznetsov. ¿Lo confirma o niega?

El bastardo me sonríe como si se lo estuviera pasando en grande. No me extraña que haya puesto nervioso a Remi. Estoy a punto de gruñirle yo también. Le arrancaría un trozo de un mordisco si no estuviera tan segura de que tendría un sabor a poliéster, cigarrillos y loción para después del afeitado de gasolinera.

—Me estaba coqueteando en el trabajo, detective —le explico con cansancio—. Era mi superior; yo era su subordinada. No fue nada menos que acoso sexual, así que, por supuesto, mi pareja no estaba contenta con eso. Intercambiaron palabras y Byron me dejó en paz después de eso.

—Y por "te dejó en paz" quieres decir que desapareció.

—Por "me dejó en paz" quiero decir que dejó de hacerme insinuaciones sexuales inapropiadas.

—Parece un poco conveniente, ¿no cree?

—¿Que mi intimidante novio le dijera a Byron que se alejara y luego Byron se aleje? Me suena a una clara relación de causa y efecto. Incluso si no lo fuera, la última vez que lo comprobé, las coincidencias no son delitos.

Los ojos de Harris se agrandan por un momento. Esa sonrisa amenazante está de vuelta en su rostro. —Eso está por verse.

—¿Me estás acusando de algo? —pregunto. —Porque, si es así, prefiero que dejes de andar con rodeos.

Hay momentos en los que necesito aprender a callarme la boca.

Este es uno de esos momentos.

—Tienes razón, Sra. Boone. No andemos más con rodeos. Voy a necesitar que vengas a la comisaría conmigo y respondas algunas preguntas más.

Mi cuerpo se enfría al instante. Ese es todo el presentimiento que necesito para sacudir la cabeza. —No.

El detective Harris se levanta del escritorio. —¿No?

—No estoy obligada a ir a ningún lado contigo. Si quieres llevarme a interrogarme, entonces preséntate la próxima vez con una orden de arresto. De lo contrario…

Dejo escapar un jadeo cuando siento algo frío y duro presionándome el costado. No tengo que girar mucho la cabeza para encontrarme cara a cara con el policía silencioso, que ya no es una estatua en la esquina. Tiene una mirada de tal desapego frío que necesito comprobar dos veces para asegurarme de que realmente está apuntando una pistola a mi cuerpo.

—¿Qué es esto? —grazno.

—Esto es lo que pasa cuando la gente piensa que está por encima de la ley —bromea Harris con una sonrisa agradable que no le llega a los ojos—. Ahora, te irás de aquí con nosotros ahora mismo. O mi colega aquí va a ser muy descuidado con su arma.

“Detective” mi trasero. No son quienes dicen ser.

Me trago el sollozo que sube por mi garganta. —Estoy embarazada.

—Y, si quieres seguir así, te sugiero que hagas exactamente lo que te digo. —Harris sonríe de nuevo, provocando un escalofrío en mi columna—. ¿Está claro?

Solo puedo asentir.

—Excelente. Vámonos. Arkady, asegúrate de caminar detrás de ella. Si avisa a sus perros guardianes… dispárale.

Me seco las palmas sudorosas en los pantalones antes de salir de la sala de conferencias detrás del falso detective. El oficial de policía se queda cerca detrás de mí.

El aire fresco del vestíbulo es un pequeño alivio. El hedor de la sala de conferencias empezaba a sentirse como barro en mis pulmones.

Pero ni siquiera el aire fresco alivia la pesadez en mi pecho.

—Necesito bajar a la estación un rato —les digo a Leif y Leonty mientras se acercan a nosotros.

Ambos hombres fruncen el ceño de inmediato.

Miro nerviosamente a Harris, que está ocupado ajustándose el cuello de su chaqueta como si nada estuviera mal. —Sí, aparentemente es rutina. Nada de qué alarmarse. Dijeron que me liberarían en una hora más o menos.

—Y una mie…

—¡Leif! —alzo la voz—. Está bien. Acepté ir a la estación. Solo hazme un favor: cancela mi cita con Misha Remington, ¿quieres? Dile que no puedo firmar el contrato hoy y envíale mis disculpas.

En cuanto a pistas, es bastante lamentable, pero es lo mejor que se me ocurre en este momento. Espero por Dios que lo entiendan.

Leonty vigila a Harris y Hernández con los ojos entrecerrados mientras intenta sujetar con fuerza la correa de Remi. El perro se esfuerza mucho, desesperado por llegar hasta mí.

Sin esperar a que protesten, salgo de Sunshield con el corazón hecho trizas. Me llevan a la parte trasera del auto de policía y, en cuanto entro, las puertas se cierran con un clic ominoso.

—Dame tu teléfono, muñeca —Harris se da la vuelta en el asiento del pasajero y extiende la mano.

Sin poder hacer nada, les entrego mi teléfono.

Veo de reojo el rostro ceniciento de Leif mientras el falso policía aleja el auto de la acera. El falso detective está ocupado marcando números en su propio teléfono.

—Hola, jefe —saluda mientras se lleva el teléfono a la oreja—. Está hecho. La tenemos.

ANDREY

—¿Qué tan malo es?

Vaska suspira y se deja caer en la silla frente a mi escritorio. —Es deprimente, eso es lo que es. Estoy informando sobre los hombres que se supone que son mis hermanos… *tus* hombres.

—Todo es deprimente, pero así es como estamos. Con Slavik haciendo movimientos, necesito saber dónde están las lealtades.

La rodilla de Vaska salta. —No voy a mentir, jefe: hay más que unos pocos hombres que desertarán si llega el momento.

Mi puño se aprieta alrededor del bolígrafo en mi mano. ¿Slavik abandonó el barco hace más de diez años y todavía hay idiotas dispuestos a abandonar mi liderazgo por el suyo? ¿No hice suficiente por ellos? ¿No saqué a esta Bratva de la puta Edad Oscura? ¿No he *proveído*?

—Los rumores son que Slavik nunca abandonó la Bratva. Creen que simplemente te dejó a cargo en su ausencia, y que su antigüedad anula la última década de tu mandato. —respira hondo. Odia esto tanto como yo—. Extrañan la libertad de hacer lo que quieran.

Resoplo. —Lo que significa que Slavik les soltaba las correas, pero yo no los dejo joder por ahí como antes.

—Eso lo resume todo.

—*Blyat'* —dejo mi silla para ir a la ventana—. Tal vez salga algo bueno de esto: puedo eliminar a los débiles.

—¿Y si los débiles superan en número al resto de nosotros?

Antes de que pueda responder al molesto pesimismo de Vaska, suena mi teléfono. Es Leif. —Policías —gruñe en voz baja antes de que pueda decir una palabra—. Están aquí para interrogar a Natalia. Algo sobre ese cabrón sospechoso del que te deshiciste.

Joder.

—¿Están con ella ahora?

—La están interrogando. No me gusta la mirada del detective. Están hablando ahora mismo, pero, jefe…

—Llegaré pronto. No los pierdas de vista.

Antes de colgar, oigo un gemido ahogado. *¿Remi? ¿Por qué no está con Natalia?*

—Vaska, mantén los ojos y los oídos abiertos. Si oyes algo, infórmamelo a mí o a Shura de inmediato.

—Entendido, *pakhan*.

Me apresuro hacia mi Escalade, decidido a llegar antes de que la policía termine de interrogar a Natalia. Shura está entrando cuando enciendo el motor.

—¿Qué sucede? —pregunta, saltando de su auto y corriendo hacia mi ventana.

—Natalia —es todo lo que tengo que decir antes de que Shura salte al asiento del pasajero—. La policía apareció para interrogarla sobre Byron.

—Pensé que te habías ocupado de eso.

—Tengo unos cuantos tíos en mi bolsillo, no a todo el puto departamento —gruño—. Leif cree que algo anda mal.

—No te preocupes: Leif, Leonty y Olaf están con ella…

—Sí, pero yo no.

Shura se calla y yo me concentro en tratar de no atropellar a ningún peatón desprevenido. Estamos a solo diez minutos del edificio Sunshield cuando mi teléfono suena de nuevo. Shura lo agarra y lo pone en altavoz por mí.

—¿Leif?

—Los hijos de puta la llevaron a la comisaría para interrogarla —un terror frío me inunda—. Natalia insistió en ir con ellos, pero dijo algo extraño antes de irse.

—¿Qué dijo?

—Me dijo que cancelara su reunión con Misha Remington.

—¡Estaba intentando decirte que estos tíos no son legítimos! —rujo—. Trabajan para Slavik. O Nikolai, o… Joder. ¿Los tienes vigilados?

—Los estamos siguiendo en el jeep. Están doblando la Calle 3 y la 41. Se dirigen al norte.

Cambio de ruta rápidamente, cortando a media docena de conductores furiosos al mismo tiempo. —Estamos cerca. Mantente en la vía y no quites los ojos de ese maldito vehículo ni un segundo.

—Jefe… —la voz de Leif está empapada de arrepentimiento—. Estaba pálida cuando salió de esa habitación. Debí haberle impedido…

—No importa ahora —lo interrumpo—. Lo único que importa es recuperarla.

—Están girando de nuevo. Espera, espera…

Se queda en silencio y mis manos se aprietan sobre el volante. Estoy en peligro de romperlo por

completo en este punto.

—Están reduciendo la velocidad.

—¿A dónde?

—Un restaurante chino cerrado al final de la Calle 39.

—Llegaremos en dos minutos.

Noventa segundos después, doblo la esquina a toda velocidad y aparco junto a la acera, donde me esperan mis hombres. Remi corre hacia mí en cuanto se abre la puerta, gimiendo y gruñendo, como si hasta él supiera que algo anda mal.

—Está bien, muchacho. La recuperaremos sana y salva —observo las ventanas tapiadas y el aparcamiento agrietado antes de mirar a mis hombres—. Vamos.

Shura coge mi brazo por detrás. —No sabemos en qué nos estamos metiendo, Andrey.

—Estamos entrando en el edificio en el que está secuestrada mi mujer —gruño—. No importa cuántos hombres haya allí, podemos encargarnos de ellos.

Remi me da un empujoncito en el muslo con la nariz y yo le susurro en ruso—: Quédate conmigo.

Las orejas del perro se ponen de punta, y se queda pegado a mis talones como si entendiera cada palabra.

Basta con darle una patada a la madera desgastada que cubre la ventana delantera para partirla por la mitad. La madera se estrella contra los vidrios rotos que cubren el suelo, lo que me proporciona un lugar perfecto para aterrizar.

Mis hombres me siguen.

Los primeros idiotas son masacrados allí mismo, atónitos y boquiabiertos. Los dientes de Remi están tan empapados de sangre como las suelas de mis zapatos cuando atravesamos la carnicería. El perro me lleva a una puerta destartalada al final de un pasillo trasero y ladra cuando me uno a él allí. Otra patada y hago que la puerta se salga de sus bisagras. El choque casi oculta el grito agudo que emana desde adentro. Cuando los escombros se despejan, me encuentro mirando a Natalia.

Está sentada en una silla, con las manos temblorosas…

Mientras el hombre de pie junto a ella le apunta con una pistola a la cabeza.

Lleva un traje manchado de sudor y una sonrisa que no cubre del todo las líneas de preocupación en su frente. —Retírate ahora mismo o le vuelo los sesos.

Piso sobre la puerta caída, Remi pisándome los talones. Gruñe amenazante. El de traje no está seguro de quién es la mayor amenaza: yo o el perro.

—Mantén a ese maldito chucho lejos de mí.

Como si supiera que lo acaban de mencionar, Remi gruñe.

—Aleja esa pistola de mi mujer —a pesar de que apenas levanto la voz, se oye—. Ahora mismo, joder.

El hombre debe darse cuenta de que está en problemas, porque empieza a negociar. —Déjame ir o ella muere.

Jodidamente patético.

—Si ella muere, haré que tú también desees haber muerto.

Sus ojos se mueven frenéticos por la habitación hasta posarse en una ventana en la esquina. Es lo suficientemente grande para que un hombre adulto pase a través de ella.

—Vale. No le haré daño —dice el de traje—. Pero primero baja el arma.

Los ojos de Natalia se agrandan. Intento hacer contacto visual con ella para tranquilizarla con una mirada. Pero no tengo el control total de mi rostro en este momento.

—Hecho.

Me agacho, pongo el seguro y dejo la pistola en el suelo. En cuanto me levanto, el trajeado se lanza hacia la ventana, con la intención de salir corriendo.

En su prisa por escapar rápidamente, comete un grave descuido.

—Remi —gruño—. ¡*Ataka*!

El perro se lanza hacia delante y hunde los dientes en la pierna del trajeado justo cuando intenta pasar por la estrecha ventana.

Apenas oigo el aullido mientras corro hacia Natalia y la atraigo hacia mis brazos. Ella se hunde en mi pecho, con las manos sobre los oídos para protegerse de los gritos agonizantes.

—Está bien —le aseguro mientras la saco de la habitación—. Te tengo.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Sabía que vendrías.

NATALIA

La cabeza de Remi está apoyada en mi rodilla, sus ojos nerviosos escrutando mi rostro una y otra vez. Está tan preocupado por mí que casi puedo olvidar la sangre que mancha su pelaje y sus dientes… los sonidos que hizo mientras destrozaba a ese hombre…

Si estuviera un poco menos agradecida por la forma en que me salvó, podría tenerle más miedo. Tal como están las cosas, trato de extender la mano y acariciarlo. Pero no puedo mover los brazos gracias a mi otro perro guardián, menos peludo.

—¿Andrey?

Todo su cuerpo se pone rígido. Sus brazos se aprietan a mi alrededor como si estuviera tratando de mantenerme entera. —¿Qué necesitas?

—Respirar, para empezar —me las arreglo para esbozar una sonrisa fracturada—. Me estás apretando demasiado.

Me suelta al instante. Quiero calmar a Remi y jurarle a Andrey que estoy bien, pero, incluso sin los brazos de Andrey, mi pecho sigue apretado. El pánico me araña la garganta y realmente necesito respirar.

Hago una ronda de ejercicios de calma que Evangeline me enseñó para ayudarme a controlar mi ansiedad. Nada cambia, así que hago una segunda ronda. La tercera vez, abro los ojos y soy vagamente consciente de un movimiento justo afuera de las ventanas tintadas del Escalade.

No te distraigas.

Los cierro de nuevo y respiro hasta que el peso en mi pecho se alivia.

Cuando termino, abro los ojos y encuentro a Remi y Andrey mirándome con expresiones casi idénticas. —¿Mejor? —pregunta Andrey.

—Me siento… bien. En control —me sorprende lo cierto que es, dado todo lo que acabo de pasar.

Él toma mi brazo y me da un apretón reconfortante. —Nos iremos pronto.

Finalmente me permito mirar por la ventana del auto… solo para ver a unos hombres siendo acorralados y atados.

Leif saca a un hombre por el cuello y lo tira al suelo. Cuando levanta el puño para atacar, me doy vuelta. Ya he visto violencia más que suficiente por hoy.

Andrey me agarra la barbilla. —¿Las bebés?

—Están bien también. Puedo sentir cómo patean.

Su mandíbula se flexiona. —¿Estás segura de que estás bien?

Pongo mi mano en su brazo. —Si no lo estuviera, te lo diría, Andrey. Te lo prometo. Ahora mismo, estoy bien. No me hicieron daño. Ni siquiera sacó su arma hasta que tú derribaste la puerta de una patada.

Oigo más gruñidos y gemidos de dolor fuera de la camioneta. Nudillos chocando con carne. Gritos interrumpidos demasiado pronto.

—Saben demasiado —murmura Andrey. Suena como si hablara consigo mismo.

Me arriesgo a echar otro vistazo. Los soldados de la Bratva escoltan a una fila de hombres con bolsas sobre sus cabezas hacia la parte trasera de una camioneta que los espera. —¿Qué vas a hacer con ellos?

No responde ni me mira por un rato. Su garganta sube y baja con cada respiración hasta que, al fin, vuelve su atención hacia mí. —Nada, hasta que estés de vuelta en casa.

Se me pone la piel de gallina. Acabo de sufrir otro intento de secuestro, pero es la primera vez en todo el día que siento verdadera ansiedad. —¿Me dejarás para ir a lidiar con esos hombres?

—Tengo que obtener respuestas de ellos, *lastochka*. Todavía no sé quién los envió. Estarás a salvo en la mansión. Leif, Leonty y Olaf estarán contigo.

—No quiero que *ellos* estén conmigo. Te quiero *a ti*.

Su mandíbula se tensa de nuevo. Si la aprietas más, podría romperse. —Tengo que lidiar con esto. Estaré en casa tan pronto como…

—Déjame ir contigo —las palabras salen de mi boca más rápido de lo que puedo pensar qué diablos estoy pidiendo.

—Natalia… —Andrey sonríe—. No quieres eso.

Espero que la ansiedad y la duda se instalen. Espero que la buena vieja racionalidad se imponga a este deseo repentino y ardiente de mirar a esos hijos de puta a la cara.

Cero. Nada.

Nunca llega. Nada de eso.

—Sí, quiero. Quiero ir contigo. Quiero verte interrogarlos.

Inclina la cabeza hacia un lado como para verme bajo una nueva luz. —No sabes lo que estás pidiendo.

Remi gimotea como si estuviera de acuerdo con Andrey. Pongo una mano sobre su cabeza y lo

acaricio. —Sé lo que quieres decir cuando dices que vas a “interrogarlos”. No soy estúpida, Andrey.

—Entonces, ¿por qué querrías estar allí?

—Porque… —me quedo en silencio, buscando a tientas en la oscuridad de mis pensamientos confusos—. Porque este es tu mundo. Necesito saber si puedo soportarlo.

—Natalia, no estás pensando con claridad. Ha sido un día loco. Necesitas…

—No lo hagas —interrumpo—. No me digas cómo me siento y qué quiero.

Claro, tengo la piel de gallina en los brazos y me tiemblan las manos, pero debajo del miedo y la incertidumbre hay algo más. Algo nuevo.

O tal vez no sea nuevo. Tal vez haya estado ahí por mucho tiempo. Esperando.

Apretando los dientes, se recuesta en los asientos acolchados. —Debo estar loco para aceptar esto.

—¿Eso es un sí?

Antes de responder, Leif se tambalea hacia el asiento del conductor y enciende el motor. —Están listos, jefe. Puedo hacer una parada en la mansión antes de ir al almacén.

El rostro de Andrey es indescifrable. Espero con la respiración contenida mientras los músculos de sus mandíbulas vibran y se contraen, apretándose una y otra vez. Luego—: Olvídate de la parada, Leif. Vamos directo al almacén.

No puedo evitar que la sonrisa triunfante se extienda por mi rostro. Si Leif tiene preguntas sobre la toma de decisiones de Andrey, se las guarda para sí mismo. Con un obediente asentimiento, pone el auto en marcha y nos vamos detrás de la camioneta llena de hombres que pensaban que podían ponerme las manos encima y salirse con la suya.

Es hora de mostrarless lo equivocados que estaban.

NATALIA

El almacén parece el escenario de una película de terror.

Tablas rotas cubiertas de moho cuelgan del techo como dientes podridos. Hay vidrios rotos esparcidos por un piso que podría estar cubierto de óxido, sangre seca o ambas. Lo contemplo durante dos segundos antes de decidir que prefiero no saberlo.

—Aún hay tiempo para regresar —los labios de Andrey rozan la concha de mi oreja.

Enderezo los hombros y aparto mi mano de la suya. —Quiero estar aquí. Quiero verte en acción.

Me mira pensativo. *¿Es admiración o disgusto?* —Puede que obtengas más de lo que esperabas —advierte.

—Si no puedo soportarlo, me iré —le aseguro—. Pero será mi decisión. Solo déjame intentarlo.

Abre la boca para decir algo, pero luego lo piensa mejor. —Entonces, vamos —toma mi mano nuevamente y me guía a través del almacén.

Me inclino hacia su costado. —Sé que este lugar es principalmente para mutilar y asesinar, pero aun así se podría barrer una o dos veces.

Andrey sonríe con ironía. —Cuanto peor se ve, más probable es que los civiles se mantengan alejados.

La única luz proviene de la luz de la luna que se cuela a través de los agujeros del techo. Salpica el suelo polvoriento y los escombros. Más adentro, un pozo actúa como un foco para una fila de hombres atados frente a una pared de ladrillos desmoronada. Tienen los brazos inmovilizados por encima de sus cabezas, y las piernas atadas con ganchos de hierro colocados en los ladrillos.

Cuento once almas en total. Reconozco al que está al final como el “Detective” Harris.

Algo se retuerce en la boca de mi estómago. Es caliente y viscoso, y no tengo un nombre para eso.

—¿Natalia? —me estremezco al oír lo cerca que está la voz de Andrey.

—Estoy bien —le aseguro. Señalo a Harris con un dedo tembloroso—. Creo que primero deberías interrogar al “detective”.

Se pasa la lengua por el labio inferior. —¿Estás segura?

Hago círculos con las manos sobre mi estómago. —No me hizo daño, pero se pasó todo el camino diciéndome cómo iba a lastimar a mis hijas cuando nacieran. Quiero oírlo gritar.

Andrey me observa durante un segundo más. Sé que está comprobando si estoy bien, pero no sé cómo decirle que estoy más que bien. Actuar, aunque sea de forma violenta y brutal, se siente mucho mejor que ser una víctima.

Con un último asentimiento, Andrey se vuelve hacia Shura, que está a cargo de los prisioneros. —Tráeme al detective.

Shura desata a Harris de la pared y lo empuja hacia el centro del almacén. Un gancho de metal deslustrado diseñado para levantar ganado para ser sacrificado cuelga de una de las vigas de acero.

Shura y Leonty enrollan la cuerda alrededor de las manos de Harris hasta el gancho. Alguien invisible hace girar una palanca y el gancho se eleva lo suficiente para obligar a Harris a ponerse de puntillas. Gime, con el rostro cubierto de sudor y manchas rojas de pánico.

Andrey se pone a mi lado, su aliento me hace cosquillas en la oreja. —Una última oportunidad. Si necesitas…

Me doy vuelta y lo miro enojada. Ni siquiera necesito decir las palabras en voz alta: *no iré a ninguna parte.*

Encogiéndose de hombros, levanta su mano hacia mi rostro y traza la curva de mi mandíbula. Sus ojos arden en los míos antes de girarse hacia Harris, y lo veo convertirse en otra persona.

Como si hubieran accionado un interruptor, Andrey ya no es Andrey.

No es un hombre atractivo en un ascensor atascado, besándome para devolverme la vida.

Es el *pakhan* de la Bratva Kuznetsov.

Es la muerte misma.

—Detective Harris, ¿sí? No creo que nos hayan presentado formalmente.

Harris traga saliva. Las manchas de su piel se desvanecen hasta que está blanco completamente, aunque aprieta la mandíbula con firmeza. —No conseguirás nada de mí.

Andrey suelta una carcajada áspera. —¿Qué te hace pensar que quiero algo de ti? —inclina la barbilla hacia la fila de cautivos en la esquina más alejada—. Los tengo a ellos para eso.

—Entonces, mátame y acaba con esto.

Andrey se quita con cuidado la chaqueta del traje, la dobla por la mitad y la deja sobre el borde de una silla de aspecto mohoso. Lleva una camisa impecable de cuello abierto, tan blanca y limpia que parece completamente extraña en este lugar sucio. Un escalofrío recorre mi columna vertebral mientras camina de un lado a otro, crujiendo sus nudillos uno por uno.

—¿Matarte? —repite—. Secuestraste a mi mujer y amenazaste con lastimar a mis hijas. No tendrás la misericordia de una muerte rápida.

Los ojos de Harris se abren de par en par, pero tiene que parpadear para evitar el sudor que gotea de su frente.

Se me aprieta el pecho, pero descubro que no puedo apartar la mirada.

Andrey desenvaina su arma y juega con ella. Los ojos de Harris siguen cada uno de sus movimientos. Hasta que, con un suspiro triste, Andrey la deja en la misma silla donde dejó su chaqueta. —A mi Natalia no le gustan las armas. Así que tendré que encontrar formas más creativas de castigarte.

Andrey chasquea los dedos y uno de sus hombres empuja lo que parece una caja de herramientas negra de metal por el suelo hacia él. Me recuerda a una que mi padre guardaba en el garaje.

Pero las similitudes terminan en el segundo en que Andrey levanta la tapa.

Mi padre tenía herramientas para reformas caseras, pero esta caja es para torturas caseras. Alicates, bisturíes y una docena de otras puntas brillantes y bordes afilados para los que no tengo palabras. Es fila tras fila de dolor metálico.

Harris se retuerce en el anzuelo como un pez. —¡No! No —gime—. Por favor.

—¿Qué pasó con toda esa bravuconería, Harris? —pregunta Andrey con calma—. No te decepciones ahora.

—Escucha, e-estaba s-siguiendo órdenes…

—¿De quién?

Harris abre la boca, pero de ella solo sale sudor y saliva. Tartamudea tan fuerte que es ininteligible.

—Habla, maldita sea, Harris.

—Me matarás de todos modos.

—Sí. Pero te ganarás una muerte rápida. ¿No vale la pena cooperar?

Los ojos de Harris se mueven de un lado a otro antes de encontrar la audacia de mirarme.

—¿Te atreves…? —Andrey da un paso brusco hacia adelante, su voz tiembla de una manera que nunca antes le había escuchado—. ¿Te atreves a mirarla?

—¡N-no la lastimé! —grita, encontrando mis ojos de nuevo—. ¡Pregúntale!

Andrey se precipita al centro de la habitación, deteniéndose lo suficientemente cerca como para gruñirle al oído al hombre. Pero el tono áspero de sus palabras me llega hasta donde estoy yo. —Mírala otra vez y te sacaré los malditos ojos y te los meteré por la garganta. ¿Entendido?

Asiente con la cabeza con puro y abyecto miedo.

—Bien.

Entonces Andrey le da un puñetazo a Harris en el estómago. Me estremezco ante el sonido de carne contra carne, ante el gemido de dolor de Harris, pero no me provoca la oleada de simpatía

esperada.

Amenazaste a mis hijas, gilipollas. Te mereces esto.

Como si pudiera leer mi mente, Andrey lo golpea una y otra vez. Sus músculos se mueven y se flexionan mientras desata una tormenta de puñetazos sobre el hombre atado, usándolo como un saco de boxeo humano literal.

Con cada golpe, Andrey le pinta otra marca a Harris. Un moretón aquí, un corte allá. La sangre sube a su piel hasta que atraviesa la superficie y gotea al suelo. Los gruñidos de Harris se convierten en gritos y gemidos desgarrados.

Suplica desesperadamente una misericordia que todos sabemos que no llegará hasta que un golpe en la cabeza hace que sus ojos se pongan en blanco. Su rostro se hunde entre sus hombros hasta que miro la parte superior de su cabeza.

—No duró mucho —resopla Andrey.

Shura camina hacia adelante, con un balde de agua en la mano. —¿Despierto a la escoria?

—Todavía no.

Andrey se gira en mi dirección. Camina hacia mí y ahueca mi rostro con su mano limpia, acariciando el borde de mi boca con el pulgar. —¿Estás bien?

Se me abre la boca cuando Andrey usa su otra mano para desabrochar su camisa blanca. La sangre mancha los ojales y los puños mientras se la quita de los hombros y la arroja sobre la silla donde dejó su chaqueta.

—Estoy bien, Andrey —insisto, envolviendo mi mano alrededor de su muñeca para abrazarlo más cerca—. Quiero quedarme.

Sus ojos se iluminan mientras una lenta sonrisa se extiende por su rostro. —Eres un puto milagro —me atrae hacia él y me besa con fuerza en los labios.

Luego, demasiado pronto, me suelta. Todavía estoy vibrando por el contacto mientras él se acerca a su presa, con los músculos tensos bajo un fino foco que viene de la luna.

No puedo apartar los ojos de él. Es cierto que su vida es algo peligrosa. Pero él también lo es.

Y, si tengo una chance de estar a salvo en este mundo… es con él.

ANDREY

—¡Por favor! *¡Por favor! ¡DETENTE*!

—¿Tú te habrías detenido? —gruño mientras la sangre brota de su boca como un grifo—. ¿Te habrías detenido si ella hubiera sido la que suplicaba?

—¡Sí! —grita.

—¿Sabes lo que les pasa a los mentirosos? —sin apartar la vista de él, extiendo la palma de la mano. Shura coloca el bisturí en mi mano.

A medida que avanzo hacia él, el hedor a orina me golpea. Mancha sus pantalones al bajar y se acumula alrededor de sus pies.

—¿Es este el tipo de soldado que eres? —pregunto, disgustado—. No debería sorprenderme. Tu jefe es un cobarde. ¿Por qué sus hombres serían diferentes?

Harris levanta sus ojos hinchados e inyectados en sangre hacia los míos. —Sigo siendo un hombre de Rostov. No soy un cobarde.

Bingo. Ese es el tipo de información que he estado tratando de sacarle literalmente.

—Te va a destruir, joder —espeta Harris, ajeno al error que está cometiendo—. Es más inteligente que tú. Más fuerte. Más despiadado…

—Tan inteligente y tan fuerte que envió a un chico a hacer el trabajo de un hombre.

Es un comentario al pasar; no espero una reacción. Pero Harris abre los ojos y sus fosas nasales se dilatan. —¿Mataste al chico?

Apunto el bisturí a su garganta. —¿Qué te importa?

—A… a mí no.

—Tal vez a ti no. Pero a Nikolai sí, ¿no?

A través de una película de sangre, sudor y lágrimas, Harris palidece. —El chico vale algo para Nikolai. Si está vivo, estoy seguro de que estaría dispuesto a negociar. Puedo llevar un mensaje a…

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte, detective.

—¡Por favor! —suplica—. Dale al chico y podrás hacer una tregua. Estoy seguro de que…

—¡No!

Mis hombres nunca me contradecirían ni me pasarían por alto, punto. Y mucho menos, delante del enemigo.

Pero, al parecer, mi mujer no recibió esa información.

Natalia se dirige furiosa hacia nosotros, con los ojos encendidos. —Nadie va a negociar con un niño. Nada de negociaciones. Nada de intercambios. Nada.

Harris entrecierra los ojos. —¿Entonces *sí* está vivo?

Antes de que pueda siquiera pensar en detenerla, Natalia saca un par de nudillos de bronce del kit de herramientas y apunta a Harris.

El golpe no es directo y pierde el equilibrio cuando no le da en la nariz y le da en el labio, pero la sangre le corre por la barbilla, por lo que el daño está hecho.

—¡El niño es *mío*! —grita—. ¡Y Nikolai nunca volverá a ponerle las manos encima a Misha!

Harris la mira con furia. —No tienes idea de en qué te has metido, puta estúpida.

Natalia ruge mientras lo golpea de nuevo. Esta vez su puntería es mejor y le abre un corte feo en el centro de la nariz. Pero, cuando se echa hacia atrás para darle otro golpe, le rodeo la cintura con un brazo y la arrastro hacia atrás.

—¿Por qué? —escupe, pateando y golpeando salvajemente, todavía maldiciendo al cautivo.

La llevo en brazos por todo el almacén y sigue luchando cuando la dejo caer fuera de las puertas del almacén, fuera de la vista de Harris y los prisioneros.

—¿Por qué me detuviste? —exige, empujándome con fuerza el pecho.

—Porque tú no eres así, Natalia.

—Soy madre y ese hombre amenazó a mis hijos. ¡Eso es exactamente lo que soy!

Paso una mano por mi cuello. —No debí haber aceptado dejarte venir aquí.

—Soy una mujer adulta. Puedo ir a donde quiera.

—También eres una mujer muy embarazada. No puedes meterte en peleas a puñetazos.

Parece que quiere golpearme con esos nudillos de bronce. Sus ojos están más brillantes de lo que los he visto jamás. Intento tomar su rostro con las manos, pero ella aparta mi mano de un manotazo. —¡Estaba intentando convencerte de que vendieras a Misha de nuevo a Nikolai!

—¿Y? —insisto—. ¿Pensaste que, si hacía un trato lo suficientemente bueno, yo mordería el anzuelo?

El fuego en sus ojos se apaga un poco. —Bueno… —se muerde el labio inferior y suspira mientras la lucha se va desinflando—. Yo… no estaba pensando con claridad. Mencionó a Misha y me asusté. Después de todo lo que ha pasado Misha con esa bestia, no dejaré que Nikolai se

acerque a él nunca más.

Frunzo el ceño. —¿Qué sabes de lo que ha pasado? ¿Te habló de su tiempo con Nikolai?

Su mirada se mueve de un lado a otro. —Eh…

—Acordamos —le recuerdo con frialdad. —De hecho, creo que fuiste tú quien me dijo que teníamos que estar de acuerdo en lo que respecta a nuestros hijos.

—Estoy de acuerdo —suspira—. Pero él debería decírtelo.

Me aparto y dejo caer su mano. —Tienes razón —hago señas a mi Escalade. Leif la conduce hasta nosotros.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy mandando de vuelta a casa. Ya has tenido suficiente emoción por un día.

Se quita los nudillos de bronce de la mano casi a regañadientes. —¿Tú también vienes?

—Sí, voy. Es hora de que tengamos una charla con nuestro chico.

ANDREY

—Vas a ser amable con él, ¿verdad?

Es difícil creer que esta sea la misma mujer que golpeó a un hombre con nudillos de bronce hace quince minutos. El cambio de violencia materna a preocupación maternal es vertiginoso, pero a Natalia no parece importarle.

Personalmente, me alegro de que hayamos dejado atrás esos nudillos de bronce.

—Se merece respeto, Natalia. No es un niño.

—¿Eso era lo que estabas haciendo allí con el hombre de Nikolai? ¿Respetarlo? —espeta—. ¡Misha no está trabajando para Nikolai!

—Pero alguna vez lo hizo.

—¡Y elegiste no tener eso en su contra cuando accediste a acogerlo!

Remi se queja, mirándonos a los dos con cara amarga. Natalia está tan alterada que ni siquiera se da cuenta.

—Puede que no lo parezca —añade—, pero Misha es un niño sensible.

—Ese es el problema, Natalia. Insistes en verlo niño. Pero no lo es. No en realidad. Es muy inteligente y vivió en una propiedad de Rostov toda su vida. No hay forma de saber lo que ha visto y oído.

Sus dedos se retuercen como si estuviera tratando de estrangular a una persona invisible bajo sus manos. —Probablemente lo mantuvieron alejado de todo eso.

—Entonces, ¿por qué nos lo envió?

—¡Tal vez era prescindible! Eso es lo que dijiste.

—O tal vez Nikolai pensó que era la mejor persona para el trabajo.

Sus ojos brillan. —Si llegas a lastimar un solo pelo de ese niño…

Agarro el dedo que me está apuntando y le tuerzo la mano. Ella jadea con sorpresa un segundo antes de que alivie la presión y toque su palma con mis labios.

—*Lastochka*, no estoy acusando a Misha de nada. No lo considero el enemigo y no planeo interrogarlo. Pero no ha sido totalmente honesto con ninguno de los dos.

Su labio inferior tiembla. —Es porque está asustado, Andrey.

—Soy consciente de eso —la atraigo hacia mí, acunándola en el hueco debajo de mi brazo—. Pero necesito que estemos en la misma página. Tenemos que entrar como un frente unido.

—No quiero que sienta que estamos conspirando contra él.

—No estamos conspirando contra él. Estamos tratando de protegerlo. Especialmente, si Nikolai lo quiere de vuelta.

Eso parece llegar a ella. Sus hombros se enderezan y asiente. —Tienes razón.

Cuando nos acercamos a la habitación de Misha, Remi sabe a dónde vamos y corre por delante. Cuando llegamos allí, la puerta está abierta. Remi está dentro, acostado boca arriba mientras Misha le frota la barriga. Mira a Natalia con una sonrisa, pero vacila cuando me ve.

Natalia se sienta con cautela en el suelo junto a Misha, apretando el brazo del chico.

—¿Pasa algo? —pregunta.

Estoy a punto de empezar de inmediato, pero Natalia se me adelanta. —Hubo una… situación hoy en mi trabajo. Había policías esperando para interrogarme sobre la desaparición de Byron.

—¿El tío espeluznante que te coqueteaba todo el tiempo? —me mira, con una gran dosis de acusación en sus ojos—. Pero pensé que te habías ocupado de él.

Natalia asiente con tristeza. —En realidad no eran policías, Misha. Trabajaban para Nikolai.

Misha palidece, pero no dice una palabra.

—Me obligaron a subir a su auto y me llevaron a un… mal lugar. Andrey llegó a tiempo y todo salió bien —se apresura a asegurarle—. Pero, durante el… interrogatorio, uno de los hombres mencionó algo que me molestó.

—¿Qué dijo? —pregunta Misha.

Su labio tiembla. Natalia ha sido tan fuerte durante tanto tiempo, pero el día la está alcanzando. —Bueno… e-él…

—Te mencionó a ti, Misha —la interrumpo.

Misha aprieta los ojos y frunce el labio. —¿Qué dijo de mí?

—Mencionó que Nikolai podría querer que volvieras.

—Pero no tienes que preocuparte, Misha —insiste Natalia, agarra su mano y la coloca en su regazo—. No dejaremos que se acerque a ti. Estás a salvo con nosotros.

Pero Misha no la está mirando. Su mirada está fija en mí.

—No has sido honesto con nosotros, ¿verdad, Misha?

—¡Andrey! —espeta Natalia, entrecerrando los ojos hacia mí. Se da vuelta hacia Misha—. No es que no confiemos en ti. Es solo que…

—Misha —interrumpo—, te dije que, en lo que a mí respecta, ahora eres un hombre Kuznetsov.

Él asiente, con la mirada fija en la pared detrás de mi hombro.

—Lo decía en serio. Todavía lo hago.

Natalia se acerca un poco más a Misha, como si pudiera protegerlo de toda esta conversación.

—No solo eres parte de mi Bratva ahora; eres parte de mi familia —continúo—. No cambiaría eso por nada del mundo.

Los ojos de Misha se llenan de lágrimas. Se hunde bajo el peso de demasiada vida para alguien tan joven. Su barbilla cae sobre su pecho.

—Pero necesito que seas honesto conmigo.

Recuerdo los interrogatorios justo después de que capturaran a Misha. Se negó a decir una palabra sin importar cuánto lo amenazara Shura. Parecía tan fuerte.

Pero la forma en que levanta sus ojos hacia los míos ahora y asiente es lo más valiente que he visto en mi vida. —Yo… lo intentaré.

—Entonces, dime la verdad: ¿eres el hijo de Nikolai Rostov?

ANDREY

—Misha… —susurra Natalia.

Él se estremece, con la mirada fija en el suelo. —Lo siento.

—No lo sientas. Solo… —Natalia lo agarra del brazo, acercándolo más a ella—. No entiendo.

—No… No estoy seguro. No tengo un certificado de nacimiento ni nada —habla rápido, tropieza con sus propias palabras—. Pero… noté cosas.

—¿Como qué? —pregunto.

—Mi madre pasaba mucho tiempo con él. Era una de sus favoritas. Y parecía que le agradábamos, supongo.

Natalia lentamente le sube la manga para revelar su brazo cubierto de viejas cicatrices. —Él te hizo esto, Misha. No le agradabas. ¿Cómo podía ser tu…? —se atraganta con la palabra.

—Nuestro cobertizo era más lindo que los demás —explica Misha—. Teníamos ropa nueva. Yo era el único niño con un par de zapatillas.

Natalia está temblando, pero respira hondo y se calma. —¿Alguna vez hablaste con Nikolai?

—A veces. Pero solo sobre entrenamiento, en realidad. Solía supervisar algunas de nuestras sesiones de entrenamiento, para ver nuestro progreso. Fue durante una de esas lecciones que… —se queda callado, mordiéndose el labio con tanta fuerza que le sale sangre—. Fue durante una de esas lecciones que vi la marca de nacimiento en su clavícula. Mi mamá siempre decía que tenía una como la de mi papi. Y yo tengo una marca de nacimiento en mi clavícula. Entonces, si la suya se parecía a la mía, entonces… —se encoge de hombros.

Me aclaro la garganta. —Misha, ¿por qué no nos lo dijiste antes?

El chico envuelve a Remi con sus brazos. —Porque ustedes dos… son enemigos… Nikolai los odiaba a ti y a tu padre. Sé que lo odias. Pensé que, si lo sabías, también me odiarías a mí.

Me inclino hacia delante y pongo mis manos sobre los hombros de Misha. —No podemos evitar quiénes son nuestros padres. El hecho de que Nikolai Rostov pueda ser el tuyo no significa nada para mí.

Aunque puedo usar esto a mi favor, especialmente si él quiere al chico de vuelta.

Una vergüenza ardiente sigue al pensamiento casual. Es difícil quitarse la corona y ser simplemente lo que este chico necesita ahora mismo: un padre, no un tirano. Alguien que lo ame, no alguien que busque cualquier ángulo para explotarlo.

—Estás a salvo con nosotros, Misha.

Esas son las palabras mágicas. Él suelta un suspiro profundo y todo su cuerpo se relaja como si lo hubiera absuelto de todos sus pecados.

Como si yo no tuviera demasiados propios.

—Pero, si recuerdas algo de tus días en el complejo, si crees que podría ser útil…

—Hay algo —susurra.

Natalia me mira. Una advertencia silenciosa de no presionarlo demasiado. La anulo con un asentimiento. —Adelante.

—Después de que empecé a sospechar que Nikolai podría ser mi padre… supongo que tenía curiosidad. Quería saber más sobre él —se estremece como si se avergonzara—. Solía escabullirme de nuestro cobertizo después del toque de queda y bajar al almacén cuando veía que las luces estaban encendidas. A veces, veía a Nikolai allí teniendo reuniones, o… eh… haciendo otras cosas.

Natalia todavía está pálida. Sus ojos lucen anormalmente grandes contra sus mejillas hundidas. Le da un apretón al brazo de Misha, animándolo a seguir.

—Hubo una noche en la que arrastraron a un hombre. Nikolai lo acusó de allanamiento. Sacó su arma y lo apuntó. De alguna manera, el hombre convenció a Nikolai de que se calmara.

—¿Cómo?

Misha se encoge de hombros. —Afirmó que tenía información que sería útil para Nikolai. Dijo que lo ayudaría a salir adelante y… conseguir todo lo que siempre quiso desde que sus padres fueron puestos tras las rejas. Eso es lo que dijo, palabra por palabra.

—¿Y Nikolai escuchó?

—Nikolai no solo escuchó. Hablaron durante mucho tiempo y después Nikolai estrechó la mano del hombre. Luego, hizo que uno de sus lugartenientes le mostrara al hombre un cobertizo vacío. Y… —rasca y tira de un hilo suelto en la tapicería durante un rato antes de continuar—, enviaron a mi madre para entretenerlo.

Natalia le frota el hombro, pero estamos tan jodidamente cerca de *algo*. No puedo dejar que se detenga aquí. —¿Sabes a qué tipo de acuerdo llegaron?

—Andrey —Natalia se pone de pie—. Es tarde y todos estamos cansados. Creo que es suficiente por una noche.

El chico parece emocionalmente agotado. Agotado de una manera en la que un chico de catorce años no debería estar.

—Tienes razón —admito de mala gana—. Terminamos por esta noche.

Natalia abraza fuerte a Misha. —Eres el chico más valiente que conozco.

Conteniendo las lágrimas, Misha asiente. Natalia le da un beso en la frente y le da una palmadita a Remi en la cabeza. —Quédate con Misha esta noche, ¿vale, chico?

Remi le da un ladrido de agrado y salta a la cama de Misha. Solo entonces Natalia me sigue fuera de la habitación.

La puerta se cierra con un clic y caminamos hacia el patio, cada uno de nosotros perdido en sus pensamientos. La luna se esconde detrás de nubes oscuras, así que tenemos que confiar en las luces tenues del jardín para iluminarnos mutuamente.

Natalia rompe el silencio primero. —No es una herramienta para usar, Andrey.

A pesar de mí mismo, me pongo rígido. —Nunca dije que lo fuera.

—No, pero sí pensaste en eso. ¿No?

Sus ojos verdes están envueltos en sombras, pero aún puedo ver la preocupación en ellos. Considero mentir por un momento, aunque sea solo para preservar su opinión sobre mí. Pero mentir ahora sería terreno resbaladizo.

—Sí, lo hice. Y me odio por eso —extiendo la mano y acaricio la suave superficie de su mejilla —. No dejaré que Nikolai lastime a ninguno de los dos, Natalia.

Mira hacia la luna invisible. Está ahí, en algún lugar. Solo que oculta por ahora.

Luego, con un suspiro, sus dedos se entrelazan con los míos. —Lo sé.

NATALIA

Nos sentamos en el patio un rato. Es agradable estar en el silencio cálido y oscuro. Hace que mis pensamientos parezcan menos nítidos. Pero, cuando mis párpados comienzan a cerrarse, me levanto.

Andrey se para a mi lado y toma mi mano. Estamos caminando de regreso a nuestra habitación cuando noto que la luz de Misha todavía está encendida.

Me detengo, mirando la franja de luz que entra por la rendija en la parte inferior de la puerta. El gemido de Remi es débil pero constante.

Miro a Andrey con impotencia.

—Ve —dice, soltando mi mano.

Me levanto de puntillas y lo beso en la mejilla. Andrey desaparece escaleras arriba y yo toco suavemente la puerta de Misha.

Me encuentro con unos segundos de silencio. Luego—: Estoy bien, Natalia.

Pero el temblor en su voz dice lo contrario.

—Entonces, abre la puerta.

—No.

—Puedo derribarla —advierto—. Hoy le di un puñetazo en la cara a un hombre con nudillos de bronce, así que ahora soy dura.

Un segundo después, la puerta se abre. Misha tiene los ojos enrojecidos y el labio inferior mordido hasta dejarlo en carne viva. —¿*Qué* le hiciste a *quién*?

Paso a su lado antes de que pueda detenerme y me uno a Remi en la cama. Con un suspiro, Misha cierra la puerta de golpe y se apoya contra el poste de la cama. —¿Fue el hombre que te secuestró?

—Sí, pero no es por eso que le di un puñetazo. Le di un puñetazo porque sugirió que te aprovecháramos para hacer un trato con Nikolai.

Misha parpadea. Su barbilla tiembla solo por un segundo antes de darse cuenta.

—Él pensó que eras su boleto dorado a la libertad, pero yo no estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados y dejar que te usara como una mercancía.

—No soy una mercancía —baja la mirada al suelo—. No valgo nada.

Mi corazón se parte, pero recupero el sentido común y le ofrezco mi mano. —Ven a sentarte a mi lado.

—No debería estar aquí. No merezco… —mira alrededor de la habitación como si este nivel de comodidad fuera demasiado bueno para él—. Nada de esto.

—¿Escuchaste lo que dije sobre los nudillos de bronce? Puedo hacerte entrar en razón si es necesario.

Finalmente, una sonrisa se asoma a través de la ansiedad. —¿En serio hiciste eso?

—Claro que sí. También me sentí genial. Me sentí poderosa… ¿Y sabes qué? Nunca habría podido hacerlo si no fuera por ti.

Frunce el ceño.

—Hablo en serio, Misha. Haría cualquier cosa por ti. Es la naturaleza de ser madre.

Su labio inferior tiembla. —Mi madre no siempre saltaba a defenderme —admite, sentándose en la esquina de la cama.

—Porque sabía que involucrarse solo empeoraría las cosas para ti —sugiero con más convicción de la que tengo derecho a sentir. No conozco a la mujer en absoluto, pero confío en mis suposiciones—. Pero ella te protegió, a su manera. Se aseguró de estar del lado bueno de Nikolai. Eras el único niño en el complejo con zapatillas, ¿recuerdas? —agarro su antebrazo—. Tu madre era una mujer valiente, Misha. Hizo lo que pudo para protegerte con las herramientas a su disposición.

Una lágrima se desliza por la mejilla de Misha. Luego otra, y otra, hasta que está llorando a borbotones y no puedo contenerme más.

Lo atraigo hacia mis brazos. Su cabeza se estrella en mi regazo y solloza mientras Remi lame su mano. —Está bien, cariño. Déjalo salir. Suéltalo todo.

Con cada sollozo, mi corazón se agrieta de nuevo, pero lo abrazo más fuerte y le susurro palabras de consuelo al oído, con la esperanza de que mis brazos lo mantengan entero de la misma manera que los de Andrey lo hicieron conmigo.

Cuando el llanto de Misha por fin se calma, sus ojos están rojos e hinchados y sus mejillas manchadas de lágrimas. —Lo siento.

Tomo su rostro entre mis manos. —No tienes nada de qué disculparte.

Se muerde el labio, aunque el pobre ya está hecho trizas. —¿Andrey está… está molesto?

—¡Por supuesto que no!

Se estremece. —Pero soy el hijo de su enemigo.

—No pediste serlo.

—Pero… he hecho cosas, Natalia —insiste—. He hecho cosas que no debí haber hecho por Nikolai…

—No importa. Estabas tratando de sobrevivir. Todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos cuando se trata de vida o muerte. No tuviste elección, Misha. Tu madre tampoco. Andrey lo sabe.

Sigue rascándose el labio sangrante.

—Misha —digo, atrayendo su mirada hacia la mía—, ¿qué pasa?

—Mi propio padre no podría preocuparse por mí —susurra Misha—. ¿Por qué Andrey sí lo haría?

Tengo que morderme la lengua para no sollozar como un bebé. *Sé fuerte por él, Natalia. Sé fuerte.*

—Porque Andrey es un hombre diferente. Es la familia que eliges lo que importa, Misha. Y tú eres la familia que elegimos.

Parpadea y dos lágrimas gruesas caen por sus mejillas.

—Ahora, te vas a acostar y yo me quedaré contigo hasta que te duermas, ¿vale?

Espero que se resista, pero Misha solo asiente y se acuesta obedientemente. Bastan unas pocas caricias en el cabello para que sus ojos se vuelvan pesados. Poco después, su respiración es un ronquido suave y uniforme.

Para cuando llego arriba, estoy exhausta hasta los huesos, pero mi mente da vueltas.

Andrey está sentado en la cama, esperándome. —¿Cómo está?

Me quito la ropa y me meto debajo de las sábanas. —Roto.

Andrey me toca la barbilla hasta que tengo que mirarlo a los ojos. —¿Tú cómo estás?

Me seco las lágrimas que aún brillan en mis mejillas. —Agotada. Y cabreada. ¿Qué clase de hombre, qué clase de *monstruo*, usaría a su propio hijo de esa manera?

Los ojos plateados de Andrey brillan, y sé que él siente lo mismo que yo. —El tipo de monstruo que necesita ser detenido —dice entre dientes.

—Tienes que matarlo, Andrey.

Andrey sonríe, aunque su sonrisa está teñida de tristeza. —Mi pajarito tiene garras. ¿Quién lo hubiera dicho?

Sin embargo, no estoy de humor para tomar las cosas a la ligera. —Tienes que hablar con Misha de nuevo mañana. Está convencido de que una parte de ti lo odiará ahora que sabes quién es realmente.

—Por supuesto que no lo odio. Mi único instinto es protegerlo. Tanto como a esas bebés en tu

vientre.

Lo abrazo y se deja caer contra la cama bajo mi peso. —Eres increíble.

Resopla. —Solo lo dices porque te salvé la vida.

—No es así —me incorporo sobre un codo y lo miro, siguiendo las líneas de su rostro—. Verte trabajar hoy… también fue increíble.

Se ríe. —Ahora sé que estás cansada.

—Hablo en serio. En realidad… —me muerdo el labio inferior—. Me excitó un poco.

Se detiene en seco y arquea una ceja. —¿Excitó, dices?

—No me malinterpretes; igual no me gusta la violencia. Pero no sé… algo sobre la… brutalidad —me tapo los ojos con las manos—. Eso no salió como quería.

Andrey me empuja hacia abajo y desliza su cuerpo sobre el mío. —Entonces, inténtalo de nuevo —me susurra al oído.

Mi piel se estremece cuando tira del lóbulo de mi oreja con los dientes. —Ahora es difícil pensar con claridad —especialmente, por la forma en que su erección presiona contra mi muslo.

—¿Debería quitarme de encima tuyo?

Agarro sus hombros. —No te atrevas.

Sonriendo, presiona sus labios contra mi cuello. —Entonces, te sugiero que lo intentes otra vez.

Arrugo la nariz, concentrada. —Bueno, es algo sobre verte tomar el control así. Verte ser *pakhan*… nunca vacilaste, nunca te echaste atrás. Confiado y decidido y… *sexy*.

—Lo sabía. Solo soy un trozo de carne para ti.

A medias, trato de apartarlo de mí, pero está haciendo círculos con sus labios sobre mi pezón, humedeciendo la fina tela de mi camisa.

—Eres mucho más que un trozo de carne para mí —digo suavemente—. Mucho más.

Su rostro se eleva para flotar sobre el mío. Puedo verme reflejada en el brillante plateado de sus ojos. —¿Te gusta cuando te defiendo?

Mis ojos revolotean. —Me… encanta.

—¿Sabes por qué lo hago?

Me muerdo el labio. —Dímelo.

—Porque eres mía —las palabras envían un escalofrío por mi columna vertebral como sabía que lo harían—. Y cualquiera que intente hacerte daño sufrirá por ello.

Mete la mano entre mis piernas y un dedo en mi humedad. Me convierto en un retorcimiento debajo de él. A partir de ahí, todo es una confusión de sensaciones y calor, presión y respiración… y la base de todo esto es Andrey.

Tan sólido.

Tan real.

Tan *presente*.

ANDREY

Hay tres nombres en el papel que Shura me entrega.

Anatoly.

Vasily.

—¿Efrem? —intento devolverle el papel. Debe haber un error—. ¿Qué demonios, Shura?

Cruza los brazos con fuerza. —Me dijiste que mantuviera los ojos y los oídos abiertos y que investigara a los hombres. Esos son los nombres. Los mantengo.

—Efrem es parte del círculo íntimo.

—Su padre estaba en el avión con Slavik cuando se fue de aquí —me recuerda Shura—. ¿O lo has olvidado?

Me levanto. —No olvido nada.

Mis manos se flexionan, el papel se desmorona en mi palma. Estoy tan jodidamente cerca de volcar mi propio puto escritorio. Una cosa es perder *vory* menores a manos de Slavik… pero es un juego completamente diferente perder a mis hombres de mayor confianza a manos de su causa.

—¿Están todos en el terreno? —digo con los dientes apretados.

—Todos.

—Envíalos.

—¿Juntos?

Tomo una decisión en una fracción de segundo. —Juntos.

Shura sale de mi oficina mientras me vuelvo hacia las ventanas. La noche es oscura y silenciosa, salvo por el susurro de los árboles. Leonty está de guardia afuera de la puerta de Natalia. Dormía cuando me fui hace unas horas. Necesité toda mi fuerza de voluntad para desenredarme de sus brazos.

Solo para irme y lidiar con *esta* mierda.

Cuando Shura regresa unos minutos después, acompañado de los tres traidores, solo Efrem parece molesto por ser convocado. Tiene los ojos hinchados por el sueño y ni siquiera intenta ocultar el ceño fruncido en su rostro.

—¿Quién está causando problemas ahora, jefe? —pregunta Efrem—. ¿Slavik o el cabrón de Rostov?

Mi corazón se encoge mientras busco en sus rostros señales de lo que hicieron. —Siéntense todos.

Solo Shura permanece de pie detrás de los tres hombres. Solo yo veo el arma en su funda.

—Efrem ya está al tanto de esto —empiezo, dirigiéndome primero a Vasily y Anatoly—, pero Slavik ha vuelto.

Vasily asiente. —Hemos escuchado rumores, jefe. ¿Está aquí para quedarse?

—No solo está aquí para quedarse, está aquí para recuperar la Bratva.

Vasily y Anatoly hacen un buen espectáculo de parecer sorprendidos, pero no me dejaré influenciar tan fácilmente.

—¿Puede hacer eso? —pregunta Vasily.

—Él cree que puede… con suficiente apoyo.

—¿Eso significa que Vladimir también ha vuelto? —Vasily intenta no mirar a Efrem, pero pierde esa pelea. Todos esperamos su reacción.

Efrem se aclara la garganta. —Intentó contactarme un par de veces.

Me levanto, planto los puños sobre el escritorio. —No me lo mencionaste, Efrem.

—Es mi padre, ¿vale? Tuve que contestar. No significa que haga todo lo que dice.

—Llamó por una razón.

—Sí, llamó por una razón: quería que desertara —admite Efrem. Anatoly y Vasily se alejan del hombre como si fuera contagioso. Él los mira a ambos con el ceño fruncido—. Joder, sigo aquí, ¿no?

—Sí, lo estás —concuerdo. —La pregunta es: ¿por qué no pareces feliz por ello?

Efrem palidece. —No es una cuestión de ser *feliz*. Es que… no lo entiendo, joder —espeta.

—¿Entender qué?

—Este asunto de quién es el *pakhan*. ¿Qué carajo importa? —alza las manos—. Es la misma puta familia. Incluso si Slavik volviera a entrar, tú obtendrías el título eventualmente.

La mano de Shura se desvía hacia su arma. Le advierto que no lo haga con el movimiento más sutil de mis cejas.

Necesitamos respuestas ahora, no derramamiento de sangre. Todavía no, al menos.

—Slavik huyó y nos dejó aquí para ahogarnos en su lío, Efrem. Tomó un jet privado, lo llenó con sus hombres, su puta y la mayor parte del dinero Kuznetsov, y se fue corriendo —agarro los bordes de mi escritorio para evitar que mis manos se enrosquen alrededor de la garganta de Efrem—. ¿Crees que esta Bratva habría sobrevivido mucho tiempo sin mí? Slavik vació las arcas antes de irse. Hizo falta mi liderazgo para salvar a esta Bratva.

—Sí, bueno, Slavik dice lo contrario —murmura.

—Tú lo sabrías, ¿no?

Efrem se aclara la garganta de nuevo. El color aún no ha regresado a sus mejillas. —Solo escuché lo que dijo mi padre. No estuve de acuerdo y no deserté.

—Pero no crees que desertar sería tan grave.

El *mudak* tiene el valor de mirarme a los ojos. —Sus hombres eventualmente serían tuyos.

—Ya lo son. La mayoría de ellos, al menos.

Efrem traga saliva. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que tienes una decisión que tomar, Efrem. Si eliges aceptar mi liderazgo, significa rechazar a Slavik. Significa que, un día, podrías encontrarte cara a cara con tu propio padre en lados opuestos de la guerra.

El pánico florece en su cuello y bajo el cuello de su camisa como costras rojas ardientes. —Sé dónde están mis lealtades.

—El problema es, hermano, que *yo* no.

Efrem salta de su silla como si acabara de electrocutarse. —Me estás acusando.

—Pruébate. ¿Qué te dijo Vladimir?

—Nada —responde sin dudarlo—. Solo que el verdadero *pakhan* había vuelto.

—¿Y cómo respondiste?

Su pecho sube y baja, indignado. —Le colgué.

Suspiro. —Creo que me estás diciendo lo que sabes que quiero oír.

El sudor empieza a borbotear por la frente de Efrem y le gotea por el cuello. Miedo en forma líquida. Sus ojos se mueven de Vasily a Anatoly como si buscara a alguien a quien arrojarle la espada.

—¡No miento! —chilla, mientras su mano se mueve bruscamente hacia la cinturilla de sus pantalones.

Actúo sin dudarlo. Saco mi arma y disparo una bala directamente a la cabeza de Efrem. Está muerto antes de tocar el suelo.

—Joder —Shura también tiene su arma en la mano, y mira fijamente el cuerpo que derrama sangre sobre la alfombra persa a sus pies—. Eso va a quedar manchado.

Anatoly se queda boquiabierto mientras observa cómo la vida se desvanece en Efrem. —Jefe, ¿estás seguro de que era…?

—Es hora de que todos reciban el mensaje —ladro—. Si se meten con mi familia, morirán.

Vasily se mete las manos en los bolsillos. —No soy un desertor. Llámenme como quieran, pero no soy un traidor.

Anatoly asiente. —Lo mismo conmigo. No tengo lealtad hacia Slavik. En lo que a mí respecta, solo hay un *pakhan* de Kuznetsov.

Miro a los dos hombres a los ojos. Sus rostros son decididos. —Si ese resulta no ser el caso…

—Espera una bala en la frente —Vasily escupe al cadáver de Efrem—. Recibimos el mensaje.

—Ahora, pueden asegurarse de que el mensaje se propaga. Si hay desertores en nuestras filas, quiero que sepan exactamente lo que les espera. Slavik no es nada comparado con el infierno que desataré sobre ellos —paso por encima de Efrem—. Encárguense de este bastardo antes de que empiece a apestar.

Solo Shura me sigue fuera de la oficina. Persigo la necesidad de un cigarrillo hasta el patio que da a la piscina.

—¿Crees que se ha entendido tu mensaje? —pregunta una vez que estamos solos.

—Pensé que Slavik yéndose habría sido suficiente —suspiro y me acaricio la barbilla—. Si pudo convencer a Efrem, ¿qué esperanza tengo con los demás?

—No subestimes tu control sobre los hombres.

Me vuelvo hacia él, con los ojos brillantes. —No asumas que todos tienen tus estándares de lealtad.

—¿Te sientes mal por ti mismo, ‘Drey? —pregunta con una sonrisa descarada—. Eso no es propio de ti.

—No es por mí por quien siento pena. Es por la gente que he involucrado en este lío.

Él sabe exactamente de qué “gente” estoy hablando. —Natalia es una mujer adulta. Y ella te eligió.

Sí. Pero ¿cuánto tiempo más hasta que se arrepienta de esa decisión?

ANDREY

Miro a los hombres que rodean mi escritorio y me digo que puedo confiar en ellos, aunque una voz en el fondo de mi cabeza me advierte que no confíe en nadie.

Shura da un paso adelante. —El intento de Nikolai contra Natalia no puede quedar sin respuesta.

—Estoy de acuerdo, pero… —cuando hago una pausa, los ojos de Shura se agrandan con sorpresa. No es el único—. Creo que es con lo que cuenta Slavik. Nikolai y Slavik se odian. Entonces, ¿por qué no han hecho nada el uno contra el otro?

—¿Tal vez Nikolai no cree que Slavik haya regresado realmente? —es la primera sugerencia que hace Leif en toda la reunión.

Es su primer día sin Efrem en el círculo. Nadie ha mencionado la ausencia todavía, pero se cierne entre todos nosotros como un agujero negro que absorbe la vida de la habitación.

—*Nyet* —digo—. Slavik no ha sido exactamente sutil acerca de su regreso. Ambos están jugando a largo plazo aquí.

—Dependen el uno del otro de que te eliminen primero —se da cuenta Shura—. Eres la mayor amenaza para ambos en este momento.

Leif se anima como un cachorro demasiado ansioso. —¿Y si tratamos de eliminarlos juntos?

—Porque —le explico con paciencia— no puedo estar seguro de mis propios hombres. Si planeo ese tipo de ataque y me traicionan desde adentro, no solo será una derrota… será una maldita masacre.

Con la mandíbula y los puños apretados, me alejo del círculo. —Necesitamos eliminar a todos los hombres que podrían moverse contra mí, y debemos hacerlo en silencio. No necesito que circulen rumores de *vory* desleales. Ni a Nikolai ni a Slavik, y ciertamente no a nuestros aliados.

—Pero nos vendría bien su ayuda —dice Yuri.

—Si perciben incluso el más mínimo indicio de debilidad, es más probable que esos *mudaki* volubles abandonen el barco a que arriesguen morir en él. Necesitamos ser discretos.

Un murmullo resuena entre mis hombres, pero nadie parece tener idea de qué hacer. Todos me miran en busca de respuestas.

—¿Quién ha estado vigilando al inútil de mi hermano? —pregunto.

Yuri levanta la mano. —Es una pérdida de tiempo. Todo lo que hace ese hombre es emborracharse, drogarse y tener sexo.

Tenía la esperanza de que vigilar a Viktor diera sus frutos con el tiempo, pero hasta ahora no ha habido suerte. Me paso una mano por el cabello. —Esta reunión ha terminado. Lárguense.

Salen de la habitación, pero Shura es el único que se atreve a quedarse.

—No me interesa la compañía en este momento, Shura.

Sin embargo, por la obstinada expresión de su mandíbula, sé que no se irá a ninguna parte. —Necesitamos a alguien dentro, 'Drey. Alguien que pueda acercarse lo suficiente para extraer información valiosa.

—¿No crees que lo sé? Pero no hay forma de que podamos infiltrar a alguien de confianza en esta etapa.

Shura arquea una ceja, esperando a que siga su hilo de pensamiento.

No tarda mucho.

—No. *No*.

—Piénsalo —insiste Shura—. El chico conoce a Nikolai. Ha vivido en el complejo. Puede convencerlo de que logró escapar de nuestro control y ahora tiene información privilegiada sobre ti.

—¿Crees que no he pensado en eso ya?

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—En primer lugar, Natalia. Me mataría si enviara al chico allí. Y en segundo lugar… —me dejo caer cansadamente en el asiento más cercano—. Nunca me perdonaría a mí mismo por enviarlo de vuelta a ese infierno.

—¿Desde cuándo tienes conciencia?

Me río con voz hueca. Joder si lo sé, pero es una bestia para llevar encima. —El chico está fuera de límites. Prometí protegerlo.

—Tal vez deberías dejar que él decida.

—Tiene catorce años y está desesperado por demostrar su valía. Por supuesto que va a querer entrar en liza. Eso no significa que debamos dejarlo.

—'Drey…

—No va a pasar, Shura.

Shura se queda en silencio, la vena de su frente palpita. La tensión parece a punto de desbordarse cuando alguien se aclara la garganta desde la puerta.

Y entonces, de todas las personas, Katya entra en el espacio entre nosotros. —Antes de que

alguien salga de aquí con un ojo morado, ¿puedo hacer una sugerencia?

—No deberías estar aquí —dice Shura entre dientes.

—Bueno, estoy, y he oído todo. Andrey tiene razón, Shura: enviar a Misha sería un gran error. Y no lo digo solo porque Natalia quemaría esta casa hasta los cimientos en un ataque de ira.

Shura frunce el ceño. —Esto no te concierne, Kat. Son asuntos de la Bratva.

Ella responde a su ceño fruncido con uno propio. —Como se trata de la seguridad de mi mejor amiga, lo hago mi preocupación —empuja a Shura para encararme—. Envíame a mí en su lugar.

Espero el chiste.

No llega.

—¡¿Has perdido la puta cabeza?! —ruge Shura.

Katya ni siquiera mira en su dirección. —Soy inteligente y hábil. Sería una buena espía.

—¡*Prygat*! —Shura la agarra del brazo y la dirige hacia la puerta.

Ella lo sacude. —Tócame otra vez, amigo, y te patearé en los huevos.

La mano de Shura cae junto con su rostro. Su ira se desvanece y su voz tiembla de una manera que nunca antes había escuchado. —Kat, bebé… no puedes.

—Puedo. Haría cualquier cosa por Natalia. ¿Crees que eso ha cambiado solo porque tú y Andrey entraron en nuestras vidas? Nos hemos apoyado mutuamente mucho antes de que ustedes dos aparecieran.

Shura intenta alcanzarla, pero se detiene cuando ella lo fulmina con la mirada. —Si crees que dejaré que te acerques a Nikolai Rostov…

—No planeo acercarme a Nikolai Rostov —interrumpe—. Planeo acercarme a Viktor.

Ay, por el amor de Dios. Puede que tenga razón.

Por mucho que entienda la furia de Shura, Katya está en lo cierto.

—Viktor sabe que eres amiga de Natalia —le recuerdo—. ¿Por qué confiaría en ti?

—Porque, hasta donde él sabe, Natalia me dejó de hablar después de que nos coláramos en su boda con Mila. Dejaré que piense que estamos peleadas y yo estoy buscando vengarme —me ofrece una sonrisa oscura y melancólica—. Haré que crea lo que necesito que crea, Andrey. Siempre he sido buena en eso.

—Esto no va a suceder, joder —Shura levanta las manos en el aire. —Andrey, no puedes estar considerando seriamente esto.

A regañadientes, fuerzo mis ojos a mirar a mi segundo. —Tiene un buen punto, hermano.

—¡Ella es mi mujer!

Katya da un pisotón en el suelo. —Soy mi propia maldita mujer, Shura. El hecho de que nos

acostemos juntos no significa que seas mi dueño.

Da un paso hacia ella, poniéndose frente a ella. —¿No?

Me muevo entre ellos aunque sea solo porque el calor en su mirada me hace preocuparme por mi oficina. —Shura, eres mi mano derecha y lo más cercano que tengo a un verdadero hermano. Si estás en contra de esto, no insistiré. Pero creo que el plan de Katya tiene una oportunidad.

Katya chisporrotea de indignación. —¿A quién le importa si él está en contra de esto? ¡Apóyame, Andrey!

—Si fuera Natalia la que quisiera hacer algo así, sentiría lo mismo —abre la boca para discutir, pero levanto una mano—. Convéncelo de que se sume a tu plan y lo aceptaré. Pero, si Shura dice que no, no habrá nada que hacer. Esa es mi última oferta.

Vuelve su ira contra Shura y salgo de la habitación. Cuando cierro la puerta, algo se hace añicos.

No me doy vuelta.

ANDREY

Subo las escaleras para buscar a Natalia cuando veo a Misha en el patio trasero. Vaga sin rumbo, pateando el césped a cada paso, tan ocupado mirando hacia abajo que no me nota hasta que estoy a solo unos metros de distancia.

Se sobresalta sorprendido. —¡Andrey! No te vi allí.

—Parecías sumido en tus pensamientos.

—Solo… necesitaba caminar —sus hombros se enderezan y se levanta hasta su máxima altura, pero sus ojos se mueven por encima de mi hombro, mirando la casa en su lugar—. Si quieres que me vaya, lo haré.

—Te dije ayer lo que siento al respecto.

—Sí, pero eso fue delante de…

—No tomé mi decisión por Natalia —me acerco un poco más a él—. Lo dije en serio. Tienes un hogar aquí mientras lo quieras.

Se mantiene rígido, pero no puede luchar contra los temblores que recorren su cuerpo. Finalmente, mete los puños en los bolsillos y sigue caminando. —¿Qué quieres de mí?

—Nada más que tu seguridad. Y tu felicidad, si es que eso es posible.

Inclina la cabeza hacia un lado, como un cachorro confundido que intenta darle sentido a las cosas. —Sabes, Nikolai siempre dijo que eras un monstruo que destruía familias.

—Debe haberse estado mirando en un espejo.

Misha no sonríe, pero su rostro se suaviza. —Lamento no haberte dicho antes.

—Entiendo por qué no lo hiciste. Y no hace falta volver a tener esta conversación.

Se mueve de un pie al otro. De un lado a otro, como si no pudiera encontrar terreno firme. —¿Es cierto que el hombre que capturaste dijo que Nikolai me quería de vuelta?

—Eso es lo que dijo. Si podemos creerle o no es un tema diferente.

Misha asiente y se hace el silencio entre nosotros. Está perdido en pensamientos que solo puedo imaginar.

—Misha, debes saber que, cuando llegue el momento, mataré… a tu padre.

—Nunca fue un padre para mí —escupe con más veneno del que creía posible—. Es el hombre responsable de vender a mi madre. Eso es todo lo que será para mí.

No estoy seguro de que se dé cuenta, pero, mientras habla, sus dedos se desvían hacia la marca de nacimiento en su clavícula. La que lo marca como un Rostov.

—Andrey… —se aclara la garganta y lo intenta de nuevo—. ¿Crees que sería posible rastrear a mi madre?

Me he estado preguntando si tendríamos una conversación como esta algún día. Sin embargo, llegó incluso antes de lo que esperaba. Apoyo una mano tranquilizadora en su hombro. —No puedo prometerte que encontraremos algo, pero sí puedo prometerte que la buscaremos. Pero primero tenemos que ocuparnos de Nikolai y Slavik.

—Quiero ayudar.

También esperaba esto. La idea de Shura significaría que Natalia nunca volviera a hablarme, pero maldita sea, es una buena idea. Sería tan fácil entrenarlo y enviarlo. Una solución tan buena. Nikolai no tendría ninguna razón para sospechar que el chico se puso de mi lado durante el cautiverio. Misha podría estar perfectamente posicionado para provocar el final prematuro del imperio de Rostov.

Excepto que…

Le prometí a Natalia.

—Puedes ayudarme diciéndome lo que sea que recuerdes sobre Nikolai y su operación.

La frente de Misha se arruga. —Sabes que no es eso lo que quise decir. Quiero decir, por supuesto que te diré todo lo que sé. Pero así no es como quiero ayudar.

—Sabes que no puedo dejar que vuelvas allí.

La barbilla de Misha cae sobre su pecho, y su respiración se calma a un ritmo lento y áspero. —Yo tampoco quiero hacerle daño. No quiero hacer nada que le cause dolor o estrés. Pero… —levanta la cara para mirarme de nuevo y, mientras lo hace, me sorprende lo hombre que parece ser. Orgulloso, seguro de sí mismo y decidido—. Ella tiene que aceptar que yo también tengo una opción en esto.

—Todos tenemos opciones —coincido—. Pero esto no te corresponde a ti.

—¿Y si no se lo dijéramos?

—Está embarazada, no es estúpida.

—Dile que me escapé.

Me río. —Ella iniciaría una cacería humana a gran escala por ti. Te buscaría hasta los confines de la tierra hasta recuperarte.

Misha lo sabe tan bien como yo. Se desploma en un asiento sobre el césped, con la cabeza hundida entre las rodillas. —No es justo. Nada de esto es justo.

No, no lo es. No es justo en absoluto. Entre Shura protegiendo a Katya y Natalia protegiendo a Misha, no me queda nada más que una guerra a gran escala de Bratva que me dejará vulnerable por todos lados.

Se suponía que la Ruta Siete era un plan de contingencia.

Ahora, parece que es nuestra única salida.

ANDREY

—¡Por nuestro primer hito! —Cevdet brinda con su copa de champán hacia el cielo—. Con un solo viaje, me he hecho unos cuantos millones de dólares más rico. ¡Ja!

Cevdet no suele ser un borracho descuidado, pero su entusiasmo está justificado. Nuestra primera carrera de drogas después de la expansión se ejecutó a la perfección.

Luca, por otra parte, siempre es un borracho descuidado. Levanta su puro en un brindis y se lleva la copa a los labios como si fuera a dar una calada. Él y Cevdet se ríen a carcajadas por el error y chocan sus copas.

Es Bujar, como siempre, el que se controla a sí mismo. —Una carrera exitosa no garantiza que todas las demás vayan a ir igual de bien —dice mientras Cevdet canta una versión poco acertada de *"We Are the Champions"*—. Necesitamos…

—Dios mío, Bujar, toma otro trago. Puede que te ayude a sacarte ese palo del culo.

Bujar mira con el ceño fruncido a Cevdet antes de volverse hacia mí en busca de apoyo. —No podemos permitirnos el lujo de ser complacientes.

—Estoy de acuerdo, pero no todos estamos en condiciones de hablar de negocios. —Luca y Cevdet comienzan una ronda descoordinada del coro, cantando letras diferentes y derramando sus vasos juntos—. Habrá tiempo para eso más tarde.

—¡Exactamente! —ruge Cevdet—. Escuchen a nuestro intrépido líder. La noche está llena de placeres aún intactos… —sus ojos se desvían hacia una de mis camareras con una minifalda roja —. Qué maravillosa selección tienes esta noche, Andrey.

Llamo la atención de Cevdet con un chasquido de mi lengua. —Las mujeres no están en oferta, Cevdet. No en mis clubes. No bajo mi vigilancia.

Borracho como está, el hombre todavía tiene el sentido común de dar marcha atrás. —Estaba hablando de tu variedad de venenos —levanta su vaso vacío y se lo vuelven a llenar de inmediato.

—Deberíamos agarrar a nuestras esposas y tener una cena formal para consolidar esta nueva empresa —Luca parece advertir a Cevdet con la mirada, recordándole que, de hecho, tiene una esposa en casa.

Cevdet brinda por la idea mientras observa a mis camareras pavonearse por el club. —¿A quién traerá nuestro joven líder? ¿Hay alguna mujer que te atrevas a presentarnos?

Bromea, pero no tengo ningún deseo de acercar a Natalia a este grupo. Aun así, una reunión de las familias es simbólica. Significa confianza.

Les doy a mis aliados solo una sonrisa educada. —Lo organizaré.

Mientras Luca y Cevdet se lanzan a los detalles de esta cena, Shura entra en la sala VIP y me busca. Me levanto de mi silla. —Disculpen, caballeros.

Al salir de la sala VIP detrás de Shura, noto que el resto del club se ha vaciado considerablemente en comparación con hace una hora. —¿Qué sucede?

—La policía está aquí.

He estado recibiendo informes de policías en el área toda la noche, pero realmente no pensé que se convertiría en una redada. Presiono dos dedos en mi frente, masajeando el dolor de cabeza que se forma allí. —¿Dónde están los suministros?

—Escondidos después del primer avistamiento, pero una redada no es una buena imagen. Especialmente esta noche —ambos nos dirigimos hacia la sala VIP, donde la voz de Cevdet se eleva por encima del zumbido constante de la música.

—Es demasiado tarde para sacarlos ahora —concedo—. Dejemos que los policías se diviertan. Yo me encargaré de los aliados.

Shura asiente y se va a encargarse de los asuntos. Cuando vuelvo a la sala VIP, el ambiente se ha estancado. Está claro que los tres hombres son conscientes de que algo está pasando.

—¿Pasa algo, Andrey? —pregunta Cevdet.

—Solo son algunos problemas que necesitan ser resueltos, eso es todo.

La sonrisa de Cevdet solo se hace más amplia. —Esto no tendrá nada que ver con los policías que han estado husmeando por el área toda la noche, ¿verdad?

Ni siquiera pestañeo. —Parece que mis enemigos creen que las bromas pesadas y las pequeñas molestias son suficientes para ponerme nervioso. Si esto es lo mejor que pueden hacer, destruirlos será más fácil de lo que pensaba.

Cevdet resopla. —Están intimidados, eso es lo que es esto.

—Movimientos baratos para socavar tu autoridad —añade Luca.

Bujar es el único que mira fijamente la puerta con las cejas fruncidas en una V preocupada. Permanece así durante toda la búsqueda, incluso cuando Cevdet y Luca vuelven a sus bebidas.

Minutos después, Shura reaparece en la puerta y asiente, informándome que la policía se ha ido.

—No encontraron nada —me río para su beneficio. Los aliados se unen, pero no estoy seguro de cuánto de eso es sincero.

Después de otras dos rondas de champán, Cevdet y Luca finalmente se ponen de pie para irse.

Bujar parece tan aliviado como yo cuando el alboroto se desvanece.

—Eso duró una eternidad —se queja Shura, uniéndose a nosotros mientras Vaska escolta a nuestros aliados fuera de la habitación.

—Intenta sentarte y aguantarlo —dejo mi copa de champán casi intacta y busco un puro—. ¿Has averiguado quién llamó a la policía?

—"Denuncia anónima" —su disgusto es evidente.

Pongo los ojos en blanco. —Espero algo mejor de Slavik y Nikolai. Llamar a la policía es como decírselo al profesor. Es infantil.

—Tal vez estén desesperados.

—O tal vez esto no tenga nada que ver con ninguno de ellos.

Shura ladea la cabeza. —¿Qué quieres decir?

Cuanto más lo pienso, más probable parece. Es una estratagema demasiado barata para hombres como mi padre o Rostov. Lo que deja solo…

—Creo que es hora de tener una pequeña charla con mi hermano.

La mención de Viktor hace que Shura enseñe los dientes como Remi. —No tiene sentido perder el tiempo con esa escoria. Ya es bastante malo tener hombres siguiendo al inútil desperdicio de espacio. Si lo enfrentas cara a cara, simplemente mentirá descaradamente.

No menciona el plan de Katya de enfrentarse a Viktor y, por respeto a él, yo tampoco. Pero ahora estamos peligrosamente cerca del tema.

Me levanto. —Nunca ha sido un buen mentiroso. Especialmente cuando está borracho. Y, considerando la hora, apuesto a que está camino de emborracharse.

Puedo escuchar el rechinamiento de los dientes de Shura. —¿Y si destruye lo que hemos construido? ¿Lo que tenemos?

Tengo la fuerte sensación de que no está hablando de la Bratva.

—Hermano, Katya es una mujer inteligente —se estremece, pero sigo—. Ella puede defenderse de lo que le dé la gana cuando se trata de Viktor.

Las manos de Shura se cierran en puños. —No vamos a hablar de esto.

Todavía no. Pero pronto no tendremos otra opción.

—Haz que traigan a Viktor a la mansión —suspiro—. Si prefieres que Vaska y Yuri se encarguen, dales la orden.

—Puedo encargarme de Viktor, joder —me mira con el ceño fruncido—. Puedo encargarme de ese hijo de puta con los ojos cerrados.

Sé que eso es verdad.

Es Katya con quien tiene más dificultades.

ANDREY

La puerta se abre de golpe y un desastre de un metro ochenta cae sobre mi alfombra persa. Huele a mierda. Entre las manchas de sangre de Efrem y la suciedad de Viktor, realmente tendré que tirar esa maldita cosa.

Shura llena el marco de la puerta un segundo después, elevándose sobre mi hermano, que está tratando sin éxito de levantarse del suelo. Shura, siempre servicial, lo patea "accidentalmente" de camino a mi escritorio.

—Entregado como lo prometí.

—*Mudak* —gruñe Viktor, mirando fijamente a Shura desde donde permanece pegado al suelo. Se levanta a medias de nuevo, tropieza con el borde de la alfombra y cae de culo.

Ninguno de nosotros se mueve para ayudarlo. Pasa un tiempo hasta que todo el circo se controla, por lo que Viktor prácticamente está echando espuma por la boca cuando finalmente se pone de pie. Su ropa está tiesa por la mugre y cada minúsculo movimiento envía oleadas repugnantes de humo rancio y alcohol hacia mí.

—Dios, Viktor —arrugo la nariz—. Apestas.

Sus ojos inyectados en sangre se arremolinan en sus cuencas mientras se concentra en mí. —¿Cómo te atreves? Si nuestro padre supiera sobre esto…

—¿Correrás hacia Papi para delatarme, Vicky?

—Mi ausencia se notará.

—¿Por las putas que calientan tu cama por la noche? Supongo que se sentirán aliviadas de que no estés cerca.

—¡Que te jodan! —se limpia la saliva que gotea por su barbilla—. Escucha, si esto es sobre esos policías que hicieron la redada…

—¿Cómo sabes sobre eso?

Viktor se queda boquiabierto. Dios mío, esto será incluso más fácil de lo que pensé. Me alegraría si no sintiera tanta repulsión. —¿Qué sentido tenía esa maniobra, Viktor? ¿Intentar ganarte la aprobación de Papá?

—No hay nada que ganar. Otets confía en mí.

—El viejo no confía en ti ni una mierda —digo—. Ni siquiera le gustas. Te tolera. Por el momento, al menos.

—¡Soy su mano derecha!

La vil criatura que se tambalea frente a mí está mucho más rota de lo que recuerdo. Ni siquiera puedo despreciarlo. La única emoción que me queda es la compasión.

—Un día —dice—, ¡gobernaré toda la maldita Bratva Kuznetsov!

Shura suelta una risa áspera. —¿Qué hombre que se valora te seguiría?

Viktor se inclina hacia un lado, pero logra sujetar una mano húmeda alrededor del borde de mi escritorio para enderezarse antes de que la gravedad lo arrastre de regreso a donde pertenece.

—¿Quién eres tú para hablar? —se jacta Viktor—. ¡La mitad de tus hombres ni siquiera son leales! Se están pasando a nuestro lado en masa. No te quieren como su *pakhan;* quieren a Slavik. Después de Slavik, será mi momento.

—Este es tu momento, hermano —le digo con calma—. El mejor que tendrás alguna vez. Disfruta de la bebida, el tabaco y la prostitución mientras puedas. Todo terminará bastante pronto.

Viktor se ríe como un loco. Suena lúcido por primera vez desde que Shura arrastró su cuerpo aquí. —No sabes lo que te espera. Otets ganará. Tiene un gran aliado de su lado. No necesita a ninguno de los otros, ni a la Brigada ni a los Halcones, ninguno de ellos importa comparado con… —se le salen los ojos de las órbitas a mitad de la frase. Luego, se gira hacia un lado y vomita.

—*Blyat'* —Shura retrocede con disgusto.

Viktor sigue vomitando como un gato que escupe una bola de pelo cuando lo agarro por la nuca y lo empujo hacia la puerta. —Sácalo de mi vista.

Shura toma el control, arrastrando a Viktor, que arrastra las palabras y grita, hasta la puerta principal.

Pero quedan rastros de él. El vómito de mi hermano se filtra en las fibras de la alfombra y decido que simplemente tirarla no será suficiente. Tendré que quemarla para quitarle el hedor.

~

MEDIA HORA DESPUÉS, Shura me encuentra junto a la piscina. Se deja caer en la silla junto a la mía con un resoplido cansado. —Lo arrojé a una zanja fuera del burdel en el que lo encontré.

Asiento, pero el silencio no dura más de un segundo antes de que Shura se ponga de pie de nuevo, caminando de un lado a otro.

—Mencionó un aliado fuerte. ¿Le crees?

He hecho mi propio paseo de la noche y mi respuesta está lista. —Sí.

—¿Crees que es…?

—No lo sé.

Shura se queda en silencio. Sus ojos están muy lejos mientras mira hacia el cielo nocturno sin nubes. Finalmente, niega con la cabeza. —Era un desastre, hombre. Incluso para los estándares de Viktor, eso fue bajo.

—No sé qué le hizo pensar que estaba mejor con Slavik. Siempre vio a Viktor como débil —paso una mano sobre mi cuello dolorido. —Cuando lo miro, me da asco en lo que se ha convertido. El problema es que también veo al pequeño de cinco años que solía seguirme y exigir que todos lo llamaran "Andrey Junior".

Las cejas de Shura se arquean. —¿Hacía eso?

—No siempre fue un desastre roto. En algún momento del camino… —exhalo fuerte—. A veces, creo que le fallé.

—Hiciste todo lo que pudiste por Viktor. Incluso inventarle excusas cuando no se merecía ninguna. No era más que tu peso muerto. Ahora, es el peso muerto de Slavik. Hasta que el viejo lo deje ir, al menos.

Lo miro de reojo, tratando de calcular con qué facilidad podría empujarme a la piscina si no le gusta lo que tengo que decir.

—Sería fácil de quebrar, Shura.

—¡*Yebat'*! ¿Crees que no lo sé? —se pasa una mano por su ralo cabello y maldice de nuevo—. Pero no importa lo fácil que sea el trabajo. Sería *ella*, Katya, la que haría cosas de las que debería protegerla.

—Es una mujer adulta.

—Así me lo sigue recordando —se vuelve hacia mí con fuego en los ojos—. No me habla porque dice que la trato como si fuera una propiedad. ¿Vas a dejar de hablarme tú también?

Mantengo la voz tranquila. —Ambos sabemos que yo reaccionaría exactamente de la misma manera si estuviera en tu lugar.

—Siento que viene un "pero".

Levanto las manos. —Solo un consejo: aceptar quién es Natalia me ha funcionado mucho mejor que intentar moldearla en algo que no es.

Shura maldice una vez más en voz baja, pero deja de caminar.

—Natalia nunca fue y nunca será una mujer Bratva tradicional, Shura. Tiene mente propia. Metas. Es la razón por la que nunca pude convencerla de que dejara su estúpido trabajo diario. Y, tengo que recordarte, empezó a entrenar con armas mucho antes de que yo supiera de tus lecciones.

Shura se estremece. —¿Me lo estás echando en cara?

—Para nada. Fue lo correcto. Lo único que digo es que no tenía sentido negarle el derecho a entrenar. De todos modos, ella encontró una manera de hacerlo. Tuve que aprender a dejarme llevar un poco. Y, por mucho que no siempre haya sido fácil, solo ha fortalecido nuestra relación.

Shura chasquea la lengua con irritación. —No puedo creer que esté aceptando consejos sobre relaciones de ti.

—No puedo creer que los esté dando.

Se desploma en su silla con un gruñido. —¿Qué pasa si Katya no puede convencer a Viktor de que está enemistada con Natalia? ¿Y si sospecha que está trabajando para ti?

—No mandaremos a Katya a ciegas, Shura. Si entra, tendrá refuerzos. La vigilaremos constantemente.

—Las cosas aún pueden salir mal.

—Katya es inteligente y tiene recursos. Puede manejar esto.

—Joder —gime Shura—. No puedo creer que realmente lo esté considerando.

—Puede que sea la única manera de conseguir que Katya vuelva a hablar contigo. Guarda rencor, esa.

Se cruza de brazos sobre el pecho y frunce el ceño. —Si es la elección entre no volver a hablar con ella y mantenerla con vida, elijo el tratamiento silencioso.

Me doy vuelta para mirarlo. —No le va a pasar nada. Te doy mi promesa.

Puedo ver el conflicto en sus ojos y lo entiendo completamente. Va en contra de nuestra propia naturaleza poner a nuestras mujeres en el camino del peligro. Él y yo nacimos para proteger. Nacimos para soportar las cicatrices, las pesadillas y las cargas para que otros no tengan que hacerlo.

—Como dije, si decides no hacerlo, lo apoyaré.

—Lo sé. Pero… joder, tenías razón: puede que no tenga elección —mira de nuevo al cielo como si estuviera guardando respuestas para él—. Necesito hablar con ella.

Shura se levanta de su silla y camina con dificultad hacia la casa, como un hombre que se dirige al bloque del verdugo. No envidio lo que le espera dentro. Yo, por una vez, no tengo que preocuparme.

Cuando finalmente entro en mi dormitorio, Natalia está sentada junto a la ventana, envuelta en una de mis camisetas.

—Es tarde, *lastochka*. Deberías estar durmiendo.

Se vuelve hacia mí con una sonrisa suave y soñolienta. —Podría decirte lo mismo.

—Los *pakhans* no duermen.

Hace una mueca de desaprobación. —Vamos a tener que cambiar eso. Porque me gusta

acostarme contigo.

Me hace lugar en el asiento de la ventana y me deslizo a su lado. Mis brazos rodean su cintura y ella se acurruca contra mí con un suspiro de felicidad.

—¿Era Shura el que vi ahí afuera contigo?

—¿Nos estabas espiando?

—Así es. Incluso abrí un poco la ventana para intentar escucharlos, pero no se oían sus voces —cruza sus manos sobre las mías y entrelaza nuestros dedos—. Parecía una discusión seria.

—Hoy en día, todas son discusiones serias.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

Realmente considero decírselo, pero estoy cansado de hablar de eso. En cambio, le doy un beso en la frente. —Nada que no pueda manejar, pajarito.

Se retuerce en mis brazos y me toma la cara con la palma de la mano. —No tienes que llevar la carga solo, ¿sabes? Puedes hablar conmigo, Andrey. Puedes decirme cualquier cosa. Ahora somos pareja.

—¿Sabes lo que realmente necesito ahora mismo?

—Dímelo.

—A ti —susurro—. Solo sentarme aquí en silencio contigo.

Ella sonríe y se acerca más. —Puedo manejar eso.

NATALIA

—¿Dónde está Katya?

Mila revisa su teléfono desde el sofá donde lo dejó caer después de la cuarta vez que le hice la misma pregunta. —Acaba de enviarme un mensaje. Está en camino.

Aprecio que Mila esté aquí, de verdad. Pero Kat es mi chica motivadora. Sabe qué decir para ponerme en marcha. Claro, a veces me convence de colarme en una boda y termino embarazada de gemelas, pero muchas veces dice lo suficiente para que salga por la puerta y me la pase bien.

Nunca lo he necesitado tanto.

Miro con escepticismo el vestido azul medianoche que cuelga de la pared. —¿Y si no me queda?

Mila gruñe. —Tu maquillaje se ve genial, los zapatos no te romperán los dedos y el vestido te quedará de maravilla. Ya hablamos de esto.

—El vestido me quedó bien la semana pasada, pero creo que engordé cinco kilos en los últimos dos días.

—Eso es, literalmente, científicamente imposible.

—Entonces, dos kilos y medio. Te lo juro.

—Natalia —suspira Mila—, tienes que… —estoy segura de que está a punto de decirme que tengo que controlarme, lo que no estaría del todo injustificado. Pero entonces, la puerta se abre de golpe y Katya entra corriendo.

—¡Lo siento! —grita—. No pude conseguir un taxi y estaba lloviendo en el centro y… No importa. Natalia, estás increíble.

—No me mientas.

Se vuelve hacia Mila con una mueca. —¿Entonces las cosas no van bien?

Me tapo la cara con las manos. —¿Qué posibilidades hay de que pueda salirme con la mía fingiendo estar enferma?

—Ninguna —declara Katya, agarrando el vestido de la percha y llevándolo hacia mí—. No voy a dejar que te retires.

—¿Por qué no?

—Porque esto es algo muy importante, Nat. Y necesitas causar una buena impresión esta noche.

—Lo sé. Por eso quiero retirarme. Parezco un planeta.

—¿Holaaa, Tierra a Natalia? —Mila mueve su mano frente a mi cara—. ¿Crees que Andrey te llevaría a algún lado si no estuviera desesperado por presumirte?

Katya me rodea con un brazo. —Mira lo lejos que han llegado, Nat. Hubo un tiempo en que Andrey estaba todo enfadado y malhumorado y no quería compartir tu cama. Sigue siendo así, pero al menos vuelve a dormir contigo.

Le doy un manotazo en el brazo, pero ella solo se ríe.

—Ahora, aquí estás, embarazada de ocho meses de sus bebés, lista para entrar en su mundo. ¿No es esto lo que querías?

Le hago un gesto silencioso y de reproche.

—Solo respuestas verbales, por favor —se pasa una mano por la oreja—. Necesito que me digas que tengo razón.

—Sí —murmuro—. Sí, eso es lo que siempre he querido.

Aplaude como si eso lo resolviera. —Hermoso. Porque no puedo ver esto como nada más que un buen día.

Levanto la mirada hacia mis dos mejores amigas. —Este es un gran paso. Conocer a los socios y a sus esposas.

—Es un gran paso —concuerda Katya—. Para un hombre como Andrey, presentarte a sus aliados es como una propuesta.

Eso no es tan reconfortante como ella cree, pero, antes de que pueda señalarlo, ella estira la mano para colocar un mechón de cabello detrás de mi oreja.

Tomo su muñeca en el aire. —¿Qué diablos es eso?

Katya aparta su mano y la esconde de la vista. —Nada.

—No es nada —acerco su brazo para inspeccionarla—. Eso es un moretón. ¿Son *huellas dactilares*?

Mila pasa un dedo suavemente sobre las ronchas. —Deberías ponerte hielo, Kat.

—No es gran cosa —insiste. Pero su voz es demasiado aguda para que la crea.

Me cruzo de brazos. —Si Shura te hizo eso…

Ella jadea. —¡Por supuesto que Shura no lo hizo…!

—Alguien te agarró, Kat. ¿Quién fue?

Está pálida y juguetea con las puntas de su cabello, lo cual es un movimiento clásico de Kat

cuando la pillan en el acto. —Estaba en un club con… colegas. La gente estaba bebiendo. Un tío se puso desagradable. No fue gran cosa. Alguien lo empujó y me lo quitó de encima, y estoy bien.

—¿Quién era el tío?

—¿Quién diablos sabe? —Katya se encoge de hombros—. Un don nadie que pensó que estaba interesada. Le hice saber que no lo estaba. Fin de la historia.

Entrecierro los ojos para mirar el feo moretón morado. —¿Estás segura de que esa es toda la historia?

—¿Podrías dejar de hacer un gran alboroto por esto? No necesito que Shura… —se interrumpe a mitad de la frase—. Solo no se lo menciones a Shura, ¿vale? Reaccionará de forma exagerada, como siempre.

—No necesitaré decírselo. Si yo noté el moretón, él definitivamente lo hará.

—No si lo evito hasta que desaparezca.

—¡Kat!

Me sonríe con picardía. —Sabía que podía contar contigo. Bueno, ya basta de hablar de mí. Tenemos que preparar a Cenicienta para el baile.

—No hemos terminado de hablar de esto —le advierto apuntando mi barbilla hacia su muñeca.

—Sí, sí, continuará. Ahora, levántate. Es hora de vestirte.

Entre Mila y Kat, me ayudan a ponerme el vestido. Después de subirme la cremallera, me llevan hacia el espejo y se hacen a un lado con un montón de manos de jazz y “ta-das”.

El vestido es realmente hermoso. Tiene un calce imperio que se desliza sobre mi panza. Las mangas transparentes quedan al descubierto y me hacen sentir como una princesa de cuento de hadas adulta. En realidad, me veo bastante bien.

—¿Eres una belleza o qué? —dice Katya, dándome un codazo en el hombro—. Este vestido es hermoso.

Con su marca registrada de estar en el momento justo, la puerta se abre y Andrey entra. —No es el vestido —comenta en el momento en que me ve—. Es la mujer que lo lleva puesto.

Katya me mira a los ojos en el espejo. *Me desmayo*, pronuncia con la boca.

No se equivoca.

—Pero falta una cosa —añade Andrey, revelando una pila de tres cajas de terciopelo detrás de su espalda.

—Ooh —grita Kat, aplaudiendo—. Huelo joyas.

Andrey abre el pestillo de la caja más grande para revelar un collar hermoso, lleno de diamantes y esmeraldas verdes. —Pensé que complementaría tus ojos.

No puedo evitar mirarlo con la boca abierta y sin aliento. —Es impresionante.

Abre las dos cajas restantes, que contienen una pulsera y un par de pendientes a juego. Ambas piezas están hechas de la misma combinación de diamantes brillantes y esmeraldas grandes.

—Andrey, esto es demasiado.

—No estás obligada a usar nada de esto. Solo quería darte la opción.

—¡¿"No obligada"?! —grita Katya—. ¡Por supuesto que está obligada! Yo te obligo, Nat. Mira esos diamantes. Merecen ser usados. Póntelos o te los pondré yo. O eso o los robo y los uso yo misma.

Claramente superada en número, me encojo de hombros. —Ay, vale. Pónmelos.

Katya saca el collar de diamantes de su percha como si solo tocarlo fuera suficiente regalo. —Pero primero, quitemos las cerezas…

—¡No! —agarro mi cadena antes de que pueda poner sus manos en ella—. El colgante de cereza se queda puesto.

Katya me mira boquiabierta. —Pero Nat, no combina con todo el look.

—No me importa. No me lo voy a quitar.

Katya mira a Andrey buscando apoyo, pero solo encoge hombros. —Depende de ella.

Ella pone los ojos en blanco y procede a colocar el resto de mis joyas sobre las cerezas que descansan justo encima de mi corazón.

Andrey se inclina sobre mi hombro y me da un beso en la nuca. —Te ves perfecta.

Con confianza, tomo el brazo de Andrey y él me lleva escaleras abajo, donde nos espera nuestro carruaje en forma de limusina. Abre la puerta y me hace señas para que me suba al asiento trasero y, por un segundo tonto y salvaje, veo el destello de una realidad alternativa.

En esa realidad, no llevo un vestido azul medianoche; llevo uno blanco como la nieve. Sostengo un ramo de rosas blancas y Andrey lleva un esmoquin. Hay anillos en ambos dedos y el cielo sobre nuestras cabezas es una masa revoloteante de palomas.

La visión desaparece cuando me doy vuelta hacia la casa y veo a Shura de pie en la entrada. Aparentemente, no se unirá a nosotros para la cena, pero será parte del equipo de seguridad.

Cuando Katya lo ve, se mete el brazo magullado detrás de la espalda.

—¿Lista para ir? —pregunta Shura. Me habla a mí, pero sus ojos están fijos en Katya, que parece estar jugando a las escondidas detrás de Mila.

Cada vez que Shura intenta acercarse a ella, ella se mueve en la dirección opuesta. Debo admitir que entiendo el instinto. La última vez que un hombre me tocó sin mi permiso, desapareció. Katya probablemente no quiera el mismo drama.

Maniobro mi cuerpo de ballena hacia la parte trasera de la limusina con Andrey, pero, justo cuando cierra la puerta, veo que Shura agarra la muñeca de Katya.

—Ay, mierda.

—¿Qué sucede? —Andrey se pone inmediatamente en alerta máxima.

—Realmente no lo sé —admito.

Andrey sigue mi mirada por la ventana. Shura y Katya se gritan el uno al otro. Sus voces apagadas se abren paso hacia la limusina.

Con el ceño fruncido, Andrey golpea la parte superior del techo de la limusina. —Vámonos, Vaska.

—¿Sin Shura?

Andrey mira por la ventana. —Yo diría que ya tiene suficiente con lo que lidiar.

ANDREY

Ella revisa las joyas que cuelgan de sus orejas y cuello una y otra vez, como si tuviera miedo de perderlas. Incluso cuando se mete los dedos bajo los muslos para controlarse, sigue inquieta durante el resto del viaje. Se tropieza dos veces al subir las escaleras del hotel, a pesar de que tengo mi brazo alrededor de su cintura.

No hago mención de ello. Nada de eso. Al menos, no hasta que llegamos a las puertas de las habitaciones privadas donde cenaremos y ella se detiene de repente.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Solo necesito un momento.

Me quedo con ella. Mi equipo de seguridad se extiende por el área, fingiendo que no nos notan. Natalia cierra los ojos y respira hondo unas cuantas veces. Cuando finalmente los abre de nuevo, parece un poco más serena.

—No me dejarás, ¿verdad?

—No hasta que estés cómoda —le aseguro.

Con esa promesa asegurada, me agarra el brazo con fuerza y entramos a zancadas al salón.

Cevdet, Luca y Bujar están presentes, igual que sus esposas, que rebosan joyas y llevan vestidos de noche hasta el suelo. —Vaya, vaya —truena Cevdet, atrayendo todas las miradas hacia él como de costumbre—. Pero si es la mujer afortunada que logró ganarse el corazón de nuestro joven líder.

Las mejillas de Natalia se sonrojan, pero sonríe cortésmente. —Un placer conocerlos a todos.

Las esposas la miran de pies a cabeza, y Natalia da un paso atrás, apretándose contra mí.

—Solo sé tú misma —le susurro al oído—. Funcionó conmigo.

Se aclara la garganta y, a regañadientes, deja que mi antebrazo se deslice fuera de sus manos. Con otro suspiro triste, se sienta en la mesa de las damas.

—Tendrán que perdonarme los nervios —dice a modo de introducción—. Este mundo es un poco nuevo y confuso para mí. Así que, si uso el tenedor equivocado en la cena, por favor, no me quemen en la hoguera ni nada.

Hay una pausa momentánea, como si la sala estuviera conteniendo la respiración. Luego, uno por uno, todos se ríen.

Leonora, la esposa de Cevdet, le da una palmadita en el brazo a Natalia. —No tienes de qué preocuparte. Y, si me permites decirlo, te ves absolutamente maravillosa. Nunca me vi tan hermosa cuando estaba embarazada.

Natalia se sonroja. —Gracias. Me siento como una vaca.

La esposa de Bujar suelta una carcajada. —Espera a que empieces a amamantar. Entonces realmente te sentirás como una vaca.

—La maternidad —murmura Cevdet en lo que parece un susurro—. Es el gran unificador. Ahora no dejarán de parlotear durante horas.

Mientras los hombres se dirigen a los sillones del rincón, capto la mirada de Natalia. Me guiña el ojo, haciéndome saber que soy libre de dejarla.

Y pensar que alguna vez estuve preocupado por ella.

—Es impresionante, Andrey —se jacta Cevdet una vez que estamos fuera del alcance auditivo —. Y parece que también está muy embarazada.

—Por ahora mantengo esa noticia en secreto, caballero. No hay necesidad de tentar al destino.

—Sabia elección, amigo mío —Luca reparte vasos de cristal llenos de whisky y brindamos por el futuro y nuestras nuevas perspectivas comerciales.

Pero el jolgorio dura solo hasta el primer sorbo.

—Ayer recibí noticias de un aumento de la vigilancia en varias de nuestras rutas comerciales — nos informa Bujar, entrando directamente en el tema—. Si esto continúa, es posible que tengamos que cerrar algunas temporalmente.

Luca deja su whisky. —¿Crees que nuestra operación se ha visto comprometida tan pronto?

—Creo que debemos actuar con cuidado. Tenemos más gente observándonos de lo que podríamos sospechar. Y no por las razones que podríamos sospechar —su mirada se posa directamente en mí. No hay premio por adivinar lo que podría estar pensando.

—Las noticias viajan rápido, Andrey —grita Cevdet—. Al parecer, la Bratva tiene más de qué preocuparse de lo que supusimos originalmente.

Tomo un sorbo de whisky sin inmutarme. —Si te refieres a mi padre, me estoy ocupando de eso.

—No pareces preocupado —los ojos de Luca me perforan la cara.

—Eso es porque no hay nada de qué preocuparse. El viejo está fuera de su elemento. Simplemente le estoy dando el respeto de una derrota sutil. Si fuera cualquier otra persona, no sería más que cenizas humeantes a estas alturas.

—Aun así, tenemos que considerar rutas alternativas —dice Bujar—. Y tal vez un poco más de mano de obra.

—¿Y si eso no es suficiente? —pregunta Luca.

Cevdet me mira fijamente. —Bueno, entonces no veo el sentido de continuar con una aventura empresarial que plantea más riesgos que recompensas, ¿no crees?

Le devuelvo la sonrisa a Cevdet. —Por supuesto que no. Pero no habrá mucho más riesgo una vez que haya solucionado las complicaciones. No vas a dejar que un pequeño contratiempo te desanime, ¿verdad, Cevdet? Te creía un hombre más fuerte que eso.

—Depende de lo que definas como "pequeño".

—Como dije, tengo todo bajo control —sostengo su mirada un segundo más de lo necesario para asegurarme de que mi punto haya sido entendido.

—Me alegra oírlo —concluye Luca, levantando su copa—. Otro brindis, entonces. Por nuevas empresas fructíferas y por nuestros enemigos que solo se acercan lo suficiente para lamernos las botas.

Una vez que chocamos nuestras copas, el tema vuelve a centrarse en perspectivas empresariales menos urgentes. Mis ojos se desvían hacia donde las mujeres están sentadas y charlando.

La lámpara de araña salpica el vestido de Natalia y resalta sus pómulos. Cuando ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe, me levanto sin tener una idea clara de a dónde voy.

—Disculpen, caballeros.

Las cuatro mujeres me miran expectantes mientras me acerco, pero solo tengo ojos para una. —Natalia, ¿puedo tomarte prestada un momento?

—Por supuesto —se estira para coger el brazo de la silla, pero yo le ofrezco la mía en su lugar. Ella se sonroja—. ¿A dónde me llevas?

Establezco contacto visual con Olaf mientras nos acercamos al baño de mujeres. —No debemos ser molestados, Olaf.

—Entendido, jefe.

—*Yo* no entiendo —interviene Natalia, cada vez más desconcertada—. ¡Andrey! No puedes venir aquí conmigo. Este es el baño de mujeres…

Ella jadea cuando cierro la puerta y la empujo contra ella. Deslizo mi mano dentro de la abertura alta de su vestido, acariciando sus muslos.

—¡Andrey! No puedes… Espera…

Pero sus ojos revolotean de manera poco convincente mientras le hago a un lado las bragas y entro dentro de ella.

Es una follada rápida y furiosa. La puerta se sacude en el marco cuando empujo a Natalia contra ella, mi mano ahuecada sobre su boca para amortiguar sus gemidos. Nos corremos casi al unísono, apenas minutos después de haber empezado. Solo entonces puedo respirar de nuevo.

—¿Qué fue eso? —pregunta mientras me cierro la cremallera y la ayudo a hacer lo mismo.

—Te deseaba.

—Déjate de tonterías, Andrey —me agarra las muñecas y me arrastra hacia ella—. Estás preocupado por algo, ¿no?

Suspiro. Sería fácil mentir, restarle importancia a todo. Pero eso no es en lo que me apunté con Natalia. Eso no es lo que acordamos.

Y, si quiero un futuro con ella, tengo que ser honesto.

—Esta alianza no puede desmoronarse, Natalia —digo con los dientes apretados—. Pero, cuanto más tiempo me lleve lidiar con mis enemigos, más vulnerable se vuelve.

—Es solo cuestión de tiempo. Pronto, Nikolai y Slavik serán cosa del pasado. Y finalmente podremos centrarnos en nuestra familia.

Sus brazos están apretados alrededor de mi cintura. Me inclino hacia ellos. Hacia su aroma, su suavidad, su dulzura. —Eres mi arma secreta, ¿lo sabes, pajarito?

—Este pajarito está flexionando sus garras —me guiña el ojo.

Le beso la curva de la mandíbula. —Mi mundo no sabe lo que le espera.

—¿Deberíamos regresar? —pregunta—. No quiero que piensen que nos escapamos para tener sexo.

Me río entre dientes. —Ahí es donde tú y yo diferimos. Sinceramente, yo espero que lo sepan.

ANDREY

—Tengo buenas y malas noticias.

Shura se pone de pie e inspecciona a Katya antes de que ella pueda acercarse a nuestra mesa. —Si ese *mudak* te ha puesto otra mano encima…

Kat lo silencia con un beso en los labios. Shura está rígido mientras ella se aparta, pero con una enorme sonrisa en su rostro. —Hola a ti también.

Elegí tener esta reunión en un pequeño restaurante italiano que utilizo periódicamente para blanquear dinero. Siempre está muerto a mitad del día, y ahora no es una excepción. Tenemos todo el lugar… las cuatro mesas… para nosotros solos.

—Kat… —advierte Shura, agarrando su vestido con el puño y acercándola.

Entiendo su sobreprotección, pero no tenemos tiempo para eso. Le hago un gesto a Kat para que se siente. —¿Cuánto tiempo tienes?

—Una hora antes de tener que volver al trabajo. ¿Eso es pan? ¡Me muero de hambre!

Empujo la cesta en el centro de la mesa hacia ella, y ella devora una baguette con un gruñido soñador. Shura la mira de la misma forma que ella mira el pan.

—¿Cómo van las cosas?

—Bien —me asegura entre bocado y bocado—. He establecido cierta confianza. Ha empezado a abrirse a mí.

—¿Cómo has establecido confianza? —Shura frunce el ceño.

—Con un pequeño masaje por encima de los pantalones, claro —apenas ha terminado la frase y Shura se está poniendo de un violento tono morado. Kat le da una palmadita en el muslo—. Ay, por el amor de Dios, Shura, estoy bromeando.

—No te comportes mal con él, Kat —le advierto.

Él deja que ella lo arrastre de vuelta a su asiento, pero parece tan cómodo como si estuviera sentado sobre púas. —No has respondido a mi pregunta. ¿Cómo estableciste confianza?

—¿De verdad crees que dejaría que ese gilipollas me tocara? —escupe—. Pensé que tenías más

fe en mí que eso.

Sin decir una palabra, Shura agarra su muñeca magullada y la levanta a la luz como si esa fuera toda la prueba que necesitaba.

Ella se lo quita de encima y suspira. —Su orgullo exigía castigarme por todo el fiasco de la boda. Lo superó rápido.

—¿Porque quería follarte?

La sonrisa confiada de Katya se marchita y mira hacia su regazo. —Tuve que hacerle creer que quería acostarme con él, pero te prometo que no pasó nada —se arriesga a mirar a Shura—. Me crees, ¿no?

Shura no se mueve. No habla. Una parte de mí quiere decirle que madure. Son negocios.

Pero si Natalia y yo estuviéramos teniendo esta conversación, estoy seguro de que no lo haría mucho mejor.

Kat le toca la mejilla y lo gira para que la mire. —Lo emborraché tanto que no podía distinguirme de Luna.

—¿Luna?

Una pequeña sonrisa triunfante rompe sus arrugas de expresión. —Es una acompañante que trabaja en La Belle. Más o menos de mi tamaño, convenientemente. Entra una vez que tengo a Viktor borracho y en la cama, se sale con la suya con él y yo me llevo todo el crédito. Lo llamamos el "maestro cebo y cambio". Honestamente, estoy tan orgullosa del juego de palabras como del truco en sí.

Suelto una risa y Shura me mira con enojo antes de agarrar la mano de Katya. —¿De verdad se lo cree?

—Como dije, está tan borracho cada vez —mete la mano en su regazo—. Deberíamos estar celebrando. El plan está funcionando. Nos estamos acercando a…

—Todavía no me gusta que el cabrón crea que está teniendo sexo contigo —gruñe Shura.

—¿*A ti* no te gusta? Piensa en mí. Tengo que fingir que quiero acostarme con él. —se acerca y presiona sus labios contra la oreja de mi acompañante—. Él no lo hace tan fácil como tú.

Puede que Shura esté sonrojado. No estoy seguro, porque nunca lo había visto antes, pero su mano se desliza hacia el regazo de Katya debajo de la mesa y se acomoda sin quejarse más.

Ella le besa la mejilla. —Estoy sacando información real de él. ¡Mierda que podemos *usar*! Son buenas noticias.

Shura parece querer discutir, pero el tiempo no es un lujo que podamos permitirnos. —¿Qué tienes para mí? —pregunto.

—Ah, esa es la noticia menos buena —su mirada se mueve rápidamente alrededor del restaurante, claramente recelosa de que la escuchen—. Viktor ha organizado un asesinato contra Mila.

—¿A su propia esposa? Maldito cobarde —Shura se vuelve hacia mí—. Ivan se va a poner como loco cuando se entere.

Hablando del diablo…

El Bentley de Ivan se detiene junto a la acera justo afuera del restaurante. No hay forma de que pueda ocultarle este tipo de información al hombre por mucho tiempo. Pero eso no significa que no pueda intentarlo.

—Déjame a Ivan. Katya, ¿algo más?

Se muerde el labio. —Mila no es la única que tiene un objetivo en la espalda. Slavik también ha lanzado un ataque. Contra… tu madre.

Se me cae la boca. Ni siquiera yo pensé que mi padre caería tan bajo. —¿Quiere matar a su esposa mentalmente inestable?

—Quiere hacerte daño, Andrey —explica Katya con suavidad—. También quiere socavar tu poder. Al eliminar a la gente que proteges, cree que puede exponerte como un líder débil.

—La manzana de Viktor ciertamente no cayó lejos de ese maldito árbol. —Pensar que la misma sangre corre por mis venas es absolutamente repulsivo.

Katya mira la hora en su reloj. —Realmente tengo que volver al trabajo. —Ella se gira hacia Shura y baja un poco la voz—. Pensaré en ti esta noche.

Su mirada permanece fría como el hielo, pero le devuelve el beso cuando ella se inclina hacia él. —Ten cuidado —le ordena—. Si intenta algo contigo…

—He estado luchando contra hombres con manos sueltas toda mi vida. Puedo manejar a Viktor.

Katya se marcha con un gesto de la mano justo cuando Ivan entra en el restaurante. Él ocupa su lugar en la mesa.

—Caballeros —dice con tristeza—. Espero que tengan buenas noticias para mí.

No envidio a ese miserable bastardo calvo. Negoció seguridad y poder cuando insistió en que Viktor se casara con su hija. A cambio, recibió a un borracho abusivo que, si se sale con la suya, hará que los maten a todos.

—Me temo que las buenas noticias escasean estos días, Ivan.

Asiente con tristeza. —¿Cómo está mi hija?

—A salvo —últimamente todos estamos haciendo promesas tibias, pero es lo mejor que puedo ofrecer por el momento.

Ivan parece saberlo. —Entonces, podemos pasar a los negocios. Supongo que me llamaron por alguna razón.

—Eres uno de los mejores contrabandistas que conozco, Ivan —lo digo en serio. No estaría aquí si no lo fuera—. Pero este trabajo requiere un poco más de delicadeza de lo habitual.

—¿Por qué?

—Porque lo que quiero contrabandear no son drogas —arquea una ceja con curiosidad, una invitación silenciosa a continuar—. Ya hemos hablado de esto. Ruta Siete. Una mujer. Necesito que se haga rápido. Mañana, a más tardar.

Shura se gira hacia mí, con la boca abierta. —Todavía no hemos perdido la guerra, Andrey. Tenemos tiempo.

—Tiempo es lo único que no tenemos, amigo mío —digo con cansancio—. Mi orgullo es lo que mató a María. Di lo que quieras de mí, pero aprendo de mis errores.

NATALIA

—No estás comiendo.

Katya mira el plato de aceitunas que acabo de empujar hacia ella. —No tengo hambre.

—¿Desde cuándo?

—Está pasando mucho en, uh… en la oficina. —se aclara la garganta—. Me han estado haciendo trabajar bastante. Es suficiente para hacer que una chica pierda el apetito.

Una vez, Katya se quedó con la cabeza atrapada entre los barrotes de una atracción en la feria, y en medio del departamento de bomberos que la soltaba con una sierra, convenció a un chico en la fila para que fuera a comprarle un pretzel suave. Ella *siempre* tiene apetito. Entre esto y el moretón en su muñeca, que todavía se esfuerza mucho por ocultarme, siento que algo está pasando.

Cuando ella y Mila intercambian una mirada, sé que tengo razón. —Algo está pasando contigo.

—No está pasando nada, Nat. Es solo estrés laboral.

—¿Las cosas están bien entre ti y Shura? —insisto—. Porque ustedes dos se han comportado de manera extraña últimamente. Shura ha sido un gilipollas mucho más de lo normal.

—Solo se siente desatendido por lo ocupada que he estado en el trabajo —Kat pone los ojos en blanco—. Su gran ego no puede soportar ser una segunda prioridad.

Su explicación tiene todo el sentido. *Entonces, ¿por qué no le creo?*

—Al menos tu hombre te deja salir de la casa —se queja Mila, señalando con el pulgar por encima del hombro hacia donde está Leonty sentado cerca de la puerta.

Hoy está de guardia. En teoría, está hablando con Misha y acariciando a Remi, pero sus ojos todavía revolotean en nuestra dirección cada pocos segundos, como si estuviera preocupado de que la tierra misma se abra y nos trague por completo.

—Leonty ha estado demasiado protector los últimos días.

—Bienvenida a mi mundo —me recuesto en la silla del patio, apoyando las manos en mi vientre —. Estar embarazada convierte a Andrey en mi sombra, pero al menos eso tiene sentido. No puedo evitar preguntarme qué es lo que tiene a todos los demás tan alterados.

Katya se atraganta con su limonada y Mila tiene que darle una palmada en la espalda. —¿Estás bien?

—Bien —balbucea, poniéndose roja—. Solo que se me fue por el camino equivocado —sin embargo, hace un esfuerzo decidido por evitar mirarme a los ojos. Justo cuando estoy a punto de reprenderla, señala hacia la casa—. Aquí están los chicos ahora.

Andrey y Shura caminan hacia nosotros. Katya guiña el ojo y le lanza un beso a Shura, lo cual debería ser normal, pero algo no está bien. Está dando un espectáculo y no sé por qué.

—Señoritas —saluda Shura con seriedad.

Andrey nos ofrece a todas un gesto sombrío mientras se sienta a mi lado y me rodea los hombros con un brazo. Lo mismo que con Katya… las acciones son correctas, pero las motivaciones parecen fuera de lugar.

—¿Qué han estado haciendo las chicas? —pregunta.

Mila arruga la nariz. —Encerradas en casa, la mayor parte del tiempo. Estábamos tratando de averiguar qué hacer con el resto de nuestro día. ¡Oye! ¿Qué tal un viaje de compras a…?

—¡No! —ladra Leonty.

No lo vi caminar para unirse a nuestro pequeño grupo, pero dejó a Misha y Remi al otro lado del patio y ahora está flotando justo sobre el hombro de Mila.

Kat se encoge de hombros. —Prefiero quedarme en casa, de todos modos.

—¿Desde cuándo? —murmuro.

—En casa será —suspira Mila con tristeza. Sin resistencia, sin agresividad, nada más que sumisión sumisa.

—Vale, ¡en serio! —espeto—. ¿Qué diablos está pasando? —vuelvo mi mirada hacia cada uno de ellos por turno—. Siento que estoy en la escuela secundaria y los chicos populares me mantienen al margen. Está pasando *algo* y todo el mundo está al tanto. Todos, menos yo, al parecer.

Andrey me besa la sien. —No pasa nada, *lastochka*.

Me limpio su beso. —¿Por qué soy la única que está en la oscuridad? Todos, excepto yo, se comportan de manera extraña. Quiero saber qué es —señalo con el dedo a Mila—. Te encanta ir de compras, y prefieres ir sola antes que dejar que alguien te convenza de quedarte.

—No sé… Es solo que todos están aquí —dice tímidamente—. Es agradable.

—No hagas eso. No me hagas sentir loca.

Andrey me atrae hacia su pecho. —Nadie piensa que estás loca, Nat. Solo nos estamos relajando.

Mi ceño se profundiza. ¿Me están engañando o estoy siendo ridícula? En cuanto a su punto, es un día soleado y todos los que amo están aquí. Debería respirar profundamente y disfrutarlo.

Lástima que no pueda.

Una ansiedad que no puedo nombrar me recorre el cuerpo y me pongo de pie. Seis pares de ojos me miran fijamente y yo levanto las manos en señal de rendición.

—Atrás. Solo necesito hacer pis —me escabullo entre las sillas, mi barriga rozando la nuca de Katya—. Es un procedimiento de rutina. No es necesaria una respuesta de emergencia.

Doy dos pasos hacia la casa de la piscina antes de que el dolor me ataque.

Me doy vuelta y Andrey está a mi lado al instante. —¿Natalia?

—Estoy bien —jadeo, tratando de despedirlo mientras otra ronda de dolor me retuerce las entrañas. —Ay. *Ay*.

Mila y Katya están a cada lado ahora. Kat me toma del brazo. —¿Te hiciste pis encima? ¿Es una infección urinaria? ¿Qué está pasando?

Quiero reír. O llorar. Tal vez gritar.

Pero no hay suficiente aire. Una nueva ola de agonía me atraviesa, y todo lo que puedo hacer es gemir.

Cuando se va, miro hacia arriba y veo tres rostros pálidos y preocupados que me miran. Detrás de ellos, Leonty y Shura están en alerta máxima. Su trabajo es protegerme, pero yo soy mi propia amenaza. ¿Qué pueden hacer?

Estoy a punto de preguntar cuando oigo la voz de la tía Annie a lo lejos. —¿Nat? ¿Cariño?

Empujo a Andrey hacia ella y él sabe a qué me refiero al instante. Ayuda a mi tía a cruzar el terreno irregular y la trae a mi lado.

—¿Qué pasa? —preguntan al unísono.

—Em, no estoy muy segura —admito—. Acabo de sentir un dolor muy agudo en mi… ¿estómago? ¿Creo? —Misha asoma la cabeza por encima de la multitud, y yo extiendo la mano para agarrar su mano—. Está bien, sin embargo. Sentí como si alguien estuviera introduciendo una picana eléctrica en mis entrañas, pero ya se fue.

—Eso suena como una contracción —comenta la tía Annie.

Ahora, sí me río. —No. No es posible.

—Estás embarazada de ocho meses de gemelas, cariño. Es casi imposible que todavía estés embarazada.

—¿Podría ser Braxton Hicks? —pregunta Andrey, el color yéndose de la cara.

—De todas formas, deberías llevarla a un hospital. Por si acaso.

Katya, como siempre, toma el consejo de la tía Annie como un evangelio y nos llama a todos a prestar atención. —Movilicémonos, gente. Mujer de parto.

—Tal vez —agrego dócilmente mientras Andrey casi me levanta y me arrastra hacia la casa.

Mila corre delante. —¡Te prepararé una maleta!

Shura corre hacia la entrada. —Traeré el auto.

Misha se pone a mi lado y a Andrey, todavía agarrando mi mano. —¿Puedo ir también?

Aprieto su mano. —Por supuesto, cariño. No lo haría de ninguna otra manera.

Misha y Remi corren detrás de Leonty y Shura, mientras me vuelvo hacia Andrey. Ahora que estamos solos, me siento lo suficientemente segura como para asustarme total y absolutamente. —No puedo estar de parto, Andrey. Esto no está sucediendo. ¿Y si esto realmente está sucediendo?

Él me sonríe, olvidando por completo toda la rareza de hace unos minutos. —Entonces, estamos a punto de conocer a nuestras niñas.

ANDREY

Juré proteger a Natalia, pero hay algunas cosas de las que no puedo salvarla. —¿Dónde está la maldita epidural?

La enfermera que acaba de traerle a Natalia más trozos de hielo es canosa, robusta y no se inmuta en absoluto ante mis gruñidos. —El parto no ha avanzado lo suficiente como para una epidural. Ten paciencia —sale de la habitación con un rápido gesto de la cabeza en dirección a Natalia.

—¿Puedes dejar de acosar al personal? —jadea Natalia entre contracciones—. ¡Saben lo que hacen!

—Tienes dolor. Tienen que solucionarlo.

Agarra mi mano y la aprieta con fuerza. —Dar a luz lo solucionará. El dolor es parte de la solución.

—Odio verte así —le paso una toallita húmeda por la frente.

Si no puedo gritarles a las enfermeras, puedo mantenerla fresca e hidratada. Es más fácil que concentrarme en mi corazón acelerado o en la pregunta que intenta salir de mi cráneo.

¿Estoy listo para ser padre?

—Necesito caminar —anuncia Natalia, apartando las mantas de la cama del hospital—. Necesito moverme. Ya no puedo sentarme aquí.

La ayudo a levantarse y la sigo mientras damos vueltas alrededor de la pequeña habitación. Cuando tiene una contracción, se dobla y yo le hago círculos relajantes a lo largo de la espalda.

—Dios, eso duele —gime.

—¿Necesitas más trocitos de hielo? Puedo hacer que Kat o Mila corran…

—No —camina como un pato, continuando su camino en círculos—. Solo quiero caminar.

Entra otra enfermera con más toallas mojadas. —¿Dónde está el Dr. Abdulov? —le grito.

La mujer se sobresalta como si le estuviera apuntando con una pistola a la cabeza. —Está haciendo la ronda. Vendrá pronto para comprobar cómo están las cosas.

Huye de la habitación y Natalia se ríe. —Quizás deberías intentar respirar hondo conmigo.

—Puedo respirar perfectamente. Vuelve a sentarte —la ayudo a volver a la cama y acomodo las almohadas detrás de su espalda—. ¿Cómoda?

—¿Es una pregunta capciosa?

Me deslizo detrás de ella en la cama. Se inclina hacia delante y yo le meto los pulgares en los nudos de la parte baja de la espalda. Gime y no sé si es de dolor o de alivio.

—No tienes que quedarte aquí conmigo todo el tiempo, ¿sabes? —murmura—. Si necesitas un descanso, puedes enviar a Annie o a Kat un rato. Mila. A cualquiera.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—No tienes que ver esto. No tenemos por qué sufrir los dos.

—No hay otro lugar en la Tierra en el que preferiría estar, Natalia. Ni siquiera tú puedes hacer que me vaya.

—Solo quería decir… —aprieta los dientes y las palabras mueren en sus labios. Me muevo hasta el final de la cama y le froto los pies hinchados—. Olvídalo. Solo… háblame. Di lo que sea.

Lo que sea. ¿Qué le dices a la mujer que está a punto de tener tus hijas? ¿Qué le dices a la luz de tu mundo en medio de una tormenta que amenaza con borrar hasta el último trocito de ella?

Abro la boca y rezo para que surja lo correcto. Lo que oigo me sorprende incluso a mí mismo.

—Me casaré contigo un día.

Entorna los ojos para mirarme a través del dolor. —Solo estás tratando de distraerme del dolor. Para ser justos… está funcionando.

—Estoy tratando de distraerte. Pero también lo digo en serio.

—Ver mis tobillos hinchados y mi espalda sudorosa te está convirtiendo en el tipo de persona que se casa, ¿eh?

—Tu valentía me está haciendo cambiar de opinión —corrijo—. Tu gracia y tu paciencia me hicieron cambiar de opinión. Tú eres todo para mí, Natalia. Eres mi futuro. Y nunca te dejaré ir. Nuestra familia es lo único que importa ahora.

De repente, parece darse cuenta de lo serio que hablo. —Ay, Andrey… —sonríe soñadoramente —. Sería un honor para mí ser tu esposa, Andrey. Pero…

La sonrisa se congela en mi rostro.

—…no hasta que hayas lidiado con Slavik y Nikolai —continúa—. No quiero preocuparme de que secuestren nuestra boda o de que nuestros seres queridos sean el objetivo. Quiero dejar atrás toda esa fealdad antes de que comencemos nuestra vida juntos.

Agarro su mano con fuerza. —Bebé, nuestra vida juntos ya ha comenzado.

Ella asiente. —Pero quiero empezar de cero. Sin la amenaza de un ataque que se cierne sobre nuestras cabezas todo el tiempo. Quiero convertirme en tu esposa sabiendo que nuestra familia está a salvo.

Dudo solo por un momento. Aceptar parece incorrecto, pero, cuando se trata de negociaciones, ella va a ganar todas y cada una de ellas en este estado. Ella grita con otra contracción, y aceptar es lo mínimo que puedo hacer.

—Vale. Podemos esperar. Pero, tan pronto como volvamos a casa, te pondré un anillo en el dedo.

Se ríe. —Solo tú me propondrías matrimonio antes de haberme dicho que me amas.

—*Lastochka,* ¿cómo podría no amarte?

Sus ojos están llorosos mientras agarra mi mano. —¿Sí?

—Somos tú y yo contra el mundo. Y nunca, nunca dejaré que perdamos.

Se estira hacia mí y yo acorto la distancia entre nosotros. Me besa febrilmente, sus uñas se clavan en mi mano mientras intenta acercarme más. Luego me suelta sin previo aviso. —Ayyy…

—¿Demasiada lengua?

Resopla. —No me hagas reír ahora. Duele demasiado.

La puerta se abre y entra el Dr. Abdulov. —¿Cómo están los futuros padres?

—Tiene dolor.

El Dr. Abdulov se sumerge entre sus piernas para examinarla. —Bien, parece que es hora de la epidural —anuncia, enderezándose—. Unos pocos centímetros más y estarás lo suficientemente dilatada para comenzar a empujar.

Natalia se apoya en mí mientras el anestesiólogo entra para administrar la epidural. La enorme aguja en su columna no parece perturbarla en comparación con el dolor de las contracciones, pero no puedo evitar hacer una mueca de dolor por la compasión.

Una vez que está dentro y las enfermeras se van de la habitación, Natalia agarra la parte delantera de mi camisa y me atrae hacia ella. —Andrey, tienes que prometerme algo.

—Dime. ¿Qué necesitas?

—Necesito saber que nuestras hijas estarán separadas de la Bratva. Sé que es parte de ti, pero no puedo permitir que se involucren. ¡Por favor!

—Natalia…

—Por favor —jadea de nuevo, negándose a soltar mi camiseta—. Necesito que me prometas…

Tomo su mano y la quito de mi camiseta antes de llevármela a los labios. —Haré todo lo posible para mantenerlas a salvo.

Frunce el ceño, sus ojos se desenfocan por un momento. —Eso no es… eso no es…

Pero no logra terminar la frase, porque el Dr. Abdulov está de vuelta en la habitación. Después de otra rápida comprobación, levanta las cejas. —Es hora.

Natalia intenta sentarse. —¿Ahora mismo? No, no estoy lista. No me siento lista. Dudo que

sea…

Grita con otra contracción, y toda la habitación se convierte en un torbellino de movimiento y actividad. Una enfermera arrastra dos moisés mientras otra despliega mantas para bebés.

—Puedes hacerlo —le susurro al oído.

El Dr. Abdulov le explica cómo y cuándo pujar, pero no parece que Natalia lo necesite. Cada vez que hace un esfuerzo se le pone la cara roja y casi me aplasta la mano.

—Vale, Natalia. Eso es genial —le dice el médico.

Pero ella me mira. Le beso la frente sudorosa. —Lo estás haciendo increíble. Sigue así.

Con un movimiento de cabeza, Natalia aprieta los dientes y empuja fuerte, fuerte, fuerte. Esta vez, me preocupa que se desmaye. —Respira —le digo, frotando su espalda mientras se prepara para empujar de nuevo.

Respira profundamente y, con un grito, Natalia da a luz a nuestra primera bebé.

—¡La tengo! —dice el Dr. Abdulov un momento después, un grito desgarrador llena la sala de partos.

La cabeza de Natalia cae hacia atrás contra la almohada empapada. Su rostro está enrojecido y sus ojos se cierran.

Pero el Dr. Abdulov no le da tiempo para recuperarse. —Lo siento, querida, pero no hay descanso, me temo. La segunda bebé está llegando. Dame otro empujón.

—No creo que pueda empujar más, Andrey —solloza—. Estoy tan cansada.

—Solo dame dos empujones más, mi *lastochka*. Dos más y habremos terminado.

Ella sacude la cabeza, pero yo le agarro la cara y la obligo a mirarme. —No necesitas que yo haga esto por ti. No necesitas a nadie. Eres fuerte, eres feroz, y sé que te quedan dos empujones más dentro de ti.

—Natalia, *ahora* —ordena el Dr. Abdulov.

Ella agarra mi mano con fuerza y empuja.

—Excelente —grita el Dr. Abdulov—. Excelente. Veo la cabeza. Un empujón más, Natalia.

Hay otro grito, y luego el doctor se aparta, con otra bebé en sus brazos.

Natalia se derrumba contra su almohada, sus ojos giran hacia atrás por el cansancio.

—Nuestras niñas. Lo hiciste —le digo—. Lo hiciste.

Pero el Dr. Abdulov está mirando a nuestra segunda niña con un ligero ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —ladro.

Los ojos de Natalie se abren de golpe. Acaba de dar a luz a gemelas, pero ya casi se levanta de la cama para ir al médico. —No pasa nada. ¿Qué quieres decir? ¿Las bebés…?

—Están bien —nos asegura el Dr. Abdulov con una sonrisa tímida—. Ambas están perfectamente sanas. Pero parece que hubo un pequeño error de lectura en las ecografías anteriores —el Dr. Abdulov le entrega el bebé a una de las enfermeras—. Ahora son los orgullosos padres de una niña *y* un niño sanos.

—Andrey —trina Natalia—, ¿escuchaste eso?

—Lo escuché —dejo caer mis labios sobre su frente para ocultar mi sorpresa—. Lo hiciste increíble.

Dos enfermeras se acercan a nosotros con pequeños bultos idénticos en sus brazos. Uno está envuelto en una manta rosa y el otro en una azul. Colocan a nuestra hija sobre Natalia y a nuestro hijo sobre mí.

En el momento en que el peso de mi hijo está en mis manos, algo cambia dentro de mí… algo cósmico, de otro mundo, algo más grande que yo.

Y me siento completo.

NATALIA

En cuanto abro los ojos, busco a mis bebés. *¿Grigory necesita un pañal nuevo? ¿Sarra tiene hambre?*

Desde hace una semana, son todo en lo que he podido pensar. He tenido sueños en los que los mecía para que se durmieran y calentaba los biberones.

—Todavía están dormidos —la voz de Andrey es un cálido susurro en la parte posterior de mi oído. Sus brazos me rodean y mi cabeza está apoyada sobre su pecho.

Sigo su dedo hasta el moisés que se balancea junto a nuestra cama. Efectivamente, hay dos pequeños pañales metidos dentro, seguros y tranquilos.

—Entonces, yo también debería estar durmiendo —dejo que mis ojos se cierren.

—Pero quiero hablar contigo.

Inclino mi cabeza hacia atrás y en el segundo en que veo sus labios carnosos estirados en una sonrisa y sus ojos grises helados sobre mí, no puedo encontrar la fuerza para enojarme porque mi siesta se interrumpió. —No puedo creer que hayas despertado a una madre primeriza. Eso tiene que ser un delito grave.

—No lo es. Créeme. Estoy familiarizado con la mayoría de los delitos graves.

Me río, pero no está bromeando exactamente. Tuve hijos con un hombre peligroso. Aunque ha sido fácil de olvidar la última semana… ser padre ha suavizado los bordes de Andrey de maneras que nunca esperé. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que tendría un asiento en primera fila para ver a Andrey Kuznetsov aprendiendo canciones infantiles en YouTube, le habría dicho que estaba loco. Pero está trabajando muy duro para ser un buen padre para nuestros bebés.

—¿Qué era tan importante que tenías que despertarme?

Se lleva un dedo a los labios e inclina la cabeza hacia la esquina de la habitación. Antes de que mis ojos puedan enfocarse en la esquina oscura, escucho el suave ronquido.

—¿Otra vez? —lentamente, distingo la forma de Misha acurrucada en la cómoda silla de amamantar.

—El Sr. Niñera siempre se presenta para el servicio.

Le doy un manotazo en el brazo a Andrey. —Es genial con los niños. Hoy hizo que Sarra se acostara a dormir la siesta.

—Sí, pero tenemos una niñera de verdad. Una cara.

—Eso fue tu elección. Todos los que tenían precios razonables no eran lo suficientemente buenos para nuestros bebés —le recuerdo. Misha se mueve en la silla y no puedo evitar sonreír —. Quiere participar. Y a mí me encanta la compañía.

—A este ritmo, tendremos que añadir otra cama aquí. Una mansión entera y todos vamos a dormir en la misma habitación.

—¿Solo me despertaste para quejarte sobre los arreglos para dormir?

Desliza una palma por mi brazo, haciendo girar nuestros dedos juntos. Lentamente, levanta mi mano en el aire. —Supongo que no necesitaba despertarte. He estado llevando este anillo conmigo durante un tiempo y quería asegurarme de que quedara bien.

Me quedo mirando mi mano levantada durante varios segundos antes de poder empezar a procesar el enorme diamante solitario que brilla en mi dedo anular.

—¡Andrey! —grito.

Me calma con sus labios, presionando un beso en mi boca mientras sigo mirando mi mano con la boca abierta.

—¿Te gusta? —susurra.

—¿Que si me… cómo has podido levantar mi mano? —pruebo mi mano en el aire, sintiendo el peso del anillo—. Esta cosa es enorme. Es… ¿Es mío?

—Si me preguntas si puse el anillo de otra persona en tu dedo, la respuesta es no.

—Pero debe haber costado una fortuna.

—Mucho menos de lo que vales —lleva mi mano a sus labios para besarla—. Lo habría tenido en tu mano antes, pero quería que la banda estuviera grabada.

Vuelvo mi mano para leer la inscripción grabada en el fino platino. ***Para siempre comenzó contigo.***

Las palabras se desdibujan detrás de un velo de lágrimas que no puedo controlar. —Esto es perfecto. El anillo. Tú. Todo significa mucho para mí.

—*Tú* significas mucho para mí.

Mi corazón se agita. —Me gusta este nuevo Andrey. El Andrey que lleva su corazón en la mano y se pone sentimental.

Sonríe. —Ahora, ¿soy sentimental?

—De la mejor manera posible.

Andrey sonríe, tomándolo como el cumplido que yo pretendía. Mira hacia la cuna donde Sarra

tiene un pequeño brazo acurrucado sobre su hermano. —Estos niños, esta familia… Todos ustedes me trajeron de vuelta a la vida. Y pasaré el resto de nuestras vidas tratando de recompensarte por lo que me has dado.

—No necesito que me pagues por nada, Andrey. Lo único que necesito, lo único que siempre he necesitado, eres tú. Solo tú.

—Entonces, ese será mi juramento hacia ti. Siempre estaré ahí para ti y nuestros hijos. Pase lo que pase —arquea una ceja—. Si me aceptas, claro está.

Un escalofrío recorre mi columna vertebral. —Sería un honor para mí ser tu esposa, Andrey Kuznetsov.

Me besa largo y tendido, sellando nuestra promesa en un momento privado que es solo nuestro. Cuando nos separamos, miro fijamente el anillo en mi dedo como si fuera a desaparecer.

Andrey me da un golpecito en el costado. —Tu pequeño centinela se está despertando.

Misha se mueve en la silla. Es demasiado alto para ella… juro que ha crecido un 30 centímetros en los últimos seis meses… así que mientras estira las piernas y arquea la espalda, se tambalea fuera del centro y la silla lo arroja hacia adelante al suelo.

En cuanto toca el suelo, se levanta de un salto, con el cabello despeinado y los ojos hinchados por el sueño, mirando a su alrededor en busca del malvado culpable que lo tiró al suelo.

Tengo que ponerme una mano sobre la boca para no echarme a reír.

Misha se sonroja mientras se frota los ojos para quitarse el sueño. —Lo siento. No quería quedarme dormido —se levanta de un tirón y luego camina hacia el moisés—. ¿Ya casi están listos para los biberones?

—Misha —dice Andrey, haciéndole un gesto para que se siente—, ¿te das cuenta de que no eres su niñera, verdad?

—Lo sé. Solo quiero ser útil.

—No tienes que ser útil —le digo—. Eres un adolescente. Sal afuera, métete en la piscina, juega un poco al fútbol. Siento que te estoy frenando.

Misha se deja caer en el borde de la cama. —No lo estás. Disfruto pasar tiempo contigo y con los gemelos.

—Y nos encanta tener compañía. Simplemente no quiero que te pierdas nada porque piensas que tienes que estar aquí con nosotros.

Misha se encoge de hombros. —Somos familia. ¿Dónde más estaría?

Lo dice con tanta naturalidad, y estoy a menos de dos minutos de una propuesta de matrimonio, así que no hay posibilidad de que mis ojos se queden secos. Me paso la mano por las mejillas y Misha mira el anillo en mi dedo.

Él silba. —Finalmente te lo dio.

Miro de Misha a Andrey y viceversa. —¿Lo sabías?

Misha se encoge de hombros. —Soy un espía, ¿recuerdas? —se ríe y me abraza—. Felicitaciones, Nat. Estoy feliz por ti.

—Espero que no hayas escuchado ya sobre las otras noticias emocionantes —dice Andrey.

La mirada inquisitiva de Misha me dice que no tiene idea de lo que Andrey está a punto de decir.

—Todavía no lo hablé con Natalia, pero solo porque sabía que estaría de acuerdo.

Misha se pone rígido. Su nuez de Adán sube y baja lentamente. —¿Vale…? —parece tan nervioso como yo me siento.

—Cuando Natalia y yo nos casemos, ella llevará mi nombre. Y los gemelos nacieron con mi nombre. Así que parece justo que tú también tengas el mismo nombre.

—¿Tú… quieres que sea un Kuznetsov?

Contengo la respiración. Mi corazón realmente no puede soportar estas grandes revelaciones emocionales.

—Tú mismo lo acabas de decir: somos familia —dice Andrey simplemente—. Pero es tu elección. Si quieres llevar mi nombre o no, eso no cambia lo que siento. Esto sería solo una formalidad.

—¿Qué tipo de formalidad?

—Legal —explica Andrey—. Pues Natalia y yo te adoptaríamos.

Andrey tenía toda la razón. Estoy de acuerdo. Estoy absolutamente de acuerdo, sin duda alguna.

Tomo la mano de Misha. Mi pecho se agita por la emoción. —Ya te sientes como mío, Misha. Pero, como dijo Andrey, sin presión. Tú decides.

Los ojos de Misha están vidriosos. Baja la mirada hacia los gemelos. —Pero ya tienen la familia perfecta. Tienen dos bebés recién nacidos… un niño y una niña. ¿Qué querrían con un chico de catorce años, cuyo papá es…?

Su voz se apaga y agarro su barbilla, obligándolo a mirarme a los ojos. —Eres valiente y leal. Eres amable y considerado e inteligente. ¿Qué padres no querrían un hijo así? Nuestra familia solo está completa contigo en ella, Misha.

Una lágrima rueda por su mejilla mientras se gira lentamente hacia Andrey.

—Siento lo mismo, Misha. Nos encantaría convertirte en parte oficial de esta familia… si nos aceptas.

Misha abre la boca, pero se derrumba en lágrimas, y yo lo agarro y lo sostengo contra mi hombro mientras llora libremente.

—Vamos a tomar eso como un sí —le susurro al oído.

Se ríe entre sollozos y miro a Andrey a los ojos por encima de la cabeza de Misha.

Tenemos nuestra respuesta.

ANDREY

Sarra, al igual que su madre, todavía está dormida cuando Grigory empieza a despertarse. La niña duerme como un tronco. Remi puede estar ladrando a una ardilla fuera de la ventana mientras Grigory llora a moco tendido, y Sarra no se despierta.

Grigory, por otro lado, se parece a mí. Se pone inquieto cuando se pone el sol, por eso nos encontramos vagando juntos por los jardines iluminados por la luna noche tras noche. Sin embargo, parece que le gusta el sonido de mi voz, así que le he contado cómo diseñó su abuela los jardines. Cómo los adoraba tanto como él.

—La hubieras amado —le digo, besando su cabeza mientras deambulamos entre árboles y alrededor de macizos de flores.

Ivan trasladó con éxito a mi madre a un nuevo centro de atención a tres estados de distancia. No quiero creer que mi padre realmente la atacaría, pero sé que no debo subestimarlo. Ella tiene un equipo de seguridad a gran escala y atención las 24 horas.

Sin embargo, las actualizaciones diarias del personal no son precisamente alentadoras. Están llenas de rabietas, negativas a tomar sus medicamentos, largos episodios de confusión. El traslado la tiene nerviosa y ha estado pidiendo mucho a su propia madre.

Entiendo el impulso. A medida que el mundo a mi alrededor se vuelve más desordenado, quiero a mi familia más cerca… Natalia, los gemelos, Misha. Diablos, me pongo nervioso cuando el perro está fuera de la vista durante demasiado tiempo. Si pensara que hay alguna posibilidad de que funcione, construiría muros de treinta metros de alto y nunca saldría de esta propiedad.

Pero el peligro tiene una forma de colarse por las grietas. La única forma de mantenerlos a salvo es erradicarlo.

Llevo a Grigory por el rincón del jardín donde mi madre pasaba la mayor parte del tiempo. Se ve diferente ahora. Los jardineros mantienen las cosas podadas y desmalezadas, pero yo prefería la naturaleza salvaje de la jardinería de mi madre. De todos modos, todavía puedo sentirla aquí en noches tranquilas como estas.

—Con suerte, algún día podrás conocerla —le digo—. Debería estar aquí con todos nosotros. Es parte de la familia.

Le señalo distintas flores y hablo de constelaciones de las que no sé nada hasta que Grigory

suelta un gemido que reconozco de inmediato.

—¿Ya tienes hambre? —le doy un beso en la coronilla y camino de regreso a la casa—. Papá te tiene.

Caminamos de regreso hacia adentro y entramos a mi oficina, y preparo un biberón de fórmula. Luego nos acomodamos nuevamente en el sofá mientras él come.

Está a la mitad de su leche cuando su mano revolotea contra mi pecho, enroscándose en mi remera mientras sus ojos comienzan a pesarse. Nada se siente tan puro.

Solía pasar noches sin dormir en esta oficina, preocupándome por territorios y enemigos. Se siente como una vida diferente. Un hombre diferente.

Sin embargo, no por mucho tiempo.

Los ojos de Grigory están casi cerrados cuando mi teléfono se enciende, vibrando en la mesa de café. El nombre de Shura aparece en la pantalla y esa vieja vida vuelve a inundarme.

Intento no molestar a mi hijo y respondo en voz baja—: Es tarde, lo que significa que esto no puede ser bueno.

—Es Nikolai —explica bruscamente—. Ha atacado algunos de nuestros lugares. Dos de los clubes, un restaurante.

—¿Qué tan grave es?

—Tres muertos, siete heridos. Algunos daños en las propiedades.

—Maldito hijo de puta.

—Dejó una nota —¿Es mi imaginación o la voz de Shura tiembla de ira? —La misma en los tres lugares. Estaré en la mansión pronto y puedo mostrártela…

—Dímelo ahora —acurruco a Grigory dormido en el sofá, construyendo una presa de almohadas a su alrededor antes de ponerme de pie. De repente, estoy vibrando con energía sin explotar.

Shura suspira y empieza a leer. —***Felicitaciones por el bebé, Andrey. La paternidad debe ser agotadora. No me extraña que hayas estado desaparecido últimamente. Disfruta de la baja por paternidad; ojalá tuviera ese lujo. Te mando saludos, Nikolai.***

—Joder.

—Estoy en la entrada de la casa —dice Shura—. Estaré en la oficina en breve.

Unos minutos después, Shura entra en la oficina. Está rojo y enojado, pero, cuando ve a Grigory en el sofá, se ablanda. —¿Está bien?

—Acabo de hacer que duerma —le hago un gesto a Shura para que me siga al otro lado de la habitación—. ¿Dónde está la nota?

La leo de nuevo, no sorprendido por el contenido, pero sorprendido por lo enojado que me pone verla escrita.

—*Mudak* —susurro, rompiendo el papel en pedazos—. Puso mucho esfuerzo en asegurarse de que mis hombres vieran este mensaje.

—Son solo tácticas baratas.

—Y puede que funcionen —dejo que los trozos del mensaje de Nikolai caigan como copos de nieve y luego los pisoteo mientras empiezo a caminar de nuevo.

—Tus hombres te apoyarán, ‘Drey.

—Efrem fue la prueba de que eso no es cierto. Se ve mal, Shura. Nikolai logró golpearme de nuevo mientras estaba ocupado haciendo ¿qué? ¿Cambiando pañales y jugando a ser el Sr. Mamá?

La vena de la mandíbula de Shura tiembla. —No estás “jugando” a nada. Son tus hijos a los que estás criando.

Me detengo en seco, mi mirada se dirige al bebé dormido en el sofá. Solo puedo ver la manzana de su mejilla vuelta hacia el techo. Al instante, la culpa invade los talones de la ira. —Tienes razón —sacudo la cabeza—. Tienes toda la jodida razón. Y no tengo que disculparme con nadie por querer estar ahí para ellos.

—Sé que primero quieres arreglar las cosas con tu padre… pero tampoco podemos dejar que Nikolai se descontrole.

—Si tan solo Slavik hubiera tenido la consideración de elegir un momento más conveniente para la adquisición. Es lo mínimo que podía haber hecho —me acerco a mi hijo y me siento a su lado —. Tener hijos me ha demostrado lo poco que conozco a mi propio padre. No importa lo que pase entre Grigory y yo, nunca podría levantar una mano contra mi hijo.

—Eso es porque eres capaz de algo de lo que Slavik nunca fue capaz —hace una mueca de dolor como si ya se arrepintiera de lo que está a punto de decir, pero sigue adelante de todos modos—. Amor.

Me río amargamente.

Shura se deja caer en una silla. —La culpa es de Kat por el sentimentalismo. Yo no era así antes de ella.

—Nuestras mujeres nos han cambiado —coincido—. No creo que sea algo malo.

Se mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca un paquete de cigarrillos sin abrir. —Solo que ahora tenemos algo que perder.

—¿Cuánto tiempo llevas con ellos?

—Desde que Katya empezó a confraternizar con el enemigo —responde con tono sombrío.

—Lo hace por el bien común.

—Sin ofender, hermano, pero pensar en eso no me mantiene caliente por las noches. No cuando sé que *mi* mujer es la que mantiene caliente ese apestoso montón de mierda de caballo por las noches. Y sí, sé que en realidad no es ella quien calienta —espeta antes de que pueda

interrumpirlo—. Pero eso no lo hace mejor.

Igualo el ceño fruncido de Shura con el mío. —Si pensara que corre un peligro real, la sacaría de allí en un instante. Lo sabes, ¿verdad?

Shura asiente lentamente. —Aun así, hay factores que están fuera de tu control. Y eso incluye a Viktor.

Parece exhausto. Demacrado y vacío. Empiezo a preguntarme por qué no me di cuenta antes, pero entonces Grigory hipa en sueños.

Ah, cierto.

Yo también he estado luchando con mis propias noches de insomnio. Solo que en un contexto totalmente diferente. Me pongo de pie de un salto, y de repente un bombillo se enciende sobre mi cabeza. —Tenemos que empezar a pensar de forma creativa si queremos acabar con estos bastardos rápidamente. Cuanto antes termine esto, más rápido Katya se liberará de las garras de Viktor, Misha podrá pasar la página, Nat y yo podremos concentrarnos en nuestra familia.

Las cejas de Shura se arquean con esperanza. —¿Qué tienes en mente?

—Una persona que estaba en ese avión con Slavik en su despedida de aquí. El único que nunca regresó.

La esperanza se desvanece en el rostro de Shura. —¿No hablas en serio?

—Joder, ¿por qué no? Sabemos que sigue viva.

—Eso no significa que sepa una mierda.

—¿Y si sí sabe?

Shura se pone de pie para encontrarse conmigo, todavía con el ceño fruncido. Al parecer, mi entusiasmo no es contagioso. —Hermano, si ella sabe algo importante, la vigilarán de cerca. ¿Y si Slavik espera que vayas a verla?

Resoplo. —¿Conoces a mi padre? Él cree que ella está por debajo de él, lo que significa que la subestimará.

Shura se endereza. —Bien, entonces la traemos a Estados Unidos y hablamos con ella. ¿Y si no sabe nada?

Me encojo de hombros. —Entonces, volvemos a empezar de cero.

Aunque rezo para que no lleguemos a eso.

NATALIA

Me siento erguida de golpe. —¿Sarra? —jadeo—. ¿Grigory?

Pero la habitación está vacía. La cama está fría. Incluso Remi se ha ido.

Empujo las mantas al final de la cama y agarro mi bata. Camino de puntillas por la casa silenciosa, esperando el peligro a cada paso.

Mis pensamientos se sienten salvajes e incontrolables. *¿Y si no están aquí? ¿Y si alguien se los llevó?*

Estoy a mitad de las escaleras cuando oigo un grito.

—¡Sarra! —corro escaleras abajo, siguiendo el sonido hasta el patio.

Entonces, me quedo congelada en la puerta, contemplando la escena frente a mí.

Andrey está arrodillado junto a la bañera del bebé, con espuma hasta los codos, sin camisa, y nuestra hija acurrucada junto a su antebrazo. Misha está con las piernas cruzadas junto a ellos, acariciando a Remi. Mila y la tía Annie están en el columpio, arrullando a un Grigory recién envuelto. El aire huele a jabón y polvos de lavanda.

El perro es el primero en notar mi presencia. Remi se anima y luego se acerca, sacando la lengua alegremente.

—¡Natalia! —dice Andrey cuando me ve—. ¿Qué haces fuera de la cama? Se suponía que debías enviar un mensaje de texto si necesitabas algo.

Se endereza y estoy pensando en volver a la cama ahora mismo. Pero no de la manera que él dice. Puede que sea padre, pero no hay cuerpo de papá a la vista para mi hombre.

Me acerco a él y tomo a mi hija recién lavada. —Estoy en posparto, no soy una inválida.

—Eso no importa —envuelve a Sarra en una toalla limpia y la deposita en mis brazos—. Deberías seguir descansando.

—Dormí toda la noche, gracias a ti —levanto la mano y acaricio las ojeras bajo sus ojos—. ¿Qué tal si tú duermes hoy y yo me quedo con el turno de noche?

—Puedo manejarlo —dice con desdén—. ¿Por qué no te sientas? Te traeré algo de beber.

—Andrey, no tienes que…

Pero ya se dirige a la cocina en busca de refrescos. Misha lo sigue. —Iré a ayudar.

Suspirando, acompaño a Sarra hasta una de las sillas del salón y me hundo en ella. —Soy capaz de prepararme una bebida.

—Pero no tienes que hacerlo —señala Mila—. No me quejaría si un hombre quisiera atenderme todo el tiempo.

—No me quejo. Solo…

—No sabes cómo dejar que te cuiden —interviene la tía Annie—. Deja que ese hombre te mime, cariño. Es bueno para los dos.

—Te has ganado la lotería —concuerda Mila—. Disfrútalo.

—Sé que tengo suerte. Solo me siento un poco inútil. Ha hecho todas las tomas de medianoche esta semana.

—Bueno, sacaste a dos seres humanos de tu vagina —dice Mila con voz cansina—. Tienes derecho a que te mimen un poco. Si Kat estuviera aquí, diría…

—¿Dónde ha estado Kat últimamente? —interrumpo—. La llamé tres veces ayer y me envió un mensaje diciendo que me llamaría de vuelta, pero nunca lo hizo.

Mila aparta la mirada de mí rápidamente, *demasiado* rápido, en mi opinión. —Ha estado ocupada en el trabajo.

—No hay forma de que esté tan ocupada. Algo le pasa.

Mila abre y cierra la boca un par de veces antes de saltar de repente de su silla. —Los chicos han vuelto con bebidas. Yo tomaré a Sarra.

Me quita a mi hija de los brazos antes de que pueda protestar. Entonces, Andrey se sienta a mi lado.

—¿Sabes qué está pasando con Katya? —pregunto.

—Tendrías que preguntarle a Shura.

—Lo haría, pero Shura tampoco está cerca jamás. Lo mismo con Leonty y Olaf. ¿Está ocurriendo algún juego de escondite del que no estoy al tanto?

—¿Los extrañas?

Entrecierro los ojos. —No, pero siento que me estoy perdiendo algo.

—No tienes que quedarte sentada esperando que pase lo peor, Nat.

Me quedo congelada, atrapada entre sus brazos y mis pensamientos salvajes. ¿No es esa la razón exacta por la que me levanté de la cama esta mañana, preguntándome dónde estaban mis hijos? ¿Preguntándome por qué estaba tan tranquilo? ¿Asustada de que todos hubieran desaparecido?

Tomo una respiración profunda. —Lo siento. Estoy siendo irracional.

Me besa la sien. —No te culpo. No te he dado exactamente un entorno libre de estrés este último año.

—No es tu culpa.

—Lo es —sus ojos plateados se vuelven acerados—. Pero tengo la intención de cambiar eso. Pronto.

A pesar del calor de su cuerpo acurrucado contra el mío, siento frío. —¿Qué significa eso?

Me besa de nuevo. —No te preocupes por eso.

Mis dedos se enroscan alrededor de la camisa que debe haberse puesto cuando estaba adentro. —Andrey, no quiero que corras riesgos innecesarios por mi bien. Sé que tienes que ocuparte de Slavik y Nikolai, pero no apresures nada.

—Me estoy encargando de ello.

—Andrey…

Me hace callar, poniendo un dedo sobre mis labios. —No te preocupes, pajarito. Recuerda la promesa que te hice. Te tengo. Tengo a esta familia.

Le creo, pero no siento menos frío.

Lo único que puedo hacer es deslizarme hacia el abrazo de Andrey y esperar que, en algún momento, el sentimiento pase.

ANDREY

—Te lo advierto —susurra Shura, abriendo un poco la puerta—, es una víbora.

—Sobrevivió a Slavik —digo—. Tiene que serlo.

Shura se encoge de hombros y luego hace pasar a la invitada de honor. Ola cruza la puerta pavoneándose, haciendo sonar los tacones sobre la madera dura. Cuando pasa a Shura, desliza sus uñas cuidadas sobre su mandíbula de barba incipiente. —Gracias, guapo.

Él retrocede con el ceño fruncido. —Estaré afuera si me necesitas, 'Drey.

Ella se ríe entre dientes, señalando con el pulgar a mi segundo. —Me tiene miedo.

—Porque es inteligente —hago un gesto hacia la silla frente a mí—. Siéntate, Ola.

A pesar de que son las tres de la tarde, Ola está vestida con un vestido de fiesta brillante que deja poco a la imaginación. Sonríe mientras se acomoda en el asiento y cruza las piernas, dejando al descubierto una gran extensión de muslo. —Al grano, como siempre. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Creo que fue en Raya, unas semanas antes de que te fueras con mi padre.

—Ah, sí —dice con una risita—. Raya. Qué lugar tan desagradable. Entraste mientras le hacía un baile erótico a tu padre.

Hago una mueca. —Siempre fuiste el tipo de mi padre. Lo similar atrae a lo similar.

—Y las manzanas no caen lejos del árbol. ¿Es por eso que estoy aquí? ¿Por fin estás listo para rascar esa picazón? —me mira con los párpados bajos mientras se inclina hacia delante, coloca su mano sobre mi muslo y la sube lentamente.

Le aparto la mano. —Soy un hombre casado.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Al parecer, además de la operación de senos, mi padre también le compró un nuevo juego de dientes blancos. —Eso ciertamente nunca detuvo a tu papi.

—Mi padre y yo somos hombres muy diferentes.

—Con suerte, eso significa que puedes mantener a una mujer satisfecha en la cama —se pasa la lengua por el labio inferior—. Slavik era un amante egoísta.

—No me interesan en absoluto los platos de segunda de mi padre, Ola.

Su sonrisa artificial desaparece por una fracción de segundo. —Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Este club es donde hago negocios. Esto de aquí… —hago un gesto entre ella y yo—. Son negocios.

—Bueno, considérame intrigada.

—No lo estés. No te gustará lo que tengo para decir.

Se seca las palmas sudorosas en los muslos, pero intenta hacerlo pasar como una picazón. —Cariño, si el precio es justo, me gustará todo lo que tengas para decir.

Me prometí a mí mismo que mantendría la calma, pero mi rostro se tuerce en una mueca de desprecio. —Una vez prostituta, siempre prostituta, ¿eh, Ola?

—No soy prostituta —sisea—. No lo he sido durante más de una década. Soy la mujer de tu padre. Su esposa en todo menos en el nombre.

Esta vez, es mi turno de reír. —Déjate de tonterías. Puedes usar Kuznetsov como tu apellido cuando puedas, pero ya no eres la número uno de Slavik. De hecho, ya no eres su favorita en absoluto, ¿verdad?

Sus ojos, muy delineados, se juntan. —Él todavía provee para…

—¿Te da un pequeño estipendio mensual a cambio de qué? —pregunto. —¿Tu silencio?

Ella deja escapar un suspiro de pánico. Luego, se aclara la garganta, se pasa una mano por sus largos mechones rubios y se pone de pie. Dos pasos y se mete entre mis piernas, su mano se desliza por el cuello abierto de mi camisa.

—Sabes, siempre te encontré increíblemente atractivo, Andrey —ronronea—. A veces, cuando tu padre estaba encima de mí, solía cerrar los ojos e imaginar que eras tú.

Empieza a deslizar su mano más abajo, pero agarro su muñeca y la giro hasta que grita. —Pensé que me había expresado claramente —gruño, mirándola directamente a los ojos abiertos y aterrorizados—. Estoy casado. Tócame otra vez y te arrepentirás. Intenta hacerle una paja a tus clientes sin dedos.

La empujo hacia atrás, haciendo que se tambalee hacia atrás. Se hunde de nuevo sin decir palabra, todavía masajeándose la muñeca.

—Ahora, dejemos de lado las tonterías y vayamos directo al grano, ¿de acuerdo?

Ola, con el ceño fruncido, abandona por completo la rutina de seductora. Encorva los hombros y sus piernas y manos cuelgan flácidas a sus costados. —Si te digo algo, él sabrá que fui yo. Me perseguirá y me matará por traicionarlo.

—¿Y tu alternativa es qué? ¿Rechazarme ahora y morir en el acto?

—Pensé que eras un hombre diferente a tu padre.

—Lo soy. En propósito, si no en métodos. Haré lo que sea necesario para proteger a mi familia.

Pero haré *lo que sea* necesario. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

El rubor en su pecho sube hasta sus mejillas. —Yo te diré todo lo que quieras saber —acepta—. Pero tengo condiciones.

—Nunca esperé nada menos. ¿Qué quieres?

—Libertad, dinero y seguridad —cuenta con los dedos—. Quiero desaparecer del radar de Slavik. Si me encuentra, él…

—Tienes mi palabra. Dime lo que sabes y tendrás las tres cosas.

Enarca las cejas. —¿Así de fácil?

—No he construido mi reputación sobre la nada. La pregunta es, ¿tienes alguna información que valga la pena?

Cruza las piernas. —Nikolai y Slavik están trabajando juntos.

Me cuesta un poco evitar que mi rostro delate alguna emoción. —¿Desde cuándo?

—Hace años. Más o menos cuando Slavik empezó a inquietarse —su rostro se contrae—. Más o menos cuando empezó a aburrirse de mí.

—¿La vida en Rusia no era lo que esperaba?

—Rusia había cambiado desde la última vez que Slavik estuvo allí. Ya no era el líder y lo odiaba. Solía ser… no lo llamaría un caballero… pero ¿encantador, tal vez? Pero esos últimos años con él… —se levanta el gran brazalete de oro de la muñeca y me muestra una cicatriz fina y sinuosa—. Se volvió bastante brutal.

—Tengo que admitir que me sorprendió saber que todavía estabas viva.

—Puede que haya perdido mi atractivo para él, pero no perdí la cabeza. Lo convencí de que estaba enamorada de él, de que mi lealtad era absoluta. Me creyó.

—Acariciar su ego siempre es una buena idea.

—Entre otras cosas —arquea las cejas sugerentemente—. Empezó a monitorear la situación aquí, siguiendo tus movimientos. Cuando se dio cuenta de lo lejos que te habías expandido en el territorio Kuznetsov, se puso furioso. Entonces percibió una oportunidad.

—Quiso tomar lo que yo había construido. ¿Fue cuando contactó Nikolai?

Ella asiente. —Fue cuidadoso con la forma en que se acercó al chico Rostov. Pero finalmente, los dos tuvieron una reunión. Él llevó a Nikolai a Moscú en un jet privado. Realmente le tendió la alfombra roja.

—¿Cómo se las arregló para traer a Nikolai a la mesa?

Se encoge de hombros. —No tengo idea. No estaba al tanto de las reuniones. Solo escuché fragmentos de lo que sucedió después. Incluso entonces, no fue gran cosa.

El silencio cae entre nosotros. Me levanto y me acerco tranquilamente a la ventana tintada. La

calle de abajo está tranquila. Aparte de unos pocos neoyorquinos que pasean a sus perros, no hay nada extraño. No hay rastro de mis enemigos.

Pero están ahí.

Siempre están ahí.

—Entonces, ¿fui útil? —pregunta Ola, incapaz de ocultar el temblor en su voz.

La miro por encima del hombro. Tiene mi edad. No más de treinta y cuatro o treinta y cinco años, pero parece mucho mayor. Más cansada.

—Vuelve a tu habitación y espera allí. Le diré a Shura que te lleve lo que necesites.

—¿Cómo sé que no entrará y me cortará la garganta?

—No lo sabes. Supongo que tendrás que confiar en mí.

Al darse cuenta de que no tiene otra opción, se da vuelta y se va. Por una vez, lo hace sin una broma de despedida.

En cuanto se va, Shura se desliza por la puerta. —Podría estar mintiendo.

No me sorprende que estuviera escuchando. Me sorprendería más si no lo estuviera. —Tal vez —coincido—. Pero no cambia nada.

Nikolai y Slavik. Slavik y Nikolai. Al final del día, ambos deben irse.

No me importa quién muera primero.

ANDREY

La puerta de mi oficina se abre de golpe y Katya entra a toda velocidad. Se tambalea sobre sus tacones, un vestido con estampado de leopardo y un grueso abrigo de piel ocultan su pequeña figura.

Shura intenta estabilizarla, pero lo pasa de largo y se lanza al baño. El sonido de sus arcadas responde a las preguntas que ninguno de los dos ha tenido tiempo de hacer.

Shura corre hacia la puerta, pero, antes de que pueda tocar o entrar, lo detengo. —Natalia nunca me quiso cerca cuando estaba vomitando. Dudo que Kat sea diferente.

Shura suspira y vuelve sobre sus pasos a mi escritorio. —Si la ha tocado, Dios me ayude, voy a acabar con la vida de ese hijo de puta hoy.

—Esperemos a que Katya nos diga qué está pasando, ¿vale?

Unos minutos después, Katya emerge, con la cara rosada mientras se seca los labios con una toalla de papel. —Disculpen eso, chicos. Me siento un poco agotada —se hunde en un asiento y deja escapar un suspiro de cansancio—. Bueno, en fin. Información. Nikolai está trabajando con Slavik.

—Ahí está la corroboración que querías —murmura Shura.

Katya se gira hacia mí. —¿Ya lo sabías?

—Nos enteramos hace unas horas.

Tiene los ojos muy abiertos y curiosos. —¿Cómo?

—Ola, la ex amante de Slavik. La traje en avión desde Rusia y cantó como un canario.

—Bueno, no mentía —confirma Kat—. Aparentemente, Slavik ha estado planeando esta adquisición durante años. Consiguió que Nikolai se uniera a bordo y eso aceleró todo.

—¿Viktor te contó todo esto?

—Justo antes de que lo dejara. Sin embargo, dudo que recuerde lo que me dijo cuando se despierte. Estaba bastante borracho.

—No son ni las cinco —escupe Shura. Luego, mira su desagradable vestido—. ¿Él te compró esa

monstruosidad?

Ella se remueve incómoda en su lugar. —Me he salido con la mía sin tener sexo con él, Shura. No puedo rechazar sus regalos.

—Realmente lo has convencido, ¿no?

—Tranquilo, hermano —le advierto—. Ella solo está haciendo su trabajo.

—¿Quién iba a pensar que sería tan buena en eso? —murmura.

Kat se gira hacia él. —¿Me estás acusando de algo? No seas cobarde. Escúpelo. Dímelo en mi maldita…

Me introduzco entre ellos antes de que Kat pueda poner sus garras bien cuidadas al alcance de mi segundo al mando. —Él no te está acusando de nada, Kat. Shura solo…

—¡No hables por mí, maldita sea! —brama Shura—. Soy perfectamente capaz de explicar lo que quiero decir por mi cuenta.

—¡Vale, entonces! —responde Katya—. ¡Dime lo que realmente piensas de mí!

Encuentro los ojos de Shura y le aconsejo en silencio: *No digas algo de lo que luego te arrepentirás.*

Rápidamente ignora mi advertencia silenciosa. —Creo que estás disfrutando de ser la puta de Viktor.

Algo de lo que te arrepentirás…

Como eso.

Estremeciéndome, cierro los ojos mientras la respiración de Katya se agita. —Tú… eres un… *¡gilipollas!*

Luego, se echa a llorar.

Lejos de redoblar su ira, Shura parece estar en pánico. —Kat…

Ella levanta la mano, casi golpeando a Shura. —No me hables. De ahora en adelante, me dirigiré solo a Andrey —le da la espalda a Shura y me mira, con lágrimas aun corriendo sin control por sus mejillas—. Hay una cosa más que debes saber. El ataque a Mila sigue activo.

—Sí, no esperaba que eso desapareciera de la noche a la mañana —admito—. Mi hermano no perdona un desaire fácilmente.

—Es más que eso —Kat tira del dobladillo de su vestido—. No solo quiere venganza; quiere que Mila desaparezca por completo.

—¿Cuál es el plan de mi hermano, Kat? —pregunto con suavidad, levantando una mano para evitar que Shura se entrometa.

—Quiere… volver a casarse.

—¡Ay, no, *joder*! —estalla Shura—. Quiere casarse contigo, ¿no?

Katya hace una mueca, y está claro que Shura tiene razón. —¿Ya te lo pidió, Katya?

Ella asiente. —Más o menos.

—¿Y qué dijiste? —Shura gruñe.

—¡Tenía que decir que sí! —aun así, se niega a mirarlo a los ojos—. ¿Por qué crees que me contó sobre Nikolai y Slavik en primer lugar?

Shura patea el costado de mi escritorio con tanta fuerza que todo se desliza unos centímetros hacia la izquierda. —¿Cuánto tiempo más vamos a seguir con esto? ¿Hasta que te cases? ¿Hasta que tengas su primer hijo?

—Shura… —los ojos de Kat todavía brillan con lágrimas. Pero la ira ha desaparecido de su rostro, de su voz. Ahora parece rota.

Es entonces cuando lo entiendo. Cuando las piezas encajan.

Por desgracia, Shura no parece haber llegado a la misma conclusión.

—Katya, sé que sientes que necesitas hacer esto por el bien de Nat, pero créeme: ella no querría que te pongas en esta posición por ella —se pone de rodillas frente a ella y le agarra las manos —. Por favor, te lo ruego… esto ha durado demasiado. Tienes que salir mientras aún puedas.

Hay un momento de silencio.

Luego—: Vale.

La mandíbula de Shura cae. —¿D-disculpa?

Otra lágrima cae por la mejilla de Katya. Se gira hacia mí. —Andrey, creo que es mejor que me salga ahora. ¿Está bien?

Solo puedo asentir. —Sí. Especialmente ahora.

Shura se gira hacia mí con el ceño fruncido. —¿Qué significa eso? ¿“Especialmente ahora”?

Katya le toca la cara y atrae su mirada hacia ella. —Shura… estoy embarazada.

Si el hombre no estuviera ya de rodillas, lo estaría ahora. Está sin palabras.

—Las cosas han estado tan agitadas últimamente que ni siquiera noté que mi período se retrasó. Pero luego, los últimos días… las náuseas matutinas…

Su mandíbula se tensa. —¿Es…?

—Si me preguntas si el bebé es tuyo, te daré una patada en los huevos tan fuerte que este será tu primer y último hijo. ¿Me entiendes, Shura Federov?

Una sonrisa atónita se extiende lentamente por sus labios. Se levanta, agarra a Kat con una mano a cada lado de su rostro y aplasta sus labios contra los de ella.

Me doy vuelta para darles un poco de privacidad.

—Idiota —murmura Kat entre risas.

Shura la abraza fuerte, sonriendo como un tonto por encima de su cabeza.

Pero, en el segundo en que sus ojos se encuentran con los míos, su sonrisa se desvanece. Sus ojos son fríos y duros. —Voy a ser padre, 'Drey. Voy a… *Joder*. Tenemos que acabar con esto —dice entre dientes—. Por todos nuestros hijos.

NATALIA

—No puedo esperar a mi cita con el médico.

—Eso es algo que nunca pensé que escucharía de ti —bromea Kat.

Salgo de la piscina y me deslizo en la silla vacía entre las chicas. —Han pasado seis semanas y este podría ser el día en que me den el visto bueno para empezar a hacer ejercicio con normalidad.

—Ah. Por supuesto. *"Hacer ejercicio"* —Kat se traga una risita mientras asiente sin ninguna seriedad—. Sé lo en serio que te tomas el *ejercicio*.

Mila se ríe. —Sí, a mí también me entusiasma el ejercicio físico saludable y vigoroso. Preferiblemente, del tipo horizontal.

—No es eso lo que quise decir, gilipollas —mientras mis dos amigas me lanzan miradas escépticas, levanto las manos—. Ay, vale… sí es lo que quise decir. Han pasado casi dos meses sin sexo y estoy lista…

—¿Para que te follen? —ofrece Katya.

—¿Para el baile sin pantalones?

Arrugo la nariz. —Bruto, pero… no inexacto.

Hace un par de semanas ya me sentía lista, pero Andrey es muy estricto con las reglas en lo que respecta a mi salud. No me pondrá un dedo encima hasta que el médico nos dé luz verde. Su preocupación por mí fue conmovedor al principio, pero ahora preferiría un tipo de contacto muy diferente.

—Pensé que Andrey sería el que estaría ansioso por llevarme a esta cita, pero… —miro hacia abajo, a mi traje de baño conservador. Es un body más que nada. La cremallera de tres cuartos está abierta, revelando el escote que me ha dado la lactancia, pero, por lo demás estoy cubierta desde el cuello hasta las muñecas.

—¿Pero qué? —insiste Mila.

Miro su diminuto bikini rojo con una cantidad no pequeña de envidia antes de señalar mi propio cuerpo. —No luzco exactamente en mi mejor momento.

—¡Por el amor de Dios, Nat! —grita Mila—. ¡Acabas de tener *gemelos*!

—Claro. Por eso Andrey básicamente me apartó de él hace dos noches. Me puse un nuevo conjunto de lencería, segura de que sería capaz de seducirlo. Pero apenas me miró.

Kat me hace un gesto de desdén. —Estás loca, chica. Él te desea; simplemente no quiere imponerse a tu cuerpo antes de que esté listo.

—Pero está listo. ¡Estoy lista! —frunzo el ceño al ver la panza que tengo—. Bueno, mentalmente, estoy lista.

—Estás siendo ridícula. —Mila busca el protector solar—. Eres muy sexy. Di la palabra y *yo* te llevaré a la cama.

—Deshazte de esta tienda de campaña que llamas traje de baño y saca los bikinis atrevidos. Andrey no podrá evitarlo.

—Mira quien habla. ¿Por qué *tú* no estás en bikini?

Katya nunca pierde una oportunidad de saltar a la piscina. Pero hoy ha optado por sentarse a la sombra con sus pantalones cortos y una camiseta demasiado grande que supongo que es de Shura.

Me da una sonrisa reservada. —Ah, bueno, qué gracioso que preguntes… Tengo algo que contarles.

Sigue sonriéndonos hasta que la sacudo por los hombros. —Ahora no es el momento de volverse buena con los secretos, Kat. Escúpelo.

—¡Estoy embarazada!

Todavía estoy empapada, pero eso no me impide arrojarme en su silla y abrazarla con todas mis fuerzas mientras grito.

—Estás goteando sobre mí —se queja, aunque puedo escuchar la sonrisa en su voz.

Mila se une a nosotras en el grupo, apretándonos a las dos. —¡No puedo creer esto!

Katya finalmente logra empujarnos de regreso a nuestras propias sillas. —Estoy de casi tres meses. No me enteré de inmediato. Pensé que algunos de los síntomas se debían a… —se interrumpe—. No importa, no importa. ¡Estoy tan feliz!

—¿Por qué no lo estarías? —suspira Mila—. Vas a tener un bebé con el hombre que amas. ¿Qué podría ser mejor?

Katya se encoge de hombros. —Nunca me vi con una familia. Fantaseaba con ascensos y trajes de Stella McCartney. No con bebés y cercas blancas.

—Nuestros hijos serán cercanos en edades —le aprieto la mano—. ¡Esto va a ser muy divertido!

Se ríe nerviosamente. —Solo espero no arruinar a este niño.

—Estarás bien. Y, si necesitas ayuda, estoy aquí para ti.

—Todos lo estamos —añade Mila—. ¿Cómo se siente Shura al respecto?

—Estaba emocionado. Ya lo conoces, ya está planeando los próximos veinte años de nuestras vidas —me agarro el corazón y Mila tiene lágrimas en los ojos—. Aparentemente, vamos a tener muchos más hijos. Quiere un equipo de béisbol.

—Y voy a cumplir con eso —interrumpe Shura.

Las tres nos damos vuelta y vemos a nuestros hombres bajando las escaleras. Me apresuro a abrazar a Shura. —Estoy tan feliz por ustedes.

Como es un caballero, Shura no menciona que le mojé la camisa mientras se sienta al lado de Katya y le pasa un brazo por los hombros.

Leonty le da un codazo a Mila. —Deberíamos empezar. Quiero equipos de béisbol que compitan.

Mila se atraganta con su jugo de naranja. —Disculpa, pero este cuerpo no puede con un equipo de béisbol. Será uno solo para mí.

Leonty solo le guiña el ojo. —Ya veremos.

Sus bromas juguetonas son como música para mis oídos. ¿Es posible que la vida pueda ser así? ¿Mis amigos felices? ¿Mi familia unida? ¿Todos a salvo y prosperando?

—¿Qué está pasando en esa linda cabecita tuya, *lastochka*? —Andrey desliza una mano por mi muslo, pero se detiene a unos centímetros de donde realmente quiero.

—Ah, nada —digo tímidamente—. Solo estoy echando un vistazo al futuro.

—¿Y? ¿Qué ves?

—Exactamente esto —digo—. Pero con muchos más niños.

Él levanta las cejas. —¿Los nuestros o los de ellos?

—Una mezcla —me sonrojo—. Quizás no un equipo de béisbol completo, pero sí quiero algunos más.

—Suena como un plan.

Esos ojos plateados suyos son tan brillantes, pero las nubes que se ciernen sobre nuestras cabezas nunca están lejos.

—Pero no tengo prisa —agrego—. Ambos necesitamos tiempo.

Una ceja se arquea más en su frente. —¿Por qué necesito tiempo?

—Bueno… —me aclaro la garganta con timidez—. Slavik y Nikolai, por ejemplo.

Su boca se curva hacia abajo al instante. Sabe cómo me siento acerca de echar raíces con esas amenazas ahí afuera, pero aun así odio tener que mencionarlo. Quiero vivir en esta pequeña burbuja perfecta.

—Por supuesto. Lo entiendo —me aprieta el muslo y se pone de pie.

—¿A dónde vas?

—Tengo un pequeño trabajo del que ocuparme antes de tu cita de esta tarde.

Sin previo aviso, camina por el césped. Incluso los demás parecen sorprendidos por su repentina partida. Agarro mi bata, me la pongo y corro tras él.

—¡Andrey! Espera.

Se detiene en la escalera. —No corras. No quiero que te esfuerces.

—No soy yo quien corre —cruzo los brazos sobre el pecho—. No quise molestarte, pero…

—No me molestaste.

—Entonces, ¿por qué saliste corriendo como si un enjambre de langostas viniera tras de ti?

Suspira, su rostro se suaviza. —Mi reacción no tuvo nada que ver contigo. Son Nikolai y Slavik. Quiero que se vayan.

—Yo también, pero no podemos dejar que nos roben los pequeños momentos. Tenemos que intentar disfrutarnos.

—Es duro cuando ni siquiera puedes dormir por la noche —dice con brusquedad. Cuando ve mi confusión, se pasa una mano por el cabello. —Has estado teniendo pesadillas. Dijiste su nombre.

No tengo que preguntar de quién era el nombre. Recuerdo muy bien la pesadilla.

—Mierda… lo siento.

—¿Por qué te disculpas, Natalia? Es mi culpa.

—No, no lo es. No digas eso.

Con un suspiro, se inclina y me da un beso en la frente. —Sé que solo has querido hacer terapia una vez a la semana desde que llegaron los gemelos, pero creo que podría ayudar verla dos veces por semana como solías hacerlo.

Estoy tan decidida a darle un poco de cariño que me encuentro asintiendo. —Está bien, lo haré.

—Bien —me roza la mejilla con las puntas de los dedos—. Te recogeré en una hora.

Dicho esto, se da la vuelta y se va, dejándome la piel hormigueando, el corazón dolorido y el centro palpitando.

NATALIA

—Gracias a Dios que se acabó —gruñe Andrey en cuanto salimos del aparcamiento—. No es natural obligar a un hombre a ver a su mujer con otro hombre entre las piernas.

—Ay, por el amor de Dios —me burlo. En secreto, me siento un poco halagada por su onda de golpes de pecho de *"ella es mi mujer"*. —Es mi médico. No te importó cuando me estaba sacando a los gemelos.

—Es una situación totalmente diferente.

—Bueno, lo que sea. Me alegro de poder empezar a hacer ejercicio de nuevo.

Su cabeza gira en mi dirección, arqueando las cejas. —¿Has estado tomando proteína para antes de entrenar o algo así últimamente? He tenido un gimnasio en la propiedad desde que nos conocimos, y no te he visto usarlo ni una vez.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué? —me mira como si no lo supiera. Como si no fuera dolorosamente obvio exactamente a qué me refiero.

Me muevo incómoda en mi asiento. —Quiero recuperar mi cuerpo de antes del embarazo. Estoy segura de que tú también.

Arquea aún más esas cejas oscuras. —Me gusta tu cuerpo exactamente como es.

—Sí, estoy segura de que las estrías son realmente excitantes —resoplo—. De lo que están hechas las fantasías.

Pero Andrey no se ríe. —Tengo una mujer que llevó a mis hijos, los dio a luz y ha pasado las últimas seis semanas cuidándolos y amamantándolos. De eso están hechas las fantasías, Natalia.

Frunzo los labios. —Sí. Claro. Totalmente.

De repente, el auto hace un volantazo.

Agarro la puerta y contengo un grito mientras Andrey aparca en una calle lateral desierta. —¡Andrey! —grito—. ¿Qué estás haciendo?

Se gira hacia mí después de poner el auto en modo de aparcado. —Estoy tratando de averiguar

dónde fallé —se gira hacia mí—. Porque, de alguna manera, tienes la impresión de que no te encuentro atractiva.

Mis mejillas están rojas como el fuego. —Bueno, no hemos precisamente tenido sexo últimamente.

—Porque, hasta hace unos minutos, no tenías autorización médica para tener sexo.

—He estado bien durante las últimas dos semanas y yo… ¿Sabes qué? No importa. No es gran cosa. Vamos a casa, ¿vale?

Andrey quita sus manos del volante. —La noche que te pusiste esa cosa rosa para dormir, tuve que escabullirme en medio de la noche para masturbarme antes de poder dormir. Casi me froto hasta quedar en carne viva.

—¿Tú *qué*?

—Natalia, no tienes ni puta idea de lo sexy que eres. Ahora mismo, exactamente como estás —enrolla una mano alrededor de mi cintura y, de repente, me encuentro volando sobre la consola central, aterrizando justo en el regazo de Andrey. Él toma mi mano y la coloca en su entrepierna —. ¿Qué sientes?

Mis ojos se agrandan. —Estás duro.

Él sonríe, inclinando su asiento hacia atrás para que mi columna ya no golpee el volante. Sus manos se deslizan por mi espalda y aprietan mis caderas.

—Andrey —grito mientras levanta mi falda y la sube hasta mi cintura—. ¿Qué estás…? ¡No podemos! No aquí.

—¿Por qué diablos no?

—Porque… —miro a mi alrededor. Esta calle parece desierta, pero eso no significa que se quedará así—. ¡Estamos al aire libre! Cualquiera que pase por aquí podrá vernos.

Sus dedos se deslizan por mis muslos y apartan mis bragas. —Entonces, démosles un espectáculo.

—Solo esperemos —intento apartarlo mientras me froto contra su polla—. Cuando lleguemos a casa, podemos…

—Ya esperé suficiente, *lastochka* —gruñe, mordisqueándome la oreja mientras sus dedos se deslizan dentro de mí—. Ya terminé de esperar.

Dejo de preocuparme por los transeúntes casi al mismo tiempo que apoyo las palmas de las manos en el techo del auto y me dejo caer sobre los dedos de Andrey. El Dr. Abdulov y el mismísimo Papa podrían estar en el asiento trasero y yo no podría detenerme.

Hace círculos con el pulgar sobre mi centro y grito. Es vergonzoso lo cerca que estoy ya. Cuánto he estado esperando esto.

Pero a Andrey no parece importarle. Sus labios rozan la concha de mi oreja. —He echado de menos la forma en que me respondes.

Acaricia con los dedos hacia fuera y hacia dentro y yo arqueo la espalda hasta que mis omóplatos tocan la bocina. Solo soy vagamente consciente del sonido. Para mí, ahora no es más que ruido blanco.

Estoy demasiado consumida por Andrey… sus ojos intensos, sus labios perfectos.

Me apresuro a desabrocharle los pantalones y, si había alguna duda sobre su atracción por mí, desaparece en el momento en que se libera. Cuando envuelvo mi mano alrededor de su longitud, él gruñe. Está tan tenso que apenas puede moverse mientras lo presiono contra mi entrada y me deslizo hacia abajo, hacia abajo, hacia *abajo*.

Nos hundimos juntos con un suspiro mutuo de alivio, y presiono mi frente contra la suya. —Te he extrañado.

—Estoy aquí, *lastochka* —entrelaza sus dedos con los míos, envolviendo nuestros brazos alrededor de mi espalda baja para poder trabajar más profundamente en mí—. Siempre estaré aquí.

Nos movemos juntos hasta que el auto se balancea hacia adelante y hacia atrás. Hasta que nuestro jadeo empaña las ventanas.

—¿Cómo puedes tener alguna duda de que te deseo, bebé? —gruñe Andrey mientras embiste desde abajo—. Esto es lo que quiero. Tú y yo, siempre…

El orgasmo me roba una respuesta. Durante un largo tiempo, todo lo que puedo hacer es gemir y ceder ante él. Hasta que, finalmente, me suelta abajo, sin aliento, sudorosa y agotada.

—Esto es lo que quiero yo también —le susurro—. Siempre.

ANDREY

Leonty ocupa toda la pantalla de la videollamada desde un ángulo bajo, lo que me permite ver su barbilla y directamente sus fosas nasales.

—¿Dónde está Mila? —pregunto.

—La tengo vigilada —Leonty gira el teléfono para que pueda ver la silueta de Mila a través de las ventanas de vidrio—. Está organizando el regalo para Nat. Aparentemente, tengo un gusto horrible y mis sugerencias no son útiles, así que me vi relegado a quedarme en el auto parado junto a la acera.

—¿Has detectado alguna actividad sospechosa?

—Es Nueva York —replica Leonty—. Todos aquí parecen sospechosos.

Hay momentos en los que admiro la naturaleza alegre y tranquila de mi primo. Hay momentos en los que no.

—¿Estás seguro de que está bien ahí sola?

—Si no pensara que lo estuviera, estaría ahí con ella —suspira—. He sido un poco sobreprotector esta semana por el plan de Viktor para ella. Dice que tengo que darle espacio, así que eso es lo que estoy tratando de hacer.

—Dale espacio cuando vuelva a la mansión —respondo—. No cuando estén al aire libre.

—No dejes que Mila te escuche, o se quejará de que tú también eres sobreprotector. —se pasa una mano por la barba incipiente. Irónicamente, eso solo lo hace parecer más aniñado—. Ah, ahí viene.

En lugar de sentarse en el asiento del pasajero, Mila se detiene frente a la puerta de Leonty y asoma la cabeza por la ventana para compartir la pantalla.

—Hice el pedido —me informa—. Debería estar listo en aproximadamente una semana.

—Bien. Ahora, ¿por qué no regresan a la mansión?

Mila frunce el ceño. —¿Estás bromeando? ¡Es la primera vez que salgo de la casa en semanas!

Antes de que pueda decirle que deje de correr riesgos innecesarios, Leonty se me adelanta. —

Cariño, hay un ataque planeado sobre tu cabeza, ¿recuerdas? Ya tentamos al destino lo suficiente con salir hoy. Volvamos a casa.

Sus labios sobresalen en un puchero. —¿Qué es una hora más?

—Mila —dice Leonty entrecerrando los ojos. Su tono es más duro de lo que lo he oído jamás.

—Ay, está bien. Volveré a casa como una buena chica —señalándome con el dedo, añade—: Pero al menos puedes darme cinco minutos para coger algo de la tienda de chocolate de al lado. Kat ha estado deseando cacao últimamente. Quiero sorprenderla con algo dulce.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada, se da vuelta y entra en la tienda.

—Mujeres —suspira Leonty, desabrochándose el cinturón de seguridad—. Entraré con…

El sonido inconfundible de disparos atraviesa el aire. Leonty casi deja caer el teléfono, dejándome viendo una espiral de colores que se tambalea.

—¡Joder! —grita—. ¡Mila!

La pantalla parpadea antes de que arroje el teléfono a algún lado. Todo lo que veo es oscuridad, pero puedo escuchar cada palabra.

—¡Hijos de puta! —grita Leonty bajo un torrente de sonido astillado.

Oigo cristales rompiéndose, más disparos y el pánico de gritos aterrorizados. —¡Mila! Mila, quédate conmigo, nena. Por favor.

Termino la llamada y marco el 911.

Shura, Kat y Natalia aparecen a toda velocidad por la esquina justo cuando le estoy dando al operador de emergencias la ubicación de Mila y Leonty.

—¿Qué pasó? —pregunta Natalia, con el rostro pálido.

—Hubo un ataque a Mila —digo con voz áspera—. Me dirijo hacia allí ahora.

—Iré contigo —dice Shura antes de salir corriendo de la mansión para encender el Escalade. Katya lo sigue sin decir palabra.

—¡Yo también voy! —dice Natalia.

—Natalia, creo que es mejor si…

—¡Mila es mi amiga! —estalla en mi cara—. Y no me sentaré aquí a esperar noticias cuando podría estar con ella. Voy a ir.

Considero brevemente atarla y obligarla a quedarse, pero no tenemos tiempo. —Está bien, pero te quedarás a mi lado todo el tiempo. ¿Está claro?

Ella asiente. —Siempre.



LEONTY ESTÁ DESPLOMADO en el suelo de la sala de emergencias cuando llegamos al hospital. Los codos descansan sobre las rodillas, la cabeza cuelga entre los omóplatos.

Levanta la vista, los ojos enrojecidos, lágrimas secas grabadas en sus mejillas. —Mierda, vinieron todos.

—Por supuesto que vinimos todos —Natalia lo agarra del brazo, sujetándolo como si tuviera miedo de perderlo también—. ¿Dónde está?

—La trajeron hace veinte minutos para una cirugía de emergencia —Leonty hipa—. Joder… había tanta sangre…

—Mila es fuerte, Leonty —interviene Kat—. Saldrá de esto.

Leonty mira más allá de Kat hacia mí. —Tenías razón, Andrey. Nunca debí haberla perdido de vista. Ni siquiera por un segundo. Todo esto es culpa mía.

Me agacho frente a mi primo destrozado y lo agarro por los hombros. —Detén esto, hombre. Mila necesita que seas fuerte por ella. Culparte a ti mismo no resolverá nada.

Sus ojos están fijos en los míos, pero es como si mirara a través de mí. —Si ella muere… ¿qué haré?

Natalia lo rodea con su brazo y él solloza contra su hombro. Katya se sienta en su lado opuesto, dándole palmaditas en el brazo. Me uno a Shura en la esquina.

—Gracias a Dios por las chicas —dice Shura con voz áspera—. Yo no sabría qué hacer.

No digo una palabra. Solo asiento en señal de acuerdo.

Cada minuto que pasa se siente como una eternidad. Camino por el pasillo deseando que se abra la puerta de urgencias y que venga alguna enfermera a ofrecernos alguna actualización sobre el estado de Mila.

Pasan dos minutos.

Cinco.

Diez.

Veinte.

Después de un rato, Natalia deja a Leonty con Katya y camina hacia mí. La atraigo hacia mis brazos y le beso la coronilla.

—Odio que tenga que pasar por esto —susurra, acurrucándose contra mi pecho—. Estoy tan preocupada por Mila. Aterrorizada por los dos. Pero estoy tan aliviada de que no seamos tú y yo en su posición —se atraganta con sus propias palabras—. ¿Eso me convierte en una persona horrible?

—Para nada —le aseguro—. La tragedia te hace agradecer por lo que te queda, incluso si pierdes algo.

Natalia se muerde el labio. —¿Crees que sobrevivirá?

—Todo lo que podemos hacer ahora es tener esperanza.

Finalmente, las puertas se abren y sale el médico de Mila.

Leonty nos adelanta a todos. —¿Está bien? ¿Está viva?

Hay una pausa larga. —Está viva y estable.

—¡Ay, gracias a Dios! —murmura Natalia, inclinándose como si no pudiera soportar el alivio—. ¿Podemos verla?

—Pronto. La están llevando a una habitación privada mientras hablamos. Perdió mucha sangre, pero tuvo mucha suerte. La bala no le dio en los órganos principales…

Mientras el médico sigue hablando monótonamente sobre los detalles del procedimiento, agarro a Natalia con fuerza, saboreando su sensación de solidez. Su calidez. Su pulso, su suavidad, su olor.

Unos minutos después, Leonty se va con el médico a ver a Mila. El resto de nosotros nos reunimos fuera de su habitación.

Shura me mira a los ojos por encima de las cabezas de las mujeres. En silencio, le hago un gesto para que me siga por el pasillo. —¿Crees que es posible mantener esto en silencio? —murmura.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso —admito—. Los matones de Viktor ya habrán corrido la voz.

Nuestra conversación se interrumpe cuando aparece Leonty, haciendo un gesto a las chicas para que se acerquen. —Pueden verla si quieren. Todavía está inconsciente, pero creo que apreciaría que estén allí de todos modos.

Estoy a punto de seguirlas cuando mi teléfono comienza a sonar. Cuando veo quién llama, maldigo en voz baja.

—¿Es él? —pregunta Shura.

Asiento. —Entra tú. Yo me encargo de esto.

En el momento en que la puerta se cierra, respondo la llamada.

—¿Es verdad, joder? —grita—. ¿Mi hija está muerta?

—Tu hija todavía está muy viva, Ivan —le aseguro.

—Escuché que hubo un ataque. Que Mila era el objetivo…

—Hubo un ataque, sí, y sí, Mila era el objetivo. Acaba de salir de cirugía. Está inconsciente, pero estable. El médico espera que se recupere por completo.

—Cirugía —grazna Ivan. —Intentaron matarla…

—Pero no lo hicieron. Sigue viva, Ivan.

—Me lo prometiste. Juraste que la mantendrías a salvo.

—Escucha…

—No, *tú* escucha. Mi hija resultó herida bajo tu vigilancia. ¿De qué sirve tu protección si te lleva al maldito hospital?

—Tranquilízate, Ivan…

—Un *pakhan* que no puede proteger a los suyos no es un *pakhan* en absoluto.

Mi mano se cierra en un puño. —Ten cuidado ahora.

—No, creo que deberías ser tú quien tenga cuidado. Los demás deberían saber exactamente lo que están arriesgando al aliarse con gente como tú.

—No olvides con quién estás hablando, Ivan.

La pausa al otro lado de la línea está llena de tensión mezclada con miedo. —No he olvidado ni una maldita cosa.

—Bien. Nos ocuparemos de Viktor. Es una promesa.

Él cuelga sin molestarse en responder, dejando un aire muerto resonando en mis oídos.

ANDREY

Es como pescar en un barril.

Viktor tiene un brazo encadenado al marco de la cama con un par de esposas rojas peludas, pero eso es todo lo que puedo ver de él. Dos mujeres desnudas conforman el resto de la imagen. Una de ellas parece haber perdido la lengua en su garganta. La otra debe haber perdido la suya en algún lugar entre sus piernas.

Antes de que pueda vomitar, saco mi arma y apunto al poste de la cama que se cierne sobre la cabeza de Viktor. Incluso con el silenciador atornillado, el estallido de la descarga es suficiente para hacer gritar a ambas mujeres.

Sin embargo, ninguna grita tan fuerte como Viktor. Sospecho que tiene algo que ver con la reacción de la segunda mujer de apretar la mandíbula ante el ruido inesperado.

Pobre bastardo.

Maldice a gritos y se agarra mientras las mujeres corren en busca de su ropa.

—Parece que estás sangrando, hermano —comento.

—Qué lástima. Tenía la esperanza de que lo arrancara completo —murmura Leonty.

Las mujeres tiemblan de pies a cabeza. Cuando inclino la cabeza hacia la puerta, salen corriendo sin mirar atrás a Viktor.

—T-tengo seguridad con…

—Patrañas —la saliva sale volando de la boca de Leonty mientras camina a los pies de la cama.

Shura arrastra una silla de la esquina y se sienta, como si estuviera ansioso por el espectáculo.

Yo también estoy ansioso.

—No hay nadie aquí contigo porque no eres lo suficientemente importante como para requerir seguridad, maldito *mudak* —sin previo aviso, Leonty se lanza hacia adelante y le da un golpe sólido en la mandíbula a Viktor.

—¡Jodeeer! —grita Viktor, tirando de sus esposas. A pesar de lo baratas que parecen, aguantan bien. Las bridas que traje podrían no ser necesarias después de todo—. Cuando Slavik se entere

de esto…

—Nos enviará a todos cestas de regalo por quitarte de encima —gruñe Leonty.

Solo acepté dejarlo venir con la condición de que se controlara y siguiera las órdenes. No estoy seguro de que esto califique.

Se eleva sobre mi hermano, con el labio superior curvado hacia atrás. —Debería meterte una bala en la puta boca.

—Leonty —advierto—. Respira.

Con un gruñido, retrocede hasta el rincón más alejado de la habitación. Shura se está comportando un poco mejor, pero incluso él está apretando con fuerza el respaldo de la silla como si deseara que fuera el cuello de Viktor.

—¡Solo hice lo que cualquiera de ustedes hubiera hecho en mi lugar! —grita Viktor, con la voz quebrada—. Mi honor estaba en juego…

—¿Qué maldito honor tiene una rata sin valor como tú? —Shura hierve.

Viktor ignora a Shura y se concentra en mí. —¿Puedes dejarme salir de estas cosas? —suplica, tirando de las esposas.

—Tú te metiste en esto —digo—. Sal tú solo. Es hora de que aprendas esa lección.

—Hermano…

—Ah, ¿*ahora* soy tu hermano?

Intenta ponerse de pie, pero las esposas lo tienen encadenado. —Escucha, me has humillado, yo te he humillado…

—No te hagas ilusiones. No tienes el poder de humillarme.

Se estremece antes de que su rostro se endurezca en esa máscara cruel y arrogante que conozco tan bien. —Escuché que ahora eres padre. ¿Niño o niña?

—Niño —digo por impulso.

Los ojos de Viktor se apagan. —Un heredero, entonces.

—No si tienes algo que decir al respecto. ¿No es así, *hermano*?

—No seas ridículo —murmura Viktor—. Nunca le desearía ningún mal a tu hijo.

—Eso es lo que pasa contigo, Viktor —suspiro, dándole la espalda y dirigiéndome hacia la puerta—. Ya no puedo creer ni una palabra de lo que dices.

Shura se pone de pie. Solo Leonty se queda dónde está. Cruje sus nudillos. —¿Ahora?

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué está…? —Viktor mira de mí a Leonty—. ¡Andrey! ¡Hermano!

—Tienes quince minutos —ignoro a Viktor y me dirijo solo a Leonty antes de salir—. Pero no te dejes llevar demasiado. Lo necesito vivo.

~

CUANDO VIKTOR VUELVE A DESPERTARSE, está desnudo y temblando, cubierto de sangre. Todos mis *vory* lo rodean, pero sus ojos recorren la habitación desesperadamente.

Sé lo que busca.

No lo encontrará aquí.

—Bienvenido, *brat* —saludo, ignorando el dolor en mi estómago mientras doy un paso adelante —. Este es el día del juicio.

Saco un bisturí de detrás de mi espalda y parpadea con las luces. Lo golpeo contra la palma de mi mano mientras me acerco a él.

—Andrey —suplica Viktor—, no puedes hacerme esto. ¡Soy tu hermano!

Levanto mi brazo y hago un círculo en el lugar, apuntando el bisturí a los hombres de ojos oscuros que forman el círculo suelto a nuestro alrededor. —*Estos* son mis hermanos, Viktor. Tú solo eres un traidor.

—¡No soy un traidor! —grita—. Siempre te cubrí las espaldas…

Me río. Una risa oscura y fría, que hace que Viktor se encoja de nuevo en silencio. —Supongo que me cubrías las espaldas. Mucho mejor para apuñalarme, ¿verdad? Por otra parte, no debería haber esperado menos de un cobarde.

La boca de Viktor se curva hacia abajo. —No soy un cobarde…

—¿No? —me doy vuelta mientras la multitud de hombres se abre. Ivan avanza entre ellos, deteniéndose donde Viktor está inmovilizado, con el rostro torcido en una mueca fea—. ¿Cómo se llama a un hombre que ordena la muerte de su propia esposa?

—Iván… —la sangre gotea por la mandíbula de Viktor y sobre su pecho. La marca de la Bratva Kuznetsov apenas es visible en su pecho debajo de la mugre costrosa. Huele como un matadero. Los próximos minutos no le harán ningún favor en ese aspecto.

—¿Tienes la audacia de mirarme a la cara? ¿De llamarme por mi nombre? —ruge Ivan, irguiéndose en toda su altura—. ¿Después de lo que le hiciste a mi hija?

Hay un momento en el que me pregunto si Viktor rogará por su vida. Quizá, por una vez, encuentre algo de humildad.

Entonces, se burla y solo puedo suspirar. Los tigres nunca cambian sus rayas, supongo.

—¡Tu hija es una *puta*! —escupe—. ¡Se merecía lo que recibió!

Antes de que Ivan pueda hacerle algún daño, Leonty se le adelanta de un puñetazo, literalmente. Vuela desde el borde exterior del círculo y le da un revés a Viktor en la cara, como si no hubiera tenido suficiente cuando los dejé solos en el burdel.

Los dientes de Viktor chocan y sus ojos giran en sus cuencas.

Leonty se cierne sobre él, listo para repartir más. —Di una palabra más sobre ella y te cortaré la maldita lengua.

Ivan asiente con aprobación y se reúne con sus hombres, todos los cuales lucen sonrisas satisfechas.

—Esto es ridículo —palidece Viktor mientras el círculo se reforma—. ¿De verdad me has traído aquí para castigarme por una *mujer*?

—Es un hombre débil el que organiza un asesinato contra su esposa —digo—. Es un hombre aún más débil el que le da la espalda a su familia.

—No eres mi familia. Ya no.

—Esas pueden ser las palabras más sinceras que hayas dicho jamás.

Sé lo que tengo que hacer. Estoy preparado. Pero, cuando miro a mi hermano a los ojos, veo al niño que venía a mí llorando cuando tenía pesadillas.

Pero ese niño se fue hace mucho tiempo.

Y nunca volverá.

Hago girar el bisturí entre mis manos. —Ya que ambos estamos de acuerdo, es hora de hacer oficial la separación.

Viktor se estremece, tratando de liberarse de sus ataduras. —¡No! Déjame ir. ¡Déjame salir de aquí, joder! Si me matas…

—¿Matarte? Como si me importara si vives o mueres. No, Viktor. Te traje para separarte de mi Bratva de una vez por todas —coloco la punta de mi espada contra el tatuaje en su pecho—. Esta es *mi* marca. La has usado con *mi* permiso. A partir de este momento, considera ese permiso retirado.

Presiono la espada contra su piel y hago lo que debo.

Viktor grita y se agita al principio, pero su energía se desvanece pronto. Al final, es un desastre pálido y tembloroso. Apenas está consciente. Y el tatuaje ya no es parte de él.

—Desencadénalo y déjalo desnudo en la puerta de Slavik —ordeno—. A partir de ahora, Viktor es su problema.

Mis hombres se mueven para cumplir mis órdenes, pero Ivan se pone de pie. —Todos los hombres en esta sala dependen de la Bratva Kuznetsov para conservar el poder y la influencia. Viktor estaba destinado a ser tu sucesor. Sin él…

—Nada ha cambiado —termino por él—. ¿No tienes fe en mi victoria, Ivan?

—Por supuesto que sí —balbucea—. Solo estoy siendo práctico. Necesitas un sucesor.

La mandíbula de Shura es una línea dura. Sostiene mi mirada y puedo escuchar las palabras que no puede pronunciar. *Le prometiste a Natalia.*

Lo que le prometí fue mantener a nuestros hijos a salvo.

Que es lo que pretendo.

—Estoy ganando esta guerra, hermanos —proclamo, dirigiéndome a todos los hombres que están a mi alrededor—. Y también planeo vivir mucho tiempo. Pero como esto parece ser un asunto de cierta preocupación, déjenme aclararles las cosas…

La habitación queda en silencio.

—Tengo un sucesor. Mi hijo, Grigory Kuznetsov.

NATALIA

Andrey es como un escudo físico contra todos mis peores pensamientos y todas mis pesadillas más aterradoras. Me he acostumbrado a su peso y su calor a mi lado. He llegado a depender de ello, realmente.

Así que cuando me acerco a su lado de la cama y encuentro sábanas frías, se me cae el alma a los pies. Mi somnolencia se desvanece mientras me levanto de un salto, mis ojos se adaptan lentamente a la oscuridad.

Las cunas de los gemelos están a unos pocos pies de distancia en un charco de luz de luna que se cuela oblicuamente a través de una grieta en las persianas. Hay manchas de sombra aquí, allá… y luego una que se mueve.

—Andrey —susurro.

Él levanta la cabeza. —*Lastochka*. ¿Te desperté?

Me deslizo fuera de la cama y camino por la alfombra. Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros, inclinándome sobre la silla en la que está recostado. —No, solo te extrañaba —me da un beso en la muñeca, pero hay algo en el aleteo distraído de sus labios que me afecta.

—¿Por qué no estás en la cama? Es tarde.

—Acabo de llegar a casa —su voz suena cansada, sombría.

Agarro sus hombros con un poco más de fuerza. —¿Está hecho, entonces?

Andrey baja la cabeza. —Lo repudié delante de toda la Bratva.

—¿Estás bien?

—Tenía que hacerse.

Camino a su alrededor para poder ver su rostro. —No es eso lo que pregunté.

Respira profundamente. —Fue más difícil de lo que esperaba. A pesar de todo…

—Sigue siendo tu hermano.

—Ya no —su mirada se desliza hacia la mía. Las sombras han tallado huecos en su rostro. Parece angustiado—. Natalia, hay algo que tengo que decirte.

El tono de su voz me hace dar un paso atrás. —¿Qué?

—Desheredar a Viktor tiene… consecuencias. La Bratva, mis aliados, querían estabilidad. La necesitaban después de lo que vieron.

Frunzo el ceño. —Las cosas son más estables sin Viktor. Tú les diste eso.

Sacude la cabeza. —No es suficiente. Necesitaban… Querían… Tuve que contarles sobre Grigory.

Me giro hacia la cuna, medio esperando ver el lado de Grigory vacío. —No lo hiciste.

—No tuve otra opción.

—Siempre tienes una opción —espeto—. ¡Y elegiste a tu Bratva sobre nuestra familia!

Algo parpadea en sus ojos. —*Lastochka*…

—¡No! —me echo hacia atrás—. No me toques.

Se congela con su mano a medio camino hacia mí. Luego la baja.

—Me prometiste que los mantendrías fuera de esto hasta que fueran mayores. Míralos —señalo con un dedo la cuna—. ¡Son bebés, Andrey! Y ahora, tienen objetivos en sus espaldas.

—Los mantendré a salvo…

—¿Como mantuviste a salvo a Annie? ¿Como mantuviste a salvo a Mila?

Las palabras salen de mi boca antes de poder detenerlas. Su rostro se tuerce, pero estoy demasiado preocupada con mis propias emociones complicadas para arrepentirme.

—Dices que los mantendrás a salvo, pero no puedes controlar todo. ¡Y ciertamente no puedes controlar a todos!

Hablo demasiado alto y Grigory se queja desde su cuna. Corro hacia él, dándole palmaditas en la espalda hasta que se vuelve a dormir. Tan pronto como se calma, le hago un gesto a Andrey para que me siga y entro furiosa a la guardería.

—Yo no tomé las decisiones que nos trajeron aquí —gruñe Andrey, cerrando la puerta detrás de él—. Solo hice lo mejor que pude con las cartas que me tocó.

—Me lo prometiste.

—No rompí mi promesa, Natalia. Te dije que mantendría a nuestros hijos a salvo. No prometí que los mantendría fuera de la Bratva. Eso no es algo que pueda prometerte.

Revivo el momento. Un pavor frío se enrosca alrededor de mi columna cuando me doy cuenta de que tiene razón. Andrey me dijo su promesa con cuidado.

Se pasa una mano por el cabello mientras da un paso hacia mí. Me alejo y se queda paralizado de nuevo, con los ojos nublados. —Bebé…

—Después de todo lo que hemos pasado… ¿cómo pudiste exponer a nuestros hijos a este mundo?

—Los hombres solo saben sobre Grigory. No saben sobre Sarra.

—¿Y crees que eso lo hace mejor? —no reconozco mi propia voz en este momento—. Qué bonito… solo uno de mis hijos está en peligro. Qué alivio. Si uno de ellos muere, al menos tendré un respaldo —la idea me perfora el pecho. Me duele físicamente el corazón.

—Eso no es lo que quise decir y lo sabes.

—Tal vez no te conozco tan bien como pensaba.

Esta vez, cuando me alejo de él, me sigue. Me arrastra hacia sus brazos incluso cuando me resisto. —Espero que un día entiendas que todo lo que hago es por esta familia.

Miro sus hipnóticos ojos plateados y mi lucha flaquea. Sería tan condenadamente fácil hundirme en su pecho y dejar que me consuele. Pero ¿dónde me dejaría eso? ¿Dónde dejaría eso a mis hijos?

Me empujo contra su pecho y finalmente me suelta.

—Tomaste una decisión por nuestra familia sin pensar en mis sentimientos ni en la seguridad de nuestros hijos. Y no se puede deshacer.

—Nunca quise lastimarte.

—Y sin embargo lo hiciste —me alejo de él. El silencio entre nosotros está cargado. Si vuelve a intentar agarrarme, podría derrumbarme—. Necesito espacio, ¿vale? Necesito tiempo para asimilar esto.

—Puedo darte espacio —concuerda. —Pero, para que quede claro, no te dejaré ir.

Apretando los dientes, me seco las lágrimas y me doy vuelta para mirarlo a la cara. —No te estoy dejando, Andrey. Te hice una promesa cuando acepté este anillo… y, a diferencia de ti, yo cumplo mis promesas.

NATALIA

Andrey,

No pude encontrarte antes de irme, por eso la nota. Voy a llevar a los niños a la antigua casa de la tía Annie por unos días. Solo necesito un respiro en un entorno diferente. Misha y Remi están conmigo, además de mi equipo de seguridad de seis hombres. Así que no hay razón para preocuparse.

Hablaremos cuando regrese a casa.

Para que conste, sigo enojada. Probablemente siga enojada cuando llegue a casa en tres días.

Pero te amo. Eso no se irá a ninguna parte. Y yo tampoco.

—Nat

Dejo la nota en nuestra cama y luego bajo las escaleras con mi bolso de lona. Los gemelos ya están en sus asientos de seguridad junto a la puerta. Misha tiene la correa de Remi y le está haciendo pedorretas a su hermana menor.

—¿Listo para nuestra pequeña aventura? —pregunto.

"Aventura" puede ser una exageración. Estoy huyendo… lo sé. La tía Annie también lo sabía cuando vino a verme anoche. Andrey la envió para que tuviera alguien con quien hablar, pero no hay nada que decir. No me interesa escuchar su versión de la historia y no me interesa quedarme en esta casa ni un segundo más.

—Los asientos de bebé están listos —Misha toma la bolsa de mi hombro—. Déjame traer el cochecito.

Los gemelos están completamente despiertos por ahora, pero acaban de comer y tengo la sensación de que dormirán durante el viaje.

Leif nos espera afuera, flanqueado por dos jeeps cargados con equipo. —¿No crees que esto es un poco exagerado, Leif?

—No —responde rotundamente—, no lo creo.

Pongo los ojos en blanco y decido elegir mis batallas. —¿Todo bien en la casa?

—Todo parece estar bien. Hemos hecho una revisión exhaustiva.

—Perfecto —le doy lo que espero que sea mi sonrisa más encantadora y me apresuro a decir la siguiente frase—. Por cierto, me gustaría conducir hoy.

Leif frunce los labios. —No sé si es una buena idea, Nat.

Por supuesto que no lo es. Porque darle a Natalia un poco de independencia nunca es una buena idea en esta casa.

Pero me guardo mis quejas y voy directo a las súplicas. —¿Por favor, Leif? ¿Por favorcito? ¿Solo esta vez? Porfa, porfis, por favorcito.

Gruñe. —Vale. Solo hoy. Pero conducirás entre los dos jeeps, ¿entiendes?

Lo saludo. —Sí, capitán.

Misha me da un puñito y choca los cinco, y luego cargamos a los gemelos en la parte trasera de la camioneta blindada.

En el momento en que dejamos atrás las puertas de la mansión, respiro hondo y relajo las manos en el volante.

Se siente bien conducir.

Se siente bien tomar el control.

Se siente bien pasar un tiempo sola… solo yo y mis hijos. Remi me toca el hombro como si pudiera leer mi mente y supiera que casi lo olvido, así que lo agrego mentalmente a la lista de mis bendiciones actuales.

Esto es agradable.

—¿Tú y Andrey están peleados de nuevo? —dice Misha desde el asiento trasero.

Justo así, el brillo rosado del momento se desvanece. No quiero hablar de esto, pero Misha no lo dejará hasta que lo haga.

—Tuvimos un desacuerdo —admito—. Se olvidará. Solo necesito un poco de espacio.

Misha asiente, pero puedo verlo mordiéndose el labio inferior. Su ceño está arrugado por la preocupación.

—Misha, nada ha cambiado —le aseguro—. Seguimos siendo una familia. Todavía nos amamos. Pero esa es la otra cuestión de las familias: se pelean.

—Pero no se *van*.

La culpa se retuerce en mi interior, pero la ignoro. —No me voy para siempre. Esto es solo un descanso temporal.

—¿Para ti o para Andrey?

—Para los dos.

—¿Nada cambia? —vuelve a comprobar después de un largo silencio.

Sonrío, viendo su rostro de nuevo en el espejo. —Nada cambia.

Aparte de ver su sonrisa de alivio, noto algo más en el reflejo: un auto negro dando vueltas en el fondo.

Ahora que lo pienso, vi ese mismo auto hace diez minutos.

Algo en mi estómago se revuelve.

—Oye, ¿Misha? Llama a Olaf por mí, por favor —estoy demasiado nerviosa para quitar mis manos del volante. Como predije, ambos bebés están durmiendo profundamente, y no quiero sacudir el auto y despertarlos.

Misha busca torpemente mi teléfono celular, y luego pone la llamada en altavoz, sosteniéndolo junto a mi cabeza para que pueda hablar con manos libres.

—Natalia, ahora no es un buen…

—¿Has notado el auto negro? —interrumpo—. Siento que nos está siguiendo.

Misha se da vuelta de inmediato y odio que tenga que darse cuenta de esto.

Olaf suspira. —Sí. Nos dimos cuenta. Sigue conduciendo. Nos quedaremos entre…

Un estruendo atronador ahoga lo que sea que Olaf estaba diciendo. Lo escucho desde la carretera detrás de mí y a través del altavoz, el gran volumen hace que mi teléfono crepite.

—*¡Prygat!* —grita alguien desde el interior del jeep de Olaf mientras lo veo virar violentamente hacia un lado en mi espejo retrovisor.

—¡Ay, Dios mío! —grita Misha, casi dejando caer mi teléfono—. Acaban de chocar contra Olaf… ¡Dios mío! ¡Lo acaban de hacer de nuevo!

El sonido del metal crujiendo es ensordecedor. Quiero taparme los oídos, cerrar los ojos, pero mantengo un agarre firme en el volante.

Mis bebés están en este auto.

—¡Sigue conduciendo, Natalia! —grita Olaf—. Intenta alcanzar a Leif. ¡No debería estar tan lejos de ti!

Entonces, la línea se corta.

—¡Agárrense! —con el corazón latiendo como un martillo neumático, piso el acelerador. Avanzamos a toda velocidad, pero he perdido de vista a Leif por completo.

Esto no puede estar pasando… Esto no puede estar pasando…

Los bebés lloran y Misha intenta consolarlos, pero sigue girando de la misma manera que yo sigo mirando el espejo retrovisor.

Olaf hace todo lo posible para evitar que el auto lo supere, pero, a pesar de todo su peso, el auto más pequeño y elegante es simplemente rápido. Los motores gritan mientras compiten por la

posición.

—¡Está bien, bebés! —grazno, desviándome por las carreteras estrechas—. Vamos a estar bien.

Cuando las palabras salen de mi boca, el jeep de Olaf se sale de la carretera y se hunde de cabeza en una zanja.

El auto negro acelera.

Más cerca.

Más cerca.

Más cerca.

Misha está callando a los gemelos, pero puedo oír su voz entrecortada. Ve lo que va a pasar.

—¡Agárrense! —grito, justo cuando el auto nos embiste.

Todos los demás están abrochados y con los cinturones puestos, pero Remi sale lanzado contra el tablero. Golpea fuerte y cae debajo del tablero, atrapado en el espacio para los pies, gimiendo de dolor.

—¡Nat, ya vienen! —las palabras de pánico de Misha son lo último que escucho antes de que el auto nos choque por detrás por segunda vez.

Excepto que, esta vez, pierdo el control del volante.

El auto se desvía bruscamente a la izquierda y chocamos contra un árbol.

Me zumban los oídos. Mi cuerpo está pesado y entumecido. Mientras me entrego al dichoso olvido de la oscuridad, un pensamiento reconfortante se apodera de mí.

Todo estará bien cuando me despierte.

Esto es solo otra pesadilla.

~

—¡MAMÁ! ¡Mamá!

Siento un pinchazo en el costado. En la cara.

—¡Mamá!

Sigo soñando.

—¡Mamá! —solloza alguien—. Por favor, despierta. Por favor.

Una pesadilla. Esto es una pesadilla.

Algo cálido y húmedo se desliza por mi cara. Inhalo y toso, mis pulmones protestan contra el humo.

—¡MAMÁ!

Es como una descarga eléctrica directa al corazón. Me incorporo de golpe, tratando de alcanzar a mi hijo. —¿Misha?

Hay sangre secándose en su frente y lágrimas corriendo por sus mejillas sucias. Remi está inerte en el asiento del pasajero, pero mis ojos se deslizan hacia el único bulto que Misha agarra contra su pecho.

No dos…

Solo uno.

—¡No! —digo entrecortadamente, dándome la vuelta en mi asiento. El dolor me recorre el costado, pero lo ignoro y busco en el asiento trasero.

—Tengo a Sarra —dice débilmente.

—Grigory —jadeo—. ¿Dónde está Grigory?

Pero el asiento de bebé de mi hijo está vacío.

—No… lo sé. Él está… —se queda sin aliento—. No está.

ANDREY

—¿Se fue? —entro furioso en la habitación de Annie, agitando la nota que Natalia dejó en su almohada para mí—. Joder, ¡¿se fue?!

Annie solo suspira. —¿Qué esperabas que hiciera? Te dijo que necesitaba espacio.

—Pensé que se mudaría a otra habitación. O incluso a la casa de la piscina. No pensé que desaparecería y se llevaría a los niños con ella.

Annie me mira por encima del borde de sus gafas. —Lo único que le preocupa ahora es mantener a sus hijos a salvo. En lo que a ella respecta, eso significa mantenerlos lo más lejos posible de tu mundo.

Mis puños se abren mientras me dejo caer en la silla junto a la cama de Annie. —¡Joder! —grito, escupiendo una fracción de mi frustración reprimida. —¿Qué hago ahora? —finalmente suelto la carta arrugada, dejándola flotar al suelo como la última hoja marchita del otoño.

—Podrías intentar darle lo que quiere —sugiere Annie suavemente. —Misha y Remi están con ella… ellos nunca dejarían que le pasara nada. Sin mencionar el equipo de seguridad. Estará bien.

Miro por la ventana y el césped se ve dolorosamente vacío. Misha ya estaría dando un paseo matutino con Remi. Es una mañana agradable, así que Natalia podría haber llevado a los gemelos al césped y extendido una manta bajo la sombra de un árbol.

Pero no hay ningún adolescente corriendo con una pelota. Ningún perro ladrando. No hay sonidos de charlas o risas o bebés llorando.

Inhalo profundamente y lo dejo salir lentamente, tratando de calmar la inquietud en mis huesos. No hace ningún bien.

Nada lo hace, y lo sabría… lo he intentado todo.

Gritando al techo. Caminando por los pasillos vacíos. Sopesando el peso de mi teléfono inútil en mi bolsillo, tratando de fingir que hay una posibilidad de que Natalia cambie de opinión y me llame para que vaya a recogerla.

Cuando mi fuerza de voluntad falla, saco mi teléfono de mi bolsillo, pero… no se enciende.

Corro a la cocina por un cargador. Tal vez Natalia llamó. Tal vez quiere que vaya a buscarla,

pero mi estúpido teléfono estaba muerto.

Me muevo de un pie a otro, esperando que la pantalla se ilumine. Antes de que lo haga, Shura entra a la cocina. —Escuché que Mila salió del hospital. ¿Está por aquí?

—Está con Leonty —es una buena noticia, pero lo desestimo, apretando el botón de inicio de mi teléfono—. Mi jodido teléfono murió.

—¿Esperas una llamada importante o algo así?

Lo fulmino con la mirada. —Natalia podría haber intentado llamar. Ni siquiera sé cuánto tiempo ha estado muerto.

¿Cuándo fue la última vez que lo usé? Apenas lo he tocado desde anoche. ¿Intentó enviarme un mensaje de texto? ¿Quería hablar, pero lo perdí? ¿Es por eso que se fue?

—Estoy seguro de que está bien —ofrece Shura.

Pero no escucho ni una palabra mientras mi teléfono se ilumina y… *Joder*. Diecisiete llamadas perdidas.

Ninguna de ellas es de Natalia, pero Leif llamó. Y llamó. Y llamó. La última fue hace solo seis minutos.

—¿Qué pasa? —Shura se acerca—. ¿Está todo bien?

Estoy a punto de llamar a Leif cuando mi teléfono vibra con un mensaje de texto.

LEIF: ***atacados 8&## her8i#dos***

—¡*PRYGAT*! —rujo, resistiendo el impulso de arrojar mi teléfono al otro lado de la cocina.

En cambio, se lo arrojo a Shura. Un segundo después de leerlo, sus ojos se fijan en los míos. —Tenemos que movernos rápido.

Ya estoy a medio camino de la puerta.

Shura me alcanza en la entrada y nos subimos al auto. Él indica la ubicación de los autos que Natalia y su equipo de seguridad se llevaron.

Cada minuto que conduzco sin encontrarlos es una agonía. Doblo las curvas a toda velocidad y grito en las rectas, pensando únicamente en mi familia.

Y entonces lo encontramos.

El accidente.

—Mierda —maldice Shura—. Creo que ese Jeep es de Olaf.

Pero estoy mirando más allá del Jeep, hacia el auto envuelto alrededor de un enorme roble más adelante en la carretera.

Freno de golpe y salgo disparado del vehículo. Shura grita algo sobre refuerzos, pero no los necesito. Todo lo que necesito es llegar a la chatarra que una vez albergó a mi familia.

—¡Natalia! —rugo—. ¡Natalia!

Mientras me acerco, escucho el gemido de un motor. Y el llanto de un bebé.

Mi corazón está alojado en mi garganta mientras doy la vuelta al auto y casi caigo de rodillas de alivio. Misha y Natalia están acurrucados en el suelo. Natalia sostiene a los bebés, su cabeza inclinada sobre ellos. Están sucios, sangrando y temblando, pero vivos. Jodidamente vivos.

Esta vez, sí caigo de rodillas. Pero solo Misha y Remi me miran. Natalia no levanta la cabeza. Está demasiado ocupada sollozando sobre la manta rosa de Sarra, que ahora está marrón por el polvo y la grasa.

En ese momento me doy cuenta…

El bulto azul está vacío.

¿Dónde está Grigory?

¿Dónde está mi hijo?

Natalia sigue sollozando, sus brazos tiemblan.

Miro a Misha. —¿Qué pasó?

—Vinieron a por nosotros —dice con voz áspera. Su rostro es un desastre de sangre seca y lágrimas húmedas—. Estropearon nuestro auto… Se llevaron a Grigory…

Es demasiado horrible para ser verdad. Demasiado para procesar.

—Natalia —susurro. Es una súplica. Una pregunta.

¿Es verdad?

¿Él está bien?

Natalia solo solloza más fuerte, apretando a Sarra contra su pecho. Esa es toda la respuesta que necesito.

—Vamos a resolver todo esto, te lo prometo. Vamos a recuperarlo.

Tenemos que hacerlo.

No hay otra opción.

Hago un gesto a Misha y Remi para que vuelvan a mi auto y levanto a Natalia en mis brazos, con bebé y todo. Ella no se resiste. No estoy seguro de que sea capaz de hacerlo ahora mismo.

—¿Estás bien? —pregunto mientras caminamos.

No responde, pero trato de evaluarla para ver si tiene heridas. Tiene raspones en la frente. Un moretón en la mejilla. Pero, por lo demás, parece estar bien. Físicamente, al menos.

La coloco en el asiento trasero de mi auto y Remi salta tras ella, aferrado a ella como pegamento, lamiendo sus lágrimas.

Me duele incluso mirar su rostro angustiado. Así que me doy vuelta y Misha está de pie detrás de mí, con los ojos clavados en la tierra a nuestros pies. —Debí haberlos protegido. No debí haber dejado que se llevara a Grigory.

Lo agarro por los hombros y lo acerco. —¿Viste quién era?

—Lo reconocí —admite—. Chocamos y estaba mareado, confundido. Pero la puerta se abrió. Pensé que tal vez eras… tú.

Me duele el pecho. Debí haber sido yo. Debí haberlos encontrado. Pero aparto ese pensamiento de mi mente y me concentro en Misha. —¿Quién era?

—No sé su nombre. Solía visitar el complejo a veces, pero yo… nunca lo conocí, así que no sé…

—¿Es él? —le tiendo mi teléfono, una imagen del mismísimo diablo en la pantalla.

Los ojos de Misha se agrandan mientras asiente lentamente. —¿Quién es?

—Mi padre —respondo—. Ahora, dime exactamente qué pasó. Abrió la puerta, ¿y luego…?

—Levantó a Grigory, y realmente pensé que estaba allí para ayudarnos —nuevas lágrimas fluyen por sus mejillas—. Luego, me miró a los ojos y dijo…

Su voz se quiebra y agarro su cuello, tranquilizándolo con las pocas fuerzas que me quedan.

Se aclara la garganta. —Dijo: *“Un heredero por un heredero”*.

NATALIA

—Todo va a estar bien, Natalia. Lo juro.

El rostro de Andrey flota frente a mí. Me toma las mejillas y me seca las lágrimas. Pero nada alivia el dolor en el pecho. El peso aplastante de lo que está mal y que impregna cada segundo.

Como si se diera cuenta de eso, Andrey baja las manos. —Kat, Mila y Misha se quedarán contigo. Voy a ir a recuperar a nuestro hijo.

Sus labios presionan con fuerza contra mi frente; tiene el sello de una promesa. Luego se va, y mi habitación está vacía, y la promesa se siente como nada más que palabras.

Me levanto y camino hacia la cuna de Sarra porque se supone que debo hacerlo. Se supone que debo cuidar de mi hija, moverme y respirar.

Pero todo se siente tan duro. Mis extremidades están pesadas y mis pensamientos se pierden en una densa niebla.

—¿Nat?

Me doy vuelta para ver a Katya en la puerta. Mila y Misha están justo detrás de ella, observándome como si fuera un castillo de naipes en peligro de derrumbarse.

—¿Estás bien?

Por primera vez en mucho tiempo, respondo. —¿Cómo puedo estar bien? Tiene a mi hijo.

Mila suspira con lo que parece alivio. —Puedes hablar. Estábamos preocupados. Pensamos…

—¿Que estaba teniendo uno de mis episodios? —termino por ella—. Quería que Andrey pensara que era así.

—¿Por qué? —susurra Katya.

—Para que no esperara que yo vaya al complejo de Nikolai y recupere a mi hijo.

Misha es el único que no jadea de sorpresa. En cambio, aprieta la mandíbula. Asiente como si entendiera exactamente a qué me refiero.

—Nat, eso es una locura —Katya me agarra la mano—. Es demasiado peligroso.

Si es demasiado peligroso para mí, ¿cuánto peor es para Grigory?

Retiro mi mano. —Es por eso que nadie me estará esperando. Mientras Nikolai está preocupado por Andrey y sus hombres, puedo colarme, encontrar a Grigory y sacarlo.

Miro más allá de las caras horrorizadas de Katya y Mila y me vuelvo hacia Misha. —Conoces el complejo, Misha. ¿Puedes decirme cómo entrar y salir sin que me vean?

—Con una condición —dice Misha de inmediato—. Yo también quiero ir.

Aprieto los ojos y hago los cálculos. Trato de decidir si hay alguna manera de entrar sola y garantizar que pueda sacar a Grigory. Cualquier manera de mantener a Misha a salvo y también mantener a mi familia unida.

—No. *No* —Mila mira de Misha a mí como si no estuviera segura de a quién atacar primero—. No pueden. Ninguno de los dos. Esto es…

Abro los ojos y le tiendo la mano a Misha. —Trato hecho.

Katya le da un manotazo en el aire. —¡Nat! Misha no puede ir y tú tampoco.

—¡Quiero ir! —argumenta Misha—. Quiero ayudar.

—Es una zona de guerra literal —le dice Mila.

—Una zona de guerra en la que está mi hijo pequeño —intervengo en voz baja—. Andrey quiere recuperarlo, pero Andrey es el objetivo. Él es la razón por la que se llevaron a Grigory para empezar. Todos estarán atentos a él. Mientras lo estén, Misha y yo podemos colarnos.

—No estás pensando con claridad —insiste Katya.

Mi mirada oscila entre Mila y Katya. —Esta es mi familia, mi *hijo*. Si estuvieran en mi lugar, ¿no harían lo mismo?

Sus miradas se encuentran y sé que entienden.

—Tienes razón —admite Katya. Mila empieza a discutir, pero Kat niega con la cabeza—. No, ella tiene razón, Mila. Si fuera mi hijo, yo querría estar allí. Tú también.

Mila abre la boca, pero esta vez dice—: Iré contigo.

—Ni hablar —le espeto—. Todavía te estás recuperando de una cirugía mayor. —Me vuelvo hacia Katya y la detengo antes de que ella pueda ofrecerse a venir también—. Y tú estás embarazada.

—Nat…

—Ahora sé cómo manejar un arma —avanzo, cada vez más segura de mi plan—. Sé cómo usarla. Y lo que es más, no tengo miedo.

Misha se acerca un poco más a mí. —Yo tampoco.

Le agarro la mano. —Ve a buscar los jeeps, Misha. Tendremos que encontrar uno para escondernos antes de que los hombres salgan.

Sale de la habitación, dejándome atrás con Kat y Mila.

—Todo va a estar bien —les digo, sabiendo que no puedo estar segura—. Todo va a estar bien.

Los ojos de Katya están llenos de lágrimas. Tomo su mano y la aprieto. —Nuestros roles se han invertido. Normalmente, tú eres la del plan loco y yo soy un desastre de lágrimas.

—Nunca fuiste un desastre, Nat. Siempre pude ver tu fuerza, incluso cuando tú no podías —me abraza fuerte, sus manos clavándose en mi espalda—. Tengo algo que decirte —susurra mientras nos separamos. Respira hondo y levanta su muñeca, el moretón amarillento todavía visible—. Viktor es el que me hizo este moretón.

La miro boquiabierta, pero ella avanza antes de que pueda hacer alguna de las docenas de preguntas que revolotean en mi cabeza.

—¿Recuerdas cuando dije que estaba "ocupada" en el trabajo? En realidad estaba trabajando de incógnito. Volví a ganarme la simpatía de Viktor y le sonsaqué información.

Se me cae la mandíbula. —¿Andrey sabía de esto?

—No te enojes. No queríamos que te preocuparas.

—No puedo creer que Shura haya accedido a… —me golpeo la frente con la palma de la mano —. Por eso se peleaban todo el tiempo. ¿Cómo lo convenciste? ¿Cómo conseguiste estafar a Viktor?

Hace una mueca. —Es una larga historia y no tenemos tiempo para ella ahora mismo. Pero cuando vuelvas, *sano y salvo*, concretamente, te lo contaré todo.

Misha irrumpe en la habitación con dos pistolas en la cintura. Me entrega una. —Hay dos jeeps en la parte de atrás del convoy. Podemos subirnos a ellos.

Me meto la pistola en los jeans y agarro el cuello de Misha, acercando su frente a la mía. —Pase lo que pase, te quedarás conmigo, ¿está claro?

Él asiente.

—Bien —me vuelvo hacia las chicas. Mila tiene un brazo alrededor de Katya, que todavía lucha por contener las lágrimas. Sarra está durmiendo en su cuna y apenas puedo mirarla.

Esto no es un adiós. Volveré.

Aun así, susurro—: Cuida de mi hija por mí.

Katya sorbe. —Siempre.

—Cuídate —suplica Mila—. Y vuelve con nosotras.

NATALIA

Estoy boca abajo en la parte trasera del Jeep cuando empiezan las explosiones.

Luego, vienen los disparos.

Asomo la cabeza por la ventanilla trasera y veo que el recinto está en llamas. El humo se eleva hacia el cielo en columnas oscuras y espesas.

No me permito pensar en que mi hijo y Andrey están ahí dentro. Respiro hondo para tranquilizarme. Y, cuando los últimos hombres desaparecen por las puertas aplastadas, abro la escotilla y salto.

Un segundo después, Misha hace lo mismo. Inclino la cabeza hacia la entrada retorcida. Un auto humeante bloquea el camino.

—¿Conoces otra forma de entrar?

Él asiente y me lleva a lo largo del recinto, manteniéndonos lo más cerca posible de las paredes. Parece que estamos corriendo durante siglos. El recinto parece extenderse por kilómetros, sus altos muros mantienen todo afuera excepto a los buitres.

Misha finalmente se detiene frente a una sección del muro cubierta de hiedra y comienza a hurgar entre las enredaderas.

—Aquí hay una puerta —explica sin detener su búsqueda—. Ni siquiera sabía que existía hasta la noche en que me fui… la noche en que me enviaron a espiar a Andrey.

Sus movimientos se vuelven cada vez más frenéticos mientras intenta y no logra encontrar la puerta. Los sonidos de disparos y gritos cada vez más cercanos no ayudan a su concentración.

Finalmente, aparta un grueso manojo de hiedra para revelar una puerta de metal negra. —¡La tengo!

Misha tiene que empujar con fuerza, pero se abre con un chirrido de unos seis milímetros. Afortunadamente, el ruido se ahoga con una ola de nuevos disparos.

Unos cuantos empujones más y la puerta está lo suficientemente abierta para que podamos pasar. Antes de que Misha pueda pasar, lo agarro del codo. —No tienes que venir conmigo.

Él me mira con el ceño fruncido. —Dijiste que podía. Y quiero hacerlo. Grigory es mi hermano.

Ojalá estuviera demasiado asustado para ir. Ojalá se quedara en el auto. Pero si lo hiciera, no sería Misha.

—Quédate cerca de mí —ordeno—. Y déjame ir primero.

Tengo que agacharme y atravesar más plantas trepadoras para entrar. El otro lado del muro está completamente desierto. Parece que Andrey ha atraído a todos los hombres de Nikolai al frente del complejo.

Lo cual es bueno, considerando que ahora estamos completamente expuestos. Las estructuras más cercanas están a unos treinta metros de distancia… un pequeño callejón sin salida de cobertizos espaciados unos metros entre sí.

—Sé dónde estamos —Misha señala hacia uno de los cobertizos en la distancia—. Ahí es donde guardaban a los niños más pequeños.

Ya estoy corriendo en esa dirección, levantando una nube de arena detrás de mí. Esta parte del complejo está inquietantemente silenciosa en comparación con el caos que se está gestando al otro lado.

Mi corazón se encoge cuando pienso en Andrey en medio de esa violencia. Pero no puedo permitirme pensar demasiado en eso.

Mi hijo me necesita.

—¡Aquí! —me llama Misha en voz baja—. Aquí.

Me uno a él detrás de uno de los cobertizos, todos con puertas, pero sin ventanas. —¿Qué pasa?

—Me pareció haber visto a alguien allí —susurra, señalando un pequeño cobertizo a dos puertas de donde nos estamos escondiendo.

Entonces, como una señal de Dios, lo oigo: un grito agudo que reconozco de inmediato.

—Grigory.

Sus gritos vienen del cobertizo que Misha acaba de señalar. Mi corazón late fuerte contra mi pecho, pero nunca he estado tan segura de nada en mi vida. Pase lo que pase, voy a sacar a Grigory de aquí. O moriré en el intento.

—Misha, prepárate.

Sacamos nuestras armas juntos. Nuestras miradas se encuentran al mismo tiempo.

—Entonces, ¿entramos ahí sin más? —pregunta, con la piel enrojecida por el calor del sol.

—Tú no. Yo sí.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Quieres entrar ahí sola?

—Nadie me estará esperando —le aseguro—. En cualquier caso, necesitaré que conduzcas uno de los jeeps de Andrey de vuelta a la pequeña puerta. Así, cuando tenga a Grigory, tendremos una estrategia de salida preparada.

Los ojos de Misha se entrecierran. —Estás tratando de deshacerte de mí.

—Estoy tratando de sacarnos a todos de aquí con vida.

—¡No sabemos cuántos hombres hay ahí dentro! —dice Misha—. ¡Quizás necesites refuerzos!

Pongo mi mano en su hombro. —Cariño, si nos llevan a los dos, nadie sabrá que estamos aquí hasta que sea demasiado tarde. Tienes que salir de aquí.

—No puedo dejarte sola.

—No me harán daño —le aseguro—. En el peor de los casos, me usarán como palanca y tú estarás fuera, podrás contarle a Andrey lo que pasó. Él vendrá por nosotros. —Misha abre la boca para protestar, pero hablo por encima de él—. Por favor, Misha. Esto *es* ayudar.

No parece convencido, pero no tenemos muchas otras opciones. —V-vale, iré…

Agarro su rostro y presiono mis labios contra su frente. —Te amo.

Se tambalea hacia atrás y empieza a correr. No tengo el lujo de verlo irse. Quito el seguro de mi arma y me acerco un poco más al cobertizo. Grigory ha dejado de llorar, pero ya sé en cuál de las dos está.

—Ya voy, bebé —murmuro en voz baja—. Ya viene Mami.

Me acerco lentamente a la entrada, tratando de averiguar con cuántos hombres estoy tratando.

Resulta que… solo con uno.

El hombre está de espaldas a la puerta. Está inclinado sobre una gran caja de madera que descansa sobre las patas podridas de una mesa. Se mueve unos centímetros hacia la izquierda y tengo que ponerme una mano sobre la boca para no jadear.

Mi bebé.

A través de los pequeños huecos en los listones de la caja, veo a Grigory. E, inclinado sobre él…

Está su tío.

Todo se vuelve hipernítido. Nunca me sentí más estable en mi vida. Levanto mi arma y apunto directamente a Viktor.

Un tiro limpio. Eso es todo lo que hace falta.

Mi dedo está en el gatillo. Estoy a punto de apretar cuando de repente se da la vuelta y sisea—: Tú.

No hace mucho, Katya me presentó a un joven apuesto con un poco más de sordidez que encanto.

Ahora, ya no es humano. Tiene las mejillas hundidas. Sus ojos se han hundido en sus cuencas, dejando solo círculos oscuros y morados. Ha perdido tanto peso que la camisa que lleva en la espalda sobresale en puntos duros sobre sus articulaciones.

—Viktor.

—Viniste por el mocoso, ¿sí? —croa, mostrando una dentadura amarillenta. Se estira para agarrar a Grigory y yo quito mi dedo del gatillo.

—No lo toques.

Ignorándome, levanta a mi hijo en brazos, casi volcando la caja en el mismo movimiento. Empiezo a lanzarme hacia adelante.

—¡Para! —gruñe—. O podría dejar caer accidentalmente al pequeño bastardo sobre su cabeza.

—No hagas esto —le ruego con el corazón en la garganta.

—¡Eso es lo que le dije a mi *mudak* de hermano cuando me cortaba el pecho!

Apenas puedo procesar lo que está diciendo. Mis ojos están fijos en el bulto en sus brazos. Grigory emite un pequeño gorgoteo como si estuviera tratando de decir hola.

—¡Cállate cuando estoy hablando! —Viktor le sisea al bebé.

Me estremezco. No es solo ira lo que puedo ver en el rostro de Viktor. Es algo completamente distinto, algo que raya en la locura.

—Por favor, Viktor… no lastimes a mi bebé.

Sonríe mostrando los dientes, aunque sus ojos están vacíos de toda emoción. —Tú eres la que tiene el arma.

—La bajaré.

Pero no me muevo. Hay opciones frente a mí, pero todas son malas.

—¿Qué estás esperando? —me desafía.

Ni siquiera intento negociar. Dejo el arma en el suelo frente a mí y la pateo. Gira hacia la esquina del cobertizo, refugiándose en las sombras.

—Ya —levanto ambas manos en el aire y le muestro mis palmas vacías—. Estoy desarmada. Ahora, por favor, baja al bebé.

Se pasa la lengua por el labio inferior. —¿Sabes qué? Bajaré al bebé. Eso dejará mis manos libres para ti.

Ni siquiera registro la amenaza. Cuando se da vuelta y pone a Grigory de nuevo en la jaula, todo lo que siento es alivio. Finalmente, puedo respirar.

Entonces Viktor se pone delante de la cuna, bloqueando a Grigory de la vista mientras se acerca a mí, sus labios se curvan con desprecio. —Mi hermano cree que ha ganado, pero yo seré el último en reír. Siempre lo soy.

Me agarra por el cuello y me empuja contra la pared. El aire sale silbando de mí cuando mi espalda golpea la madera sólida y su rodilla presiona con fuerza entre mis piernas.

—¿Crees que esto es ganar? —digo con voz áspera, decidida a mantenerlo hablando—. ¿Imponerte a una mujer indefensa?

—Ninguna mujer es indefensa —gruñe con desprecio—. Ni tú, ni mi inútil esposa muerta, ni…

—Ella no está muerta —interrumpo—. Mila está lejos de estar muerta. Está a salvo en casa, en los brazos de Leonty.

La distracción funciona. Los ojos de Viktor se hinchan y las venas se ponen rojas.

—Acéptalo, Viktor. Por más que lo intentes, siempre serás un perdedor. El segundo en todo después de tu hermano.

Su mano se aprieta alrededor de mi cuello. —Puta estúpida, no sabes de lo que estás hablando.

—Ninguna mujer te elegiría jamás. Mila eligió a Leonty antes que a ti. Katya eligió a Shura antes que a ti…

Sus dedos dejan mi cuello y me tapa la boca con la mano. Sus palmas saben a sudor, ceniza y sangre. —Si Katya eligió a Shura, ¿por qué diablos regresó arrastrándose hacia mí?

—Estaba jugando contigo, idiota. ¡Solo quería sacarte información!

Me suelta como si de repente me hubiera prendido fuego. Intento zafarme de sus brazos, pero con un grito de rabia me arroja contra la pared.

Mi cabeza rebota contra la madera y las estrellas bailan en mis ojos, pero me niego a caer. El grito de Grigory me da la fuerza que necesito para seguir de pie.

Viktor, por otro lado, parece no oír nada. —Te voy a matar primero —escupe—. Luego voy a cazar a Katya. Dejaré a Mila para el final. Quiero saborear su muerte.

El arma está a varios metros de distancia, brillando en las sombras como un faro de esperanza. Pero Viktor está mucho más cerca de Grigory que yo del arma. No puedo arriesgarme.

—¡Viktor! —espeta una voz áspera. Su sombra perfectamente formada se arrastra primero en el cobertizo—. ¿Qué diablos estás…?

Mis ojos se dirigen a Nikolai al mismo tiempo que él me ve.

La mueca en su rostro se tuerce en una sonrisa siniestra. —Vaya, vaya… Qué sorpresa.

Su cabello está enmarañado con sudor y la sangre empapa la parte delantera de su camisa. Está claro que ha abandonado la lucha para cobrar su pequeña póliza de seguro.

Iría corriendo hacia Grigory, pero hay un arma colgando casualmente en la mano de Nikolai. Viktor está de pie entre nosotros, su cuerpo encorvado hacia adentro, como si quisiera desaparecer.

—Veo que viniste por tu hijo —observa Nikolai—. Pensé que habíamos sido claros: un heredero por un heredero.

—Tú no tienes heredero, Nikolai —lo incito.

Él levanta las cejas. —¿No lo sabes entonces? El niño que Andrey se llevó hace meses… Misha…

—Te refieres a *mi* hijo.

La confusión se refleja en su rostro, seguida de la comprensión. Reprime su sorpresa con una débil sonrisa. —Qué conmovedor. ¿Adoptaste al niño como si fuera tuyo?

—No tenía a nadie más.

—Excepto que sí tiene —contraataca Nikolai, adentrándose más en el cobertizo. Pasa justo al lado de Viktor como si no existiera—. Me tiene a *mí*. Soy su padre.

—No podemos elegir de quién nacemos, pero Misha eligió a su familia —me llevo la mano al corazón—. *Nosotros* somos sus padres.

El brillo de mi anillo refleja la minúscula luz del cobertizo. Nadie puede pasarlo por alto. Nikolai mira el diamante con los dientes al descubierto.

—Una gran familia feliz —gruñe, sarcástico—. Excepto por una cosa: algunas lealtades no se pueden comprar. Ni con dinero, ni con amabilidad.

Se me pone la piel de gallina en los brazos. —¿Qué intentas decir?

Se lame los labios y entrecierra los ojos. —Mi hijo cumplió bien su parte, pero la lealtad de Misha siempre ha sido hacia mí. Los ha estado engañando desde el principio.

ANDREY

—¿Dónde diablos está Nikolai? —rujo en medio del caos que se desata a nuestro alrededor.

Leonty y Shura recargan sus armas mientras retroceden hacia mí, y nuestro círculo cerrado se estrecha todavía más a medida que los enemigos nos presionan. Leonty sangra y Shura cojea, pero lucen tan salvajes como Remi.

El perro ha demostrado ser una fuerza de la naturaleza en la batalla. Sus dientes están manchados con los restos de los hombres de Nikolai, y el pelaje le sobresale en picos rojos y rígidos donde le sangraron encima mientras les arrancaba la garganta.

—Lo vi —jadea Leonty, levanta su arma y dispara mientras varios hombres más de Rostov corren hacia nosotros—. Estuvo aquí hace un minuto.

—Hasta que no lo estuvo —gruñe Shura—. Lo vi correr.

Entrecierro los ojos a lo lejos. Apenas distingo una puerta de bronce destartalada a través del humo. Separa la parte delantera del complejo de la parte trasera.

—Ahí tiene que ser donde tienen a Grigory —disparo a dos hombres en la cabeza antes de correr hacia adelante con Shura y Leonty flanqueándome—. Tenemos que abrir una brecha en esas puertas.

—No debería ser un problema —tose Shura, limpiándose el hollín y la ceniza de la cara con el antebrazo—. Todas sus fuerzas están ocupadas…

Se detiene de repente. Su cuerpo se pone rígido, Su rostro se estrecha en un ceño furioso mientras mira fijamente una de las torres de vigilancia a lo largo del perímetro frontal del complejo.

—¿Qué pasa? —entrecierro los ojos, tratando de seguir su mirada.

—Creí haber visto…

—Vladimir —gruño, finalmente viendo al hombre que he conocido desde que era un niño. No espero un saludo cálido pues acabo de matar a su hijo, Efrem, por su lealtad vacilante.

Sin decir palabra, nos acercamos a la torre. Leonty levanta su arma para disparar a ciegas desde abajo, pero agarro su muñeca para detenerlo.

—Tengo una forma más fácil de eliminar ratas. Shura —digo sin apartar la vista de la torre—, ahuyentarlas.

Asintiendo, Shura enciende un fuego en la base de la torre de vigilancia. Las hermosas llamas anaranjadas se elevan y consumen la madera vieja con avidez.

Vladimir emerge en la plataforma superior, con el rostro desencajado por la rabia y empapado en sudor mientras intenta dispararnos desde arriba.

Nos agachamos, evitando sus balas mientras hombres desesperados saltan de la torre. Sus huesos se parten al caer al suelo, pero no sienten dolor por mucho tiempo. Los masacramos donde aterrizan.

—¡*Mudak*! —grita Vladimir, ignorando las llamas que lamen sus botas—. ¡Me vengaré por Efrem!

—Tu hijo era un traidor —escupo de vuelta, volteándome para apuntar a las patas de la torre.

Unos pocos disparos colocados estratégicamente son todo lo que se necesita para que uno de los soportes de la torre ceda. Leonty, Shura y yo corremos fuera de alcance mientras se derrumba en una pila de cenizas ardientes, llevándose a Vladimir con ella.

Adiós y hasta nunca, joder.

Sin embargo, cuando el humo se disipa, veo dos figuras al otro lado de los escombros. El más alto de los dos hombres me mira fijo. Sé quién es antes de ver su rostro.

—¡SLAVIK! —grito con fuerza, levantando mi arma.

Mi padre huye como el cobarde que es, zigzagueando entre los restos en llamas de la torre de vigilancia. Se escabulle de mi vista mientras mis balas se hunden en la madera ardiendo en lugar de en su corazón palpitante.

No pienso… simplemente salgo corriendo tras él.

Pero no llego muy lejos antes de que un borrón de movimiento aparezca en mi visión periférica medio segundo antes de que se dirija directamente hacia mí.

Caigo al suelo en una maraña de miembros, sin aliento. Contra todo pronóstico, mantengo mi arma en la mano. Estoy a un milisegundo de descargar un cargador en el estómago de este bastardo cuando escucho algo que congela mi dedo en el gatillo.

—¿Papá?

—¿*Misha*? —me atraganto.

Sus dientes castañetean con fuerza mientras retrocede a gatas, parpadeando furiosamente ante el humo que se arremolina. —¡Soy yo! No dispares.

Una rabia que nunca antes había sentido surge en mí. Agarro su brazo y lo arrastro detrás de una lámina de metal retorcido para que estemos algo protegidos de la pelea. Mis manos tiemblan tanto como las suyas. —¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Natalia está aquí —suelta bruscamente—. Vine con ella.

No hay tiempo para discutir las profundidades de esta pesadilla o el miedo que aprieta mis pulmones. Todo lo que puedo hacer es hacer la única pregunta que importa: —¿Dónde está?

—Está en un cobertizo en la parte trasera de la propiedad. Encontramos a Grigory.

—Ve por delante.

Dando media vuelta, Misha corre en dirección a la puerta de bronce que vi antes.

Me duele el golpe de los talones contra la tierra. Diablos, incluso me duele respirar. Ignorando el nudo en la garganta y el dolor que me quema los costados, sigo corriendo hasta que nos acercamos a la puerta de bronce.

Misha se desliza por la estrecha abertura de la puerta y yo voy a seguirlo, pero antes de que pueda hacerlo, una lluvia de balas corta el aire y me roza la cara por escasos centímetros. Me zumban los oídos por los disparos cuando me tiro al suelo para evitar la segunda ronda.

Misha se da vuelta, con los ojos muy abiertos mientras me mira a través de los estrechos barrotes de la puerta de bronce.

—¡Ve! —le grito—. ¡Protégelos! ¡Estoy justo detrás de ti!

Misha duda, pero los dos hombres que avanzan hacia mí con las armas en alto me roban la atención. El hombre al frente tiene ojos de un azul hielo brillantes entre las cenizas rojas que se arremolinan. —Tu cabeza me dará una buena recompensa, Kuznetsov.

No espera mi respuesta y me apunta con su arma.

Antes de que pueda apretar el gatillo, un cohete peludo sale disparado de entre la niebla. Con un gruñido feroz, Remi aterriza en el pecho del hombre y le hunde los caninos en la cara. Se oye un segundo de chillidos ensordecedores antes del silencio.

Horrorizado por la cara media devorada de su camarada, el otro hombre intenta correr, pero le meto dos balas en la espalda y no me quedo a ver qué pasa después de que caiga sobre la arena.

Corro hacia las puertas de bronce cuando más soldados de Rostov empiezan a materializarse en la distancia. Estoy abandonando a mis propias tropas, y solo Dios sabe dónde están Shura y Leonty a estas alturas. Solo estamos Misha y yo, y no tengo más remedio que poner toda mi fe en el chico.

Con una mueca, paso a través de las puertas.

No me decepciones, hijo.

NATALIA

—Estás mintiendo.

Nikolai echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —¿Por qué mentiría ahora? Los tengo a ti y a tu enano justo donde quiero que estén.

Se sigue acercando y yo me echo hacia atrás. No todo es por miedo. Cada paso que doy hacia atrás, estoy un paso más cerca de mi hijo.

Apenas puedo ver por encima de los bordes desgastados de la caja. Grigory se ha quitado la manta y levanta una mano regordeta en el aire como si me estuviera saludando.

—Lo que sea que te haya dicho, Misha siempre ha sido *mi* hombre —Nikolai se interpone entre mí y la única salida de este cobertizo de la muerte. Viktor se le une, pálido y sudoroso. Parece un parásito pegado a Nikolai—. ¿Quién crees que me informó de que estabas embarazada?

No es cierto. Misha no me haría eso. No podría.

A pesar del sudor que me corre por la espalda, siento frío. —Yelena me estaba delatando.

Él resopla. —¿De verdad crees que ella era mi única infiltrada?

—Misha odiaba a Yelena. Fue quien descubrió que ella estaba espiando.

—Mujer idiota, todo fue una actuación —sisea Nikolai—. Sacrifiqué a una espía a favor del otro.

No tiene ningún sentido… excepto que podría tenerlo. ¿No podría tenerlo?

Estoy tambaleándome al borde, aferrándome a las raíces profundas de mi amor por mi hijo cuando veo una sombra en el pequeño espacio de la puerta. El rostro de Misha aparece en el espacio, con el cabello enmarañado por el sudor.

Me mira directamente a los ojos… y me guiña el ojo.

Eso es todo lo que necesito.

Mantenlos hablando, dice ese guiño. *Mantenlos distraídos.*

Mantenlos aquí hasta que Andrey pueda encontrarnos.

—Estás buscando al hombre equivocado, Nikolai —le digo, levantando la voz mientras la

sombra de Misha desaparece de la vista.

Nikolai suspira. —Veo que creíste cualquier historia de mierda que te contó. Eres un blanco fácil.

—Me dijiste que toda esta guerra comenzó porque Andrey delató a tus padres, pero elegiste creerle al Kuznetsov equivocado.

La mirada de Nikolai se desvía hacia Viktor, perezosa, indiferente. —¿Qué tienes que decir sobre eso? ¿Eh?

Pero Viktor ya no parece capaz de pensar por sí solo. Apenas parece capaz de mantenerse en pie por sí solo.

—¡Habla, *mudak*! —escupe Nikolai.

Viktor se sobresalta. —Está mintiendo. E… está mintiendo.

Con el rabillo del ojo, veo polvo que se levanta en la distancia. Alguien se acerca, pero es silencioso.

—Slavik te contó una historia convincente y tú le creíste —continúo, reprimiendo el impulso de mirar hacia la puerta cada pocos segundos—. *Él* entregó a tus padres al FBI. *Él* le dio a la policía todas las pruebas que necesitaban para juzgar a tus padres.

La sonrisa de Nikolai desaparece. —¿Por qué haría eso y luego huiría?

—No estaba tratando de dejarle un legado a su hijo. Quería que Andrey fracasara. Quería hacer estallar la Bratva Kuznetsov y recrearla en otro sitio. Nunca quiso que Andrey reconstruyera lo que había destruido.

Estoy agarrando clavos ardiendo, sacando palabras de la nada para tejer una historia creíble. Pero, cuanto más hablo, más sentido tiene para mí.

Algo parece tener sentido para Nikolai también.

—Díselo, Viktor —exijo—. Dile que es verdad.

La mandíbula de Viktor cae. —Yo… yo…

—¡Joder, *HABLA*! —grita Nikolai de nuevo, lo que hace que Grigory lance los puños al aire y grite aterrorizado.

Instintivamente, me muevo hacia la caja, pero Nikolai me apunta con su arma. —¡Quédate donde estás!

Me veo obligada a quedarme de pie y ver con impotencia cómo llora mi bebé. Pero, mientras esa pistola me esté apuntando a mí, no estará apuntando a Grigory.

Sin embargo, Nikolai se da vuelta lentamente. El cañón de la pistola se desliza de mí… a Viktor. —¿Está diciendo la verdad?

Viktor se encoge de miedo ante la pistola. Sus ojos se mueven de un lado a otro. —Yo… Mi padre no me dijo…

Nikolai dispara al suelo, a una pulgada de la bota de Viktor. Viktor suelta un grito de sorpresa y se desploma contra la pared, farfullando de miedo. Grigory grita aún más fuerte. Me arriesgo a moverme otra pulgada hacia la caja. Al menos ahora, puedo ver la cara rosada y angustiada de mi bebé.

—Dame respuestas o te volaré el cerebro. Tienes cinco segundos para decirme la verdad —amenaza Nikolai—. Uno. Dos. Tres…

—¡Fue él! —grita Viktor, la saliva sale volando de su boca. Sus ojos siguen fijos en el arma—. ¡Fue Slavik quien delató a tus padres ante el FBI!

Los labios de Nikolai se contraen en una burla peligrosa. —Me estaba usando para deshacerse de Andrey.

—E-él te respeta…

Viktor intenta salvar esto, pero Nikolai no lo escucha. —Ya he tenido suficiente de tus mentiras. Parece que eso es todo para lo que sirve un Kuznetsov: mentiras y combustible para mis fuegos.

Nikolai aprieta el gatillo sin previo aviso.

Y justo así, hay un Kuznetsov menos en este planeta.

Viktor se desploma contra la pared. Su cabeza cae hacia un lado como un muñeco de trapo mientras la sangre se extiende por su pecho. Sus ojos están vidriosos y vacíos.

Los de Nikolai, sin embargo, están llenos de fuego. Con Viktor muerto, no hay nada que lo distraiga de mí o de mi hijo. Se vuelve hacia mí.

—Tu pelea no es conmigo, Nikolai —digo con voz áspera.

Escupe sobre el cadáver que se enfría de Viktor. —Esto no cambia nada. La historia es demasiado profunda.

—Si me lastimas a mí o a este bebé, él te cazará —mi voz es tan estridente que apenas la reconozco.

—Me cazará de todas formas —Nikolai levanta su arma una vez más—. Bien podría hacer que valga la pena.

Un terror frío se acumula en mis venas. Un segundo es todo lo que se necesitaría para terminar con mi vida y dejar a Grigory expuesto. A través de mi pánico, veo algo.

Misha.

Se acerca por la puerta tan sigilosamente como puede. En realidad, me alegro de que Grigory siga llorando, porque el sonido ahoga el avance de Misha.

Incapaz de detenerme, mis ojos se deslizan hacia Misha. Y Nikolai se da cuenta.

Se da vuelta justo cuando Misha se lanza hacia adelante, clavándole el hombro en su estómago. Un disparo rebota y me arrojo hacia la caja, protegiendo a Grigory con mi cuerpo.

Entonces, escucho algo caer al suelo.

Misha le ha quitado el arma de la mano a Nikolai y ruedan por el suelo, luchando por posicionarse. Pero Nikolai le lleva al menos cuarenta kilos al chico y sabe cómo usar su peso.

—¡Pequeño imbécil! —ruge Nikolai, asestando un puñetazo brutal en la mandíbula de Misha.

Siento el golpe como si Nikolai me hubiera golpeado a mí.

Tengo que hacer algo. Tengo que ayudarlo.

Entonces, recuerdo mi propia pistola.

Se escabulló entre las sombras, pero ahora puedo alcanzarla. Me arrastro hasta la esquina y agarro el arma justo cuando Nikolai está de pie sobre Misha, con un pie sobre el pecho de mi hijo.

—Tenías tanto potencial —le gruñe en la cara a Misha—. Pero viniste de una puta. Debería haber sabido que morirías como una.

Todas las lecciones que aprendí, cortesía de Shura y Evangeline, pasan por mi cabeza. Pero al final no necesito ninguna de ellas.

Levanto mi pistola y apunto a la espalda de Nikolai.

Sigue hablando. —Ahora, voy a…

Sus últimas palabras se pierden entre la repentina burbuja de aire y sangre en sus pulmones.

Sus piernas se doblan. El color desaparece de su rostro mientras se da vuelta lentamente y me ve en la esquina, con el arma en alto.

Mientras se derrumba de rodillas, aprieto a uno de mis hijos contra mi pecho y camino hacia el otro.

—Ya terminaste de lastimar a mis hijos —susurro mientras Nikolai muere—. Nunca volverás a tocarlos.

ANDREY

Corro tan rápido como puedo.

Entonces, escucho el disparo y corro más rápido.

Atravieso la puerta del cobertizo y hay demasiadas cosas sucediendo como para procesarlas.

Misha, magullado y golpeado en el suelo, atrapado bajo la bota de Nikolai.

Pero los ojos de Nikolai están fijos en la mujer parada a unos pocos pies de distancia en las sombras, con el brazo levantado.

Un disparo atraviesa la escena y Nikolai cae de rodillas, con los ojos todavía fijos en la mujer de la que yo tampoco puedo apartar la mirada.

Natalia da un paso adelante, una luz destrozada cae sobre su rostro. Es dura y hermosa. Un ángel vengador con un bebé agarrado en una mano y una pistola en la otra.

—Ya terminaste de lastimar a mis hijos. Nunca volverás a tocarlos.

¿Por qué pensé que necesitaba correr hasta aquí y rescatarla? Esta mujer no necesita ser rescatada.

Nikolai abre la boca, pero de sus labios solo sale sangre a borbotones. Natalia lo mira con frío disgusto.

Pero en cuanto aparta la mirada, su expresión se suaviza. Se deja caer al lado de Misha y le agarra la cara.

Él le agarra la muñeca. Le lleva unas cuantas toses para recuperar la voz, pero, cuando lo hace, pregunta—: ¿Estás bien?

—Estoy bien —le asegura—. Y Grigory también. Gracias a ti.

—*Lastochka* —murmuro, entrando en la fría penumbra del cobertizo.

El rostro de Misha se ilumina con una sonrisa de alivio cuando me ve, pero Natalia me mira con atención. —Tenía que venir, Andrey, y no me voy a disculpar por ello.

Como si pensara que podría estar enfadado con ella ahora mismo. Después de lo que acabo de ver. Le pongo la palma de la mano en la cara y le doy un beso en la frente. —No te estoy

pidiendo que te disculpes. Lo hiciste de maravilla, pajarito.

Grigory llora y yo también le doy un beso en la cabeza.

Entonces, se oye un gemido detrás de nosotros.

Juntos, nos giramos para mirar al hombre que sangra en el suelo.

—Misha —murmura Nikolai. Sus ojos son apáticos a pesar de estar a las puertas de la muerte.

Misha se acerca sigilosamente a mi lado.

—¿Te pondrías del lado de la gente que mató a tu padre? —la sangre tiñe los dientes de Nikolai de un rojo rubí.

Misha sacude la cabeza. —Nunca fuiste mi padre. Un padre es alguien que te elige. Como hizo Andrey.

Los ojos de Nikolai brillan de ira. —¿Tomarías su nombre? ¿El nombre de mi enemigo?

Misha mira hacia Natalia y hacia mí. —Ya lo he hecho.

—Es nuestro chico, Nikolai —afirma Natalia con orgullo.

Es como si la luz se le escapara por las venas. Parece un cadáver viviente. Pero de pura fuerza de voluntad sigue respirando.

—Respóndeme una cosa —sisea con los dientes apretados—. ¿Matarás a Slavik?

Saco el cuchillo que he envainado en mi bota y me agacho frente a Nikolai. —Será el siguiente en la fila detrás de ti para entrar al infierno.

Nikolai asiente. —Entonces…

Antes de que pueda pronunciar las palabras, le corto el cuello con el cuchillo.

En el momento en que lo suelto, se derrumba en el suelo, poniendo fin a una batalla de una década que me costó una madre, un hijo no nacido y una ex amante.

Mientras me enderezo, un gemido ahogado me llega desde la esquina opuesta del cobertizo. Natalia aprieta a Grigory con más fuerza contra su pecho y retrocede mientras Misha agarra el arma de Natalia y apunta a mi hermano.

Viktor está a tres cuartas partes del camino hacia la muerte, y sus ojos hundidos apenas parpadean.

—Retírate, Misha. Esta es mi pelea —desenrollo con cuidado el arma de los dedos del chico y camino hacia Viktor—. Siempre fuiste un bastardo testarudo, *brat*.

Intenta decir algo, pero no son más que escupitajos y gorgoteos. Me agacho a su lado y Viktor se estremece. Sus ojos derraman lágrimas saladas.

—No le di a Nikolai la dignidad de las últimas palabras, pero todavía compartimos sangre. Así que di lo que tengas que decir.

Viktor agarra débilmente el puño de mi camisa. Sus dedos flácidos apenas pueden sujetarme. Cada palabra que sale de su boca ensangrentada le cuesta. —D-déjame… vivir…

No espero el dolor de estómago que provocan esas palabras. Por un pequeño milisegundo, lo considero.

Entonces, escucho el llanto áspero de mi hijo.

—No puedo dejarte vivir, Viktor. Has ido demasiado lejos.

—Por favor —grazna—. Tú… me conoces. Este no soy… yo. Él hizo… esto…

Sacudo la cabeza. —Siempre has sido así, hermano. Un cobarde y un traidor, dispuesto a apuñalar por la espalda a las personas más cercanas a ti si eso significa llegar a la cima con el mínimo esfuerzo.

—Hermano… te lo… ruego…

Le rodeo el cuello con una mano y lo atraigo hacia mí hasta que estamos prácticamente nariz con nariz. Presiono la punta de mi arma directamente sobre el corazón de Viktor.

—Para mí, estuviste muerto en el momento en que viniste a por mi familia… Grigory, Natalia, Mila, nuestra propia madre. Ahora, solo estás muerto.

Aprieto el gatillo.

Su último aliento me calienta la cara. Y luego, se ha ido.

Eliminar a dos enemigos en cuestión de minutos no se siente tan trascendental como esperé. Todo es un desperdicio y lamento ser parte.

Pero el trabajo aún no ha terminado.

—Tenemos que salir de aquí —Natalia pone una mano sobre mi hombro—. Andrey, tenemos que irnos.

El débil grito de Grigory es lo que me hace apartar la atención del cuerpo de mi hermano. Beso la mano regordeta de mi hijo y me vuelvo hacia su madre. —Tú y Misha váyanse. Pero yo tengo que quedarme. Slavik tiene que morir.

Salimos del cobertizo arrastrando los pies, justo cuando Leonty y Shura se acercan a paso lento hacia nosotros. Cojean y están ensangrentados, pero vivos.

—¿Están bien? —pregunta Leonty.

—Estamos todos bien —Natalia mira hacia un cobertizo más abajo en el camino que mis hombres han rodeado—. ¿Qué está pasando?

Shura se vuelve hacia mí, con los ojos llameantes. —Logramos acorralar a Slavik, pero queríamos esperar tu decisión, Andrey.

—Déjame ir contigo —pide Misha, dando un paso adelante con el pecho inflado.

Le agarro el hombro. —Necesito hacer esto por mi cuenta. Te dejo a cargo. Quédate con tu

madre y protege a tu hermano. Cuento contigo, hijo.

Presiono un beso en los labios de Natalia y camino a grandes zancadas hacia el cobertizo.

Es hora de una última conversación con mi padre.

ANDREY

—Vaya, vaya, es mi primogénito.

Slavik es más sangre seca y hollín que piel y huesos. El blanco de sus dientes y sus ojos son los únicos restos de color que le quedan.

Tiene una pistola en la mano, pero apenas puede sostenerla, y mucho menos levantarla. —Es una tontería que estemos luchando, hijo. Después de todo, estamos del mismo bando.

—Es curioso —resoplo—. Tuviste que matar a tus aliados y derrotar a tus hombres para que llegaras a esa conclusión.

—Siempre mantuve esa posición. Tú fuiste el que se aferró obstinadamente a mi poder.

—Yo construí todo lo que tengo.

—De la Bratva que te entregué —entrecierra los ojos—. Los hijos deben respetar a sus padres.

—Y los padres no deben sacrificar la seguridad y la felicidad de sus hijos por su propio beneficio —replico—. Esa no es la marca de un padre. Es la marca de un cobarde.

Sus manos se aprietan sobre el arma. —Ten cuidado, hijo. O podría desheredarte. Viktor puede no tener tu fortaleza, pero al menos sabe cómo actuar cuando se lo ordenan.

Ignoro la opresión en mi pecho al pensar en mi hermano. —Desafortunadamente para ti, los cadáveres no hacen nada de lo que se les ordena.

La conmoción blanquea el resto de su color. —¿Lo mataste?

—Hice lo que tenía que hacer.

La ceniza cae a nuestro alrededor como nieve negra, brasas del fuego que empecé en la torre de vigilancia.

Finalmente, asiente. —Yo habría hecho lo mismo en tu lugar. Eres mucho más como yo de lo que pensé. Vuelve al redil y podremos construir…

—Ahórratelo, viejo —escupo—. Ya construí un imperio, no gracias a ti. No finjas que te preocupas por mí ahora. Todavía estás tratando de salvar tu propio puto pellejo.

Slavik cambia de una pierna a la otra, mientras el cañón de su arma se mueve lentamente en mi

dirección.

—¿Cómo se viera? —reflexiona—. ¿Matar a tu propio padre?

—No me preocupan las opiniones de los demás. Un verdadero *pakhan* hace lo que debe.

Slavik se burla. Le sienta bien. Su rostro fue creado para eso… para burlarse del hijo que ha criado mientras su otro hijo se pudre. Mientras sus pecados llueven sobre él como cenizas hasta que quedé enterrado en ellas.

—Llevo aquí mucho más tiempo que tú, muchacho. Una vez que termine contigo, voy a tomar a esa linda mascota tuya y convertirla en mi puta.

Mis dedos tiemblan mientras imagino cómo se sentiría envolver mis manos alrededor de su garganta. Ver cómo sus ojos se desvanecen en la oscuridad.

—Pero no te preocupes —añade—. Me aseguraré de que tu hijo tenga lo necesario. Después de todo, necesito herederos. Mi suministro está disminuyendo.

Dispara al mismo tiempo que yo. Mi bala se hunde en su brazo mientras la suya apenas roza mi hombro. Me llevo una herida superficial mientras Slavik ruge de dolor, tropezando hacia atrás hasta que choca contra la pared exterior del cobertizo detrás de él.

Pero, antes de que pueda terminar lo que vine a hacer, se da vuelta y sube corriendo unas escaleras cercanas.

Gruñendo, corro tras él.

Las escaleras son de madera, chamuscadas por los incendios que se propagan y estallan con el calor. Cada escalón cruje bajo mi peso mientras subo, subo, subo…

Y emerjo a un tejado desvencijado.

Es como mirar el círculo más bajo del infierno desde aquí arriba. Los incendios arden por todos lados, enormes bocanadas de humo negro y llamas anaranjadas. Al otro lado del andamio está mi padre. Está mirando hacia afuera, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. No veo su arma por ningún lado.

—Date vuelta —ordeno, apuntándolo con mi propia arma—. No le dispararé a un hombre por la espalda.

Cuando siento el calor detrás de mí, me doy vuelta y veo que las llamas han devorado las escaleras. Volver a bajar por allí ya no es una opción.

Miro a mi padre mientras se da vuelta lentamente. Todo mi mundo es un caleidoscopio de rojo y negro y me escuecen los ojos.

—¿Por qué lo hiciste? —digo con voz áspera—. ¿Por qué delataste a los Rostov y huiste? ¿Por qué nos abandonaste?

La ceja de Slavik se eleva. —¿Ahora preguntas?

—No habrá otra oportunidad —el calor me quema la garganta. El sudor me corre por la columna.

—Tu madre solía decirme que no tenía lo que se necesitaba para ser un *pakhan* en ningún otro lugar —susurra, pero de alguna manera su voz se escucha a través de la docena de metros que nos separan—. Tenía que demostrarle que estaba equivocada.

—¿Y decidiste destruir lo que construiste aquí primero?

—No podía dejar que ella disfrutara de lo que yo había creado —gruñe—. No iba a dejar que cosechara los beneficios de lo que era mío.

—Le quitaste la cordura. ¿Por qué quitarle también su comodidad?

—Porque se negó a doblegarse. No tuve más remedio que romperla.

Los gritos que vienen de abajo se hacen cada vez más audibles. A través del frenesí de voces, oigo una que se alza por encima de todas las demás. —¡Andrey!

Mi padre también la reconoce.

—Tu mujer ya está de luto por tu muerte —Slavik sonríe a través de su rostro empapado de sudor mientras se hunde sobre sus rodillas. La madera cruje debajo de él—. ¿Puedes oírla llorar?

—Le prometí que volvería con ella. Tengo la intención de cumplir esa promesa.

Slavik se agarra el corazón con sarcasmo. —Qué conmovedor. Eres un sentimental, ¿no?

—Lo que soy… —levanto mi arma mientras las llamas se acercan más—, es un hombre de palabra.

Slavik hace pucheros con un labio, todavía burlándose de mí. —¿Dispararías a un hombre indefenso?

—No —resoplo—. No tengo la intención de desperdiciar otra bala en ti.

Levanto el pie y lo golpeo contra la tabla de madera debajo de mí. La misma sobre la que está arrodillado Slavik.

La madera vibra, absorbiendo la fuerza… hasta que no puede más. Y se astilla.

Mi padre cae por el hueco. Las llamas lo tragan antes de que tenga la oportunidad de gritar.

—Adiós, Slavik —susurro a todo el espacio donde estaba parado—. Que las llamas se queden contigo.

Entonces, me doy vuelta y salto.

EPÍLOGO: ANDREY

SEIS MESES DESPUÉS

ANDREY: ***Será mejor que no estés todavía en el trabajo.***

NATALIA: ***¿Y si lo estoy?***

ANDREY: ***Entonces voy a tener unas palabras con Richard. Y no serán agradables.***

NATALIA: ***Acabo de volver de seis meses de baja por maternidad. Richard ha sido bastante complaciente.***

ANDREY: ***Solo porque me tiene miedo. ¿Segura que no quieres renunciar?***

NATALIA: ***¿Y hacer qué?***

ANDREY: ***Yo diría que ya es hora de que te haga otro bebé.***

NATALIA: ***Los gemelos solo tienen siete meses.***

ANDREY: ***Exactamente a lo que me refería.***

NATALIA: ***Andrey…***

ANDREY: ***Si no vuelves en media hora, iré a Sunshield a follarte en el escritorio de Richard. Veremos qué tan "complaciente" es después de eso.***

NATALIA: ***No hay necesidad de ponerse atrevido. Ya estoy en casa.***

Guardo mi teléfono y voy a buscar a mi esposa. No me toma mucho tiempo.

Está en los jardines con mi madre, las dos sentadas en un banco frente a la fuente favorita de mi madre. Una pareja de arrendajos azules observa a una pareja rival de cardenales al otro lado de la superficie del agua.

—¿No es hermoso ese pájaro, Arina? —pregunta Natalia, señalando al macho que brinca en busca de su pareja.

Arina mira sin comprender hacia donde señala Natalia. —Me gustan los pájaros.

—Sé que te gustan —dice Natalia con dulzura—. A Sarra también le encantan.

Arina inclina la cabeza hacia un lado. —¿A quién?

—Mi hija —ya han tenido esta conversación cientos de veces, pero no lo adivinarías por la cara de Natalia. Paciente. Cariñosa. Amable.

—¿Tienes una hija?

Natalia sonríe radiante. —Sí, también tengo un hijo.

—Siempre quise una niña.

—Entonces, tengo buenas noticias para ti —responde Natalia con una sonrisa relajada—. Sarra es tu nieta.

—¿Soy abuela? —frunce el ceño antes de decidir—: Eso es lindo.

Me escondo detrás de un seto para que no me vean mirando.

—Entonces, ¿eso te convierte en…? —los labios de mi madre se aprietan cuando no puede encontrar las palabras adecuadas.

—Tu nuera —termina Natalia—. Me casé con tu hijo hace cuatro meses. De hecho, estuviste en la boda. La celebramos aquí mismo, en el jardín. Hiciste un trabajo tan bueno diseñándolo que no pudimos pensar en un lugar más hermoso.

Mi madre se inquieta. Su mente tiene dificultades para aceptar la realidad que Natalia le presenta. Natalia extiende la mano para apretarle los dedos y, justo así, se calma.

¿Siempre fue así de fácil?

—No puedo recordarlo —admite Arina.

—Está bien. Yo también olvido cosas. Pero hicimos un vídeo. Puedo mostrártelo, si quieres.

Arina se queda callada durante tanto tiempo que creo que se ha distraído de nuevo. —Me gustaría —dice al fin—. Quizás otro día.

—Cuando estés lista —Natalia sonríe, dándole palmaditas en la mano.

—Nunca pensé que Andrey se casaría —suelta Arina de repente, justo cuando creo que la conversación ha terminado—. No es como su padre, ¿verdad?

Me tenso sin darme cuenta, y solo me relajo cuando Natalia niega con la cabeza. —No. No se parece en nada a su padre.

—Me alegro —Arina aparta su mano de la de Natalia y mira al cielo—. Está oscureciendo.

Natalia se pone de pie y le ofrece una mano a Arina. —Déjame llevarte de regreso a tu habitación.

Mi esposa ayuda a mi madre a ponerse de pie y las dos se giran hacia la mansión mientras yo entro en el sendero. Arina se pone rígida, pero Natalia me guiña el ojo.

—Hola, Andrey —lleva a Arina hacia mí. Sin soltar la mano de mi madre, se estira de puntillas y me besa en los labios—. Arina y yo íbamos a entrar, ¿no es así, Arina?

Mi madre solo asiente, pero no me mira a los ojos. —Está oscureciendo —es todo lo que dice.

La acompañamos a su habitación juntos. Cuando miro hacia atrás, los pájaros se han ido.



—No puedo creer que nuestro adolescente esté en la cama antes que los bebés —suspiro mientras finalmente cerramos la puerta de la guardería.

Fue una hora de calmar a un gemelo solo para que el otro comenzara a llorar, lo que provocó que el primero se pusiera nervioso. Sé que solo tienen siete meses, pero estoy convencido de que lo hicieron a propósito.

Natalia se acerca a mis brazos y apoya su mejilla en mi pecho. —Nuestro adolescente tuvo un día completo de escuela y luego práctica de fútbol. Los gemelos pasaron la mayor parte del día en la misma manta de cuatro metros cuadrados.

—Si Katya y Mila se salen con la suya, los gemelos estarán corriendo en pista y campo en poco tiempo.

Katya y Mila, autopercibidas “tías favoritas” de los gemelos, se encargaron de que los gemelos gateen lo antes posible. Pero a mí me parece bien dejar que sean adorables sacos de patatas durante unas semanas más. Una vez que se muevan, la vida enloquecerá.

—Fue una gran idea hacer que Misha se uniera a un equipo —dice Natalia—. Creo que realmente está haciendo amigos.

—Me sorprende que se haya rendido tan fácilmente.

Pone los ojos en blanco. —Hará cualquier cosa que le sugieras. Adora el suelo que pisas.

La acompaño hasta nuestro dormitorio y le dejo besos en el cuello. —Tú eres a quien adora. El chico está tomando lecciones de guitarra. Eso tiene escrito por todas partes “Natalia Kuznetsov”.

—Culpable de los cargos. ¡Pero él las disfruta! Lo he comprobado.

Chilla cuando la empujo hacia el colchón y me subo encima de ella. —Lo sé. Ayer lo escuché tocar para Kat.

—¡Ah! Eso me recuerda: Kat y Shura no pueden cuidar a los gemelos el sábado por la noche como siempre. Se van de bebé de miel.

Arqueo una ceja. —¿Qué diablos es un bebé de miel?

—Es como una luna de miel antes de tener un bebé. Un último viaje antes de que se ahoguen en la etapa de recién nacido.

—Olvídate de ellos. ¿Qué hay de nosotros? —saboreo la suave piel detrás de su oreja, presionando mis labios contra su pulso atronador—. Tenemos tres hijos. Necesitamos tiempo a solas más que ellos.

Sus mejillas se tornan rosadas. —No pensé que te importaría.

—Normalmente, no me importaría —admito, rozando ligeramente mis labios con los suyos—.

Pero tenía planes para este fin de semana.

—¿Ah?

Tiro de los lazos de su vestido. —Iba a ser un fin de semana mágico, pero supongo que tendré que cancelar la estadía de tres noches que reservé en Chateaux Arnaud.

Ella jadea. —¡No lo hiciste!

—No tuvimos una luna de miel adecuada después de la boda. Y estaba pensando que, como ya terminaste de amamantar, era hora de que tuviéramos una luna de miel de verdad… sin amigos, sin niños, sin perro.

Sus ojos brillan intensamente, pero se muerde el labio inferior de todos modos. —Pero, ¿y los gemelos?

—Por suerte, no necesitamos a Kat y Shura. Annie y Mila ya aceptaron cuidarlos.

—¿En serio? —todavía hay una sombra de duda—. ¿Están listas para eso durante tres días enteros?

—Beatrice también estará ahí para ayudar. ¿Qué sentido tiene tener una niñera de cinco estrellas si no la usamos?

Ella todavía se está mordiendo el labio inferior. —¿Qué hay de Misha?

—Tú misma lo dijiste: Misha está ocupado. Tiene clases por la mañana y fútbol por las tardes. Y Remi nunca se separa de su lado. No nos va a extrañar ni un fin de semana.

—Vale, pero…

Le sujeto los brazos al colchón sobre su cabeza. —¿Qué sentido tiene mudar a todos nuestros amigos a esta mansión si no podemos confiar en ellos de vez en cuando?

Libera suavemente una mano para poder acariciar mi rostro con sus dedos. —Fue tu idea que Kat, Leonty y Shura se mudaran aquí, chico listo.

—No significa que no extrañe el silencio de vez en cuando —nuestras caderas se rozan y sé que ella siente la sacudida eléctrica entre nuestros cuerpos—. Especialmente, si ese silencio te involucra a ti.

Ella respira hondo y asiente. —Tienes razón. Necesitamos un pequeño descanso, solo los dos.

—Solo los dos, algo de buena comida, mucho sexo genial…

Natalia arquea una ceja. —Todo este sexo que tendremos… ¿tienes motivos ocultos, Sr. Kuznetsov?

Presiono una mano sobre su estómago, ya imaginándola llena con mi hijo. Me estremezco ante la sola idea. —Te di seis meses, Natalia.

Ella extiende la mano entre nosotros para palmear mi dureza. —Algunos dirían que no es suficiente.

—Vale. Entonces considéralo una práctica para cuando estés lista para tener otro bebé.

Me acaricia por encima de mis boxers, una lenta sonrisa se extiende por su rostro. —Tienes un trato, señor.

Gruñendo, deslizo mi lengua en su boca mientras la libero de su ropa. Su cuerpo es increíblemente suave, insoportablemente flexible bajo el mío. Tiembla cuando me deslizo hasta el fondo en ella.

Nos balanceamos juntos, con los dedos entrelazados y la respiración mezclada. —Ay, a la mierda —gime—. Pon otro bebé dentro de mí.

—Puede que te arrepientas de eso mañana, *lastochka* —le susurro al oído mientras me hundo más profundamente.

—En lo que respecta a ti, Andrey Kuznetsov —suspira soñadoramente—, no me arrepiento de nada.



Epílogo Extendido: Natalia

Cinco Años Después

Mira el Epílogo Extendido de VICIOS ESMERALDA!